

Historia y Ciencias Sociales

Programa de Estudio
Cuarto Año Medio



Historia y Ciencias Sociales

Programa de Estudio Cuarto Año Medio



Historia y Ciencias Sociales
Programa de Estudio, Cuarto Año Medio, Formación General
Educación Media, Unidad de Curriculum y Evaluación
ISBN 956-7933-98-7
Registro de Propiedad Intelectual N° 123.355
Ministerio de Educación, República de Chile
Alameda 1371, Santiago
www.mineduc.cl
Primera Edición 2001
Segunda Edición 2004

Santiago, noviembre de 2001.

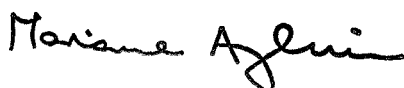
Estimados profesores y profesoras:

EL PRESENTE PROGRAMA DE ESTUDIO de Cuarto Año Medio de la Formación General ha sido elaborado por la Unidad de Curriculum y Evaluación del Ministerio de Educación y aprobado por el Consejo Superior de Educación, para ser puesto en práctica, por los establecimientos que elijan aplicarlo, a partir del año escolar 2002.

En sus objetivos, contenidos y actividades busca responder a un doble propósito: articular a lo largo del año una experiencia de aprendizaje acorde con las definiciones del marco curricular de Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios de la Educación Media, definido en el Decreto N° 220, de mayo de 1998, y ofrecer la mejor herramienta de apoyo a la profesora o profesor que hará posible su puesta en práctica.

Los nuevos programas para Cuarto Año Medio de la Formación General plantean objetivos de aprendizaje de mayor nivel que los del pasado, porque la vida futura, tanto a nivel de las personas como del país, establece mayores requerimientos formativos. A la vez, ofrecen descripciones detalladas de los caminos pedagógicos para llegar a estas metas más altas. Así, al igual que en el caso de los programas del nivel precedente, los correspondientes al Cuarto Año Medio incluyen numerosas actividades y ejemplos de trabajo con alumnos y alumnas, consistentes en experiencias concretas, realizables e íntimamente ligadas al logro de los aprendizajes esperados. Su multiplicidad busca enriquecer y abrir posibilidades, no recargar ni rigidizar; en múltiples puntos requieren que la profesora o el profesor discierna y opte por lo que es más adecuado al contexto, momento y características de sus alumnos y alumnas.

Los nuevos programas son una invitación a los docentes de Cuarto Año Medio para ejecutar una nueva obra, que sin su concurso no es realizable. Estos programas demandan cambios importantes en las prácticas docentes. Ello constituye un desafío grande, de preparación y estudio, de fe en la vocación formadora, y de rigor en la gradual puesta en práctica de lo nuevo. Lo que importa en el momento inicial es la aceptación del desafío y la confianza en los resultados del trabajo hecho con cariño y profesionalismo.



MARIANA AYLWIN OYARZUN
Ministra de Educación

Presentación	9
Objetivos Fundamentales Transversales y su presencia en el programa	13
Objetivos Fundamentales	15
Cuadro sinóptico: Unidades, contenidos y distribución temporal	16
Aprendizajes esperados transversales	18
Unidad 1: Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual	20
Actividades genéricas y ejemplos	24
Unidad 2: América Latina contemporánea	38
Actividades genéricas y ejemplos	41
Unidad 3: El mundo actual	54
Actividades genéricas y ejemplos	58
Anexo 1: Ejemplos de actividades de evaluación	69
Anexo 2: Materiales de apoyo	93
Anexo 3: Películas recomendadas para organizar un ciclo de cine	277
Anexo 4: Bibliografía	279
Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios	
Primer a Cuarto Año Medio	283

Índice Anexo 2

Materiales de Apoyo para la realización de los ejemplos de actividades del programa

- | | | | |
|------|--|------|--|
| 2.1 | Material de apoyo para la actividad 1 unidad 1: Doce personas reflexionan sobre el siglo XX. | 2.19 | Material de apoyo para la actividad 11 unidad 2: Identidad Latinoamericana. Principales tesis en la discusión. |
| 2.2 | Material de apoyo para la actividad 4 unidad 1: ¿Por qué el fascismo fue un movimiento que generó adhesión en su tiempo? | 2.20 | Material de apoyo para la actividad 1 unidad 3: Concepto de Región. |
| 2.3 | Material de apoyo para la actividad 4 unidad 1: Tipología del fascismo. | 2.21 | Material de apoyo para la actividad 2 unidad 3: El mundo en cifras. |
| 2.4 | Material de apoyo para la actividad 6 unidad 1: Totalitarismo. | 2.22 | Material de apoyo para la actividad 2 unidad 3: Paul Kennedy, desafíos globales al comienzo del siglo XXI. |
| 2.5 | Material de apoyo para la actividad 7 unidad 1: Bomba atómica. | 2.23 | Material de apoyo para la actividad 3 unidad 3: Declaración de Río sobre el medio ambiente y el desarrollo. |
| 2.6 | Material de apoyo para la actividad 7 unidad 1: Franklin D. Roosevelt "Discurso de la "Cuarentena" 1937. | 2.24 | Material de apoyo para la actividad 4 unidad 3: Desarrollo económico sostenible. |
| 2.7 | Material de apoyo para la actividad 8 unidad 1: Carrera Espacial.
Tabla 1: Cronología de la exploración espacial
Tabla 2: Sondas espaciales. | 2.25 | Material de apoyo para la actividad 5 unidad 3: Avances tecnológicos del siglo XX.
Tabla 1: Principales avances tecnológicos e industriales del siglo XX.
Tabla 2: principales avances en los medios de transporte y comunicación. |
| 2.8 | Material de apoyo para la actividad 9 unidad 1: Estados Arabes. | 2.26 | Material de apoyo para la actividad 5 unidad 3: Daniel Bell, La sociedad post-industrial. |
| 2.9 | Material de apoyo para la actividad 11 unidad 1: Perestroika.
Documento 1: Gorbachov y la "Nueva" Legitimidad.
Documento 2: Gorbachov: Las Relaciones Exteriores y El Nuevo Pensamiento. | 2.27 | Material de apoyo para la actividad 6 unidad 3: Política comercial de Chile en los noventa. |
| 2.10 | Material de apoyo para la actividad 13 unidad 1: Erik Hobsbawm, Visión Panorámica del Siglo XX | 2.28 | Material de apoyo para la actividad 7 unidad 3: Globalización. |
| 2.11 | Material de apoyo para la actividad 13 unidad 1: Francis Fukuyama ¿El Fin de la Historia? | 2.29 | Material de apoyo para la actividad 7 unidad 3: Visiones sobre la globalización.
Documento 1: Discurso de Juan Pablo II.
Documento 2: Ralf Dahrendorf, Hacia el siglo XXI. |
| 2.12 | Material de apoyo para la actividad 1 unidad 2: Concepto de la América Latina. | 2.30 | Material de apoyo para la actividad 8 unidad 3: Política Exterior de Chile. |
| 2.13 | Material de apoyo para la actividad 3 unidad 2: Regiones Naturales de América Latina. | 2.31 | Material de apoyo para la actividad 10 unidad 3: Manuel Castells, Globalización e identidad en América Latina. |
| 2.14 | Material de apoyo para la actividad 4 unidad 2: Indicadores demográficos para América Latina. | | |
| 2.15 | Material de apoyo para la actividad 9 unidad 2: Indicadores demográficos, sociales y económicos para América Latina. | | |
| 2.16 | Material de apoyo para la actividad 9 unidad 2: Subdesarrollo.
Documento 1: Enfoques sobre el subdesarrollo.
Documento 2: Concepto de subdesarrollo. | | |
| 2.17 | Material de apoyo para la actividad 10 unidad 2: Indigenismo. | | |
| 2.18 | Material de apoyo para la actividad 11 unidad 2: Identidad Latinoamericana. Discurso de Gabriel García Márquez al recibir el Premio Nobel de Literatura. | | |

Presentación

EL CUARTO AÑO MEDIO está dedicado al estudio de la sociedad contemporánea. Se busca que los alumnos y alumnas culminen su formación en Historia y Ciencias Sociales estudiando, analizando y comprendiendo algunas de las principales características del mundo actual y del desenvolvimiento histórico del siglo XX. Este año se dedica un tiempo importante a estudiar y conocer específicamente la realidad latinoamericana contemporánea; y a relacionar la realidad nacional con los procesos globales y regionales analizados.

Con 4º Medio se cierra el ciclo iniciado en 1º Medio. Luego de estudiar su realidad más próxima regional y nacional, en 1º Medio; de analizar la conformación histórica de la realidad nacional, en 2º Medio; de vincular la realidad vivida con los orígenes de la humanidad y con el desenvolvimiento histórico de Europa, en 3º Medio; interesa en Cuarto Año Medio que los estudiantes comprendan que su realidad se inscribe en un contexto mundial mayor, marcado por los acontecimientos políticos, sociales y tecnológicos ocurridos durante el siglo XX.

El programa está organizado en tres unidades. La primera, titulada “Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual”, está dedicada justamente al análisis de los grandes procesos y fenómenos políticos y culturales que marcan el desenvolvimiento histórico del siglo XX: las guerras mundiales, el peso de las ideologías, la guerra fría, la ebullición cultural de los sesenta, el neoliberalismo de los ochenta, la caída del bloque soviético, y el escenario político de fin de siglo. Esta unidad continúa el estudio histórico realizado en

Tercero Medio, y se inicia retomando la crisis de Europa a comienzos del siglo, pero luego se va adentrando en una mirada cada vez más global, a la par que se profundiza el proceso de mundialización. Se espera que en el análisis del desarrollo histórico del siglo XX los alumnos comprendan la paradoja que lo caracteriza, como una época en la cual se ha conjugado el límite del horror con un vertiginoso desarrollo científico y técnico y una ampliación de los espacios de libertad y pluralidad en la sociedad.

La segunda unidad, como su nombre lo indica, está dedicada al estudio de “América Latina Contemporánea”. Dado que la referencia a América Latina en los programas de los niveles anteriores de la Educación Media es fragmentaria e insuficiente para formarse una imagen sistemática de la región, este año se dedica una unidad a estudiar sus características geográficas, poblacionales, económicas, y culturales; a conocer el desenvolvimiento político del continente en la segunda mitad del siglo XX y a reflexionar sobre sus principales problemas y desafíos. Asimismo, en esta unidad, se conduce a los estudiantes a identificar los elementos que hacen a Chile parte de América Latina y a reflexionar sobre ellos mismos como portadores de una identidad cultural latinoamericana.

En la última unidad, denominada “El mundo actual”, se describen las grandes regiones que conforman el mundo, conduciendo a los estudiantes a visualizar y valorar la diversidad de realidades que se encuentran en el planeta; se caracteriza la situación mundial, dimensionando la gravedad de algunos de los grandes problemas que afectan a la humanidad, a la vez que reconociendo los esfuerzos que se empen-

den internacionalmente para superarlos; se estudia el fenómeno de la globalización, entendiendo que este es un proceso complejo, que comprende dimensiones comunicacionales, económicas, territoriales y culturales; se analiza la inserción de Chile en el mundo; y se establece un cierre del año analizando la globalización desde América Latina. Al conocer las principales características del mundo actual se espera que los jóvenes se visualicen como sujetos de una época específica, con características mundiales.

La secuencia entre las unidades está organizada cronológica y temáticamente. Se inicia el año revisando la historia del siglo XX y los procesos de alcance mundial que se generan a partir de los conflictos entre las potencias europeas en la primera mitad del siglo XX; luego se aborda con más detenimiento la realidad e historia latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX; para culminar sobre esta base analizando, en la última unidad, la globalización y las características del mundo contemporáneo.

En cada unidad se establecen vínculos con Chile, analizando los efectos en nuestro país de los procesos mundiales y regionales estudiados y reforzando el entendimiento de los estudiantes de su propia experiencia como parte de una historia mayor continental y mundial. En esta misma línea, se integraron en la unidad 3 los contenidos del marco curricular que aparecen bajo el título “Chile en el mundo”, no haciendo una unidad específica para tratar esta materia. Se busca así reforzar el logro del objetivo fundamental relativo al análisis de la inserción de Chile en América Latina y el mundo.

En este año se incorporan una serie de conceptos que los alumnos y alumnas no han

tratado con anterioridad, lo cual es consistente con la idea de un nuevo nivel que avanza hacia otros conocimientos. No obstante, es importante destacar que en este cuarto año se busca también consolidar conceptos trabajados antes, marcando una clara línea de continuidad con los años precedentes de la Educación Media, y con los estudios realizados en la Educación Básica. A lo largo del programa se destaca en distintas ocasiones este vínculo, que es importante que los profesores y profesoras a su vez hagan visible a sus alumnos y alumnas, para reforzar la apropiación e integración de los conocimientos adquiridos en el sector.

Respecto al desarrollo de las habilidades ocurre otro tanto: se trabaja con mayor exigencia en las habilidades características del sector. Como ha sido la tónica de los anteriores programas del sector, este año se da un espacio privilegiado al desarrollo de las habilidades de reflexión, crítica, formulación de opiniones propias, indagación, debate y confrontación de visiones, en un marco ético provisto por los Objetivos Fundamentales Transversales. Más que nunca en 4º Medio hay que insistir en la consolidación de un pensamiento propio, que será finalmente la herramienta que portarán los estudiantes para desenvolverse en la sociedad. Al término de su educación escolar es fundamental que los jóvenes egresen como sujetos de su propia vida y de la sociedad. Las actividades propuestas en el programa combinan experiencias diversas que buscan asegurar el logro de las habilidades y actitudes promovidas por los Objetivos Fundamentales Transversales, e intentan fomentar el entusiasmo y compromiso de los jóvenes.

En esta línea es importante a lo largo del programa no entregar una visión negativa y pesimista de la historia y la sociedad contemporánea. Efectivamente, como los mismos estudiantes aprenderán, los horrores vividos en el siglo XX y la magnitud de los problemas que aquejan a la humanidad han puesto en cuestión la idea de progreso. No obstante, en los inicios de un nuevo siglo es fundamental que los alumnos y alumnas visualicen los esfuerzos internacionales que se realizan para superar estos problemas y aprecien la importancia de fortalecer los compromisos personales para construir un futuro mejor.

Como en los programas anteriores, en cada unidad se definen:

- los contenidos que deben abordarse;
- los aprendizajes que se espera los estudiantes logren como resultado del proceso educativo;
- las actividades genéricas que deben realizarse;
- ejemplos para realizar las actividades genéricas, que pueden aplicarse tal y como se indican o alterarse de acuerdo a la realidad escolar específica. En varios de ellos se indica una serie de pasos, que se enumeran, y que en su conjunto dan cuenta de la actividad genérica. En algunos casos se incluyen ejemplos alternativos, por los que puede optarse en reemplazo de los entregados si se estima conveniente, y ejemplos complementarios, que se pueden realizar si existe interés por profundizar algún aspecto, o si se cuenta con un mayor tiempo para el sector;
- indicaciones al docente, que son aclaraciones del sentido de la actividad o recomendaciones sobre los énfasis que se debe establecer.

Junto con los aprendizajes que se espera que los estudiantes logren en cada una de las unidades del programa, se pretende que durante el año logren aprendizajes vinculados con el desarrollo de las habilidades de comunicación, pensamiento crítico e investigación; y con los valores y actitudes que el programa fomenta. Estos aprendizajes, que tienen un carácter transversal, se puntualizan luego del cuadro sinóptico de contenidos y unidades, y se integran en el desarrollo de las actividades y en la evaluación de las diversas unidades.

Para orientar la realización de un proceso de evaluación acorde con los lineamientos del programa se ofrece, en el Anexo 1, un conjunto de ejemplos de evaluación para cada una de las unidades. Se incluyen ejemplos para evaluar actividades diversas: investigaciones, ensayos, debates, etc.; los cuales se aplican a los diferentes temas del programa.

El Anexo 2 incluye materiales específicos para facilitar la realización de los ejemplos de actividades propuestos. Algunos de éstos son apropiados para el uso por parte de los estudiantes, otros en tanto servirán de apoyo a los docentes en la preparación de sus clases. Cabe tener presente que el uso de estos materiales es opcional, y pueden complementarse o ser reemplazados por otros materiales didácticos, en especial, los del Centro de Recursos de Aprendizaje del establecimiento y de la red Enlaces.

Considerando las temáticas del nivel, un recurso pedagógico que se propone con frecuencia en el programa, muy interesante y a la vez muy atractivo para los jóvenes, es el cine. En las distintas unidades se recomienda una serie de películas que pueden ayudar al entendimien-

to de los procesos y fenómenos estudiados; y a una apreciación más valorativa de los mismos, reforzada por la emoción que provocan las imágenes. Si el interés del docente, del curso y del establecimiento por el cine es mayor, se podría llegar a montar un ciclo de videos sobre el siglo XX. Para apoyar el uso de este recurso pedagógico se incluye un anexo con un listado de películas recomendadas, y los temas que se podrían trabajar en torno a ellas (ver Anexo 3).

Por último, se incorpora, una bibliografía de apoyo orientada a los docentes, y un listado de sitios internet, que son recomendados tanto para los docentes como para los estudiantes. Sobre el uso de recursos informáticos, a modo general se sugiere tener presente el sitio web de Enlaces, del Ministerio de Educación, (www.enlaces.cl), el cual contiene una serie de recursos didácticos y vínculos con otros sitios educativos que pueden ser muy útiles.

Objetivos Fundamentales Transversales y su presencia en el programa

LOS OBJETIVOS FUNDAMENTALES Transversales (OFT) definen finalidades generales de la educación referidas al desarrollo personal y la formación ética e intelectual de alumnos y alumnas. Su realización trasciende a un sector o subsector específico del currículum y tiene lugar en múltiples ámbitos o dimensiones de la experiencia educativa, que son responsabilidad del conjunto de la institución escolar, incluyendo, entre otros, el proyecto educativo y el tipo de disciplina que caracteriza a cada establecimiento, los estilos y tipos de prácticas docentes, las actividades ceremoniales y el ejemplo cotidiano de profesores y profesoras, administrativos y los propios estudiantes. Sin embargo, el ámbito privilegiado de realización de los OFT se encuentra en los contextos y actividades de aprendizaje que organiza cada sector y subsector, en función del logro de los aprendizajes esperados de cada una de sus unidades.

Desde la perspectiva señalada, cada sector o subsector de aprendizaje, en su propósito de contribuir a la formación para la vida, conjuga en un todo integrado e indisoluble el desarrollo intelectual con la formación ético-social de alumnos y alumnas. De esta forma se busca superar la separación que en ocasiones se establece entre la dimensión formativa y la instructiva. Los programas están contruidos sobre la base de contenidos programáticos significativos que tienen una carga formativa muy importante, ya que en el proceso de adquisición de estos conocimientos y habilidades los estudiantes establecen jerarquías valóricas, formulan juicios morales, asumen posturas éticas y desarrollan compromisos sociales.

Los Objetivos Fundamentales Transversales definidos en el marco curricular nacional (Decreto N° 220) corresponden a una explicitación ordenada de los propósitos formativos de la Educación Media en cuatro ámbitos: *Crecimiento y Autoafirmación Personal, Desarrollo del Pensamiento, Formación Ética, Persona y Entorno*; su realización, como se dijo, es responsabilidad de la institución escolar y la experiencia de aprendizaje y de vida que ésta ofrece en su conjunto a alumnos y alumnas. Desde la perspectiva de cada sector y subsector, esto significa que no hay límites respecto a qué OFT trabajar en el contexto específico de cada disciplina; las posibilidades formativas de todo contenido conceptual o actividad debieran considerarse abiertas a cualquier aspecto o dimensión de los OFT.

Junto a lo señalado, es necesario destacar que hay una relación de afinidad y consistencia en términos de objeto temático, preguntas o problemas, entre cada sector y subsector, por un lado, y determinados OFT, por otro. El presente programa de estudio ha sido definido incluyendo ('verticalizando') los objetivos transversales más afines con su objeto, los que han sido incorporados tanto a sus objetivos y contenidos, como a sus metodologías, actividades y sugerencias de evaluación. De este modo, los conceptos (o conocimientos), habilidades y actitudes que este programa se propone trabajar integran explícitamente gran parte de los OFT definidos en el marco curricular de la Educación Media.

El Programa de Historia y Ciencias Sociales de Cuarto Año Medio refuerza algunos

OFT que tuvieron presencia y oportunidad de desarrollo durante la Educación Media y adicionan otros propios de las nuevas unidades:

- Los OFT referidos al *Conocimiento y la Autoafirmación Personal* encuentran posibilidades de desarrollo –en especial aquellas referidas al conocimiento de la realidad y el impacto sobre la vida personal y social–, en las tres unidades del programa. Especialmente, al penetrar en las características y los dilemas del mundo actual; y en la invitación constante a los estudiantes para que reflexionen sobre los procesos estudiados a partir de sí mismos, de sus vivencias y de las experiencias de adultos cercanos.
- Los OFT del ámbito *Desarrollo del Pensamiento*, referidos a las habilidades de investigación (selección y organización de información, revisión de planteamientos, suspensión del juicio en ausencia de información suficiente); habilidades comunicativas (exposición coherente y fundamentada de ideas, opiniones, convicciones, sentimientos y experiencias); habilidades de análisis, interpretación y síntesis de información. Muchas de las actividades planteadas proponen modalidades de trabajo explícitamente orientadas al desarrollo de habilidades referidas al desarrollo del pensamiento indagador, crítico, reflexivo e interpretativo a través de análisis estadísticos, lectura de mapas y lectura de documentación especializada.
- Los OFT del ámbito *Formación Ética*. En todas las unidades del programa se hace referencia a los valores que se vinculan con los derechos humanos, la diversidad cultural, la democracia, el desarrollo sustentable, la plu-

ralidad de visiones y actores que caracteriza la vida contemporánea. De la misma manera, el programa pone un signo de alerta frente a los graves problemas éticos que plantean la pobreza, al deterioro ambiental, el desarrollo vertiginoso de la tecnología.

- Los OFT del ámbito *Persona y su Entorno*. El programa incorpora en sus diferentes unidades muchos de los OFT planteados, en relación con la inserción social de las mujeres, el fortalecimiento de la religiosidad, la protección del entorno natural, la participación ciudadana, la valoración de la familia, las actitudes respecto del trabajo, y el conocimiento y valoración de los actores, la historia y las tradiciones que caracterizan el mundo latinoamericano y el chileno.

Junto a lo señalado, el programa, a través de las sugerencias al docente explícitamente invita a prácticas pedagógicas que realizan los valores y orientaciones éticas de los OFT, así como sus definiciones sobre habilidades intelectuales y comunicativas.

Además, el programa se hace cargo de los OFT de Informática incorporando en diversas actividades y tareas la búsqueda de información a través de redes de comunicación y empleo de softwares.

Objetivos Fundamentales

Los alumnos y las alumnas desarrollarán la capacidad de:

1. Identificar las grandes regiones geopolíticas que conforman el mundo actual, conociendo sus principales rasgos geográficos, demográficos, económicos, políticos y culturales.
2. Analizar relaciones de influencia, cooperación y conflicto entre regiones y naciones; entender el carácter transnacional de la economía y el impacto de la tecnología en la globalización mundial.
3. Conocer y analizar, desde diversas perspectivas, algunas de las principales características de la sociedad contemporánea, comprendiendo su multicausalidad.
4. Entender la complejidad de algunos de los grandes problemas sociales del mundo contemporáneo, como son la pobreza y el deterioro medio ambiental; comprender que su resolución no es simple y que implica la acción conjunta de diversos actores sociales; valorar la solidaridad social y la importancia del cuidado del medio ambiente.
5. Conocer los grandes procesos históricos mundiales de la segunda mitad del siglo XX, como antecedente de la conformación del orden mundial actual, reconociendo que la sociedad contemporánea es fruto de procesos históricos.
6. Comprender la complejidad social y cultural actual de América Latina, identificando elementos de continuidad y cambio en los procesos históricos.
7. Analizar la inserción de Chile en América Latina y el mundo.
8. Seleccionar, interpretar y comunicar en forma oral, escrita y gráfica información histórica, geográfica y social, utilizando una pluralidad de fuentes, incluyendo información difundida por los medios de comunicación social.
9. Valorar su propia experiencia de vida como parte de una experiencia histórica mayor, continental y mundial.
10. Valorar la diversidad cultural de la humanidad.

Unidades, contenidos y distribución temporal

Cuadro sinóptico

Unidades	
1	2
Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual	América Latina contemporánea
Contenidos	
<ul style="list-style-type: none"> • El mundo de entreguerras. • Consecuencias de la Segunda Guerra Mundial: reordenamiento de los bloques políticos y descolonización. • La Guerra Fría: capitalismo y socialismo. Las relaciones entre EE.UU. y la Unión Soviética. La formación del bloque socialista. Las características del mundo bipolar. • De un mundo bipolar a un mundo multipolar: el papel de Europa, China y Japón. Los países no-alineados y el Tercer Mundo. • La caída del muro: el fin del bloque socialista, la transformación de los estados de Europa Oriental y el debate sobre el futuro del socialismo. • El ascenso del neoliberalismo en la década de 1980: Estados Unidos, Inglaterra y América Latina. • La sociedad contemporánea: análisis de algunos de sus principales rasgos, tales como: la masificación y democratización, la transformación en la inserción social de las mujeres, la creciente autonomía de los jóvenes, el derrumbe de las utopías sociales y el fortalecimiento de la religiosidad. • Identificación de los efectos de estos procesos históricos mundiales en Chile a través de la memoria de la comunidad. 	<ul style="list-style-type: none"> • Geografía física y humana de América Latina: climas y relieves; regiones; población; zonas económicas. • América Latina en la segunda mitad del siglo XX: sus desafíos y frustraciones; la búsqueda del desarrollo y de la equidad; masificación y urbanización acelerada; cosmopolitismo e indigenismo; sus relaciones con Estados Unidos; revoluciones, reformas, gobiernos autoritarios y procesos de redemocratización. • Chile y América Latina: identificación y discusión de elementos económicos, sociales, políticos y culturales comunes, a través de un ensayo que contemple diversas fuentes e interpretaciones y precisión en el uso de conceptos.
Tiempo estimado	
12-14 semanas	10-12 semanas
Conceptos centrales de cada unidad	
Capitalismo Socialismo Fascismo Totalitarismo Democracia Derechos humanos Guerra Fría Descolonización Estado de bienestar Neoliberalismo Transformación de la sociedad	América Latina Unidades naturales Urbanización Subdesarrollo Cambio social Indigenismo Identidad latinoamericana

3

El mundo actual

- Regiones del mundo: caracterización geográfica, demográfica, económica, política y cultural de las grandes regiones geopolíticas que conforman el mundo actual. Profundización en el conocimiento de una región a través de una investigación documental.
- La pobreza y el deterioro medio ambiental como grandes problemas de orden mundial: caracterización del problema considerando diversas perspectivas y discusión de las resoluciones internacionales correspondientes.
- Revolución tecnológica e informática: el desarrollo de la tecnología y de los sistemas de comunicación y su impacto en la organización laboral y en la tendencia a la globalización mundial.
- La globalización de la economía: principales cambios experimentados en la economía mundial en las últimas décadas, con referencia al proceso de internacionalización de la producción y de las finanzas, la transnacionalización del capital, la liberalización del comercio de bienes y servicios. Interdependencia económica entre las naciones.
- Relaciones de influencia, cooperación y conflicto entre regiones y naciones; análisis de casos.
- Principales lineamientos de las relaciones exteriores del país. Intercambio y cooperación con los países vecinos, con los de América Latina y del resto del mundo.
- Relaciones económicas internacionales de Chile y su participación en bloques económicos.
- Tratados internacionales sobre derechos humanos, igualdad de oportunidades para mujeres y hombres, preservación del medio ambiente y superación de la pobreza.

12-14 semanas

Región
 Desarrollo sostenible
 Desarrollo humano
 Revolución tecnológica
 Globalización
 Transnacionalización de la economía
 Bloque económico
 Política de relaciones exteriores

Aprendizajes esperados transversales

- Profundiza su autoconocimiento y afirmación personal, a través del estudio de los principales procesos del mundo contemporáneo y las repercusiones de éstos sobre sus propias vivencias y las de adultos cercanos.
- Se visualiza a sí mismo como protagonista de una época sorprendente y desafiante, y comprende que la construcción del futuro depende de todos.
- Analiza y problematiza las principales características y procesos de la sociedad y la historia contemporánea, considerando visiones contrapuestas.
- Evalúa desde la perspectiva de los derechos humanos las principales características y procesos de la historia y sociedad contemporáneas.
- Sitúa a Chile en el contexto mundial y latinoamericano, reconociendo y valorando rasgos propios de la identidad nacional.
- Elabora e interpreta mapas, relacionando la información allí contenida con los procesos históricos y sociales estudiados.
- Investiga utilizando distintas fuentes documentales, orales, estadísticas y gráficas, mostrando un manejo selectivo y riguroso de la información a la que accede, y capacidades de análisis crítico y de interpretación de las fuentes consultadas.
- Establece relaciones entre los procesos estudiados, considerando su multicausalidad y descubriendo sus relaciones recíprocas.
- Reflexiona, critica, debate y emite opiniones propias sobre los problemas que afectan a la humanidad, reparando en la complejidad y difícil resolución que los caracteriza.
- Comunica ideas de manera coherente en forma oral, escrita y gráfica, distinguiendo entre opiniones, interpretaciones y hechos, evidenciando capacidad de pensamiento autónomo, y mostrando respeto por la diversidad y tolerancia frente a las ideas divergentes.
- Reconoce el valor de la democracia y la importancia que para ella tiene el respeto de los derechos humanos, de la diversidad cultural, el pluralismo, la solidaridad y la participación ciudadana.
- Relaciona su propia experiencia de vida con la trayectoria de nuestra nación, de América Latina y del mundo actual.



Unidad 1

Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

En esta unidad se aborda los grandes procesos y acontecimientos políticos, económicos y culturales que marcan el desenvolvimiento histórico del siglo XX. Se espera que en este recorrido los estudiantes comprendan la envergadura de las transformaciones que se han producido en el siglo XX en el orden internacional: la historia se mundializa, es decir, desde fines del siglo XIX y comienzos del XX se produce tal entrecruzamiento de fenómenos que vinculan a las potencias hegemónicas con el resto del planeta que se da una proyección de la vida de éstas a escala mundial, preludiando lo que será la era de la globalización con la que culmina el siglo XX. La situación de fin de siglo se caracteriza por el dominio del capitalismo como sistema económico en todo el mundo y el predominio de Estados Unidos en el escenario político internacional.

La unidad se aproxima al estudio de estos temas en un orden cronológico. Se inicia con una actividad introductoria que busca que los estudiantes se formen una visión global del siglo, que los ayude a situar temporalmente los procesos que estudian, e integrarlos en una secuencia ordenadora. Luego se inicia el trabajo propiamente histórico, analizando la génesis de la sociedad de masas en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Luego se estudia la Revolución Rusa, y su impacto en el establecimiento del primer estado socialista en el mundo. Posteriormente caracterizan la emergencia del fascismo en Italia y Alemania, y la proyección de la ideología fascista hasta el presente. Tanto en el caso de la Revolución Rusa, como en el de los fascismos, interesa ir destacando el peso de las ideologías, que será una constante de los procesos históricos del siglo.

Con posterioridad estudian la Europa de entreguerras, los totalitarismos de la Alemania Nazi y al comunismo stalinista, la Segunda Guerra Mundial, el período de la Guerra Fría, la descolonización de África y Asia y la emergencia del llamado Tercer Mundo, la existencia de un orden multipolar en los setenta, el ascenso del neoliberalismo en los ochenta y la caída del bloque soviético. El estudio de estos procesos interesa que sea más analítico que descriptivo. Conociendo ciertos antecedentes fundamentales de los mismos, se deben orientar las actividades hacia una consideración de sus dimensiones y sus efectos en las relaciones internacionales y en la vida cotidiana de las

personas. En especial interesa que sea claro para los estudiantes cómo se va transformando y mundializando el sistema de relaciones internacionales.

En esta unidad se analiza el impacto de estos procesos históricos en rasgos y procesos sociales distintivos de la sociedad contemporánea como son: la masificación y democratización, la transformación de la inserción social de las mujeres, la creciente autonomía de los jóvenes, el derrumbe de las utopías sociales y el fortalecimiento de las religiosidades. Interesa que los estudiantes perciban que los grandes cambios tecnológicos, políticos y comunicacionales que se han vivido en la época contemporánea han estado acompañados a su vez por grandes transformaciones sociales, modificándose sustancialmente la forma en que las personas viven y se relacionan entre sí. En los balances del siglo estos cambios suelen ubicarse en el lado positivo, destacándose los espacios de libertad y pluralidad que se han abierto en la época actual. Cabe señalar que en el marco curricular estos temas se especifican junto con los contenidos que en este programa se trabajan en la Unidad 3. Esta modificación se ha realizado para darle mayor profundidad histórica al estudio de estos temas; a la vez, al situarlos en esta unidad se busca destacar que durante el siglo XX, junto con la ocurrencia de grandes procesos históricos de carácter político, se va produciendo un cambio profundo del modo de vida, especialmente en el mundo occidental. Algunos de estos cambios se dan temprano en el siglo, como la constitución de una sociedad de masas; otros, en tanto, se vinculan con procesos ocurridos a fin del siglo, como el derrumbe de las utopías y el fortalecimiento de las religiosidades o la emergencia de los fundamentalismos en el escenario mundial. Con todo, si el docente estima conveniente abordar estos temas en la tercera unidad, puede hacerlo.

Durante el transcurso de la Unidad 1 se espera que los jóvenes comprendan la paradoja del siglo XX, un periodo caracterizado por el desarrollo vertiginoso de la ciencia y la tecnología, y por transformaciones sociales que han incidido en la democratización de la sociedad; pero, también, caracterizado por las expresiones inusitadas de horror y muerte que se han vivido en el siglo y se siguen viviendo en el mundo actual. A diferencia de la gran fe en el progreso que caracterizó el cambio de siglo anterior, en este final de siglo existe una clara conciencia de las limitaciones de la capacidad de progresar de la humanidad.

Esta unidad es especialmente favorable para trabajar los OFT, particularmente la valoración de los derechos humanos, las formas de convivencia democráticas y los mecanismos de resolución pacífica de los conflictos.

Contenidos

- El mundo de entreguerras.
- Consecuencias de la Segunda Guerra Mundial: reordenamiento de los bloques políticos y descolonización.
- La Guerra Fría: capitalismo y socialismo. Las relaciones entre EE.UU. y la Unión Soviética. La formación del bloque socialista. Las características del mundo bipolar.
- De un mundo bipolar a un mundo multipolar: el papel de Europa, China y Japón. Los países no-alineados y el Tercer Mundo.
- La caída del muro: el fin del bloque socialista, la transformación de los estados de Europa Oriental y el debate sobre el futuro del socialismo.
- El ascenso del neoliberalismo en la década de 1980: Estados Unidos, Inglaterra y América Latina.
- La sociedad contemporánea: análisis de algunos de sus principales rasgos, tales como: la masificación y democratización, la transformación en la inserción social de las mujeres, la creciente autonomía de los jóvenes, el derrumbe de las utopías sociales y el fortalecimiento de la religiosidad.
- Identificación de los efectos de estos procesos históricos mundiales en Chile a través de la memoria de la comunidad.

Aprendizajes esperados

Los alumnos y alumnas:

1. Reconocen la importancia de las ideologías en el desarrollo histórico del siglo XX.
2. Analizan críticamente los rasgos distintivos de los sistemas totalitarios y aplican el concepto de totalitarismo a la Alemania Nazi, y al comunismo stalinista.
3. Caracterizan los efectos de la crisis económica de 1929.
4. Comprenden que la Segunda Guerra Mundial tiene características distintivas sin precedentes, y valoran la penalización de los crímenes contra la humanidad y la paz surgidos luego de ella.
5. Valoran la Declaración Universal de los Derechos del Hombre como un elemento fundante de un orden social nuevo.

6. Comprenden que luego de la Segunda Guerra Mundial se produce un reordenamiento de los bloques políticos, y un proceso de descolonización, que generan un nuevo escenario mundial.
7. Dimensionan las implicancias de vivir en Guerra Fría, reconociendo allí los ejes de las relaciones internacionales en la segunda mitad del siglo XX.
8. Entienden los desafíos y cambios que plantea al orden internacional la emergencia del llamado Tercer Mundo con sus diversas expresiones.
9. Visualizan cómo a partir de los años sesenta surge una diversidad de actores (Europa, China, Japón, países no alineados, Liga Árabe) que dinamizan el escenario político internacional y señalan el paso de un mundo bipolar a uno multipolar.
10. Reconocen la transformación de la sociedad que se produce en el siglo XX, con especial referencia a la masificación y democratización, la transformación en la inserción social de las mujeres, la creciente autonomía de los jóvenes, el derrumbe de las utopías sociales y el fortalecimiento de los fundamentalismos religiosos, visualizando sus expresiones en la vida cotidiana de adultos cercanos.
11. Comprenden los cambios ocurridos en el sistema internacional a fines de siglo, a partir de la caída de los socialismos reales en Europa y en la URSS, y del auge del neoliberalismo.
12. Consideran cómo durante el siglo XX se instala en el debate intelectual una visión crítica de los paradigmas racionalistas y se tiene una más clara conciencia de las limitaciones de nuestra capacidad de progresar.
13. Reconocen algunos de los efectos que los procesos históricos del siglo XX tuvieron en Chile.
14. Comprenden que el mundo que les ha correspondido vivir puede explicarse a partir de sus raíces históricas.

Actividades genéricas y ejemplos

Actividad 1

Se introducen al estudio de la historia del siglo XX.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora recurre a testimonios de personalidades internacionales diversas acerca de la visión que ellas tienen sobre el siglo XX (ver Anexo 2.1) para mostrar a los estudiantes las múltiples y contrastantes dimensiones que se destacan al caracterizar este período histórico.
2. Utilizando libros, enciclopedias, revistas, diarios o internet, alumnos y alumnas recolectan un conjunto de imágenes de personajes y acontecimientos políticos, tecnológicos y culturales destacados del siglo XX. Divididos en grupos, sitúan dichas imágenes sobre una línea del tiempo, y en el mapamundi.

INDICACIONES AL DOCENTE

En esta actividad es clave reforzar el manejo del mapamundi para consolidar su habilidad de localización espacial. Si no se dispone de un mapamundi mural se recomienda que los estudiantes elaboren uno a propósito de esta actividad, y que se mantenga en la sala para ir localizando los procesos estudiados. Es clave, asimismo, conducir la recolección de información para que se considere todo el siglo.

3. El docente cierra la actividad destacando a partir de las imágenes que trabajaron los alumnos y alumnas, los procesos históricos que serán estudiados en la unidad. Y los motiva al estudio de las temáticas que serán abordadas en 4º Medio, las cuales les permitirán obtener una visión de la sociedad contemporánea.

Actividad 2

Analizan la génesis histórica de la sociedad de masas que caracteriza al siglo XX, a través del estudio de la Primera Guerra Mundial y de fenómenos culturales de principios del siglo.

Secuencia de ejemplos

1. El docente invita a los estudiantes a recuperar conocimientos de 3º Medio, al proponer la Primera Guerra Mundial como un hito que separa dos épocas. Se detiene en el carácter masivo de esta conflagración y del uso en ella de las innovaciones técnicas, como una forma de aproximarse a la génesis histórica de algunos rasgos distintivos de la sociedad contemporánea.

INDICACIONES AL DOCENTE

Al tratar el fenómeno de masas en la Primera Guerra Mundial se sugiere considerar el hecho de que la sociedad entera es movilizaba, en el frente de batalla y en las fábricas –hombres y mujeres–, lo que tendrá consecuencias relevantes en la post-guerra; y mencionar la gran cantidad de muertos y heridos en los campos de batalla. También se sugiere enfatizar el carácter de los nuevos armamentos, en los cuales se aplica el enorme avance científico del siglo XIX; y analizar cómo el uso de revolucionados medios de comunicación y transporte en la guerra, anuncian temas como el de la sociedad de la información, la opinión pública, la propaganda y el adoctrinamiento ideológico sistemático que caracterizaron a buena parte del siglo.

2. Los alumnos y alumnas investigan en biblioteca sobre el origen y los primeros momentos de la radio y del cine. El docente explica cómo estos medios se suman al aumento del tiraje de los periódicos, dando origen a los medios de comunicación de masas que también se usan con el propósito de crear y manipular opinión pública y de difusión de propaganda ideológica. El profesor o profesora invita a los estudiantes a establecer una comparación entre las características y los mensajes transmitidos por los actuales medios de comunicación de masas y el proceso histórico descrito.
3. El profesor o profesora presenta el tema de la progresiva mundialización de la cultura de masas haciendo referencia a fenómenos culturales propios del período tales como la difusión del deporte, la presencia de elementos africanos y asiáticos en la plástica de vanguardia, y el fenómeno del tango y el jazz que conquistan Europa después de la Primera Guerra.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se sugiere coordinar esta actividad con los docentes del sector de Educación Artística. Relacionando con lo visto en 2º Medio, se puede hacer referencia a este proceso en Chile, aludiendo a la transformación de la participación en la política y la cultura a través de la ampliación de los medios, y al mayor espacio y respeto que la clase media gana en los primeros treinta años del siglo XX.

4. Con la ayuda del docente los estudiantes conceptualizan qué es una sociedad de masas.

Actividad 3

Identifican los rasgos fundamentales de la Revolución Bolchevique y del nacimiento de la URSS, y aplican el concepto de revolución a este proceso.

Secuencia de ejemplos

1. Los alumnos y alumnas se dividen en grupos. Uno de ellos elabora una cronología de los acontecimientos revolucionarios de Rusia; otro, una biografía de Lenin; y, un tercero, una caracterización de los bolcheviques. En clases ponen en común su trabajo, y luego relacionan los acontecimientos políticos, con la figura de Lenin y la actuación de los bolcheviques.
2. El profesor o profesora destaca el papel jugado por el pensamiento marxista y por el liderazgo de Lenin en los acontecimientos más significativos de la Revolución Rusa hasta la formación de la URSS.
3. El docente describe las características de la sociedad soviética después de la Revolución Rusa, hasta fines de la década de 1920.

INDICACIONES AL DOCENTE

Es conveniente recordar que la primera década que sigue a la Revolución Rusa se caracteriza como un período de guerra civil (1918-1921) seguido de la implantación del llamado comunismo de guerra, caracterizado por una completa centralización de la distribución de bienes, base de la Nueva Política Económica; de fuertes restricciones a las libertades, la eliminación de los partidos políticos que disputasen el poder a los bolcheviques, el terror sistemático llevado a cabo por organismos especializados; la creación del Ejército Rojo, y el interés de expandir la revolución socialista en Europa; la constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el problema de la sucesión de Lenin, el ascenso de Stalin como secretario del Partido Comunista y las exclusiones de los otros líderes bolcheviques. A lo anterior, se podría agregar la vitalidad de las vanguardias artísticas, en plástica, teatro, literatura y cine, durante esta década en la URSS.

4. Con la guía del docente, los estudiantes recuerdan el concepto de revolución trabajado en 3º Medio, lo aplican a la Revolución Rusa, y comparan ésta con la Revolución Francesa.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se espera que los alumnos y alumnas recuerden la demolición del Antiguo Régimen (del Absolutismo, de la sociedad estamental y de la feudalidad) y la creación de un orden político y social nuevo, liberal y burgués, que exalta al individuo. Sería conveniente que recordaran el papel que jugó la guerra en el proceso revolucionario. Al comparar con la Revolución Rusa los alumnos tendrían que destacar las diferencias a partir de la existencia del partido bolchevique y de la orientación socialista de esta revolución.

Actividad 4

Analizan el fascismo como proceso histórico y como fenómeno ideológico.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora sitúa el fascismo. Utilizando un mapa muestra los diferentes gobiernos fascistas europeos en las décadas de 1920 y 1930 (Italia, Hungría, Rumania, Polonia, Austria, Alemania, España y Portugal) y analiza en qué circunstancias históricas se originaron.
2. Luego de leer documentos, ver imágenes fotográficas, películas o documentales de la época, los alumnos y alumnas analizan críticamente cómo y por qué el fascismo pudo resultar atractivo para algunos sectores en su tiempo y buscan entender las razones de su extensión en el período (Anexo 2.2). El docente hace mención al impacto de las ideas fascistas en Latinoamérica y en Chile.

INDICACIONES AL DOCENTE

Es conveniente recordar la existencia de un partido Nacional Socialista en Chile entre 1932 y 1938, la adhesión que generó entre universitarios de clase media, su apoyo electoral y su final dramático. También se sugiere mencionar la influencia del fascismo en Brasil y en Argentina.

3. Guiados por el profesor o profesora consideran críticamente la tipología del fascismo que elabora Stanley Payne (Anexo 2.3). El docente plantea la diferencia entre una descripción histórica del fascismo de entreguerras y una tipología del fascismo, que permite reconocer características del fascismo en otros contextos históricos.

Actividad 5

Reconocen las características cíclicas de la economía capitalista y descubren el impacto y los efectos de la Gran Crisis de 1929 en distintos lugares del mundo.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora introduce el tema, situando la crisis de 1929 en relación con las actividades anteriores. Se refiere a los ciclos de auge y depresión que han caracterizado la historia del capitalismo. Menciona los rasgos fundamentales de la economía en cada una de estas fases.

INDICACIONES AL DOCENTE

Es esta una ocasión adecuada para reforzar conceptos de economía que alumnos y alumnas trabajaron en 1º Medio, y para vincular este tema con lo aprendido en 3º Medio sobre la evolución del capitalismo, y en 2º Medio sobre historia de Chile.

2. Utilizando datos estadísticos, expresados en gráficos, alumnos y alumnas, organizados en grupos, analizan los efectos económicos y sociales de la crisis de 1929 en la economía mundial. Luego comparan las conclusiones de los distintos grupos. El docente hace notar la ausencia de los efectos de esta crisis en una economía cerrada al comercio internacional y planificada, como era la de la URSS en esa época.

Ejemplo complementario

Los estudiantes ven y discuten el capítulo de la Gran Depresión del reportaje “El siglo de la gente” producido por la BBC.

3. A partir del análisis anterior, el profesor o profesora explica los efectos políticos que tuvo la crisis del 29 en diversas regiones del mundo, y hace referencia específicamente a la solución ensayada en los Estados Unidos para salir de la depresión.

INDICACIONES AL DOCENTE

Es conveniente retomar los conocimientos que los estudiantes adquirieron en 2º Medio sobre los efectos de la crisis de 1929 en Chile.

Actividad 6

Estudian los totalitarismos de entreguerras y analizan críticamente las características distintivas de las sociedades totalitarias.

Secuencia de ejemplos

1. Los alumnos y alumnas leen un texto sobre la vida en el régimen estalinista, y otro sobre la vida en el régimen nazi. El docente entrega un conjunto de preguntas que ayudarán a los estudiantes a analizar los documentos, de manera de poder caracterizar el terror en las sociedades totalitarias; y contrastar la vida en estas sociedades con la vida en las sociedades democráticas.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se recomienda recurrir a extractos de *Archipiélago Gulag* (1818-1956) de A. Solzhenitsyn y del *Diario de Ana Frank*, para caracterizar la vida en las sociedades totalitarias en la Unión Soviética y en la Alemania nazi.

Ejemplo complementario

Los alumnos y alumnas complementan su lectura de un testimonio de época con la reflexión sobre alguna película que dé cuenta de los rasgos distintivos de las sociedades totalitarias. (Algunos ejemplos de películas son: *Cabaret*; *El gran dictador*; *Archipiélago Gulag*; *1984*).

2. Los estudiantes ponen en común su análisis de las sociedades totalitarias, comparten una reflexión ética sobre ellas. El profesor o profesora cierra haciendo una síntesis de las características de las sociedades totalitarias (la dominación por el miedo, el culto a la personalidad del líder, sometimiento total al Estado).

INDICACIONES AL DOCENTE

Una caracterización del totalitarismo se encuentra en el Anexo 2.4.

Esta actividad se presta para reforzar los objetivos transversales relativos a la valoración de los derechos humanos y de la democracia. Se puede aprovechar esta ocasión para coordinar el aprendizaje con el sector de Filosofía.

Actividad 7

Se familiarizan con los rasgos distintivos de la Segunda Guerra Mundial y analizan los efectos que hasta el presente han tenido en la formación de una mayor conciencia humanitaria.

Secuencia de ejemplos

1. Los estudiantes ven una película o documental que caracterice aspectos sustantivos de la Segunda Guerra Mundial.

INDICACIONES AL DOCENTE

Hay diversas películas sobre esta guerra, pero habría que cuidar que se elija alguna que apunte a los objetivos de la actividad. Algunas posibles son: *La lista de Schindler*, *Soldado Ryan*, *El puente sobre el río Kwai*, *Furyo*, *El día más largo del siglo*.

2. El profesor o profesora explica las principales características de la Segunda Guerra Mundial: guerra total, ocupación, resistencia, genocidios (campos de concentración, holocausto), bomba atómica. Alumnos y alumnas leen y analizan documentos o discursos de la época que interpreten el conflicto como una disputa entre democracia y fascismo (ver Anexo 2.5).
3. Organizados en grupos, investigan y redactan un informe sobre la vida y actuación de algunos de los líderes civiles o militares gravitantes durante la Segunda Guerra Mundial, a su elección; o sobre las batallas claves de ésta.
4. Preparan una carpeta sobre la historia de la bomba atómica arrojada sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki y las consecuencias de la emergencia del peligro nuclear.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se puede motivar la preparación de la carpeta con la lectura de algunos documentos sobre la bomba atómica. Véase el Anexo 2.6.

Ejemplo complementario

Sobre la base de películas, documentales, obras de arte (como el Guernica de Picasso), relatos, o historia oral, se familiarizan con la Guerra Civil Española, y reflexionan sobre su carácter anticipatorio de la Segunda Guerra Mundial.

5. El profesor o profesora retoma el final de la guerra: se refiere a los juicios de Nuremberg y Tokio. Analiza la definición de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Explica la creación de la Organización de Naciones Unidas. Trata el origen del Estado de Israel y plantea los problemas que originó al desplazar al pueblo palestino de los territorios del nuevo Estado-nación.
6. A través de la red Enlaces, los estudiantes se informan por internet sobre la labor que ha realizado la Organización de Naciones Unidas desde que fue creada, para conservar la paz, difundir los derechos humanos, y procurar mejores condiciones de vida a los habitantes más desposeídos del planeta. Luego, organizados en grupos, elaboran un informe.
7. Retoman la Declaración de Derechos Humanos, analizada en 1º Medio, y ponen en común una reflexión ética sobre la Segunda Guerra Mundial. En función del respeto a la vida y a la dignidad de las personas, se interrogan sobre la sociedad contemporánea, y sus propias opciones en esta dimensión. Sistematizan sus reflexiones en un breve ensayo.

Actividad 8

Caracterizan el período de la Guerra Fría.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora explica la división del mundo entre las dos potencias de post-guerra, con esferas de influencia y con culturas divergentes.

INDICACIONES AL DOCENTE

Es importante no descuidar los siguientes temas: la segunda post-guerra; vivir en Guerra Fría: Estados Unidos, la URSS, división política de Europa (el muro de Berlín), Otan y Pacto de Varsovia, el espionaje; el peso de las ideologías en la división del mundo según áreas de influencia de las potencias; el temor a una conflagración atómica mundial; la carrera armamentista y los tratados de control entre las potencias; la competencia tecnológica entre las potencias, la carrera espacial. Es importante el uso de mapamundi al hacer esta actividad.

2. Los alumnos y alumnas analizan diversos documentos, tales como trozos de discursos de líderes del período de la Guerra Fría, caricaturas, artículos de la época, para descubrir el peso de las ideologías en la rivalidad entre las potencias.

3. Preparan un diario mural en el que se muestre la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética por la conquista del espacio (sobre la carrera espacial, ver Anexo 2.7).

Ejemplo alternativo

Los estudiantes investigan en biblioteca sobre los avances tecnológicos de las décadas del 50 al 80, y caracterizan cuáles de ellos fueron efecto de la competencia entre las potencias para expandir sus áreas de influencia y para neutralizar al adversario.

4. Leen y comentan literatura de ficción, o recopilan imágenes y expresiones de la época de la Guerra Fría que manifiesten el temor a que estalle la Tercera Guerra Mundial en la cual se utilizarían bombas atómicas.

Actividad 9

Descubren la pluralidad del Tercer Mundo que surge de la descolonización y discuten sobre la lucha entre las potencias de la Guerra Fría por su influencia sobre el Tercer Mundo.

Secuencia de ejemplos

1. Sacan conclusiones sobre el fin de los imperios coloniales en la post-guerra, por medio de la comparación de mapas de los imperios coloniales al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, con mapas políticos y de idiomas oficiales actuales de Asia y África; o bien pueden utilizar un despliegue de banderas de las nuevas naciones sobre mapas políticos.
2. Leen una biografía de Gandhi, o ven un documental sobre la independencia de la India. A partir de este caso el profesor o profesora explica el proceso de descolonización en Asia y África.

Ejemplo complementario

Divididos en grupos, buscan en diversas fuentes de información datos biográficos de algunos de los líderes de los movimientos de liberación de África y Asia y ponen sus conocimientos en común en clases.

3. El profesor o profesora explica las nuevas formas de influencia, económica, ideológica y política que ejercieron las potencias de la Guerra Fría luego del desmantelamiento del imperialismo decimonónico. Se refiere específicamente al caso de Vietnam para tratar la disputa entre las potencias por zonas que delimitaban sus áreas de influencia.
4. A partir de la localización en el mapa de los países asistentes a la Segunda Conferencia Islámica realizada en 1974 (ver Anexo 2.8), el docente presenta el mundo árabe. Explica sobre la política internacional de los países árabes: la solidaridad entre ellos, a la vez que los conflictos que los dividen, sus alianzas en el contexto de la Guerra Fría, la creación de la OPEP y su desafío a las potencias capitalistas en los años 70, el integrismo islámico (que va más allá de los países árabes pero que los incluye) y su desafío a la URSS. A partir de este caso, sacan conclusiones sobre la capacidad de los países subdesarrollados para buscar su autonomía frente a las potencias mundiales, valorizar sus recursos naturales y dirigir el curso de su política internacional.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se sugiere incentivar a los estudiantes a recuperar sus conocimientos de 3º Medio sobre las relaciones entre la Cristiandad y el Islam.

5. El docente explica el concepto de Tercer Mundo, y menciona distinciones que superan la confrontación este-oeste, como la diferenciación norte-sur, o países desarrollados-países subdesarrollados.

INDICACIONES AL DOCENTE

El propósito de este ejemplo es que los alumnos y alumnas comprendan que incluso en un escenario mundial bipolar no todos los países formaban parte de los bloques dominantes. Y que en este período se pueden reconocer otras formas de caracterizar el ordenamiento mundial.

Actividad 10

Caracterizan el ambiente cultural de los rebeldes años 60 y lo vinculan con el Estado de Bienestar y la consolidación de sociedades democráticas.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora explica el proceso de transformación cultural de los años sesenta a partir de la presentación del escenario del Estado de Bienestar y de la consolidación de sociedades democráticas, que en Europa permitió un alto nivel de desarrollo social y cultural de las grandes mayorías; y la situación prevaleciente en Estados Unidos que se enfrentaba a la guerra de Vietnam y a la lucha por la igualdad de derechos tanto de su población de color como de los movimientos feministas.
2. Ven una película, o documental, escuchan música o leen algún testimonio de época que caracterice el ambiente de fines de los años 60, principios de los 70. El docente hace ver la importancia que tuvo en esas décadas la postura contestataria contra los valores predominantes, tales como la crítica al materialismo, al militarismo, al convencionalismo, al racismo, al sistema escolar y, en general, a las instituciones políticas.

INDICACIONES AL DOCENTE

Películas posibles para tratar este tema, *Woodstock*, *Palomita Blanca*, *Hair*. Se puede recurrir también a novelas o a obras de arte.

3. Divididos en grupos, buscan información sobre los movimientos feministas, estudiantiles, pacifistas y ecologistas de los años 60 y 70, enfatizando sus reivindicaciones y el impacto que estos movimientos tuvieron en la sociedad. Discuten sobre la vigencia de sus propuestas y sobre la posibilidad de transformar el inconformismo en creatividad.

INDICACIONES AL DOCENTE

Es importante que en esta actividad los jóvenes comprendan que los movimientos sociales y culturales de los sesenta y setenta instalan en la sociedad preocupaciones y perspectivas que impactarán las reflexiones y propuestas de fin de siglo, como se verá en la Unidad 3.

Actividad 11

Caracterizan el orden mundial al finalizar la Guerra Fría, y el auge del neoliberalismo.

Secuencia de ejemplos

1. Apoyándose en un mapa el docente explica la pluralidad de centros de poder que se pueden observar en el sistema de relaciones internacionales en las décadas del sesenta y setenta, que ponen en cuestión el ordenamiento bipolar, aludiendo a la recuperación de Europa luego de la Segunda Guerra Mundial, al auge económico en Japón y Asia Oriental, y al surgimiento de China como centro de poder.
2. Los alumnos y alumnas indagan sobre el derrumbe de los denominados socialismos reales, es decir de los gobiernos del área del este de Europa, en zona de influencia soviética, y de la Unión Soviética, a fines de la década del 80. El docente confronta este proceso con la sobrevivencia de los regímenes de China y Cuba, haciendo referencia a las reformas económicas que éstos llevan a cabo sin apertura política.
3. El profesor o profesora analiza la crisis económica de mediados de los 70, el cuestionamiento del Estado de Bienestar y las orientaciones neoliberales asumidas por varias naciones occidentales, especialmente Estados Unidos e Inglaterra.
4. Los alumnos y alumnas indagan sobre Gorbachov; leen uno de sus textos programáticos (ver Anexo 2.9) y discuten sobre la caída de los regímenes socialistas de Europa.
5. El docente caracteriza el nuevo orden mundial que surge a fines de la década de los 80, y prepara a los alumnos para abordar la tercera unidad sobre el mundo a fines del siglo XX.

Actividad 12

Describen las transformaciones de la sociedad ocurridas durante el siglo XX.

Secuencia de ejemplos

1. Apoyado en lo tratado en la unidad, el docente elabora una síntesis de los cambios operados en la organización social durante el siglo XX, explicando algunas de las transformaciones distintivas de la sociedad contemporánea. Se refiere en especial a la masificación y democratización, la transformación en la inserción social de las mujeres, la creciente autonomía de los jóvenes, que se van consolidando a lo largo del siglo; al

derrumbe de las utopías sociales y a la tensión entre el fortalecimiento de los fundamentalismos religiosos y la creciente secularización, que se instala a fines del siglo.

INDICACIONES AL DOCENTE

En este ejercicio es importante destacar la multicausalidad de estos fenómenos, aludiendo especialmente a los diversos procesos políticos del siglo XX que inciden en ellos; y a los movimientos sociales y culturales de los años sesenta y setenta. Es importante, asimismo, destacar que estos no son procesos concluidos, por el contrario, son procesos dinámicos que con probabilidad presentarán características distintas en el futuro cercano.

2. Para visualizar la expresión cotidiana de estos procesos, los estudiantes entrevistan a adultos cercanos sobre su experiencia de vida en relación con estas características de la sociedad contemporánea. Las comparten con el grupo y visualizan la expresión cotidiana de estos procesos.

INDICACIONES AL DOCENTE

Las entrevistas a adultos es relevante ya que todas las dimensiones estudiadas tienen una expresión muy cotidiana y cercana a la mayoría de las personas. Los adultos pueden informar con relativa facilidad sobre los cambios que ellos mismos han experimentado en estas materias en los últimos tiempos.

Actividad 13

Discuten cómo el mundo que les ha tocado vivir puede explicarse a partir de sus raíces históricas.

Secuencia de ejemplos

1. Los alumnos y alumnas leen el capítulo “Visión panorámica del siglo XX” de Eric Hobsbawm (*Historia del siglo XX*) (Anexo 2.10). Sacan conclusiones sobre el carácter del siglo y problematizan la idea de progreso.
2. Leen el artículo de Francis Fukuyama “¿El fin de la historia?” (anexo 2.11). Sintetizan los principales planteamientos del autor, y comparan su interpretación del fin de siglo con la de Hobsbawm.
3. Los estudiantes preparan ya sea un ensayo personal, una editorial, un relato, reportaje, guión, poema, letra de canción, discurso o diálogo, en el que discuten cómo el mundo que les ha tocado vivir puede explicarse a partir de la historia del siglo XX.



Unidad 2

América Latina contemporánea

Esta segunda unidad está dedicada al estudio de la realidad latinoamericana contemporánea. Se busca que los estudiantes conozcan la región y valoren la diversidad étnica y cultural del continente. Asimismo, que visualicen los problemas y tensiones que desafían a la región, que no ha podido remontar el subdesarrollo, y tiene un alto porcentaje de población viviendo en condiciones de pobreza y excluida de los beneficios de la modernidad.

La unidad se inicia reflexionando sobre la expresión América Latina y su alcance espacial, y culmina interpellando a los jóvenes a reflexionar sobre su posible identidad latinoamericana. Se insta a los estudiantes a que definan su propia opinión al respecto, luego de conocer algunas de las principales características de la región.

En el estudio de América Latina se releva el análisis de sus características geográfico-físicas y de población. Interesa aquí que los estudiantes se formen una clara imagen de los rasgos físicos del continente (grandes unidades naturales, relieve, clima, vegetación, hidrografía) valorando su riqueza natural. Se busca también que conozcan las características estructurales y dinámicas de la población, el carácter predominantemente urbano del poblamiento actual del continente, y su concentración en una o dos grandes “ciudades primadas” en cada país, y constaten las diferencias existentes entre países, asociadas a sus distintos grados de desarrollo. Al abordar estos temas es importante consolidar los conceptos geográficos y demográficos involucrados, y que los alumnos profundicen su comprensión de la interrelación espacio-sociedad.

En esta unidad se explora también el desenvolvimiento histórico de la región en la segunda mitad del siglo, analizando la influencia de Estados Unidos en estos procesos. Interesa que los estudiantes comprendan que en el marco de la Guerra Fría, la región se debate entre diversas opciones de reforma o revolución que buscan su modernización y transformación social. En este contexto se analiza el impacto que tiene la Revolución Cubana, y su alineación con el bloque socialista, que la pone como modelo para los que promueven revoluciones socialistas en la región, y como antímodo para los que apoyan el sistema capitalista. La disputa que se produce en el continente tiene toda la carga antagónica y excluyente de la Guerra Fría, lo que va generando condiciones que favorecen la instalación de diversos gobiernos autoritarios en los países de la región.

Estos temas políticos no han perdido la carga confrontacional de la Guerra Fría y persisten sobre ellos posturas muy polarizadas, por lo que se recomienda seguir la línea de los programas anteriores del sector al respecto, tomando distancia, describiéndolos en forma amplia, y mostrando las visiones encontradas que existen sobre los mismos.

Otro aspecto que se aborda en esta unidad es la diversidad étnica del continente. Al respecto es importante que los estudiantes reconozcan la presencia indígena actual y los movimientos indígenas en la región. Se insta a los alumnos y alumnas a visualizar la disyuntiva que atraviesan los pueblos originarios tensionados, por una parte, por la preservación de sus culturas y la conquista de su autonomía y, por la otra, por la demanda de integración social y cultural. En esta misma línea se estudian expresiones de esta tensión en el movimiento intelectual y artístico latinoamericano, comparando corrientes artísticas indigenistas con otras de corte más cosmopolita.

Contenidos

- Geografía física y humana de América Latina: climas y relieves; regiones; población; zonas económicas.
- América Latina en la segunda mitad del siglo XX: sus desafíos y frustraciones; la búsqueda del desarrollo y de la equidad; masificación y urbanización acelerada; cosmopolitismo e indigenismo; sus relaciones con Estados Unidos; revoluciones, reformas, gobiernos autoritarios y procesos de redemocratización.
- Chile y América Latina: identificación y discusión de elementos económicos, sociales, políticos y culturales comunes, a través de un ensayo que contemple diversas fuentes e interpretaciones y precisión en el uso de conceptos.

Aprendizajes esperados

Los alumnos y alumnas:

1. Conceptualizan la expresión “América Latina”, y reflexionan sobre su validez como categoría de clasificación geográfica, social o cultural.
2. Identifican los principales rasgos geográficos de América Latina, distinguiendo sus unidades naturales, su estructura y dinámica demográfica, y sus principales zonas y actividades económicas.
3. Constatan que la sociedad latinoamericana actual se caracteriza por un predominio de la vida urbana, apreciando las ventajas y los problemas que ello conlleva.
4. Problematican el concepto de subdesarrollo, definiendo sus implicancias y aplicándolo a la realidad latinoamericana actual.
5. Conocen los múltiples y cambiantes nexos que han relacionado a América Latina y Estados Unidos a lo largo del siglo XX, y evalúan sus consecuencias sobre la realidad actual del continente.
6. Contrastan las divergentes propuestas de organización social que se confrontaron en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980, y que derivaron en fenómenos revolucionarios, reformistas y contrarrevolucionarios.
7. Valoran la diversidad étnica y cultural que conforma la población latinoamericana, haciendo de nuestro continente un verdadero “crisol de pueblos”.
8. Reflexionan sobre la existencia de una identidad latinoamericana común, dimensionando la presencia en ella de elementos culturales originarios y cosmopolitas.
9. Identifican rasgos culturales, económicos o sociales que asemejan a Chile con otros países latinoamericanos, y opinan sobre sí mismos como portadores o portadoras de una identidad latinoamericana.
10. Vinculan la realidad nacional con la historia latinoamericana reciente.

Actividades genéricas y ejemplos

Actividad 1

Problematizan el concepto de América Latina y definen los límites de su alcance espacial.

Secuencia de ejemplos

1. Junto al profesor o profesora, los alumnos y alumnas escuchan muestras de música latinoamericana (popular o folclórica), identifican a sus intérpretes y al país al cual pertenecen. El docente promueve una discusión encaminada a determinar si los estudiantes se identifican con algún tipo de música latinoamericana, y sus razones.

INDICACIONES AL DOCENTE

Para realizar esta actividad se recomienda recurrir a ciertas formas musicales con mayor presencia en la cultura popular chilena, como la cumbia, la ranchera o la música andina. También puede recurrirse a ritmos brasileños como las batucadas, o de origen caribeño como la salsa, con fuerte presencia en la cultura juvenil.

2. Una vez concluido el ejercicio anterior, la profesora o profesor invita a los estudiantes a identificar en un mapa de América (norte, centro y sur) los países que pertenecen a América Latina. Para este último efecto, les pide que fundamenten su selección: ¿qué es lo que distingue a América Latina de América en un sentido más genérico?
3. Sobre la base de los elementos surgidos del trabajo anterior, el profesor o profesora concluye sistematizando el concepto de América Latina y analizando su validez frente a conceptos como Iberoamérica, Hispanoamérica o Indoamérica. Hace también referencia a la pertenencia de Chile a esta región y plantea la conveniencia de que los chilenos la conozcamos mejor.

INDICACIONES AL DOCENTE

Para trabajar este último ejemplo se recomienda dar a leer el texto de Paul Estrade, “Observaciones a don Manuel Alvar y demás académicos sobre el uso legítimo del concepto América Latina”, que se incluye en el Anexo 2.12.

Puede aprovecharse también esta actividad para adelantar el sentido general de esta unidad, los temas y aspectos que serán tratados, y la posibilidad de establecer paralelos entre la situación chilena y la latinoamericana.

Actividad 2

Caracterizan las principales unidades naturales de América Latina.

Secuencia de ejemplos

1. A partir de un mapa-rompecabezas confeccionado por la profesora o profesor, en que cada pieza corresponde a una región natural (ver Anexo 2.13), los estudiantes identifican las principales unidades naturales de la región y, divididos en grupos, investigan en biblioteca indicando los aspectos geográfico-físicos más destacados de cada una (relieve, clima, vegetación, hidrografía). En la clase siguiente, cada grupo dará cuenta de lo averiguado, frente al resto del curso.

INDICACIONES AL DOCENTE

Las unidades naturales a trabajar podrían ser las siguientes: Meseta Central Mexicana, Istmo Centroamericano, El Caribe (o Las Antillas), la Cuenca del Orinoco, la Cuenca del Amazonas, el Escudo Guayano Brasileño, la Cordillera de los Andes, el Altiplano Andino, la Cuenca del Río de la Plata, la Pampa, la Patagonia.

2. El profesor o profesora entrega a los estudiantes información meteorológica de estaciones seleccionadas de América Latina, con lo cual confeccionan climogramas para caracterizar los diferentes climas que se encuentran en la región. Asocian a cada tipo de clima, la formación o formaciones vegetales características.

INDICACIONES AL DOCENTE

Seleccionar estaciones representativas de los climas tropical, templado, árido (cálido y frío), de montaña y polar. La información referida a las formaciones vegetales debe ser tratada de manera general, por ejemplo: selva tropical, bosques templados, estepa semi árida.

3. En un mapa físico de América Latina, los alumnos y alumnas confeccionan cortes topográficos a lo largo de paralelos seleccionados por la profesora o profesor. Sobre cada corte dibujan la distribución de los climas y de la vegetación. Extraen conclusiones referidas a las asimetrías entre las vertientes del Pacífico y del Atlántico.

INDICACIONES AL DOCENTE

Los cortes topográficos pueden fijarse en los 20° y 5° Norte, 10°, 23°30', 30° y 40° Sur. Para dibujar las cartas pueden apoyarse en un mapa físico de América en que se trabaje con la correspondiente clave de colores para representar las altitudes.

Actividad 3

Analizan información sobre aspectos de estructura y dinámica demográfica de América Latina y la expresan en mapas y gráficos.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora presenta al curso cuadros y gráficos que muestren las principales características demográficas de América Latina y establece comparaciones entre los países con comportamientos extremos en las diferentes variables.
2. Sobre la base de la información entregada por la profesora o profesor, y complementada con información estadística extraída de los anuarios de Naciones Unidas o de internet, los estudiantes preparan gráficos que den cuenta de las características estructurales y dinámicas de la población de un país seleccionado.

INDICACIONES AL DOCENTE

Para evitar una recarga excesiva de información, se sugiere seleccionar sólo algunas variables de análisis. Estas pueden ser población total, población urbana; población por grandes grupos de edad (jóvenes, 0-19 años; adultos, 20-64 años; adultos mayores, más de 65 años); composición étnica; alfabetismo, tasas de natalidad y mortalidad, esperanza de vida al nacer, tasa de crecimiento poblacional (ver Anexo 2.14). Sería recomendable rastrear cómo evolucionan estas variables a lo largo de un periodo determinado, por ejemplo entre 1990 y 2000.

Los sitios internet en que puede encontrarse esta información son los siguientes:

<http://www.eclac.org/espanol/Publicaciones/anu99/anu99.htm>, o bien

<http://www.eclac.org/Celade-Esp/>

3. El profesor o profesora explica el fenómeno migratorio, sus causas y efectos más notables y los diferentes tipos de migraciones que existen. Luego pide a los alumnos y alumnas que mencionen procesos migratorios que recuerden han afectado a países de América Latina y completa la información que sea necesaria, remontándose incluso hasta las teorías de los primeros poblamientos. A medida que van nombrando y caracterizando estos desplazamientos de población, los estudiantes van colocando flechas de diferentes colores sobre un mapamundi mural.

INDICACIONES AL DOCENTE

El propósito de esta actividad es remarcar la diversidad de las corrientes humanas que han poblado América Latina. Aunque la unidad sobre América Latina se concentra en el período contemporáneo, la actividad se enriquece haciendo una extrapolación histórica que tome desde las teorías del

primer poblamiento continental procedente de Asia y Oceanía, pasando por las migraciones coloniales desde Europa y África, para concluir con las migraciones modernas desde Europa y Asia. Como fruto de este ejercicio, los jóvenes podrán visualizar la región como un verdadero “crisol de pueblos”. Es importante sí, establecer que estas diferentes oleadas migratorias no responden al mismo tipo de patrones: no es lo mismo una migración espontánea inducida por razones económicas que una migración forzada en condiciones de esclavitud (como los africanos durante la era colonial), o persecución política o religiosa.

Como complemento a esta actividad, puede pedirse a los estudiantes que aporten fotografías de diferentes tipos humanos que se encuentran en América Latina, dando forma a un collage de rostros que represente gráficamente la idea del “crisol de pueblos”.

Ejemplo complementario

En una investigación de biblioteca o de prensa, alumnos y alumnas analizan las características de los procesos migratorios desde México y Centroamérica hacia Estados Unidos; y entre Chile y sus países vecinos (Perú, Bolivia, Argentina). Discuten las consecuencias de estos procesos sobre los países receptores en términos de demanda de trabajo y servicios, pudiendo complementar este trabajo con algunas estadísticas recientes sobre desplazamientos.

Actividad 4

Analizan el proceso de urbanización de los países de América Latina y dimensionan la importancia que ha adquirido en ella la vida urbana.

Secuencia de ejemplos

1. Con información estadística, el profesor o profesora presenta la evolución de la población urbana en América Latina a partir de 1950, analizando los procesos de urbanización en algunos países seleccionados.

INDICACIONES AL DOCENTE

Interesa aquí fundamentalmente destacar la rápida transformación de América Latina en una región de poblamiento predominantemente urbano, dejando atrás la condición de fuerte ruralidad que marcó su trayectoria histórica previa.

2. Sobre un mapa físico de América Latina, los estudiantes localizan las principales ciudades de países seleccionados. Analizan las cifras de población relativas a estos centros y sacan

conclusiones acerca de la concentración de la población en unas pocas grandes urbes que caracteriza a la América Latina actual. El profesor o profesora contrasta esta realidad con los procesos de urbanización de otras regiones del mundo.

INDICACIONES AL DOCENTE

En este caso interesa que los alumnos y alumnas aprecien la tendencia de la población latinoamericana a concentrarse en una o dos grandes “ciudades primadas”, que en algunos países llegan a contener hasta el 50% de su población total.

Conviene también que se haga mención a la fuerte tendencia de crecimiento que exhiben algunas ciudades latinoamericanas, como Ciudad de México, Sao Paulo y Buenos Aires, y que las lleva a ingresar al grupo de las mayores urbes del mundo, pero sin que ello implique alcanzar niveles de desarrollo o bienestar comparables a las metrópolis de los países desarrollados (Nueva York, París, Tokio).

Actividad 5

Identifican regiones y zonas económicas en América Latina.

Secuencia de ejemplos

1. A partir de información entregada por la profesora o profesor, los estudiantes localizan, sobre un mapa mudo de Latinoamérica, los principales productos que los países de la región comercializan en los mercados internacionales, utilizando una simbología que los represente. De la observación del mapa resultante y guiados por el profesor o profesora, extraen conclusiones respecto a la configuración de áreas o zonas económicas en América Latina.
2. Sobre la base de informaciones contenidas en medios periodísticos especializados, en internet y en biblioteca, los alumnos y alumnas preparan un informe o carpeta, en el que dan cuenta de los diferentes bloques económicos existentes en el espacio latinoamericano. Para cada uno de ellos establecen: los países que lo integran, año de constitución y los principales rubros de producción con que compiten en el mercado mundial.

Actividad 6

Confrontan visiones sobre el subdesarrollo de los países latinoamericanos.

Secuencia de ejemplos

1. El docente les presenta información estadística que exprese en cifras el problema del subdesarrollo en América Latina, considerando aspectos tales como: ingreso per cápita, población en situación de pobreza, analfabetismo, cobertura de servicios básicos como el agua potable (ver Anexo 2.15).
2. La profesora o profesor retoma los conceptos de desarrollo y crecimiento que trabajaron en Primer Año Medio, y los contextualiza a la realidad latinoamericana. Hace notar que la definición y denominación de los conceptos referidos ha ido cambiando con el tiempo (progreso, desarrollo, modernización), y que no hay acuerdo entre las diversas corrientes de análisis al momento de determinar la importancia que en estos procesos tienen los factores estrictamente económicos (productividad, competitividad, incorporación de tecnologías, capacidad de innovación), y los de orden más bien político o socio-cultural (distribución del poder, rigidez de las jerarquías sociales, disposiciones culturales, relaciones de colonialismo formal o informal).
3. Alumnos y alumnas analizan documentos que presentan diferentes interpretaciones y opiniones acerca del subdesarrollo latinoamericano (ver Anexo 2.16), y confrontan sus respectivos enfoques.
4. Para un país a elección, establecen algunos indicadores de desarrollo como el Índice de Desarrollo Humano del PNUD, cifras del PIB nacional, y de ingreso per cápita. Comparten estas informaciones en clases y comparan los diferentes comportamientos de los países e identifican posibles causas de tales diferencias.

Actividad 7

Identifican y dimensionan las múltiples relaciones que vinculan a Estados Unidos con la América Latina contemporánea.

Secuencia de ejemplos

1. Los alumnos y alumnas redactan individualmente, a partir de sus propias percepciones y experiencias, un listado con las influencias estadounidenses (de orden cultural, político, económico) que visualizan en su entorno. Junto con describir y ejemplificar dichas influencias, emiten una opinión sobre su impacto en nuestras vidas cotidianas.
2. La profesora o profesor explica la historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, entregando antecedentes sobre estas relaciones antes de 1950 y poniendo énfasis en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

INDICACIONES AL DOCENTE

La exposición puede organizarse en tres grandes etapas:

- 1) La que abarca el período que va desde la promulgación de la Doctrina Monroe hasta fines del siglo XIX. Durante ese tiempo, y pese a sus declaraciones de mantener “América para los americanos”, Estados Unidos estuvo demasiado absorbido por sus problemas internos para prestar mucha atención a América Latina. Por tanto, aquí bastaría con explicar el sentido general de la Doctrina Monroe.
- 2) La que va desde la Primera Conferencia Panamericana (1889) hasta la Segunda Guerra Mundial. Aquí la relación de Estados Unidos hacia América Latina se hace más hegemónica, especialmente en lo relativo a México, América Central y el Caribe. Es la época de la ocupación militar de varios países de esta región (Cuba, Haití, Nicaragua, República Dominicana), del avance de las inversiones norteamericanas en todo el continente, y de la “Diplomacia del Dólar”. El período culmina con la “política del buen vecino” de Franklin D. Roosevelt, y el intento por forjar una relación menos conflictiva entre Estados Unidos y América Latina.
- 3) El período de la Guerra Fría, incluyendo la creación de la Organización de Estados Americanos (O.E.A.); el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, con lo que éste significó en materia de estrechamiento de las relaciones militares; el combate al comunismo y la Alianza para el Progreso; el fortalecimiento de la hegemonía económica y cultural estadounidense en las décadas finales del siglo. Considerando que el énfasis de esta unidad recae sobre el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, es conveniente destinar a esta última etapa el mayor tiempo. Es conveniente aquí recuperar lo que ya se ha visto en la unidad anterior sobre la Guerra Fría en el plano mundial.

3. Organizados en grupos, los alumnos y alumnas preparan una mesa redonda sobre los propósitos de la política exterior estadounidense respecto de América Latina durante la Guerra Fría. Para tal efecto, deben basarse en extractos de los mensajes presidenciales de John F. Kennedy o en otros documentos de la época, con especial referencia a los relativos a la Alianza para el Progreso.

INDICACIONES AL DOCENTE

Como conclusión, el docente podría dejar enunciado el tema que se tratará a continuación, relativo a las propuestas reformistas, revolucionarias y los gobiernos autoritarios que se disputaron la hegemonía sobre América Latina durante las décadas de 1960, 70 y 80. Puede recordarse para este efecto lo visto en Segundo Año Medio para el caso de Chile.

Ejemplo complementario

Se informan sobre la política de Estados Unidos hacia América Latina a finales del siglo XX expresada en la Cumbre de las Américas y en el plan Colombia.

Actividad 8

Indagan sobre las diversas, y a menudo antagónicas, propuestas de desarrollo y transformación social que tensionaron a las sociedades latinoamericanas, durante las décadas de 1960, 70 y 80.

Secuencia de ejemplos

1. De manera individual, los alumnos y alumnas recaban información (en biblioteca o a través de internet) sobre la Revolución Cubana, con especial atención hacia las circunstancias que le dieron origen, sus líderes más destacados, y los medios que propuso para la solución de los principales problemas cubanos y latinoamericanos. El profesor o profesora explica la influencia de este proceso en el resto del continente.

Ejemplo complementario

Ven la película *Trece Días*, del director Roger Donaldson, en que se describe la Crisis de los Misiles de 1962 desde la perspectiva estadounidense. Comentan el proceso allí presentado y contextualizan la Revolución Cubana en el marco más amplio de la Guerra Fría, ya analizado en la primera unidad.

2. A partir del ejercicio anterior, la profesora o profesor explica las diversas propuestas de reforma y revolución que surgieron en América Latina entre la década de 1960 y 1980, explicando sus nexos con la problemática social de la región y con el contexto de Guerra Fría en que ésta se vio inserta. Incluye en esta recapitulación la postura de la Iglesia Católica frente a la crítica social y los procesos de cambios, y recuerda los intentos del gobierno estadounidense de promover cambios de manera no rupturista a través de la Alianza para el Progreso.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se recomienda en esta actividad referirse al ambiente cultural de la década del sesenta que se trabajó en la Unidad 1, especificando en América Latina, para lo cual cabe hacer mención al Concilio Vaticano II y a los diversos movimientos juveniles que promovían cambios en la sociedad.

3. Valiéndose de un mapa del continente, los alumnos y alumnas van coloreando de una manera uniforme los países que a partir de 1964 caen bajo el control de gobiernos militares, indicando las fechas en que éstos se hacen del poder. La profesora o profesor establece la conexión entre este fenómeno y las confrontaciones políticas suscitadas en torno a la realización de transformaciones estructurales, haciendo notar la continentalidad del proceso.
4. Empleando el mismo mapa del ejemplo anterior, se hace un ejercicio análogo para graficar los procesos de re-democratización acaecidos en América Latina desde comienzos de la década de 1980. Tras un breve recuento, a cargo del docente, sobre las características de este proceso (democratización política acompañada de serias tensiones económico-sociales), el curso debate sobre el alcance de la democratización lograda y las tareas que quedan pendientes.

INDICACIONES AL DOCENTE

Considerando que frente a la temática en cuestión existen posturas muy polarizadas, sobre todo en lo que se refiere a la asignación de responsabilidades, la intervención del docente debe tener un carácter básicamente informativo, pudiendo eventualmente complementarse con el examen por parte del curso de planteamientos discrepantes sobre la naturaleza y origen de estos fenómenos. Sería también de utilidad recuperar, para estos mismos efectos, lo analizado en Segundo Año Medio sobre la historia de Chile en este período, y trabajar el OFT referido al valor de la democracia y de participación ciudadana.

Actividad 9

Reconocen la presencia indígena actual en América Latina y se informan sobre los principales movimientos indígenas.

Secuencia de ejemplos

1. Valiéndose de la información demográfica trabajada en la Actividad 4, el curso constata la dimensión numérica de la presencia indígena en la América Latina actual y se pregunta sobre el reflejo de esa presencia en los ámbitos político o cultural.
2. A partir de la reflexión anterior, los estudiantes buscan información, en la prensa o internet, sobre los actuales movimientos indígenas latinoamericanos y sus principales demandas. Luego, discuten en clases sobre esas demandas.
3. A través de la lectura de cuentos de raíz indigenista (por ejemplo, de autores como Ciro Alegria, José María Arguedas, Manuel Scorza o Jorge Icaza), de la observación de láminas que reproducen la pintura de los muralistas mexicanos, o del ecuatoriano Oswaldo Guayasamín, o de la audición de grupos como Illapu, Inti Illimani o Los Kjarkas, analizan la recuperación de lo indígena en algunas expresiones culturales latinoamericanas del siglo XX. Organizados en grupos, debaten si este reconocimiento recoge las demandas de dignificación social y cultural expresadas por los movimientos indígenas, y en qué medida su aporte cultural ha sido incorporado en una identidad latinoamericana más genérica.

INDICACIONES AL DOCENTE

Para la elección de los textos u obras más adecuados para este ejercicio, conviene consultar con la profesora o profesor de los sectores de Educación Artística y Lenguaje y Comunicación. Debe tenerse presente que el propósito no es efectuar un análisis literario o artístico, sino instalar la problemática de la presencia cultural de lo indígena en América Latina. En ese sentido, debe tenerse presente que las reivindicaciones de los pueblos indígenas no están necesariamente representadas en las corrientes artísticas denominadas “indigenistas”, las que en ocasiones han sido incluso criticadas como un mecanismo indirecto de supresión de lo propiamente indígena para asimilarlo a una cultura homogeneizadora de carácter “mestizo”. (Ver sobre este particular el artículo “Indigenismo”, de José M. Fernández, que se incluye como Anexo 2.17).

4. En diferentes expresiones artísticas latinoamericanas (por ejemplo, en cuentos de Jorge Luis Borges, Julio Cortázar o Juan Carlos Onetti; o en expresiones musicales como el tango) el docente conduce a los estudiantes a identificar elementos culturales de orientación “cosmopolita”. Contraponiendo estas expresiones culturales a las de raíz indigenista, el profesor o profesora concluye la actividad explicando las tensiones que se presentan en la definición de la identidad latinoamericana.

Actividad 10

Reflexionan sobre el concepto de identidad latinoamericana, identificando rasgos y experiencias comunes y valorando sus expresiones de diversidad.

Secuencia de ejemplos

1. El curso da lectura al discurso de Gabriel García Márquez ante la Academia Sueca al recibir el Premio Nobel de Literatura (ver Anexo 2.18), y, distribuido en grupos, reflexiona en torno a las siguientes preguntas:

¿Cuál es, según García Márquez, la imagen que proyecta América Latina al momento de pronunciar su discurso (1982)?

¿A qué se debe, en la opinión del escritor citado, la conformación de esa imagen?

¿Cómo se conecta esa imagen con los procesos que se han estudiado en esta unidad?
2. El curso pone en común sus respuestas, y reflexiona colectivamente sobre la validez de postular una identidad o una problemática común para el conjunto de Latinoamérica.

INDICACIONES AL DOCENTE

Para apoyar la conducción de esta actividad por parte del docente se incluye en el anexo un artículo conceptual sobre identidad latinoamericana (ver Anexo 2.19).

Ejemplo alternativo

El curso observa la película *Estación Central*, del cineasta brasileño Walter Salles y, dividido en grupos, desarrolla la siguiente pauta:

¿En qué ambiente geográfico (urbano-rural) se desenvuelve la acción? ¿Cuál es la imagen que se presenta de dicho(s) ambiente(s)?

¿Cuáles son los problemas sociales de que da cuenta la película, y cómo los trata?

¿Qué elementos de la película serían comunes para otros países latinoamericanos (incluido Chile)? ¿Qué nos dice esto respecto de la validez de afirmar la existencia de una identidad o una problemática común para Latinoamérica?

¿Qué elementos de la película serían particulares de la sociedad brasileña, y por tanto no extensibles al resto de la región?

Desarrollada la pauta precedente, los grupos comparten sus conclusiones y se pronuncian frente a la pregunta "¿Existe una identidad o una problemática común al conjunto de América Latina?".

Actividad 11

Sintetizan reflexionando sobre Chile como país latinoamericano, y sobre ellos mismos como portadores de una identidad latinoamericana.

Ejemplo

Valiéndose de los conocimientos adquiridos, y recuperando lo que ya saben sobre Historia de Chile, los alumnos y alumnas elaboran ensayos individuales en torno al tema “Chile un país latinoamericano”. Los ensayos deben contemplar aspectos económicos, sociales, políticos y culturales, y sus reflexiones y percepciones sobre su propia condición de latinoamericanos. El trabajo debe considerar diversas fuentes e interpretaciones y precisión en el uso de conceptos.



Unidad 3

El mundo actual

Esta unidad pretende entregar a los estudiantes una visión de la situación mundial a fines del siglo XX y comienzos de un nuevo siglo, abordando algunas de sus principales características. Se espera que los alumnos y alumnas, retomando lo visto en las unidades anteriores, perciban las peculiaridades de la época que les ha tocado vivir; y se visualicen como actores de una época sorprendente y desafiante, que exige el compromiso de todos para la construcción de un futuro mejor.

La unidad se inicia situando a los estudiantes en el escenario mundial, a través de la descripción de las grandes regiones del mundo. Esta actividad busca entregar una visión panorámica de la diversidad geográfica, demográfica, económica, política y cultural que existe en el mundo, dándoles la oportunidad de explorar en una región con mayor profundidad.

Se establece a continuación una visión cuantitativa de la realidad mundial y se profundiza en el estudio de los problemas de pobreza y deterioro ambiental. Interesa aquí que los estudiantes tomen conciencia que frente al cúmulo de posibilidades que abre el desarrollo tecnológico, que confieren un carácter excepcional a esta época, se levantan graves problemas que ponen en cuestión la idea de progreso de la humanidad y hacen evidentes y dramáticas sus limitaciones. De estos problemas interesa que se perciba su magnitud y distribución en el mundo, y se identifiquen las acciones internacionales que se emprenden para enfrentarlos. Asimismo, es importante que visualicen las acciones que ellos mismos pueden y deben emprender frente a estos problemas.

En relación con los problemas estudiados, se aborda la instalación de los conceptos de desarrollo sustentable y de desarrollo humano en la discusión de políticas internacionales. Al respecto es importante que los alumnos y alumnas comprendan cómo se ha ampliado a fin de siglo la noción de desarrollo, que en décadas anteriores se medía principalmente de acuerdo a ingresos económicos. Y la importancia de los conceptos antes mencionados para la agenda política del nuevo siglo.

Se analiza posteriormente el fenómeno de la globalización, que es una de las características más destacadas de esta época. El estudio de la globalización se inicia analizando las innovaciones tecnológicas comunicacionales e informáticas ocurridas en las últimas décadas del siglo XX, que generan una nueva fase en el proceso de mundialización, al facilitar y potenciar la interconectividad entre continentes, regio-

nes y países; y transforman tan profundamente la sociedad que se considera como el inicio de una nueva era. Luego se estudia la globalización económica y las implicancias de la existencia de un mercado mundial. Se revisan planteamientos contrapuestos sobre las implicancias económicas y sociales que ha tenido la globalización económica. Se concluye definiendo la globalización como un fenómeno complejo que involucra dimensiones comunicacionales, económicas, territoriales y culturales.

En este escenario se invita a los estudiantes a reflexionar sobre la inserción de Chile en el contexto internacional, analizando los principales lineamientos de la política de relaciones exteriores del gobierno de Chile. Nuevamente aquí se busca destacar la influencia que ejercen en la realidad nacional procesos históricos de escala mundial. Culmina la unidad aplicando en el análisis de noticias de actualidad todo lo aprendido durante el año, y profundizando la reflexión al analizar el fenómeno de la globalización desde América Latina.

Contenidos

- Regiones del mundo: caracterización geográfica, demográfica, económica, política y cultural de las grandes regiones geopolíticas que conforman el mundo actual. Profundización en el conocimiento de una región a través de una investigación documental.
- La pobreza y el deterioro medio ambiental como grandes problemas de orden mundial: caracterización del problema considerando diversas perspectivas y discusión de las resoluciones internacionales correspondientes.
- Revolución tecnológica e informática: el desarrollo de la tecnología y de los sistemas de comunicación y su impacto en la organización laboral y en la tendencia a la globalización mundial.
- La globalización de la economía: principales cambios experimentados en la economía mundial en las últimas décadas, con referencia al proceso de internacionalización de la producción y de las finanzas, la transnacionalización del capital, la liberalización del comercio de bienes y servicios. Interdependencia económica entre las naciones.
- Relaciones de influencia, cooperación y conflicto entre regiones y naciones; análisis de casos.
- Principales lineamientos de las relaciones exteriores del país. Intercambio y cooperación con los países vecinos, con los de América Latina y del resto del mundo.
- Relaciones económicas internacionales de Chile y su participación en bloques económicos.
- Tratados internacionales sobre derechos humanos, igualdad de oportunidades para mujeres y hombres, preservación del medio ambiente y superación de la pobreza.

Aprendizajes esperados

Los alumnos y alumnas:

1. Manejan una visión geográfica mundial reconociendo la diversidad regional que existe en el mundo.
2. Dimensionan la gravedad de algunos de los grandes problemas del mundo contemporáneo como la pobreza y el deterioro medioambiental, valorando el diálogo, la solidaridad social y las acciones concertadas como estrategias para enfrentarlos.
3. Comprenden los conceptos de desarrollo humano y de desarrollo sostenible como enriquecimientos significativos de la noción de desarrollo.
4. Comprenden la globalización como un fenómeno complejo de alcance mundial que tiene un desarrollo histórico y que se expresa en la economía, las comunicaciones, la organización territorial y la cultura.
5. Reconocen el impacto de las nuevas tecnologías y de la informática en la globalización.
6. Entienden el proceso de internacionalización de la producción y de las finanzas, la transnacionalización del capital, la liberalización del comercio de bienes y servicios, y la creciente interdependencia económica entre las naciones como rasgos distintivos de la economía mundial actual.
7. Comprenden que la globalización suscita nuevas relaciones de influencia, cooperación y conflicto entre naciones, bloques y regiones; algunas de las cuales ponen en cuestión las regiones tradicionales.
8. Identifican rasgos económicos, laborales y culturales cotidianos propios del desarrollo tecnológico y comunicacional de la era post industrial.
9. Problematican efectos positivos y negativos derivados de la globalización y establecen vínculos entre lo local y lo global; y entre la realidad nacional y mundial.
10. Conocen los principales lineamientos de la política de relaciones exteriores de Chile, e identifican las principales relaciones de cooperación de Chile con otros países del mundo.
11. Aprecian sus propias vivencias como parte de una experiencia histórica mundial.

Actividades genéricas y ejemplos

Actividad 1

Caracterizan las grandes regiones del mundo y precisan el concepto de región.

Secuencia de ejemplos

1. Apoyándose en un mapamundi el docente explica que en el mundo se pueden reconocer grandes regiones, que se distinguen porque comparten una serie de rasgos que les otorgan una identidad, tales como características geográfico-físicas, históricas, culturales y políticas. Ejemplifica con Latinoamérica, Europa y el mundo islámico, que constituyen regiones estudiadas anteriormente.

Explica que estas regiones no presentan una homogeneidad total en su interior, que sus límites son aproximados, que no siempre corresponden necesariamente a las fronteras de los países, pero no obstante son unidades que permiten formarse una visión global de la diversidad del mundo.

2. El curso se divide por regiones; cada grupo identifica los países que conforman la región elegida e indagan en la biblioteca y en internet sobre sus características. En su trabajo consideran: rasgos geográficos, demográficos, económicos, políticos y culturales; y algunos de sus principales problemas. Comparten el trabajo realizado con el curso a través de una exposición o panel que incluya: un mapa que localice la región estudiada, una descripción geográfico-física; gráficos de población y de indicadores económicos; una ficha descriptiva sobre el sistema político; imágenes y relatos breves sobre sus características culturales distintivas; un escrito discutiendo algunos de sus principales problemas.

INDICACIONES AL DOCENTE

Las regiones se pueden agrupar siguiendo distintos criterios. Considerando cierta homogeneidad cultural se puede distinguir las siguientes regiones: América anglosajona, Mundo eslavo, Mundo islámico, África negra, India, Mundo sino-japonés, Sudeste asiático, Australia-Nueva Zelandia, Oceanía insular, Latinoamérica y Europa.

3. El docente sistematiza el concepto de región y las define como áreas (territorio delimitado y continuo) con ciertas características comunes (ver Anexo 2.20). En este contexto explica que se habla de regiones geopolíticas cuando se analizan las relaciones de poder entre

países. El profesor o profesora concluye la actividad, aclarando que a diferencia de las regiones administrativas de Chile, las regiones geográficas analizadas no tienen un estatuto jurídico; no obstante, la fuerza de la tradición y los elementos culturales que las unifican las hacen reconocibles como entidades en el sistema de relaciones internacionales y, en muchos casos, las llevan a un actuar conjunto, como observarán en las siguientes actividades.

Actividad 2

Construyen una visión de la situación mundial manejando información cuantitativa.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora les entrega textos que contengan información cuantitativa de características relevantes que describen el mundo actual (ver Anexo 2.21), tales como: altamente poblado, globalizado, informatizado, contaminado, económicamente desigual, tecnologizado, urbano. En parejas seleccionan una de estas características y la representan en una tabla, un gráfico o un mapa. Reúnen los trabajos de todo el curso en un panel gráfico titulado “El mundo actual: algunas cifras relevantes”.
2. Los alumnos y alumnas leen un texto que exponga una síntesis de la situación mundial a fin de milenio. Leen, por ejemplo, el artículo de Paul Kennedy, “Desafíos globales a comienzos del siglo XXI” (ver Anexo 2.22). Redactan una opinión sobre la situación mundial en el cambio de milenio.

Actividad 3

Profundizan en el conocimiento del problema medioambiental y de pobreza en el mundo y discuten sobre las acciones internacionales que se emprenden frente a ellos.

Secuencia de ejemplos

1. Divididos en grupos, unos hacen una investigación documental sobre el problema de deterioro medioambiental y otros sobre el flagelo de la pobreza en el mundo, que incluya una caracterización del problema considerando diversas perspectivas, su incidencia a nivel mundial y las principales acciones que se emprende internacionalmente para enfrentarlos. Exponen los resultados al curso en un foro-panel.

INDICACIONES AL DOCENTE

Respecto al problema ambiental, interesa que los alumnos y alumnas indaguen sobre: la crisis energética, el deterioro ambiental, la alteración de los sistemas naturales y el cambio climático global. Respecto a las acciones internacionales, en especial se recomienda que lean la Declaración de Río (1992) sobre Medio Ambiente y Desarrollo (ver Anexo 2.23) y elaboren un listado de valores y aspiraciones comprometidos en la declaración, fundamentando sobre los que les parecen más relevantes. Es importante además que se pronuncien sobre sus propias contribuciones a la preservación del medio ambiente.

Respecto al problema de pobreza, interesa que indaguen sobre: el déficit alimenticio, las diferencias en la esperanza de vida, la falta de acceso a la educación y a la salud a nivel mundial, e identifiquen las zonas de mayor pobreza en el mundo. Respecto a las acciones internacionales, interesa especialmente que analicen los acuerdos de la Cumbre Social Mundial, realizada en Copenhague en 1995. (En: <http://www.un.org/documents/ga/conf166/aconf166-9sp.htm>).

Sitios internet recomendados para buscar material para esta actividad:

<http://www.undp.org/povertyreport/SPANISH/Spfront.pdf>

<http://www.pnud.cl/>

Ejemplo complementario

Indagan en torno a otros problemas del mundo contemporáneo tales como el narcotráfico, el racismo, la xenofobia y el SIDA. Establecen sus causas, las áreas más afectadas e identifican las acciones que se emprenden internacionalmente para enfrentarlos.

Actividad 4

Discuten sobre el concepto de desarrollo humano y de desarrollo sostenible.

Secuencia de ejemplos

1. El profesor o profesora retoma lo tratado sobre el subdesarrollo de Latinoamérica y reseña el posicionamiento del tema del desarrollo económico a partir de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Hace una relación de la forma en que el concepto ha ido pasando desde centrarse sólo en el crecimiento económico, hasta abarcar nuevas variables como la equidad, el medio ambiente y la calidad de vida.
2. Divididos en grupos, los alumnos y alumnas leen definiciones de desarrollo humano y de desarrollo sostenible o sustentable (Anexo 2.24), y discuten sobre cómo estas nociones reflejan una preocupación por los problemas de pobreza y medioambientales; y la incidencia que puede tener su aplicación por parte de entidades internacionales.

Actividad 5

Caracterizan el cambio tecnológico y de las comunicaciones operado en las últimas décadas del siglo XX y evalúan sus efectos.

Secuencia de ejemplos

1. Consultando a adultos cercanos indagan sobre las dimensiones cotidianas del cambio tecnológico y de las comunicaciones operado a nivel mundial en las últimas décadas del siglo XX. Preguntan, por ejemplo, sobre la frecuencia y duración de viajes, disponibilidad de teléfonos, costo de una línea telefónica, presencia de computadores en los servicios, circulación de noticias, transmisiones por televisión de eventos “en vivo y en directo”, como por ejemplo, la llegada del hombre a la luna.

También podrían preguntar acerca de cómo era la vida antes del uso de los computadores, cómo era el mundo sin fotocopias, sin fax, sin celulares, sin CDs. Podrían averiguar sobre la presencia de bancos en las ciudades pequeñas y sobre la incorporación de los cajeros automáticos.

El docente contrasta la información aportada por los estudiantes con relatos históricos sobre las comunicaciones en el pasado: el origen de la maratón, cuánto demoró la noticia de la prisión de Fernando VII en llegar a Chile, lo que significaba viajar entre ciudades o

fuera del país, la importancia del correo, por ejemplo. Y explica cómo junto con generarse estas nuevas tecnologías también se ha acelerado la masificación de ellas, comparando el tiempo que tomó la masificación del reloj, de la radio, de la TV, de la computación personal y el acceso a internet.

Ejemplo complementario

Averiguan el significado de algunos vocablos relacionados con el uso de internet, sugeridos por el profesor o profesora, tales como: hacker, navegar, chatear, cookie, ciberespacio, ciberocupa, digerati, e-mail o correo electrónico, empresas punto com, delito electrónico, comercio electrónico o e-comercio. Reflexionan sobre los alcances cotidianos de internet y se pronuncian sobre sus efectos. Indagan sobre las empresas líderes en el campo computacional, sobre las características de Silicon Valley, o sobre las empresas punto com.

2. El profesor o profesora les entrega información sobre los principales avances tecnológicos e industriales, del transporte y de las comunicaciones en el siglo XX (ver Anexo 2.25) y destaca los cambios tecnológicos que separan la sociedad industrial de la post industrial: microchips, computación personal, internet, robótica, satélites, láser, fibra óptica. Explica por qué se habla de una revolución tecnológica y de un cambio de época (ver Anexo 2.26).

INDICACIONES AL DOCENTE

Es importante clarificar el alcance mundial de esta revolución tecnológica, y su impacto en la existencia de “un mundo más pequeño” y altamente interconectado. Asimismo, a partir del concepto de sociedad post-industrial, acuñado por Daniel Bell, explicar la profundidad de los cambios que se están operando en la sociedad.

3. Los alumnos y alumnas elaboran un informe en que dan cuenta de los efectos del cambio tecnológico en las comunicaciones y en las dimensiones cotidianas de la existencia, distinguiendo efectos positivos y negativos.

Actividad 6

Describen la globalización económica e identifican efectos en la actividad económica nacional.

Secuencia de ejemplos

1. Organizados en grupos, unos indagan sobre la existencia de empresas extranjeras en Chile y otros sobre la presencia de empresas chilenas en el extranjero, de preferencia con ejemplos de la propia región. Tomando estos casos, el docente invita a los alumnos a recordar los conceptos trabajados en años anteriores como mercado abierto o libre comercio y explica las características de la economía mundial, haciendo referencia a la importancia de las empresas transnacionales, la transnacionalización de los capitales y las finanzas, la concentración económica, la terciarización de la economía, la externalización de funciones.

Ejemplo complementario

Tomando las informaciones de diarios y noticieros sobre movimientos bursátiles en Chile y el extranjero el docente motiva a los alumnos y alumnas a reflexionar sobre el rol que juegan las bolsas de comercio en la economía mundial: por ejemplo, por qué es importante saber los precios de las acciones en la bolsa de Nueva York, qué consecuencias trae una baja de valores en esa bolsa, por qué afecta a Chile que bajen las acciones en Tokio. El docente vincula el caso de las bolsas de comercio con los conceptos trabajados en el ejemplo anterior.

2. Tomando el caso de la industria textil en Chile, el profesor o profesora explica cómo la globalización ha afectado la producción y comercialización de ciertos productos nacionales, frente a la proliferación de artículos más baratos provenientes del extranjero, y se refiere a los esfuerzos que hace nuestro país para colocar sus productos en los mercados externos, diversificando su economía, identificando bienes que sean competitivos a nivel internacional, desarrollando estrategias para abrir mercados, y desarrollando acuerdos, pactos y tratados de comercio internacional.

INDICACIONES AL DOCENTE

Sobre acuerdos comerciales de Chile, ver Anexo 2.27.

3. En un mapamundi colorean los países integrantes de distintos bloques económicos: NAFTA, OPEP, MERCOSUR; APEC, UNION EUROPEA, el Grupo de los Ocho. Comparando con el mapa de regiones, trabajado al inicio de la unidad, sacan conclusiones sobre cómo las alianzas transregionales y las organizaciones multinacionales pueden alterar la cohesión tradicional de las grandes regiones geográficas.

INDICACIONES AL DOCENTE

Se podría ejemplificar con México y su participación en el NAFTA, con la tensión entre la participación de Chile en el Mercosur o en el NAFTA (o TLC).

4. Leen documentos que expliquen la transformación del mercado laboral en relación con los tipos de trabajo que se desarrollan, las capacidades que se requieren para este nuevo mercado laboral, la movilidad de las personas entre puestos de trabajo, las migraciones, la reducción de la jornada en los países más desarrollados. Entrevistan a adultos cercanos sobre los cambios que ellos observan en este ámbito a nivel nacional y elaboran un informe sobre las consecuencias de la globalización económica y la revolución tecnológica en las características del trabajo.

INDICACIONES AL DOCENTE

Para apoyar este ejemplo se recomienda el libro de J. Rifkin, *El fin del trabajo*, Ediciones Paidós. Barcelona, 1996.

Actividad 7

Exploran la dimensión cultural de la globalización y conceptualizan la globalización como un fenómeno complejo.

Secuencia de ejemplos

1. Los alumnos y alumnas analizan la procedencia de productos que consumen cotidianamente: la música que escuchan, las bebidas que ingieren, la ropa que visten, los electrodomésticos que son utilizados en su hogar. Determinan la incidencia de productos extranjeros en su vida diaria, en sus gustos, en su modo de vida. Analizan críticamente la homogeneización de patrones de consumo y de las costumbres derivadas de estos hechos, y el influjo de los medios de comunicación (TV, cine) en estos comportamientos. El docente se refiere a la uniformación y desvalorización de las identidades culturales tradicionales que conlleva la globalización.
2. Constatan, respecto de un mismo producto, la variedad de tipos que se ofrecen en el mercado, por ejemplo, la variedad de cadenas internacionales de alimentación y de tipos de comida extranjera (china, japonesa, árabe, mexicana, etc.). O, averiguan con cuántos países se pueden contactar a través de internet para obtener información. Concluyen sobre el acceso a información y bienes provenientes de variados lugares del orbe y su contribución a una cultura más diversificada y cosmopolita. Contraponiendo al punto anterior, opinan sobre las oportunidades y posibilidades que ofrece la globalización.
3. Realizan un debate estructurado o un foro panel sobre el impacto del consumo de productos extranjeros en la identidad cultural nacional, y en la diversidad cultural mundial.
4. El docente precisa el concepto de globalización, sintetizando las principales características del mundo globalizado, e identificando las tensiones que se producen en este contexto en relación a los trabajos, las economías nacionales, las identidades culturales, los territorios regionales; a la vez que las posibilidades que ofrece, considerando la interconectividad y el mayor acceso a la información.

INDICACIONES AL DOCENTE

Sobre el concepto de globalización ver anexo 2.28. Es importante que los alumnos y alumnas entiendan que la globalización económica constituye un fenómeno histórico y que como tal no es incuestionable, ni estático.

5. Leen documentos o artículos que presenten diferentes posturas respecto a la globalización, resumen los principales planteamientos y emiten opiniones personales frente a estos (ver anexo 2.29).

Actividad 8

Se informan y reflexionan sobre la política de relaciones exteriores de Chile.

Secuencia de ejemplos

1. Se informan sobre los principales lineamientos de la política de relaciones exteriores de Chile. Consultando el sitio web del Ministerio de Relaciones Exteriores (www.minrel.cl) o publicaciones especializadas (ver Anexo 2.30), describen los nexos económicos, políticos y culturales de Chile con América Latina y el mundo.
2. Se dividen en grupos para indagar acerca de la participación de Chile en Naciones Unidas, y en las últimas cumbres o convenciones internacionales sobre medio ambiente, derechos de las mujeres, derechos humanos, superación de la pobreza, paz mundial. Identifican los tratados que Chile ha firmado en estas materias, y las consecuencias de estos acuerdos para la convivencia nacional. Elaboran conclusiones sobre la relevancia de los instrumentos internacionales frente a estos problemas.

Actividad 9

Aplican a noticias de actualidad sus conocimientos sobre globalización y orden mundial.

Secuencia de ejemplos

1. Leyendo la prensa o escuchando los noticiarios de televisión durante una semana, identifican varios ejemplos de noticias que involucren la participación de dos o más países, o que signifiquen el encuentro de personas o representantes de dos o más países, incluyendo noticias que involucren a Chile. Comentan las noticias recolectadas. Luego, a solicitud del profesor o profesora las clasifican en relaciones de influencia, cooperación o conflicto. Cada alumno o alumna selecciona una noticia y la clasifica en una de las tres categorías señaladas, fundamentando su decisión. Considerando el trabajo realizado, el docente guía al curso para que construyan definiciones de relaciones de cooperación, de influencia y de conflicto.
2. Toman algunos de los casos identificados en la actividad anterior (que no involucren a Chile) y los explican a la luz de los conocimientos adquiridos durante el año sobre el orden mundial internacional, la realidad latinoamericana y los procesos de globalización. Toman

además algunas de las noticias que involucren a Chile y las analizan agregando a los antecedentes anteriores sus conocimientos sobre la política exterior del país. Elaboran un informe escrito con su análisis.

Actividad 10

Concluyen respecto a las características más destacadas del siglo XX en el mundo y en América Latina y los desafíos de futuro.

Secuencia de ejemplos

1. Divididos en grupos, los estudiantes trabajan sobre los tres conceptos que el documento de Manuel Castells (Anexo 2.31) señala como las claves para comprender la sociedad actual. Sistematizan el concepto de globalización y visualizan las formas en que ellos o ellas se ven afectados por este proceso, tanto en el plano personal como colectivo. Analizan el surgimiento y la importancia de las identidades en un mundo globalizado. Discuten el nuevo rol que debería cumplir el Estado y la participación en la formación de nuevos bloques y alianzas entre Estados.
2. Comparten con el curso las conclusiones de cada grupo y en un panel de discusión aplican los resultados de sus trabajos a la situación latinoamericana y chilena. Luego se debaten soluciones a los tres desafíos que plantea el documento.
3. El docente cierra la actividad con un comentario resumen de lo tratado a lo largo de esta unidad y lo relaciona con los contenidos de las unidades anteriores.

Anexo 1: Ejemplos de actividades de evaluación

Introducción

A continuación se presentan, a modo de ejemplo, algunas actividades destinadas a evaluar el logro de los aprendizajes esperados de las unidades y aquellos que son transversales.

Estos ejemplos incluyen actividades ya comprendidas en el desarrollo del programa y actividades “nuevas”, diseñadas específicamente para evaluar. Las actividades evaluativas sugeridas deben ser entendidas como ejemplos, utilizándose como están propuestas o siendo reemplazadas por otras modalidades que resulten más apropiadas. El propósito fundamental de ellas es ofrecer un modelo del tipo de situaciones que se deben evaluar y de la forma en que se puede diseñar la evaluación, considerando los aprendizajes esperados y definiendo los indicadores de logro de tales aprendizajes.

En todas las evaluaciones que se apliquen es sumamente importante que el docente señale

al alumno o alumna los aspectos logrados y aquéllos por lograr, de modo que la evaluación le aporte información útil acerca de qué se espera de él o ella y cuáles son las áreas que tiene que trabajar más.

Cabe destacar que no todas las actividades de evaluación deben traducirse en notas; incluso, en determinados casos, calificar puede ser contraproducente, especialmente cuando los estudiantes no han tenido la oportunidad de acceder a los aprendizajes involucrados. Sin embargo, la calificación se debe realizar, y muchas veces constituye un estímulo para los estudiantes el saber que su trabajo será calificado. Por esto, y considerando que el tiempo disponible para la corrección de trabajos resulta casi siempre insuficiente, todos los ejemplos que siguen pueden calificarse.

Unidad 1: Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Ejemplo

Evaluación de la lectura de documentos históricos

Actividad

Los alumnos o alumnas leen documentos de Hitler y Mussolini y reconocen los argumentos fascistas en sus planteamientos.

Aprendizajes esperados a observar

- Reconocen la importancia de las ideologías en el desarrollo histórico del siglo XX.
- Analizan críticamente los rasgos distintivos de los sistemas totalitarios y aplican el concepto de totalitarismo a la Alemania Nazi, y al comunismo stalinista.

Indicadores

- Reconocen elementos nacionalistas: rechazo a los extranjeros, exaltación de tradiciones nacionales, exaltación del pasado heroico de la nación y de los orígenes míticos.
- Reconocen elementos socialistas: bienestar económico para todos, valor del trabajador.
- Reconocen elementos del liberalismo capitalista: maquinismo, valoración del desarrollo industrial, impulso modernizador, valoración del progreso.
- Identifican elementos que definen el carácter autoritario del estado fascista: pérdida de valor de las individualidades, ninguna valoración de la diversidad, exaltación del orden y la disciplina, comunión de intereses entre Estado, nación, partido y líder.
- Reconocen elementos que dan cuenta de la aspiración expansionista.
- Identifican (dependiendo de los documentos) elementos racistas.
- Contextualizan temporalmente los documentos leídos.

Unidad 1: Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Ejemplo

Evaluación de una reflexión personal

Actividad (seleccionada del programa)

Los alumnos y alumnas escriben una reflexión ética sobre los efectos de las sociedades totalitarias en las vidas de las personas.

Aprendizajes esperados a observar

- Evalúan desde la perspectiva de los derechos humanos las principales características y procesos de la historia y sociedad contemporáneas (transversal).
- Analizan críticamente los rasgos distintivos de los sistemas totalitarios y aplican el concepto de totalitarismo a la Alemania Nazi, y al comunismo stalinista.

Indicadores

- Manejan el concepto de sociedad totalitaria.
- Cuestionan la limitación de los derechos individuales en las sociedades totalitarias.
- Rechazan la represión política que se ejerce en las sociedades totalitarias.
- Dan ejemplos históricos de situaciones totalitarias, refiriéndose a sucesos ocurridos en la Alemania fascista, o en la URSS stalinista.
- Emiten juicios personales sobre las implicancias del totalitarismo para las personas.

Unidad 1: Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Ejemplo

Evaluación de una carpeta temática

Actividad (seleccionada del programa)

El docente solicita a los estudiantes que preparen una carpeta sobre la historia de la bomba atómica arrojada sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki.

Aprendizajes esperados a observar

- Establecen relaciones entre los procesos estudiados, considerando su multicausalidad y descubriendo sus relaciones recíprocas (transversal).
- Investigan utilizando distintas fuentes documentales, orales, estadísticas y gráficas, mostrando un manejo riguroso de la información a la que acceden (transversal).
- Evalúan desde la perspectiva de los derechos humanos las principales características y procesos de la historia y sociedad contemporáneas (transversal).
- Comprenden que la Segunda Guerra Mundial tiene características distintivas sin precedentes, y valoran la penalización de los crímenes contra la humanidad y la paz surgidos luego de ella.
- Consideran cómo durante el siglo XX se instala en el debate intelectual una visión crítica de los paradigmas racionalistas y se tiene una más clara conciencia de las limitaciones de nuestra capacidad de progresar.

Indicadores

En la carpeta incluyen:

- Una cronología de los desarrollos tecnológicos que condujeron a la creación de la bomba atómica.
- Una cronología de los acontecimientos políticos que antecedieron los lanzamientos.
- Imágenes del hongo atómico.
- Imágenes o relatos del horror de la explosión y los efectos en las ciudades bombardeadas.
- Reflexiones, relatos, noticias sobre las consecuencias del lanzamiento y las reacciones que le siguieron en Estados Unidos y en el resto del mundo.
- Expresiones artísticas o literarias alusivas al lanzamiento de la bomba atómica.
- Imágenes de las conmemoraciones de la fecha del lanzamiento en Japón.

Unidad 1: Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Ejemplo

Evaluación de investigación en internet

Actividad (seleccionada del programa)

A través de la red Enlaces, se informan por internet sobre la labor que ha realizado la Organización de Naciones Unidas desde que fue creada, para conservar la paz, difundir los derechos humanos, y procurar mejores condiciones de vida a los habitantes más desposeídos del planeta. Luego, organizados en grupos, elaboran un informe.

Aprendizajes esperados a observar

- Evalúan desde la perspectiva de los derechos humanos las principales características y procesos de la historia y sociedad contemporáneas (transversal).
- Investigan utilizando distintas fuentes documentales, orales, estadísticas y gráficas, mostrando un manejo riguroso de la información a la que acceden (transversal).
- Comprenden que la Segunda Guerra Mundial tiene características distintivas sin precedentes, valorando la penalización de los crímenes contra la humanidad y la paz surgidos luego de ella.
- Valoran la Declaración Universal de los Derechos del Hombre como un elemento fundante de un orden social nuevo.

Indicadores

- Describen cómo está conformada esta organización: estados miembros y su modo de operar, a través de comités y conferencias mundiales.
- Describen el sistema de Naciones Unidas y sus múltiples órganos.
- Consideran la acción en derechos humanos y en desarrollo social y económico; y sus acciones en relación con los conflictos bélicos.
- Recogen información sobre las acciones de las Naciones Unidas en la actualidad.
- Elaboran una síntesis con los aspectos más significativos del accionar de Naciones Unidas.
- Elaboran un informe coherente y presentado de acuerdo a las normas convencionales.

Unidad 2: América Latina contemporánea

Ejemplo

Evaluación de trabajo de investigación y exposición

Actividad

El profesor o profesora divide al curso en grupos para desarrollar una investigación que profundice en las principales características geográficas y culturales de diferentes países de la región. Este trabajo, que se puede desarrollar en paralelo a las demás actividades sobre América Latina, concluye en la elaboración de folletos informativos y en la promoción del país en una feria internacional que se organiza al término de la unidad.

Aprendizajes esperados a observar

- Investigan utilizando distintas fuentes documentales, orales, estadísticas y gráficas, mostrando un manejo riguroso de la información a la que acceden (transversal).
- Comunican ideas de manera coherente en forma oral, escrita y gráfica, distinguiendo entre opiniones, interpretaciones y hechos, evidenciando capacidad de pensamiento autónomo, y mostrando respeto por la diversidad y tolerancia frente a las ideas divergentes (transversal).
- Conocen un país latinoamericano en mayor profundidad, interiorizándose sobre sus características geográficas, económicas, sociales y culturales.

Indicadores

- Recurren a diversas fuentes y seleccionan información pertinente.
- Integran la información de las diversas fuentes de forma apropiada.
- Recuperan información actual.
- Recolectan información gráfica y estadística.
- Describen el país estudiado considerando:
 - rasgos geográficos (relieve, clima, paisajes, hidrología, flora y fauna)
 - características generales de la población
 - principales ciudades
 - principales actividades económicas
 - rasgos culturales (idiomas, expresiones artísticas y musicales, grupos étnicos, prácticas religiosas u otros) que distinguen al país seleccionado
- El folleto elaborado está bien organizado, integra información relevante.
- Se evidencia interés y respeto por el país estudiado.
- Al promocionar el país, evidencian que manejan la información recolectada.

Unidad 2: América Latina contemporánea

Ejemplo

Evaluación de recolección y análisis de información estadística

Actividad (seleccionada del programa)

Sobre la base de la información entregada por la profesora o profesor, y complementada con información estadística extraída de los anuarios de Naciones Unidas o de internet, los estudiantes preparan gráficos que den cuenta de las características estructurales y dinámicas de la población de un país seleccionado.

INDICACIONES AL DOCENTE

A objeto de evitar una recarga excesiva de información, se sugiere seleccionar sólo algunas variables de análisis. Estas pueden ser población total, población urbana; población por grandes grupos de edad (jóvenes, 0-19 años; adultos, 20-64 años; adultos mayores, más de 65 años); composición étnica; alfabetismo, tasas de natalidad y mortalidad, esperanza de vida al nacer, tasa de crecimiento poblacional.

Aprendizajes esperados a observar

- Investigan utilizando distintas fuentes documentales, orales, estadísticas y gráficas, mostrando un manejo riguroso de la información a la que acceden (transversal).
- Identifican los principales rasgos geográficos de América Latina, distinguiendo sus unidades naturales, su estructura y dinámica demográfica, y sus principales zonas y actividades económicas.
- Constatan que la sociedad latinoamericana actual se caracteriza por un predominio de la vida urbana, apreciando las ventajas y los problemas que ello conlleva.

Indicadores

- Leen las tablas, seleccionan una variable y son capaces de construir un gráfico con la información.
- La forma del gráfico es adecuada a la variable que se quiere describir.
- El gráfico cumple con las normas de titulación y explicación convencionales.
- Comparan los datos de la región con los datos para un país o un grupo de países, identificando si la situación descrita para cada uno es similar o diferente a los valores regionales.
- Leen los gráficos identificando tendencias.
- Interpretan la variable analizada estableciendo vínculos con situaciones económicas.
- Elaboran conclusiones y opinan sobre la información que les provee el gráfico.

Unidad 2: América Latina contemporánea

Ejemplo

Evaluación de mesa redonda

Actividad (seleccionada del programa)

Organizados en grupos, los alumnos y alumnas preparan una mesa redonda sobre los propósitos de la política exterior estadounidense respecto de América Latina durante la Guerra Fría. Para tal efecto, deben basarse en extractos de los mensajes presidenciales de John F. Kennedy o en otros documentos de la época, con especial referencia a los relativos a la Alianza para el Progreso.

Aprendizajes esperados a observar

- Establecen relaciones entre los procesos estudiados, considerando su multicausalidad y descubriendo sus recíprocas relaciones (transversal).
- Comunican ideas de manera coherente en forma oral, escrita y gráfica, distinguiendo entre opiniones, interpretaciones y hechos, evidenciando capacidad de pensamiento autónomo, y mostrando respeto por la diversidad y tolerancia frente a las ideas divergentes (transversal).
- Conocen los múltiples y cambiantes nexos que han relacionado a América Latina y Estados Unidos a lo largo del siglo XX, y evalúan sus consecuencias sobre la realidad actual del continente.

Indicadores

- Describen la dimensión económica y militar de la política de Estados Unidos hacia América Latina en el período de la Guerra Fría.
- Vinculan las políticas económicas con la situación de subdesarrollo de América Latina.
- Vinculan la política de Estados Unidos en los sesenta con la Revolución Cubana.
- Distinguen elementos ideológicos en la disputa capitalismo-comunismo.
- Fundamentan sus opiniones.
- Debaten mostrando capacidad de escuchar al oponente y en un clima de respeto.

Unidad 2: América Latina contemporánea

Ejemplo

Evaluación de ensayos individuales

Actividad (seleccionada del programa)

Valiéndose de los conocimientos adquiridos, y recuperando lo que ya saben sobre Historia de Chile, alumnos y alumnas elaboran ensayos individuales en torno al tema “Chile un país latinoamericano”. Los ensayos deben contemplar aspectos económicos, sociales, políticos y culturales, y los fundamentos para su toma de posición deben ser explícitamente definidos y desarrollados.

Aprendizajes esperados a observar

- Relacionan su propia experiencia de vida con la trayectoria de nuestra nación, de América Latina y del mundo actual (transversal).
- Sitúan a Chile en el contexto mundial y latinoamericano, reconociendo y valorando rasgos propios de la identidad nacional (transversal).
- Reflexionan sobre la existencia de una identidad latinoamericana común, dimensionando la presencia en ella de elementos culturales originarios y cosmopolitas.
- Identifican rasgos culturales, económicos o sociales que asemejan a Chile con otros países latinoamericanos, y opinan sobre sí mismos como portadores o portadoras de una identidad latinoamericana.

Indicadores

- Reconocen elementos históricos que unifican a Chile con América Latina: pasado colonial, independencia, influencia norteamericana.
- Distinguen elementos económicos que unifican a Chile con América Latina: subdesarrollo, carácter de productor de materias primas.
- Reconocen elementos culturales que vinculan a Chile con América Latina: identidad mestiza, idioma dominante, influencia de la religión católica.
- Identifican elementos particulares que diferencian a Chile, aludiendo a cuestiones como: las características peculiares que tienen estos grandes procesos históricos en el país, la situación económica y política del país en la actualidad, las características demográficas del país (volumen de población, porcentaje de población rural, escolaridad, composición étnica), elementos del diario vivir: como modos de ser, modos de divertirse, modos de relacionarse entre las personas, chilenismos.
- Elaboran opiniones personales.
- Argumentan sus posiciones.
- Su argumentación es hilada y coherente.

Unidad 3: El mundo actual

Ejemplo

Evaluación de un trabajo de investigación grupal

Actividad (seleccionada del programa)

El curso se divide por regiones; cada grupo identifica los países que conforman la región elegida e indagan en la biblioteca y en internet sobre sus características. En su trabajo consideran: rasgos geográficos, demográficos, económicos, políticos y culturales; y algunos de sus principales problemas. Comparten el trabajo realizado con el curso a través de una exposición o panel gráfico que incluya: un mapa que localice la región estudiada, una descripción geográfico-física; gráficos de población y de indicadores económicos; una ficha descriptiva sobre el sistema político; imágenes y relatos breves sobre sus características culturales distintivas; un escrito discutiendo algunos de sus principales problemas.

Aprendizajes esperados a observar

- Investigan utilizando distintas fuentes documentales, orales, estadísticas y gráficas, mostrando un manejo riguroso de la información a la que acceden (transversal).
- Comunican ideas de manera coherente en forma oral, escrita y gráfica, distinguiendo entre opiniones, interpretaciones y hechos, evidenciando capacidad de pensamiento autónomo, y mostrando respeto por la diversidad y tolerancia frente a las ideas divergentes (transversal).
- Manejan una visión geográfica mundial reconociendo la diversidad regional que existe en el mundo.

Indicadores

- Recurren a diversas fuentes y seleccionan información pertinente.
- Integran la información de las diversas fuentes de forma apropiada.
- Recuperan información actual.
- Recolectan información gráfica.
- Describen las regiones estudiadas considerando:
 - localización en el mapamundi y países que la conforman,
 - entorno geográfico,
 - población,
 - breve reseña histórica,
 - principales actividades productivas,
 - sistemas de gobiernos de los países de la región, conflictos entre países,
 - religión predominante,
 - costumbres tales como: comidas, tradiciones, vestimentas típica.
- Identifican problemas relevantes de la región, ambientales, políticos, demográficos, económicos, según sea el caso.
- Exponen sintetizando los principales rasgos de la región.
- Al responder demuestran conocimiento de la región estudiada.

Unidad 3: El mundo actual

Ejemplo

Evaluación de un trabajo de investigación grupal

Actividad (seleccionada del programa)

Divididos en grupos, unos hacen una investigación documental sobre el problema de deterioro medioambiental y otros sobre el flagelo de la pobreza en el mundo, que incluya una caracterización del problema considerando diversas perspectivas, su incidencia a nivel mundial y las principales acciones que se emprende internacionalmente para enfrentarlos. Exponen los resultados al curso en un foro-panel en que expone un representante por grupo.

Aprendizajes esperados a observar

- Elaboran e interpretan mapas, relacionando la información allí contenida con los procesos históricos y sociales estudiados (transversal).
- Investigan utilizando distintas fuentes documentales, orales, estadísticas y gráficas, mostrando un manejo riguroso de la información a la que acceden (transversal).
- Establecen relaciones entre los procesos estudiados, considerando su multicausalidad y descubriendo sus recíprocas relaciones (transversal).
- Reflexionan, critican, debaten y emiten opiniones propias sobre los problemas que afectan a la humanidad, reparando en la complejidad y difícil resolución que los caracteriza (transversal).
- Comunican ideas de manera coherente en forma oral, escrita y gráfica, distinguiendo entre opiniones, interpretaciones y hechos, evidenciando capacidad de pensamiento autónomo, y mostrando respeto por la diversidad y tolerancia frente a las ideas divergentes (transversal).
- Dimensionan la gravedad de algunos de los grandes problemas del mundo contemporáneo como la pobreza y el deterioro medioambiental, valorando el diálogo, la solidaridad social y las acciones concertadas como estrategias para enfrentarlos.

Indicadores

- Recurren a diversas fuentes y seleccionan información pertinente.
- Integran la información de las diversas fuentes de forma apropiada.
- Recolectan información estadística actual y la trabajan apropiadamente.
- Describen el problema estudiado considerando:
 - en qué consiste y cómo se expresa,
 - la magnitud: población afectada, proyecciones a futuro,
 - distribución en el mundo.
- Dan cuenta de la complejidad del problema y las múltiples dimensiones que involucra, reconociendo cómo se articulan conductas individuales con conductas estatales e institucionales.
- Reconocen acciones diversas que se deberían emprender para enfrentarlos.

- Reconocen la multiplicidad de actores implicados.
- Al exponer el problema al curso:
 - recurren a gráficos y mapas,
 - explican la magnitud del problema y su complejidad,
 - explican sus características a través de un mapa conceptual u otro organizador gráfico.
- En la discusión identifican acciones que se podrían emprender para enfrentar estos problemas.
- En la discusión identifican relaciones entre los problemas estudiados por los distintos grupos.

Unidad 3: El mundo actual

Ejemplo

Evaluación de un informe evaluativo de un proceso de cambio histórico.

Actividad (seleccionada del programa)

Los alumnos y alumnas elaboran un informe en que dan cuenta de los efectos del cambio tecnológico en las comunicaciones y en las dimensiones cotidianas de la existencia, distinguiendo efectos positivos y negativos.

Aprendizajes esperados a observar

- Comunican ideas de manera coherente en forma oral, escrita y gráfica, distinguiendo entre opiniones, interpretaciones y hechos, evidenciando capacidad de pensamiento autónomo, y mostrando respeto por la diversidad y tolerancia frente a las ideas divergentes (transversal).
- Identifican rasgos económicos, laborales y culturales cotidianos propios del desarrollo tecnológico y comunicacional de la era post industrial.
- Reconocen el impacto de las nuevas tecnologías y de la informática en la globalización.

Indicadores

- Identifican las transformaciones tecnológicas en las comunicaciones en el siglo XX: transporte aéreo, navegación espacial, televisión, transmisiones satelitales, telefonía celular, fax.
- Reconocen cómo se ha transformado la rapidez en los contactos, cómo ha aumentado el flujo de personas y bienes, aumentando la interconectividad en el mundo.
- Reconocen cómo se ha ampliado la capacidad del ser humano para explorar el Sistema Solar, y las grandes distancias a las cuales se puede transmitir información.
- Identifican efectos cotidianos: acceso a la información, alteración de costumbres y hábitos (uso del celular, presencia de la televisión).
- Reconocen efectos positivos y negativos, fundamentan sus opiniones y juicios.

Unidad 3: El mundo actual

Ejemplo

Evaluación de un foro panel

Actividad (seleccionada del programa)

Realizan un debate estructurado o un foro panel sobre el impacto del consumo de productos extranjeros en la identidad cultural nacional, y en la diversidad cultural mundial.

Aprendizajes esperados a observar

- Establecen relaciones entre los procesos estudiados, considerando su multicausalidad y descubriendo sus recíprocas relaciones (transversal).
- Reflexionan, critican, debaten y emiten opiniones propias sobre los problemas que afectan a la humanidad, reparando en la complejidad y difícil resolución que los caracteriza (transversal).
- Comprenden la globalización como un fenómeno complejo de alcance mundial que tiene un desarrollo histórico y que se expresa en la economía, las comunicaciones, la organización territorial y la cultura.
- Identifican rasgos económicos, laborales y culturales cotidianos propios del desarrollo tecnológico y comunicacional de la era post industrial.
- Problematican efectos positivos y negativos derivados de la globalización y establecen vínculos entre lo local y lo global.

Indicadores

- Describen la globalización como un fenómeno complejo.
- Entienden cómo la globalización ha implicado la difusión a nivel mundial de ciertos productos, que al ser consumidos se van integrando a las costumbres locales, desplazándolas en muchos casos.
- Reconocen que difusión cultural siempre ha existido y que siempre las culturas están integrando elementos provenientes del extranjero.
- Evalúan si los elementos que se están incorporando en la actualidad son un aporte o no al desarrollo personal, al bienestar y a la calidad de vida.
- Identifican productos extranjeros que consumen cotidianamente y los evalúan como positivos o negativos.
- Emiten opiniones sobre una posible uniformación cultural mundial.
- Emiten opiniones sobre el cambio cultural y el valor de la preservación de tradiciones.
- Fundamentan sus opiniones y afirmaciones.
- Debaten en un clima de respeto escuchando las opiniones discordantes.

Ejemplos de preguntas de prueba

Unidad 1. Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Secuenciación de hitos o procesos históricos.

Pregunta

Sobre la base de los contenidos trabajados en clases referidos a los grandes hitos y procesos políticos que marcaron el siglo XX, alumnos y alumnas responden en una prueba escrita un ítem en el cual deben ordenar la secuencia temporal en que se produjeron diversos fenómenos relacionados con este siglo y que se presentan en forma aleatoria. Se sugiere la siguiente presentación del ítem.

Ordena, cronológicamente, los siguientes hitos o procesos históricos del siglo XX:

- () Revolución Rusa
- () Inicio de la Primera Guerra Mundial
- () Ascenso de Hitler al poder en Alemania
- () Inicio de la Segunda Guerra Mundial
- () Bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki
- () Gran Depresión
- () Independencia de la India
- () Revolución Cubana
- () Derrumbe del muro de Berlín
- () Disolución de la URSS

Indicador

- El alumno o alumna ordena correctamente, en la línea de tiempo, los hitos o procesos políticos seleccionados.

Unidad 1. Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Síntesis de un proceso histórico.

Pregunta

Sobre la base de los contenidos trabajados en clases referidos al mundo de entreguerras, alumnos y alumnas responden en una prueba escrita un ítem en el cual deben considerar las consecuencias de la depresión económica del año 1929 en el mundo capitalista y la situación de Unión Soviética en esta misma época. Se sugiere la siguiente presentación del ítem:

Sintetiza los principales efectos sociales y económicos inmediatos de la crisis económica mundial de 1929, explicando por qué razones esta crisis no se expresó en la Unión Soviética.

Indicadores

El alumno o alumna:

- Identifica la crisis del año 29 con el sistema capitalista.
- Contextualiza la crisis, haciendo referencia al período que transcurre entre el fin de los años veinte y los inicios de los años treinta.
- Señala entre los efectos inmediatos de esta crisis: la caída financiera de los valores, el estancamiento comercial, la baja de los precios, la acumulación de stocks sin vender, la cesantía, las quiebras, el hambre, entre otros.
- Alude a las razones que hacen al sistema socialista sortear esta crisis, por ejemplo, aislamiento de los circuitos económicos del capitalismo internacional.

Unidad 1. Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Inferencia a partir de un testimonio escrito de época.

Pregunta

Sobre la base de los contenidos trabajados en clases referentes al período de entreguerras, alumnos y alumnas responden en una prueba escrita un ítem en el cual se les presenta el testimonio de uno de los protagonistas de esta época, el cual deben identificar, para luego, dar a conocer las consecuencias de sus políticas en el futuro inmediato. Se sugiere la siguiente presentación del ítem:

Observa la imagen y lee el extracto del discurso que sigue a continuación. Luego, responde a las preguntas.



Fotografía; Enciclopedia Microsoft (r) Encarta (r) 97, Copyright 93-96

“Quiero decir, sin embargo, que se nos ha obligado a ser espectadores: no que el pueblo alemán haya aceptado jamás esta situación, sino que al estar sin armas no podía participar en la acción.

Hemos aprendido en estos años a despreciar a los demócratas del mundo. En esta época no hemos encontrado más que un solo Estado entre las potencias europeas, y a la cabeza de este Estado un solo hombre que haya sido comprensivo con el desastre de nuestro pueblo: es mi gran amigo Benito Mussolini”¹

¹ Cit. en Group Germania 75, *Materiales para la clase de Historia*, Tomo III, Editado por Anaya 1979, p 47.

1. ¿A qué época y autor podría corresponder el documento? ¿Por qué?
2. ¿Qué unía al autor de este discurso con el mencionado Mussolini?
3. ¿Qué consecuencias trajeron consigo las ideas expresadas en el texto?

Indicadores

El alumno o alumna:

- Identifica como época el período de entreguerras, específicamente, la Alemania nazi.
- Señala como autor del texto a Adolf Hitler.
- Alude al argumento defendido por Hitler respecto al derecho de Alemania de rearmarse, para sacar del estado de postración al pueblo alemán y defenderse de sus enemigos externos.
- Refiere los vínculos entre Hitler y Mussolini, para explicar la alianza entre la Alemania nazi y la Italia fascista: el militarismo, el desprecio por la democracia, entre otros.
- Vincula las ideas del rearme y la supuesta defensa contra enemigos externos con el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Unidad 1. Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Síntesis de un proceso histórico.

Pregunta

Sobre la base de un texto aportado por el docente, alumnos y alumnas responden en una prueba escrita preguntas relativas a la Segunda Guerra Mundial.

Lee el texto. Responde la pregunta y realiza la actividad que sigue a continuación:

“Dos mil ciento noventa y un día de conquista. Matanzas miseria, hambre y muerte... 2191 días.

El conflicto más devastador de toda la sangrienta historia humana había terminado por fin. En la guerra había intervenido el número más elevado de combatientes de todas las épocas: 70.000.000 de hombres en total, con un número ingente de máquinas y sobre la extensión mayor de todos los tiempos.

Las pérdidas de vidas humanas alcanzaron cifras astronómicas. En los campos de batalla perecieron un mínimo de 17.000.000 de hombres, o sea uno de cada 22 rusos, de cada 25 alemanes, de cada 46 japoneses, de cada 150 italianos, de cada 150 ingleses, de cada 200 franceses, de cada 500 norteamericanos. Más de 18.000.000 de personas civiles perdieron la vida por diversas causas. Las bajas fueron el doble de las que se produjeron en la guerra de 1914-18. Y la lista hubiese sido extraordinariamente más elevada de no haber sido porque uno de cada dos soldados heridos había sido salvado por las sulfamidas, acabadas de descubrir y por las transfusiones de plasma sanguíneo.

Las pérdidas materiales fueron asimismo abrumadoras. Los gastos militares ascendieron a un billón de dólares; las pérdidas de bienes y haciendas arrojan una cifra por lo menos doble de aquella. Europa fue barrida por una gigantesca oleada de destrucción”.

Cit. en Poblete, O. *Historia Contemporánea 1914 1964*, Editorial Universitaria, 1968, p 110 y 111.

1. ¿Qué título sintetizaría el contenido del texto leído?
2. Construye una tabla de datos a partir de este balance y expresa en gráficos las cifras contenidas en el documento, procurando realzar las distintas variables consideradas y seleccionar el tipo de gráficos que mejor las represente.

Indicadores

El alumno o alumna:

- Crea un título que resume el contenido del texto, por ejemplo: “Cómo se destruyó el mundo en 2100 días”; “Una gigantesca oleada de destrucción”; “Balance de una guerra”, “Segunda Guerra Mundial, el conflicto más devastador de toda la historia”.
- Confecciona tablas y gráficos apropiados que representen número de muertos, heridos, nacionalidades de las víctimas.

Unidad 1. Antecedentes históricos para la comprensión del orden mundial actual

Empatía con los sujetos históricos.

Pregunta

Sobre la base de un texto aportado por el docente, alumnos y alumnas escriben sobre la Segunda Guerra Mundial, empatizando con las víctimas de este conflicto.

Lee el siguiente texto y realiza la actividad que se propone a continuación.

Hiroshima, ciudad de Japón, en el suroeste de la isla de Honshu; es la capital de la prefectura de Hiroshima, y está ubicada en la bahía del mismo nombre. La ciudad se fundó en 1594 sobre seis islas del delta del río Ota. Hiroshima tuvo un rápido crecimiento como ciudad comercial y, a partir de 1868, se estableció en ella una base militar. Durante la II Guerra Mundial, Estados Unidos arrojó la primera bomba atómica sobre la ciudad, el 6 de agosto de 1945.

El mando supremo aliado informó que 129.558 personas murieron, fueron heridas o desaparecieron a causa del lanzamiento, y más de 176.987 perdieron sus hogares. La población de Hiroshima en 1940 había sido de 343.698 habitantes.

La explosión arrasó más de 10 km² de terreno, cerca del 60% de la superficie de la ciudad. Cada 6 de agosto desde 1947, miles de personas participan en una ceremonia multiconfesional en el parque de la Paz, construido en el lugar en donde explotó la bomba. En 1949 el gobierno japonés nombró a Hiroshima, santuario internacional de la paz¹.

¹ 'Hiroshima', Enciclopedia Encarta(r) 97. Microsoft.

Basándote en este texto, imagina que eres un(a) corresponsal de guerra. Sitúate en 1945. Redacta una crónica respecto al lanzamiento de la bomba atómica tratando de empatizar con los caídos.

Indicadores

El alumno o alumna:

- Circunscribe el hito histórico en el marco de la Segunda Guerra Mundial.
- Aporta datos o descripciones que permiten conocer la magnitud del estallido nuclear sobre Hiroshima.
- Evidencia los costos humanos que dejó el lanzamiento de la bomba nuclear, empatizando con las víctimas.
- La organización de la respuesta, la redacción y la ortografía están acordes al nivel.

Unidad 2: América Latina contemporánea

Manejo y aplicación de conceptos.

Preguntas

Sobre la base de los contenidos trabajados en clases referidos a “América Latina”, alumnos y alumnas responden en una prueba escrita preguntas en las cuales deben sintetizar el concepto y analizar su validez para insertar en él a nuestro país.

1. Explica el concepto de América Latina tratado en clases. Analiza su validez frente a los conceptos de Iberoamérica, Hispanoamérica o Indoamérica y entrega tu propia opinión al respecto, profundizando en la idea de identidad latinoamericana.
2. A tu juicio, ¿qué elementos hacen a Chile parte de América Latina? Considera aportes históricos, económicos y culturales.

Indicadores

El alumno o alumna:

- Explica el concepto “América Latina”.
- Distingue el concepto “América Latina” de “Hispanoamérica” o “Indoamérica”.
- Relaciona el concepto “América Latina” con identidad latinoamericana.
- Identifica elementos históricos, económicos y culturales que permitan insertar a Chile dentro de la realidad latinoamericana: pasado colonial, proceso de independencia, influjo norteamericano en distintos ámbitos; condición de país subdesarrollado, con escasa industrialización, productor de materias primas; identidad mestiza, uso de idiomas con una raíz común, predominio la religión católica.

Unidad 3. El mundo actual

Manejo de conceptos

Preguntas

Sobre la base de los contenidos trabajados en clases referentes a la región, alumnos y alumnas responden en una prueba escrita preguntas de verdadero y falso.

Completa las siguientes aseveraciones con una V si es verdadera y una F si es falsa. En este último caso fundamenta tu respuesta.

1. () Una región resulta siempre del predominio de un atributo único: clima, suelo, tipo de producción, etc.
2. () La región sólo se define en su conceptualización actual como un espacio homogéneo de tamaño menor a un país.
3. () La región es un espacio de mayor o menor superficie, más o menos delimitado definido por la presencia de una o varias características semejantes, físicas o culturales que le otorgan homogeneidad.
4. () Si bien la contigüidad espacial constituye una característica de la mayoría de las regiones, hay otras que no cumpliendo esa condición, están definidas por funciones de índole económica u otro tipo de acuerdos o intercambios.

Respuestas correctas: 1 (F), 2 (F), 3 (V), 4 (V).

Indicadores

El alumno o alumna:

- Asigna correctamente la V o la F, según corresponda.
- En el caso de las afirmaciones 1 y 2, que son falsas, el alumno o alumna alude a la idea de que las regiones pueden presentar varias características, por lo tanto, no necesariamente se definen a partir de una sola variable; que la división regional puede abarcar espacios supranacionales, como es el caso de las regiones culturales y económicas.

Unidad 3: El mundo actual

Análisis de documentos

Pregunta

Sobre la base de dos textos que aluden al tema del desarrollo, alumnos y alumnas comparan la información contenida en cada uno de los textos, destacando sus énfasis particulares.

Lee los documentos que siguen referidos al desarrollo y establece una comparación entre ellos.

Visión de la iglesia Católica: "La mirada que la Encíclica invita a dar sobre el mundo contemporáneo nos hace constatar que el desarrollo no es un proceso rectilíneo, y de por sí ilimitado, como si en ciertas condiciones, el género humano marchara seguro hacia una especie de perfección indefinida. Esta concepción unida a una noción de "progreso", parece puesta ahora seriamente en duda, sobre todo después de la trágica experiencia de las dos guerras mundiales, de la destrucción planeada y en parte realizada de poblaciones enteras y del peligro atómico que amenaza. A un ingenuo optimismo mecanicista le reemplaza una fundada inquietud por el destino de la humanidad.

Pero, al mismo tiempo ha entrado en crisis la misma concepción 'económica' o 'economicista' vinculada a la palabra desarrollo. En efecto, hoy se comprende mejor que la mera acumulación de bienes y servicios no basta para proporcionar la felicidad humana. Ni la disponibilidad de múltiples beneficios reales, aportados en los tiempos recientes por la ciencia y la técnica, traen consigo la liberación de cualquier forma de esclavitud. Al contrario, la experiencia de los últimos años demuestra que si toda esta considerable masa de recursos y potencialidades, puestas a disposición del hombre, no es regida por un objetivo moral y por una orientación que vaya dirigida al verdadero bien del género humano, se vuelve fácilmente contra él para oprimirlo (Exhort. Apost. Familiaris consortio; 22 de noviembre, 1981 y Carta Encíclica Populorum Progressio, Pablo VI, 1971)" de <http://www.multimedios.org/bec/et>

Visión de los organismos internacionales: El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo ha diseñado un Índice de Desarrollo Humano (IDH) que incluye tres componentes básicos: la longevidad –medida a través de la esperanza de vida al nacer–, los conocimientos –representados por la tasas de alfabetismo y escolaridad– y el acceso a niveles de vida decentes –cuyo indicador es el ingreso per cápita–. La selección de sólo tres elementos facilita su comprensión, aunque numerosas críticas se han realizado por la no incorporación de otras "dimensiones del Desarrollo Humano. En respuesta a algunas de tales críticas, el mismo PNUD ha promovido modificaciones en el IDH, así como el diseño de nuevos instrumentos de medición –cuya aceptación dista de ser unánime–: el Índice de Desarrollo de la Mujer (IDM) el Índice de Libertad Humana (ILH), y el Índice de Pobreza de Capacidad (PC)... Cada resultado desfavorable de un indicador de privaciones implica que cientos y miles de personas sufren supresiones concretas de sus derechos y facultades, y el imperativo de justicia social que contiene el paradigma de Desarrollo Humano obliga a considerar tal sufrimiento, aún en el caso en que simultáneamente otras dimensiones de su realización se vean ampliadas por un explosivo progreso social global". (Informe mundial sobre Desarrollo Humano [http://undp.ont.ar/idh/96balinforme2. Html](http://undp.ont.ar/idh/96balinforme2.Html))

Indicadores

El alumno o alumna:

- Repara en elementos comunes presentes en los dos documentos, por ejemplo, el concepto de desarrollo que incorpora una preocupación más general acerca del destino de la humanidad.
- Destaca la complementariedad de las distintas miradas sobre el desarrollo, por ejemplo, el primer documento revisa el concepto de desarrollo desde la perspectiva ética; y el segundo, señala los índices que permiten medir el desarrollo, a escala humana.

Unidad 3. El mundo actual

Manejo y aplicación de conceptos.

Pregunta

Sobre la base de los contenidos trabajados en clases referidos a la historia política de fines del siglo XX, alumnos y alumnas relacionan los conocimientos y conceptos adquiridos con el contenido de un texto dado por el docente. Se sugiere la siguiente presentación del ítem:

Lee el siguiente texto y responde a las preguntas que se formulan más adelante:

“Con el final de la guerra fría y el desvanecimiento de las barreras ideológicas se ha abierto una oportunidad para construir un nuevo mundo sobre cimientos de paz. Una economía sostenible representa nada menos que un orden social más alto comprometido tanto con las generaciones futuras como con la nuestra y más concentrado en la salud del planeta y de los pobres que en las adquisiciones materiales y de poderío militar”.

Brown, L. *Del crecimiento al desarrollo sostenible*, en Desarrollo económico sostenible, Ediciones Uniandes, 1997.

1. ¿Qué relación existe entre el fin de la Guerra Fría y la posibilidad de cimentar una paz más duradera?
2. ¿En qué sentido la falta de un desarrollo sustentable podría frustrar el anhelo de la paz?
3. ¿Cuáles debieran ser las principales preocupaciones de la humanidad en el actual escenario mundial?

Indicadores

El alumno o alumna:

- Vincula la Guerra Fría a situaciones de tensiones que fomentan el desarrollo armamentista.
- Relaciona la paz con la existencia de condiciones justas para el desarrollo de las personas, en el marco de una economía sustentable.
- Presenta una visión panorámica de los principales problemas que aquejan a la humanidad (pobreza, deterioro medioambiental, narcotráfico) y los identifica como desafíos urgentes a resolver por la comunidad internacional.

Unidad 3. El mundo actual

Manejo y aplicación de conceptos.

Pregunta

Basándose en distintos elementos que caracterizan la “globalización”, alumnos y alumnas elaboran una definición de este concepto.

Las siguientes frases se han utilizado para caracterizar el fenómeno de la globalización:

- Cambio en la organización espacial de la producción y de la distribución de bienes, servicios y mercados financieros.
- Modernización y difusión de tecnologías de transporte y comunicación.
- Ascenso de ciudades dominantes como centros de comando y control del capital.
- Intensificación de las relaciones internacionales.

Considerando las características mencionadas, redacta una definición del concepto “globalización”.

Indicador

El alumno o alumna:

- Vincula cada uno de los elementos caracterizadores de la globalización y los expone en un escrito coherente.

Anexo 2: Materiales de apoyo

2.1 Material de apoyo para la actividad 1 (unidad 1)

DOCE PERSONAS REFLEXIONAN SOBRE EL SIGLO XX

Citadas en: Erik Hobsbawm, *Historia del Siglo XX, 1914-1991*. Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

<i>Isaiah Berlin</i>	(filósofo, Gran Bretaña) “He vivido durante la mayor parte del siglo XX sin haber experimentado -debo decirlo- sufrimientos personales. Lo recuerdo como el siglo más terrible de la historia occidental”.
<i>Julio Caro Baroja</i>	(antropólogo, España) “Existe una marcada contradicción entre la trayectoria vital individual -la niñez, la juventud y la vejez han pasado serenamente y sin grandes sobresaltos- y los hechos acaecidos en el siglo XX... los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad”.
<i>Primo Levi</i>	(escritor, Italia) “Los que sobrevivimos a los campos de concentración no somos verdaderos testigos. Esta es una idea incómoda que gradualmente me he visto obligado a aceptar al leer lo que han escrito otros supervivientes, incluido yo mismo, cuando releo mis escritos al cabo de algunos años. Nosotros, los supervivientes, no somos sólo una minoría pequeña sino también anómala. Formamos parte de aquellos que, gracias a la prevaricación, la habilidad o la suerte, no llegamos a tocar fondo. Quienes lo hicieron y vieron el rostro de la Gorgona, no regresaron, o regresaron sin palabras”.
<i>René Dumont</i>	(agronomo, ecologista, Francia) “Es simplemente un siglo de matanzas y de guerras”.
<i>Rita Levi Montalcini</i>	(premio Nobel, científica, Italia) “Pese a todo, en este siglo se han registrado revoluciones positivas... la aparición del cuarto estado y la promoción de la mujer tras varios siglos de represión”.
<i>William Golding</i>	(premio Nobel, escritor, Gran Bretaña) “No puedo dejar de pensar que ha sido el siglo más violento en la historia humana”.
<i>Ernst Gombrich</i>	(historiador del arte, Gran Bretaña) “La principal característica del siglo XX es la terrible multiplicación de la población mundial. Es una catástrofe, un desastre y no sabemos cómo atajarla”.

<i>Yehudi Menuhin</i>	(músico, Gran Bretaña) “Si tuviera que resumir el siglo XX, diría que despertó las mayores esperanzas que haya concebido nunca la humanidad y destruyó todas las ilusiones e ideales”.
<i>Severo Ochoa</i>	(premio Nobel, científico, España) “El rasgo esencial es el progreso de la ciencia, que ha sido realmente extraordinario... Esto es lo que caracteriza a nuestro siglo”.
<i>Raymond Firth</i>	(antropólogo, Gran Bretaña) “Desde el punto de vista tecnológico, destaco el desarrollo de la electrónica entre los acontecimientos más significativos del siglo XX; desde el punto de vista de las ideas, el cambio de una visión de las cosas relativamente racional y científica a una visión no racional y menos científica”.
<i>Leo Valiani</i>	(historiador, Italia) “Nuestro siglo demuestra que el triunfo de los ideales de la justicia y la igualdad siempre es efímero, pero también que, si conseguimos preservar la libertad, siempre es posible comenzar de nuevo... Es necesario conservar la esperanza incluso en las situaciones más desesperadas”.
<i>Franco Venturi</i>	(historiador, Italia) “Los historiadores no pueden responder a esta cuestión. Para mí, el siglo XX es sólo el intento constantemente renovado de comprenderlo”.

2.2 Material de apoyo para la actividad 4 (unidad 1)

¿POR QUÉ EL FASCISMO FUE UN MOVIMIENTO QUE GENERÓ ADHESIÓN EN SU TIEMPO?

Para entender por qué los movimientos fascistas pudieron tener éxito en los años de entreguerras es importante considerar que desde fines del siglo XIX las sociedades liberales habían generado en su interior diversas corrientes críticas que apuntaban fundamentalmente a cuestionar el materialismo, el determinismo económico, el racionalismo positivista, el igualitarismo democrático y el internacionalismo socialista. Postulaban, en cambio, un radical voluntarismo de corte nacionalista, que exaltaba la voluntad de poder, el vigor de la juventud y lo que se suele llamar “el principio masculino”, entendiendo por ello la decisión de imponer los propios términos. Así como los movimientos fascistas eran anti liberales también desafiaban a los conservadores, a quienes acusaban de debilidad, mediocridad y conformismo. Los fascistas postulaban la construcción de una nueva sociedad en la que ciertos elementos del tradicionalismo, como la sangre y la tierra, eran reinterpretados; sus elementos irracionales legitimaron el egoísmo nacionalista. El que los fascistas se presentaran como decididos custodios de la propiedad privada, no fue obstáculo para que apelaran a las masas, utilizando lenguajes y retóricas propagandísticas que exaltaban tanto a las mismas masas como al líder, su conductor. Con la propaganda y los actos de masas mostraban detentar un poder imbatible, y de este modo imprimieron una sensación de seguridad a aquellos sectores medios vulnerables frente a las desestabilizadoras condiciones sociales y económicas de la primera postguerra. También resultaron atractivos para amplios sectores sociales que añoraban orden y seguridad, valores que sentían amenazados por los brotes revolucionarios provenientes de la izquierda. Además, siguiendo al líder carismático, decidido, voluntarista, irracional, las masas lograban sentirse protagonistas de la historia. En conjunto, todos estos elementos hicieron posible que, en un mundo inestable, el fascismo, que se ofrecía moderno y con la voluntad necesaria para imponer un orden nuevo, resultara atractivo.

Para que los estudiantes discutan sobre el atractivo del fascismo se puede recurrir a imágenes de época como las siguientes:



Fuente: *Materiales para la clase de Historia III*. Grupo Germania 75, U. De Valencia., Ed. Anaya, 1979.

Como fuentes primarias, se pueden leer extractos de Hitler o de Mussolini, como los siguientes:

“Quien realmente desee, desde el fondo de su corazón, el triunfo de la concepción pacifista en este mundo, debe consagrarse, con todos sus medios, a la conquista del mundo por los alemanes... En realidad, la idea pacifista-humanitaria tal vez será excelente el día en que el hombre superior a todos los demás haya conquistado y subyugado el mundo, y en tal medida que llegue a convertirse en único señor de la Tierra”.

(De *Mein Kampf*, de Hitler, publicado el primer tomo en 1926 y el segundo en 1927).

“Nosotros tenemos 40 millones de habitantes en una superficie de 287.000 kilómetros cuadrados, atravesados por los Apeninos, que reducen todavía más la tierra cultivable de que disponemos. A nuestro alrededor podemos ver que Inglaterra, con 47 millones de habitantes, tiene un imperio colonial de 55 millones de kilómetros cuadrados. El imperialismo fundamenta la vida de todo pueblo que tiende a la expansión económica y espiritual... Queremos ocupar el lugar que nos corresponde en el mundo”.

(Declaración de Mussolini en 1919).

Como fuente secundaria, se puede recurrir a un extracto del libro “*Y Mussolini creó el fascismo*”, de Néstor Luján y Luis Bettonica.

El “estilo fascista”

“La realidad es que en Italia ha empezado una nueva existencia para todos, de la que el fascismo es el único, previsor y meticuloso empresario. En cuanto el italiano cruza el portal de su casa, se encuentra con el vecino que le saluda con el brazo en alto, romanamente (el saludo romano ha sido una de las primeras reglas del “estilo fascista”, y Mussolini se sintió muy satisfecho con esta nueva moda porque “el apretón de manos ha desaparecido entre nosotros -le decía a Emil Ludwig, con la gravedad que solía usar al tratar de cosas tan nimias como ésta-, el saludo romano es más higiénico, más estético y más rápido”). Los hijos de los italianos, desde que nacen ya son fascistas: Figli della Lupa, Balilla, Avanguardisti, y sus hijas son Figlie della Lupa, Piccole Italiane y Giovani Italiane. Cada dos por tres el italiano tiene que vestir camisa negra. El ciudadano vive rodeado por los símbolos de la nueva Era. Aparecen el licor “Fascio”, el tren “Littorina”, el gasógeno “Dux”... En las fachadas, en las estaciones, en los carteles de las carreteras están escritas las frases más inteligentes y programáticas del fascismo: Mussolini ha sempre ragione (Mussolini siempre tiene razón), Credere, ubbidire, combattere (Creer, obedecer, combatir), Noi andremo sempre diritti (Iremos siempre derechos, frase de un cartel gigantesco en la carretera de Roma a Nápoles, situado antes de una curva...).

Los italianos no se aburren. El Régimen fascista se preocupa para que ningún ciudadano se quede sin saber qué hacer. La semana de la nueva existencia de los italianos termina siempre con desfiles, inauguraciones, concentraciones de masas: la folla oceanica, la muchedumbre oceánica, tiene siempre una cita con Mussolini que les habla de la Italia que “por tercera vez será guía de la civilización humana”, o le lanza un mensaje tan sensato como éste: Meglio vivere un giorno da leone che cent’anni da pecora (Es mejor vivir como un león un día, que cien años como cordero). Mussolini no pierde ocasión para alimentar la vanidad de cada categoría, de cada clase social, de cada grupo, de cada maestro de escuela, de cada maníaco, de cualquier ciudadano... Para divertir al pueblo organiza los plebiscitos de 1929 y 1931, con votos no secretos y cuyo resultado se daba por más que supuesto”.

2.3. Material de apoyo para la actividad 4 (unidad 1)

TIPOLOGÍA DEL FASCISMO

De Staley Payne, *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

A. Las negaciones fascistas:

- Antiliberalismo
- Anticomunismo
- Anticonservadurismo (aunque en el entendimiento de que los grupos fascistas estaban dispuestos a concertar alianzas temporales con grupos de cualquier otro sector, por lo general con la derecha).

B. Ideología y objetivos:

- Creación de un nuevo Estado nacionalista autoritario, no basado únicamente en principios ni modelos tradicionales.
- Organización de algún tipo nuevo de estructura económica nacional integrada, regulada y pluriclasista, se llamará nacionalcorporativa, nacionalsocialista o nacionalsindicalista.
- El objetivo del imperio o de un cambio radical en la relación de la nación con otras potencias.
- Defensa específica de un credo idealista y voluntarista, que normalmente implicaba una tentativa de realizar una nueva forma de cultura secular, moderna y autodeterminada.

C. Estilo y organización:

- Importancia de la estructura estética de los mítines, los símbolos y la coreografía política, con insistencia en los aspectos románticos y místicos.
- Tentativa de movilización de las masas, con militarización de las relaciones y el estilo políticos y con el objetivo de una milicia de masas del partido.
- Evaluación positiva y uso de la violencia, o disposición al uso de ésta.
- Extrema insistencia en el principio masculino y la dominación masculina, al mismo tiempo que se defendía la visión orgánica de la sociedad.
- Exaltación de la juventud sobre las otras fases de la vida, con hincapié en el conflicto entre generaciones, por lo menos al efectuar la transformación política inicial.
- Tendencia específica a un estilo de mando personal, autoritario y carismático, tanto si al principio el mando es en cierta medida electivo como si no lo es.

2.4. Material de apoyo para la actividad 6 (unidad 1)

TOTALITARISMO

Según **Diccionario de Política, Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. 10ª edición, Siglo Veintiuno Editores, tomo 2, páginas 1586-1587.**

“**CONCLUSIÓN.** Radicalizando las críticas a las que se ha visto sometida la noción, algunos autores sostienen que “t.” (totalitarismo) es un epíteto emotivo de la lucha ideológica y política más que un concepto descriptivo de la ciencia; que ha tenido esencialmente la función de justificar la política norteamericana durante la guerra fría, y que conviene por lo tanto expulsarlo del léxico del análisis político. Esta acusación no es incorrecta en cuanto a su contenido, pero va más allá de lo que significa. Por una parte es difícil negar que la noción de t. se haya sometido a relevantes y tenaces usos ideológicos en el periodo de la guerra fría, pero, por otra parte, lo que estaba en juego en esta instrumentalización ideológica era la extensión del campo de aplicación del concepto de t. y no el concepto en cuanto tal. Ampliar el nombre de “t.” a todos los sistemas comunistas tuvo el significado político ideológico de atraer sobre el enemigo el desprecio y la hostilidad que la palabra lleva consigo, porque designa por excelencia -en su significado ya consolidado- experiencias políticas particulares del pasado reciente, que se hicieron objeto de una condena casi unánime. De por sí, el concepto de t., una vez que se ha reducido a su función de representar esas experiencias políticas y sólo éstas, no produce ninguna deformación ideológica sino que constituye un importante instrumento descriptivo, que tiene todas las características para formar parte del vocabulario del análisis político. Designa en efecto cierto modo extremo de hacer política en las sociedades de masa, muy real y claramente identificable, que se manifestó en nuestro siglo con rasgos de novedad de gran importancia histórica.

Retornando y resumiendo los puntos más eficaces de las teorías y de las revisiones críticas del t., que expuse anteriormente, creo que el fenómeno se puede describir sintéticamente basándose en su naturaleza específica, en los elementos constitutivos que contribuyen a formarlo y en las condiciones que lo hicieron posible en nuestro tiempo. La naturaleza específica del t. debe encontrarse en una característica ampliamente reconocida en la literatura y a la que alude la palabra misma: la penetración y la movilización total del cuerpo social, con la destrucción de todas las líneas establecidas de distinción entre el aparato político y la sociedad. Es importante señalar la unión entre el grado de penetración y el grado de movilización, porque la acción totalitaria penetra en la sociedad hasta sus células más escondidas, precisamente porque la envuelve totalmente en un movimiento político permanente. Los elementos constitutivos del t. son la ideología, el partido único, el dictador, el terror. La ideología totalitaria proporciona una explicación indiscutible del curso histórico, una crítica radical de la situación existente y una guía para su transformación igualmente radical, y, al orientar la acción hacia un objetivo sustancial (la supremacía de la raza elegida o la sociedad comunista), más que hacia instituciones o formas jurídicas, justifica un movimiento continuo hacia el fin y la destrucción o instrumentalización de cualquier institución y del mismo ordenamiento jurídico. El partido único, animado por la ideología, se opone y se sobrepone a la organización del Estado, trastornando la autoridad y el comportamiento regular y previsible, y politiza los más diversos grupos y las más diversas actividades sociales, minando sus lealtades y los criterios de comportamiento para subordinarlos a los principios y a los imperativos ideológicos. El dictador

totalitario ejerce un poder absoluto sobre la organización del régimen, haciendo fluctuar a su gusto las jerarquías, y sobre la ideología, de cuya interpretación y aplicación el dictador es el depositario exclusivo, y con su voluntad arbitraria, sus tácticas acomodaticias para conservar el poder personal y el impacto de los rasgos característicos de su personalidad, garantiza e intensifica al máximo la imprevisibilidad y el movimiento incensante de la acción totalitaria. El terror totalitario que se ve liberado conjuntamente por el movimiento de transformación radical impuesto por la ideología y por la lógica de la personalización del poder, inhibe toda oposición y aun las críticas más débiles, y genera coercitivamente la adhesión y el apoyo activo de las masas al régimen y al jefe personal. Las condiciones que hicieron posible el t. son la formación de la sociedad industrial de masa, la persistencia de un ámbito mundial dividido y el desarrollo de la tecnología moderna. Por un lado el impacto de la industrialización en las grandes sociedades modernas, dentro del marco de un ámbito mundial inseguro y amenazador, permite y favorece la combinación de la penetración y de la movilización total del cuerpo social. Por el otro lado el impacto del desarrollo tecnológico sobre los instrumentos de la violencia, los medios de comunicación, las técnicas organizativas y las de supervisión y de control permiten un grado máximo de penetración-movilización monopolista de la sociedad, sin precedentes en la historia.

La dinámica de ruptura de la política totalitaria se llevó a cabo hasta ahora en las fases del desarrollo más intenso del dominio staliniano en Rusia y del hitleriano en Alemania. A este propósito convendría recordar dos puntos: el primero, que se deriva directamente de la afirmación anterior, es que el concepto de t. no puede aplicarse a todos los regímenes comunistas ni a todos los regímenes fascistas; el segundo es que no se puede deducir del hecho de que el t. se haya puesto en práctica en un sistema fascista y en uno comunista, la conclusión de una similitud fundamental entre el fascismo y el comunismo. En cuanto al segundo punto, anteriormente enumeramos las profundas diferencias ideológicas, sociales, de orientación política y de dinámica evolutiva, que hacen que el fascismo y el comunismo sean dos fenómenos políticos radicalmente diferentes y opuestos; con el corolario de que el surgimiento de la política totalitaria en determinados periodos de la historia de la Rusia soviética y de la Alemania nazi tuvieron un trasfondo de condiciones económico-sociales y una finalización concomitante del impulso movilizador de la sociedad, que eran decididamente diversos. En cuanto al primer punto ya expusimos las múltiples razones que impiden extender el concepto de t. a todos los sistemas comunistas, incluyendo las dictaduras soviéticas pre y post-stalinianas. Es oportuno en cambio añadir algo más para justificar la afirmación de que tampoco era totalitario el fascismo italiano, que no obstante algunos consideran el tercer prototipo de t. y a partir del cual se originó el nombre mismo de totalitarismo.

En la Italia fascista la penetración-movilización de la sociedad no se pudo comparar nunca con la alcanzada por el régimen hitleriano y por el staliniano, y nunca existieron, en su dimensión específica, los elementos constitutivos del t. La ideología tuvo más bien por objeto manifestar el sentimiento de comunión de los miembros del partido que el de ser instrumento de guía persistente de la acción política, y, a falta del componente de la supremacía de la raza elegida, no se planteó una transformación radical del orden social. El partido fascista fue una organización más bien débil, ante la cual la burocracia del Estado, la magistratura y el ejército conservaron gran parte de su autonomía, y cuya acción de adoctrinamiento ideológico fue limitada y entró en negociaciones católicas. El terror totalitario casi estuvo totalmente ausente. Se presentó en cambio la personificación del poder, aunque no se llevó hasta el punto de socavar la institución de la monarquía sino que,

precisamente por la falta de los elementos constitutivos del t., Mussolini no pudo nunca reunir en sus manos un poder comparable con el de Hitler o de Stalin.

Siguiendo el hilo de estas consideraciones finales podemos establecer -en síntesis- las siguientes proposiciones acerca de la validez y la utilidad del concepto de t.: designa cierto modo extremo de hacer política más que una cierta organización institucional, un cierto régimen; este modo extremo de hacer política, que penetra y moviliza a toda la sociedad por entero destruyendo su autonomía, se encarnó en dos regímenes políticos únicos temporalmente circunscritos; por estas dos razones el concepto de t. tiene un valor muy limitado en el análisis comparado de los sistemas políticos, aunque es, sin embargo, un concepto importante del que no podemos ni debemos prescindir porque denota una experiencia política real, nueva y de gran relieve, que dejó una huella indeleble en la historia y en la conciencia de los hombres del siglo XX”.

2.5. Material de apoyo para la actividad 7 (unidad 1)

BOMBA ATÓMICA

Documento 1

Relato del Capitán Parsons.

Reproducido en: Olga Poblete, *Historia Contemporánea, los últimos cincuenta años 1914-1964*. U. De Chile, Facultad de Filosofía y Educación, Santiago, 1968.

“Eran las 9 horas y 15 minutos cuando lanzamos la bomba y volvimos el avión de costado para verlo mejor. Luego interpusimos la mayor distancia entre la bola de fuego y nosotros.

Nos debíamos de encontrar a 15 kilómetros de distancia, pero aún notábamos el impacto visual, a pesar de que todos llevábamos gafas de color para protegernos. Cuando cayó la bomba, nos dispusimos a aguantar el choque y Tibbets dijo: “Fuego antiaéreo cerca”; así fue, en efecto ... como si el fuego antiaéreo estallase cerca de nosotros.

Los tripulantes exclamaron: “¡Dios Mío!”, sin creer lo que había sucedido. Les parecía imposible.

Se elevaba una montaña de humo en forma de seta, con el tallo hacia abajo. En lo alto había humo blanco, pero hasta unos 300 m. de altura sobre el suelo se alzaban remolinos de polvo hirviente. Poco después surgieron pequeños incendios en los extremos de la población, pero la ciudad estaba totalmente oculta a nuestra vista. La contemplamos aún durante dos o tres minutos y entre tanto el humo había alcanzado una altura de 12.000 m. Mientras virábamos, la parte superior de la nube blanca se disgregó y pronto se formó otra”.

Documento 2

Presidente Truman, declaración a la prensa.

Reproducido en: Olga Poblete, *Historia Contemporánea, los últimos cincuenta años 1914-1964*. U. De Chile, Facultad de Filosofía y Educación, Santiago, 1968.

“Por favor, permanezcan sentados, caballeros. Tengo que anunciarles algo. Acabamos de lanzar una bomba sobre el Japón, que es más potente que 20.000 toneladas de TNT. Ha sido un éxito extraordinario.

Lo que resulta más maravilloso no son las dimensiones de la empresa, ni su secreto, ni su costo, sino la hazaña realizada por los cerebros de los científicos al coordinar conocimientos complicadísimos distribuidos entre muchos hombres que practican disciplinas distintas, y con ellos trazar un plan factible ... Dudo de que en el mundo hubiese podido crearse otra combinación semejante. Podemos considerar lo que se ha hecho como el mayor logro conseguido por la ciencia organizada en la historia. Se hizo con una gran urgencia y sin la menor falla.

Nos hallamos dispuestos ahora a destruir con mayor rapidez y de manera aún más completa todos los centros de producción que los japoneses posean sobre el terreno de cualquiera de sus ciudades. Destruiremos sus muelles, sus fábricas y sus comunicaciones. Que nadie se llame a engaño: destruiremos completamente el poderío bélico japonés”.

2.6. Material de apoyo para la actividad 7 (unidad 1)

Franklin D. Roosevelt
Discurso de la "Cuarentena"
1937

En: Daniel J. Boorstin (compilador), *Compendio histórico de los Estados Unidos. Un recorrido por sus documentos fundamentales*. FCE, México, 1997.

Franklin Roosevelt, reelecto en noviembre de 1936. Tanto el secretario de Estado, Cordell Hull, como el diplomático Norman Davis, estaban profundamente preocupados por el creciente peligro de una nueva confrontación mundial. Y estaban aún más molestos por la tendencia aislacionista que imperaba cada vez más en los Estados Unidos. Por tanto, se dirigieron al presidente señalándole la necesidad de pronunciar un discurso acerca de la cooperación internacional durante su viaje por el país, "en especial en una ciudad en que el aislacionismo estuviese arraigado". Roosevelt convino en ello.

La tarde del 5 de octubre de 1937, ante una multitud de 50.000 personas, en la inauguración de las obras públicas de un puente de Chicago, el presidente Roosevelt pronunció el discurso de la "cuarentena".

"Me place estar una vez más en Chicago y, especialmente, tener oportunidad de participar en la inauguración de este importante proyecto de mejoramiento civil.

En mi viaje por el continente me han sido mostrados muchos testimonios del resultado del sentido de cooperación comunitaria entre los municipios y el gobierno federal, y he saludado a decenas de miles de estadounidenses que me han hecho saber con miradas y palabras que su bienestar material y espiritual ha progresado a grandes pasos durante estos años.

Y sin embargo, cuando vi con mis propios ojos las granjas florecientes, las fábricas prósperas y los ferrocarriles activos, cuando vi la felicidad y la seguridad y la paz que cubren nuestra vasta tierra, casi de modo inevitable me vi obligado a comparar nuestra paz con las muchas y variadas escenas que se representan en otras partes del mundo.

Porque en las condiciones modernas, y por el bien de su propio futuro, el pueblo de los Estados Unidos debe pensar en el resto del mundo, yo mismo, responsable del ejecutivo de esta nación, he elegido esta gran ciudad del país y esta ocasión de gala para hablaros de un tema de importancia definitiva y nacional.

La situación política del mundo, que en los últimos tiempos ha empeorado progresivamente, ha sido causa de preocupaciones y ansiedades en todos los pueblos y naciones que desean vivir en paz y concordia con sus vecinos.

Hace unos quince años, las esperanzas de la humanidad acerca de la continuidad de una era de paz internacional alcanzaron un punto culminante, cuando sesenta naciones juraron solemnemente no recurrir a las armas en favor de sus propósitos nacionales y sus políticas. Las altas aspiraciones expresadas en el Pacto de Paz Briand-Kellog y las esperanzas de paz que así surgieron, han cedido el paso en los últimos tiempos al temor obsesivo de un desastre. El actual reino de terror y de ilegalidad internacional comenzó hace algunos años.

Comenzó con la interferencia injustificada en los asuntos internos de otras naciones o la invasión de un territorio extranjero, en violación de tratados; y hoy ha alcanzado un nivel en que los fundamentos mismos de la civilización están seriamente amenazados. Los hitos y tradiciones que

habían señalado el progreso de la humanidad hacia una condición de legalidad, orden y justicia están siendo eliminados.

Sin declaración de guerra ni advertencia o justificación alguna, los civiles, incluyendo un vasto número de mujeres y de niños, son asesinados sin compasión con bombas lanzadas desde el aire. En tiempos de lo que llamamos paz, los barcos son atacados y hundidos por submarinos sin que exista causa ni aviso de ello. Las naciones colaboran y toman partido en contiendas armadas que afectan a civiles en naciones que nunca les han hecho daño alguno. Las naciones que claman libertad niegan la libertad de otras.

Pueblos inocentes, naciones inocentes son sacrificadas cruelmente por un ansia de poder y de supremacía carente de todo sentido de justicia y de consideración humanas.

Parafraseando a un autor reciente (James Hilton en *Lost Horizon*): “Acaso prevemos un tiempo en que los hombres, expertos en la técnica del homicidio, dejarán sentir su furia de un modo tan violento que toda cosa de valor en el mundo esté en peligro, todo libro y lienzo y armonía, todo tesoro acumulado a lo largo de dos milenios, lo pequeño, lo delicado, lo indefenso: todo se perderá o se arruinará o será completamente destruido”.

Si estas cosas llegan a suceder en otras regiones del mundo, no pensemos que los Estados Unidos escaparán, que puedan esperar clemencia, que este hemisferio occidental no será atacado y que seguirá la tranquilidad y el sosiego para continuar con la ética y las artes de la civilización.

Si llegan esos días “no habrá seguridad en las armas, ni ayuda de la autoridad, ni respuesta en la ciencia. La tempestad se desencadenará hasta que cada flor de la cultura sea pisoteada y todos los seres humanos sean derribados en un caos que todo lo abarque”.

Para que no lleguemos a esos días que están a punto de suceder -si hemos de tener un mundo en que podamos respirar libremente y vivir en concordia sin sufrir temor alguno-, las naciones amantes de la paz deben emprender esfuerzos conjuntos a fin de defender las leyes y los principios sobre los que la paz puede mantenerse a salvo.

Las naciones que aman la paz deben emprender un esfuerzo conjunto oponiéndose a las violaciones de los tratados y a las formas de desconocimiento de la naturaleza humana que en la actualidad crean un estado de anarquía internacional y de inestabilidad de la que no es posible escapar con el mero aislamiento y la neutralidad.

Los que estiman su libertad y reconocen y respetan la igualdad de derechos de sus vecinos a ser libres y vivir en paz deben trabajar por el triunfo de la ley y de los principios morales para que la paz, la justicia y la confianza puedan prevalecer en el mundo. Debemos creer de nuevo en los juramentos, en el valor de celebrar un tratado. Debemos reconocer el hecho de que la moralidad nacional es tan importante como la moralidad privada.

Un obispo (el reverendo Frank W. Sterett) me escribía hace unos días: “Me parece que es necesario que se diga algo importante en favor de la benevolencia humana y contra la actual práctica de llevar los horrores de la guerra a los civiles indefensos, en especial a las mujeres y los niños. Puede ser que semejante protesta sea considerada fútil por muchos que pretenden ser realistas, pero esperemos que el corazón de la humanidad esté tan lleno de horror por estos sufrimientos innecesarios para que esa fuerza pueda movilizarse de modo suficiente a fin de que disminuya la crueldad en los días próximos. Aun cuando puedan pasar veinte años, Dios no lo quiera, antes de que la civilización deje sentir su protesta contra esta barbarie, no es de dudar que otras voces de trueno puedan acelerar la llegada de ese día”.

En el mundo moderno hay solidaridad e interdependencia, tanto técnica como moralmente, que hace imposible que cualquier nación se aísle por completo de las revueltas económicas y políticas del resto del mundo, especialmente cuando esas revueltas parecen extenderse y no disminuir. No puede haber estabilidad ni paz, sea dentro de las naciones o entre ellas, a no ser cuando todos respeten las leyes y las normas morales. La anarquía internacional destruye todo fundamento de la paz. Pone en peligro, inmediata o mediatamente, la seguridad de toda nación, grande o pequeña. Se trata, pues, de un asunto de vital interés y de preocupación para el pueblo de los Estados Unidos el que se restaure la inviolabilidad de los tratados internacionales y se conserve la moralidad internacional.

En la actualidad, la abrumadora mayoría de los pueblos y naciones del mundo desean vivir en paz. Desean eliminar las barreras comerciales. Desean crecer en la industria, en la agricultura y en los negocios, para que pueda aumentar su riqueza gracias a la producción de bienes productores de riqueza, en lugar de esforzarse en producir aviones militares, bombas, ametralladoras y cañones para la destrucción de vidas humanas y de propiedades.

Las naciones del mundo que parecen acumular cada vez más armamento con propósitos de agresión, y las que temen actos de agresión contra su territorio y su seguridad, destinan una enorme proporción del producto nacional, directamente, a sus armamentos. Desde 30 hasta 50%. Nosotros tenemos suerte. La proporción que los Estados Unidos gastan es mucho menor: 11 ó 12%.

Cuán satisfechos estamos de que las circunstancias del momento nos permitan invertir nuestro dinero en puentes y bulevares, presas y medidas de reforestación, la conservación de nuestra tierra y muchas otras obras de beneficio y no en enormes ejércitos y vastos suministros para la guerra.

Sin embargo, yo estoy obligado y vosotros estáis obligados a mirar hacia adelante. La paz, la libertad y la seguridad de 90% de la población mundial está amenazada por el otro 10%, el que trata de quebrantar todo el orden y la legislación internacional. No es de dudar que el 90% que desea vivir en paz según la ley y las normas morales que casi han alcanzado aceptación universal a lo largo de los siglos, puede y debe encontrar una forma de hacer prevalecer su voluntad.

La situación es, definitivamente, de preocupación universal. Los asuntos implicados se refieren no meramente a violaciones de cláusulas específicas de tratados particulares; se trata de asuntos de guerra y de paz, de legislación internacional, y especialmente, de principios de benevolencia. Es verdad que estos asuntos se refieren a violaciones flagrantes de algunos acuerdos, y especialmente del Tratado de la Sociedad de Naciones, del Pacto Briand-Kellog y del Tratado de las Nueve Potencias. Pero también se refieren a dificultades de la economía mundial, de la seguridad mundial y de la benevolencia mundial.

Es verdad que la conciencia moral del mundo debe reconocer la importancia de eliminar las injusticias y los inveterados agravios, pero al mismo tiempo debe llegar a reconocer la urgencia de honrar la inviolabilidad de los convenios, de respetar los derechos y las libertades de otros y de poner fin a actos de agresión internacional.

Por desgracia, parece verdad que la epidemia de ilegalidad mundial se extiende.

Cuando una epidemia de una enfermedad física comienza a extenderse, la comunidad da su aprobación y se reúne en una cuarentena a los pacientes, con el propósito de proteger la salud de la comunidad contra la expansión de la enfermedad.

Estoy decidido a seguir una política de paz. Estoy decidido a adoptar toda medida posible para evitar que nos involucremos en una guerra. Debe considerarse que en esta época moderna, y ante esta experiencia, ninguna nación sea tan torpe y cruel que corra el riesgo de precipitar al mundo

entero en una guerra al invadir y violar, contraviniendo tratados solemnes, el territorio de otras naciones que no les han hecho daño alguno y que son demasiado débiles para protegerse eficazmente. Pero la paz del mundo y el bienestar y la seguridad de toda nación, incluyendo la nuestra, están ahora amenazadas por esta misma situación.

Ninguna nación que se niegue a ejercer el dominio de sí misma y a respetar la libertad y los derechos ajenos puede permanecer fuerte por mucho tiempo, conservar la confianza y el respeto de otras naciones. Ninguna nación pierde, de ninguna manera, su dignidad o importancia al conciliar sus diferencias y al mostrar enorme paciencia y consideración para con los derechos de otras naciones.

La guerra es un contagio, sea declarada o no. Puede alcanzar a Estados y pueblos distantes de la escena de las hostilidades. Estamos resueltos a mantenernos fuera del conflicto, aunque no podamos estar seguros de no ser tocados por los efectos desastrosos de la guerra o por los peligros de participar en ella. Adoptamos medidas que disminuyen nuestro riesgo de participación, pero no podemos gozar de completa protección en un mundo de desorden donde la confianza y la seguridad han fracasado.

Si la civilización ha de sobrevivir, los principios del Príncipe de la Paz deben restaurarse. La confianza entre las naciones debe revivir.

Más importante aún: la voluntad de paz por parte de las naciones que la aman debe expresarse para que las naciones que se vean tentadas de violar sus tratados y los derechos de otras naciones desistan de esos propósitos. Deben llevarse a cabo esfuerzos decisivos a fin de mantener la paz.

Los Estados Unidos odian la guerra. Los Estados Unidos esperan la paz. Entonces, los Estados Unidos se comprometen activamente en la búsqueda de la paz”.

2.7. Material de apoyo para la actividad 8 unidad 1

CARRERA ESPACIAL

Tabla 1: Cronología de la exploración espacial

1934	W. von Braun lanza un cohete de oxígeno líquido y alcohol.	1970	La Venera 7 se posa sobre Venus (URSS). La sonda espacial automática Luna 16 recoge muestras lunares (URSS). La Mars 3 se posa sobre Marte (URSS).
1942	W. von Braun lanza el cohete armado V-2.		
1957	La URSS lanza el Sputnik I, primer satélite artificial, y el Sputnik II, llevando a la perra Laika.	1971	La Mariner 9 órbita Marte (USA). Solyut I, primera estación orbital.
1959	El Luna 3 soviético fotografía la cara oculta de la luna.	1972	Nueva y última misión tripulada a la Luna en el Apolo 17.
1961	Yuri Gagarin, a bordo del Vostok I, se convierte en el primer astronauta.	1973	La Pioneer 10 envía las primeras imágenes de Júpiter. Se lanza Skylab, primera estación espacial tripulada norteamericana.
1962	La Nave norteamericana Mariner 2 se acerca a Venus. El teniente coronel John Glenn se convierte en el primer estadounidense en orbitar la Tierra en el espacio.	1974	La Mariner 10 envía señales de Mercurio.
		1975	La Venera 9 envía imágenes de Venus. La Apolo 18 y la Soyuz 19 se acoplan en el espacio.
1963	Valentina Tereshkova, a bordo del Vostok 6, se convierte en la primera mujer astronauta.	1976	El Viking I se posa sobre Marte (USA).
1964	La sonda espacial Ranger 7 envía fotografías detalladas de la luna.	1977	Las Voyager 1 y 2 son enviadas fuera del Sistema Solar.
1965	La sonda espacial Mariner 4 explora la superficie de Marte. A bordo del Voshkod, Alexei A. Leonov realiza el primer paseo espacial. Las naves tripuladas Gemini 6 y Gemini 7 se encuentran en el espacio. Se lanza al espacio el primer satélite comercial de comunicación "Early Bird" (Intelsat I).	1979	La Pioneer 11 llega a Saturno. Las Voyager 1 y 2 descubren nuevas lunas de Júpiter.
		1980	La Voyager 1 explora Saturno y descubre seis lunas.
1966	Primer alunizaje por la Luna 9. (URSS)	1981	La Voyager 2 descubre cuatro nuevas lunas en Saturno. Entra en servicio el transbordador espacial Columbia.
1968	Se lanza el primer observatorio espacial. La nave tripulada Apolo 8 orbita la Luna.	1983	Se presenta el proyecto IDE (Iniciativa de Defensa Estratégica).
1969	El hombre sobre la Luna: N. Armstrong y E. Aldrin descienden sobre el satélite terrestre, mientras M. Collins lo circunvala en la nave Apolo 11.	1984	Bruce McCandless, primer astronauta en realizar un paseo espacial autónomo.
		1986	La Voyager 2 descubre diez lunas y un sistema de anillos alrededor de Urano. Trágico accidente del transbordador Challenger.

1988	Lanzamiento del transbordador soviético Buran.	1992	El COBE detecta evidencias del "Big-Bang".
1989	La Voyager 2 descubre seis lunas más de Neptuno y los volcanes de nitrógeno de Tritón. Lanzamiento del satélite COBE, que explora las radiaciones del fondo cósmico.	1995	La nave Galileo envía información analítica a Jupiter antes de desintegrarse en su atmósfera. Lanzamiento del satélite Soho para explorar el sol.
1990	Lanzamiento del telescopio espacial Hubble. La sonda Magallanes realiza un mapa radar de Venus.	1996	Presentación de la misión espacial Cassini (USA), que incluye la serie Nuevo Milenio de exploración del sistema solar y de detección de planetas análogos a la Tierra en otros sistemas.
		1997	La sonda desarrollada por la NASA Mars Pathfinder alcanza Marte, permitiendo analizar la geología del planeta rojo.

Fuente: Enciclopedia de Historia Universal, Salvat Editores, 1999.

Tabla 2: Sondas espaciales

Nombre	País	Fecha de Lanzamiento	Función
Luna 3	URSS	1959 (4 de octubre)	Toma las primeras fotografías de la cara oculta de la Luna.
Ranger 7	EE.UU.	1964 (28 de julio)	Transmite imágenes televisivas de la superficie lunar, ofreciendo las primeras vistas en primer plano de la Luna.
Luna 9	URSS	1966 (31 de enero)	Primera sonda en alunizar suavemente.
Surveyor 1, 3 y 5	EE.UU.	1966 / 1967	Las sondas alunizan suavemente y envían a la Tierra varios miles de fotografías. El Surveyor 3 examina muestras del suelo lunar; el Surveyor 5 efectúa el primer análisis químico sobre el terreno de materiales extraterrestres.
Luna 16	URSS	1970 (12 de septiembre)	Recoge muestras del suelo lunar y las envía de vuelta a la Tierra.
Luna 17	URSS	1970 (10 de noviembre)	Alunizaje suave del vehículo automático de exploración lunar, el Lunokhod 1, que recoge gran cantidad de datos científicos y envía imágenes a la Tierra.
Mars 2 y 3	URSS	1971 (mayo)	Sondas que se estrellan en Marte después de transmitir datos durante un breve periodo.
Mariner 9	EE.UU.	1971 (mayo)	Orbita Marte durante casi un año, recogiendo información para trazar un mapa casi completo del planeta.
Pioneer 10 y 11	EE.UU.	1972 / 1973	En vuelo hacia Júpiter, las sondas atraviesan un cinturón de asteroides nunca antes detectado entre Marte y Júpiter. El Pioneer 10 sigue navegando en el espacio interestelar, mientras que el Pioneer 11 viaja hacia Saturno.
Mariner 10	EE.UU.	1973 (octubre)	Ofrece las primeras vistas de la superficie de Mercurio y detecta un campo magnético imprevisto; se acercó a 317 km del planeta.
Viking 1 y 2	EE.UU.	1975 (agosto y septiembre)	Sondas que viajan a Marte, equipadas con sistemas de aterrizaje, laboratorios, instrumentos meteorológicos y cámaras de televisión. Transmiten valiosa información durante varios años.
Venera 9 y 10	URSS	1975 (octubre)	Primeras sondas que consiguen posarse en Venus y enviar fotografías de la superficie del planeta.
Voyager 1 y 2	EE.UU.	1977 (agosto y septiembre)	Primeras sondas que consiguen enviar fotografías e información sobre Saturno, sobrevolando el planeta en noviembre de 1980 y agosto de 1981. El Voyager 2 sigue viaje hacia Urano, descubriendo cuatro anillos más y diez nuevas lunas alrededor del planeta. Antes de abandonar el Sistema Solar, el Voyager 2 vuela sobre Neptuno en agosto de 1989, descubriendo seis nuevas lunas.

Nombre	País	Fecha de Lanzamiento	Función
Venera 11 y 12	URSS	1978 (diciembre)	Se posan en Venus, registrando y transmitiendo datos sobre la atmósfera inferior del planeta.
Pioneer Venus 1	EE.UU.	1978 (20 de mayo)	Las misiones consisten en un orbitador y cinco sondas atmosféricas, que trazan un mapa de Venus y analizan su atmósfera.
Pioneer Venus 2	EE.UU.	1978 (8 de agosto)	
Magallanes	EE.UU.	1989 (4 de mayo)	Lanzada desde una lanzadera espacial; transmite imágenes de Venus.
Galileo	EE.UU.	1989 (18 de octubre)	Transmite datos y fotos de Júpiter. Lanzó una sonda en 1995 que proporcionó información sobre la atmósfera de Júpiter.
Mars Global Surveyor	EE.UU.	1996 (7 de noviembre)	Orbita Marte y toma datos que permiten elaborar mapas detallados de la superficie del planeta.
Mars Pathfinder	EE.UU.	1996 (4 de diciembre)	Se posó en Marte, enviando datos sobre la atmósfera y la superficie del planeta durante casi tres meses. Estaba equipada con un vehículo todo terreno que analizó in situ las rocas de la superficie.
Cassini	EE.UU.	1997 (15 de octubre)	Orbitará Saturno y se espera que lance una sonda a la superficie de su luna Titán a finales del 2004.
Lunar Prospector	EE.UU.	1998 (6 de enero)	Primera misión a la Luna después de más de 25 años, descubrió evidencias de la presencia de hielo en el satélite.

Fuente: “*Sondas espaciales importantes*” Enciclopedia Microsoft Encarta 2001.

2.8. Material de apoyo para la actividad 9 (unidad 1)

ESTADOS ÁRABES

Estados que participaron en la Segunda Conferencia Islámica de Lahore (22-24 de febrero de 1974).

Asia	África
Afganistán	Argelia
Arabia Saudita	Chad
Bahrein	Egipto
Bangladesh	Gabon
Emiratos Árabes Unidos	Gambia
Indonesia	Guinea
Irak	Guinea-Biseseau
Irán	Libia
Jordania	Mali
Kuwait	Marruecos
Libano	Mauritania
Malasia	Niger
Omán	Senegal
Pakistán	Sierra Leona
Qatar	Somalia
Siria	Sudán
Turquía	Túnez
Rep. Árabe del Yemen	Uganda
Rep. Democrática y Popular del Yemen	

Fuente: Antonio Trujol y Serra, *La sociedad Internacional*, Alianza Editorial.

2.9. Material de apoyo para la actividad 11 (unidad 1)

PERESTROIKA

DOCUMENTO 1

GORBACHOV Y LA “NUEVA” LEGITIMIDAD

Gorbachov, Mijail: *Perestroika. Mi mensaje a Rusia y al mundo entero*. Barcelona, Ediciones B, 1990, pp. 31-34.

En: Martín de la Guardia, R. y Pérez Sánchez, G., *La Unión Soviética: de la perestroika a la desintegración*, Ediciones Istmo, Colección La Historia en sus textos.

“La adopción de los Principios fundamentales para un cambio radical de la dirección económica representó un gran paso adelante en el programa de la *perestroika*. Actualmente, la *perestroika* afecta a prácticamente todos los aspectos importantes de la vida pública. Desde luego, nuestros conceptos acerca del contenido, los métodos y las formas de la *perestroika* irán desarrollándose, aclarándose y corrigiéndose con el paso del tiempo. Esto es natural e inevitable, pues se trata de un proceso vivo. Sin duda, los cambios originarán nuevos e importantes problemas que exigirán soluciones poco ortodoxas. Pero el concepto general, el plan general de la *perestroika* está muy claro para nosotros, no sólo desde el punto de vista de su esencia, sino también en sus partes componentes.

“*Perestroika* significa la superación de un proceso de estancamiento, la supresión del mecanismo de frenado, la creación de un sistema fiable y eficaz para acelerar el progreso económico y social y para conferirle un mayor dinamismo.

“*Perestroika* significa la iniciativa de las masas. Equivale a un desarrollo global de la democracia y del autogobierno socialista, al fomento de la iniciativa y de las actitudes creativas, a un mejor orden y disciplina, a más glásnost, más críticas y más autocríticas en todas las esferas de nuestra sociedad. Representa el más profundo respeto hacia el individuo y hacia la dignidad personal.

“*Perestroika* es la intensificación generalizada de la economía soviética, la recuperación y el desarrollo de los principios del centralismo democrático aplicados al gobierno de la economía nacional, la introducción universal de métodos económicos, la renuncia a la dirección “por decreto” y por métodos administrativos, y, en general, el favorecimiento de las empresas innovadoras y socialistas.

“*Perestroika* significa la resuelta adopción de métodos científicos, la capacidad de proporcionar una sólida base científica a toda nueva iniciativa. Significa combinar los logros de la revolución científica y tecnológica, con una economía planificada.

“*Perestroika* significa un desarrollo prioritario de la esfera social con el fin de satisfacer cada vez mejor las demandas del pueblo soviético de buenas condiciones de vida y trabajo, de ocio y descanso adecuados, de una sanidad y una educación de calidad. Significa una constante preocupación por la riqueza cultural y espiritual, por la cultura de cada individuo y de la sociedad en su conjunto.

“*Perestroika* es eliminar de la sociedad todas las distorsiones de la ética socialista y aplicar con coherencia los principios de la justicia social. Es la coincidencia de hechos y palabras, de derechos y deberes. Es la exaltación del trabajo honrado y altamente cualificado, la superación de las tendencias niveladoras en la paga y del consumismo.

“Así es como nosotros vemos hoy la *perestroika*. Así es como nos planteamos nuestra tarea. Tal es la esencia y el contenido de nuestro trabajo para el futuro inmediato. En la actualidad resulta difícil determinar cuan lejos está ese futuro. Por supuesto, necesitaremos mucho más de dos o tres años, pero estamos dispuestos a emprender una labor seria, ardua y tediosa para conseguir que nuestro país alcance nuevas cimas para finales del siglo XX.

“A menudo se nos pregunta qué esperamos de la *perestroika*, y cuáles son nuestros últimos objetivos. No podemos, desde luego, contestar con una respuesta detallada y exacta. No es nuestra costumbre hacer profecías ni tratar de predestinar todos los elementos arquitectónicos del edificio público que hemos comenzado a construir con el proceso de *perestroika*.

“En principio, empero, puedo decir que el resultado final de la *perestroika* está bastante claro para nosotros. Se trata de una renovación a fondo de todos los aspectos de la vida soviética; de dar al socialismo las formas más progresistas de organización social; de acentuar al máximo el carácter humanista de nuestro sistema social en sus facetas más esenciales: la económica, la social, la política y la moral.

“Insisto una vez más en ello: la *perestroika* no es ninguna clase de iluminación o de revelación. Reestructurar nuestra vida significa comprender la necesidad objetiva de renovación y de aceleración. Y esta necesidad ha surgido en el corazón de nuestra sociedad. La esencia de la *perestroika* radica en el hecho de que une al socialismo con la democracia y resucita el concepto leninista de la construcción socialista en la teoría y en la práctica. Tal es la esencia de la *perestroika*, que explica su auténtico espíritu revolucionario y la amplitud global de su esfera de acción.

“El objetivo merece todos los esfuerzos. Y estamos seguros de que estos esfuerzos constituirán una valiosa aportación al progreso social de la humanidad.

“Más socialismo y más democracia.

“La *perestroika* está estrechamente relacionada con el socialismo como sistema. Este aspecto de la cuestión se ha discutido mucho, sobre todo en el extranjero, y nuestra explicación de la *perestroika* no quedará del todo clara si no abordamos también este tema.

“¿Acaso la *perestroika* significa que abandonamos el socialismo, o algunos de sus fundamentos por lo menos? Los hay que hacen esta pregunta con esperanza, y otros con aprensión.

“Hay personas en Occidente a las que les gustaría decirnos que el socialismo se halla en una profunda crisis y que ha llevado a nuestra sociedad a un callejón sin salida. Así es como interpretan nuestro análisis crítico de la situación al final de los años setenta y comienzo de los ochenta. Según estas personas, sólo nos queda una posibilidad: adoptar las estructuras sociales y los métodos de dirección propios del capitalismo, dirigidos hacia el capitalismo.

“Nos aseguran que nada puede salir de la *perestroika* dentro del marco de nuestro sistema. Dicen que debemos cambiar el sistema y beneficiarnos de la experiencia de otro sistema sociopolítico, añadiendo que, si la Unión Soviética toma este camino y abandona el socialismo, podrá establecer estrechas relaciones con Occidente. Llegan incluso a afirmar que la Revolución de Octubre fue un error que marginó casi completamente a nuestro país de los progresos sociales del mundo.

“Para terminar de una vez con todas las especulaciones y rumores que circulan por Occidente en este sentido, me gustaría señalar de nuevo que estamos efectuando todas nuestras reformas de acuerdo con la opción socialista. Buscamos en el socialismo, no fuera de él, la respuesta a todas las preguntas que se nos plantean: juzgamos nuestros éxitos y nuestros fracasos según las normas socialistas. Quienes albergan la esperanza de que abandonemos el camino del socialismo van a quedar muy desengañados. Todos los puntos de nuestro programa de *perestroika*—y el programa en sí, naturalmente— se basan por completo en los principios de más socialismo y más democracia.

“Más socialismo significa un ritmo más dinámico, una conducta más creativa, mayor organización, ley y orden, una metodología más científica y más iniciativa en la dirección económica, más eficacia en la administración y una vida materialmente más rica para el pueblo.

“Más socialismo significa más democracia, apertura y colectivismo en la vida cotidiana, más cultura y humanismo en las relaciones de producción, sociales y personales en el seno del pueblo, más dignidad y autorrespeto para el individuo.

“Más socialismo significa más patriotismo y una mayor aspiración hacia nobles ideales, una más activa preocupación cívica por los asuntos internos del país y por su influencia positiva en los asuntos internacionales.

“En suma, más de todo aquello que es inherente al socialismo y a los preceptos teóricos que lo caracterizan distintamente en tanto que sistema socioeconómico.

“No trataremos de alejarnos del socialismo, sino que avanzaremos hacia un socialismo mejor. Lo decimos sinceramente, sin la menor intención de engañar a nuestro propio pueblo o al mundo. Cualquier esperanza de que vayamos a construir una sociedad distinta, no socialista, y nos pasemos al otro campo es una esperanza vana e irreal. Aquellos que desde Occidente esperan que abandonemos el socialismo sufrirán un desengaño. Ya es hora de que se convenzan de ello y, lo más importante, que partan de este supuesto en las relaciones prácticas con la Unión Soviética.

“En este respecto, me gustaría dejar bien claro que, aunque nosotros, los soviéticos, estamos a favor del socialismo (y ya he explicado por qué), no pretendemos imponer nuestras opiniones a nadie. Que cada cual tome sus propias decisiones; ya se encargará la historia de ponerlo todo en su lugar. Hoy en día, como dije recientemente ante un grupo de personalidades públicas norteamericanas (Cyrus Vance, Henry Kissinger y otros), vemos más claramente que nunca que, gracias al sistema socialista y a la economía planificada, nos es más fácil introducir cambios en nuestra política estructural de lo que sería bajo condiciones de empresa privada, aunque también nosotros tenemos nuestras dificultades.

“Queremos más socialismo y, por tanto, más democracia.

“Tal y como nosotros lo vemos, las dificultades y los problemas de los años setenta y ochenta no implican ninguna crisis del socialismo en tanto que sistema social y político, sino que son el resultado de una insuficiente coherencia en la aplicación de los principios del socialismo; de las desviaciones e incluso distorsiones de tales principios, y de una conservación excesivamente prolongada de los métodos y formas de dirección social que surgieron en las primeras fases del desarrollo socialista a consecuencia de específicas condiciones históricas.

“ El socialismo, en tanto que forma de vida y sistema de organización social muy joven, posee enormes posibilidades, todavía sin utilizar, para su propio desarrollo y perfeccionamiento, así como para la solución de los problemas fundamentales de la sociedad contemporánea en cuestiones de progreso científico, tecnológico, económico, cultural e intelectual, y para el desarrollo del ser humano. Esto lo demuestra el camino seguido por nuestro país a partir de octubre de 1917, un camino preñado de dificultades, tragedias y trabajo arduo, pero al mismo tiempo lleno de grandes triunfos y logros”.

2.9. Material de apoyo para la actividad 11 (unidad 1)

Documento 2

Las relaciones exteriores y el nuevo pensamiento

“Hacia el fin de la guerra fría”.

La declaración de Mijail Gorbachov sobre política exterior, el 15 de enero de 1986, supuso un paso decisivo hacia el fin de la guerra fría.

Gorbachov, Mijail: *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*, Madrid, Acento Editorial, 1993, pp. 209-211.

En: Martín de la Guardia, R. y Pérez Sánchez, G., *La Unión Soviética: de la perestroika a la desintegración*, Ediciones Istmo, Colección, La Historia en sus textos.

“El Politburó del Comité Central del PCUS y el gobierno soviético han aprobado una serie de importantísimas medidas sobre política exterior con el fin de mejorar el clima internacional. Son fruto de la necesidad de superar las tendencias negativas y de confrontación que se han agudizado estos últimos años. Con ellas se pretende desbrozar el camino hacia la reducción de la carrera armamentista, impedir la utilización de las armas nucleares en tierra y en el espacio, conjurar, en general, el peligro de la guerra y conseguir que la confianza sea un componente inseparable de las relaciones entre Estados.

“(...) La Unión Soviética propone que, a partir de 1986, se ponga en práctica un programa que libere a la humanidad del miedo a una catástrofe nuclear (...)

“¿Qué procedimiento práctico propone hoy la Unión Soviética para reducir las armas nucleares, tanto por lo que respecta a los elementos portadores como a las cargas, hasta su eliminación total?

“Nuestras propuestas resumidas son las siguientes:

“**Primera etapa.** En el transcurso de cinco a ocho años la URSS y Estados Unidos reducirán a la mitad las armas nucleares capaces de alcanzar el territorio del otro. Los restantes elementos portadores de este tipo que queden no contarán con más de seis mil cargas por cada lado.

“Obviamente se entiende que semejante reducción sólo será posible si la URSS y Estados Unidos renuncian a producir, experimentar y desplegar armas nucleares ofensivas.

“Durante la primera etapa se acordará y pondrá en práctica la total liquidación de misiles soviéticos y estadounidenses de medio alcance, tanto balísticos como de crucero, situados en territorio europeo. Será el primer paso hacia una Europa libre de armamento nuclear.

“Al mismo tiempo, Estados Unidos y la URSS deberán comprometerse a no suministrar sus misiles estratégicos y de medio alcance a otros países, y Gran Bretaña y Francia a no aumentar sus arsenales correspondientes.

“Es imprescindible que desde el principio la URSS y Estados Unidos acuerden la suspensión de toda suerte de explosiones nucleares y soliciten de otros países la adhesión a esta moratoria.

“**Segunda etapa.** En esta etapa, que deberá iniciarse no más tarde de 1990 con una duración de cinco a siete años, comenzarán a participar en el desarme nuclear las demás potencias atómicas. Al principio podrían comprometerse a congelar todos sus arsenales y a no desplegarlos en otros países.

“Durante este periodo la URSS y los Estados Unidos proseguirán la reducción acordada en la primera etapa y llevarán a la práctica medidas ulteriores para liquidar sus armamentos de alcance medio y congelar sus armas nucleares tácticas.

“Una vez que la URSS y Estados Unidos den por terminada la reducción al 50 por ciento de sus respectivos armamentos, tomarán otra decisión radical: todas las potencias atómicas liquidarán sus armamentos nucleares tácticos, es decir los de un radio de acción inferior a los mil kilómetros.

“En esta misma etapa, el acuerdo soviético-americano sobre la prohibición de armamentos ofensivos especiales pasará a ser multilateral, con la participación obligatoria de las principales potencias industriales.

“Todas las potencias nucleares pondrán fin a las pruebas de armamento nuclear.

“Quedará igualmente prohibida la fabricación de armamentos no nucleares basados en nuevos principios físicos y que, por su capacidad ofensiva, se asemejen a los nucleares o a otros medios de exterminio masivo.

“**Tercera etapa.** En su curso culminará la liquidación de todo el armamento nuclear restante. Comenzaría, como muy tarde, en 1995, y a finales de 1999 no habría más armas atómicas sobre la Tierra. Se suscribirá una convención internacional a fin de que ese tipo de armamento no reaparezca nunca más.

“Se procedería a la elaboración de procedimientos especiales para la destrucción de armas nucleares, así como para el desmantelamiento y la transformación o destrucción de los elementos portadores. Al mismo tiempo se llegaría a un acuerdo sobre la cantidad de armas a destruir en cada etapa, los lugares elegidos para tal fin, etcétera.

“Los controles de la destrucción y la limitación de armamentos se efectuarán tanto por medios técnicos nacionales como mediante inspecciones in situ. La URSS está dispuesta a aceptar toda medida de control suplementaria.

“Así pues, proponemos que se entre en el tercer milenio sin armas nucleares, sobre la base de acuerdos aceptados por las partes, cuya aplicación sea controlada estrictamente.

“El tema tiene importancia universal y debe resolverse de forma mancomunada. Cuanto antes se ponga en práctica este programa tanto más segura será la vida en nuestro planeta”.

2.10. Material de apoyo para la actividad 13 unidad 1

Visión panorámica del Siglo XX

Erik Hobsbawm.

Capítulo introductorio del libro: *Historia del Siglo XX, 1914-1991. Ed. Crítica, Barcelona, 1995.*

I

El 28 de junio de 1992, el presidente francés Francois Mitterrand se desplazó súbitamente, sin previo aviso y sin que nadie lo esperara, a Sarajevo, escenario central de una guerra en los Balcanes que en lo que quedaba de año se cobraría quizás 150.000 vidas. Su objetivo era hacer patente a la opinión mundial la gravedad de la crisis de Bosnia. En verdad, la presencia de un estadista distinguido, anciano y visiblemente debilitado bajo los disparos de las armas de fuego y de la artillería fue muy comentada y despertó una gran admiración. Sin embargo, un aspecto de la visita de Mitterrand pasó prácticamente inadvertido, aunque tenía una importancia fundamental: la fecha. ¿Por qué había elegido el presidente de Francia esa fecha para ir a Sarajevo? Porque el 28 de junio era el aniversario del asesinato en Sarajevo, en 1914, del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría, que desencadenó, pocas semanas después, el estallido de la Primera Guerra Mundial. Para cualquier europeo instruido de la edad de Mitterrand, era evidente la conexión entre la fecha, el lugar y el recordatorio de una catástrofe histórica precipitada por una equivocación política y un error de cálculo. La elección de una fecha simbólica era tal vez la mejor forma de resaltar las posibles consecuencias de la crisis de Bosnia. Sin embargo, sólo algunos historiadores profesionales y algunos ciudadanos de edad muy avanzada comprendieron la alusión. La memoria histórica ya no estaba viva.

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven. Esto otorga a los historiadores, cuya tarea consiste en recordar lo que otros olvidan mayor trascendencia que la que han tenido nunca, en estos años finales del segundo milenio. Pero por esa misma razón deben ser algo más que simples cronistas, recordadores y compiladores, aunque esta sea también una función necesaria de los historiadores. En 1989, todos los gobiernos, y especialmente todo el personal de los ministerios de Asuntos Exteriores, habrían podido asistir con provecho a un seminario sobre los acuerdos de paz posteriores a las dos guerras mundiales, que al parecer la mayor parte de ellos habían olvidado.

Sin embargo, no es el objeto de este libro narrar los acontecimientos del período que constituye su tema de estudio –el siglo XX corto, desde 1914 a 1991–, aunque nadie a quien un estudiante norteamericano inteligente le haya preguntado si la expresión “Segunda Guerra Mundial” significa que hubo una “Primera Guerra Mundial” ignora que no puede darse por sentado el conocimiento aun de los más básicos hechos de la centuria. Mi propósito es comprender y explicar por qué los acontecimientos ocurrieron de esa forma y qué nexo existe entre ellos. Para cualquier persona de mi edad que ha vivido durante todo o la mayor parte del siglo XX, esta tarea tiene también, inevitablemente, una dimensión autobiográfica, ya que hablamos y nos explayamos sobre nuestros recuerdos

(y también los corregimos). Hablamos como hombres y mujeres de un tiempo y un lugar concretos, que han participado en su historia en formas diversas. Y hablamos, también, como actores que han intervenido en sus dramas –por insignificante que haya sido nuestro papel–, como observadores de nuestra época y como individuos cuyas opiniones acerca del siglo han sido formadas por los que consideramos acontecimientos cruciales del mismo. Somos parte de este siglo, que es parte de nosotros. No deberían olvidar este hecho aquellos lectores que pertenecen a otra época, por ejemplo el alumno que ingresa en la universidad en el momento en que se escriben estas páginas, para quien incluso la guerra del Vietnam forma parte de la prehistoria.

Para los historiadores de mi edad y formación, el pasado es indestructible, no sólo porque pertenecemos a la generación en que las calles y los lugares públicos tomaban el nombre de personas y acontecimientos de carácter público (la estación Wilson en Praga antes de la guerra, la estación de metro de Stalingrado en París), en que aún se firmaban tratados de paz y, por tanto, debían ser identificados (el tratado de Versalles) y en que los monumentos a los caídos recordaban acontecimientos del pasado, sino también porque los acontecimientos públicos forman parte del entramado de nuestras vidas. No sólo sirven como punto de referencia de nuestra vida privada, sino que han dado forma a nuestra experiencia vital, tanto privada como pública. Para el autor del presente libro, el 30 de enero de 1933 no es una fecha arbitraria en la que Hitler accedió al cargo de canciller de Alemania, sino una tarde de invierno en Berlín en que un joven de quince años, acompañado de su hermana pequeña, recorría el camino que le conducía desde su escuela, en Wilmersdorf, hacia su casa, en Halensee, y que en un punto cualquiera del trayecto leyó el titular de la noticia. Todavía lo veo como en un sueño.

Pero no sólo en el caso de un historiador anciano el pasado es parte de su presente permanente. En efecto, en una gran parte del planeta, todos los que superan una cierta edad, sean cuales fueren sus circunstancias personales y su trayectoria vital, han pasado por las mismas experiencias cruciales que, hasta cierto punto, nos han marcado a todos de la misma forma. El mundo que se desintegró a finales de los años ochenta era aquel que había cobrado forma bajo el impacto de la revolución rusa de 1917. Ese mundo nos ha marcado a todos, por ejemplo, en la medida en que nos acostumbramos a concebir la economía industrial moderna en función de opuestos binarios, “capitalismo” y “socialismo”, como alternativas mutuamente excluyentes. El segundo de esos términos identificaba las economías organizadas según el modelo de la URSS y el primero designaba a todas las demás. Debería quedar claro ahora que se trataba de un subterfugio arbitrario y hasta cierto punto artificial, que sólo puede entenderse en un contexto histórico determinado. Y, sin embargo, aun ahora es difícil pensar, ni siquiera de forma retrospectiva, en otros principios de clasificación más realistas que aquellos que situaban en un mismo bloque a los Estados Unidos, Japón, Suecia, Brasil, la República Federal de Alemania y Corea del Sur, así como a las economías y sistemas estatales de la región soviética que se derrumbó al acabar los años ochenta en el mismo conjunto que las del este y sureste asiático, que no compartieron ese destino.

Una vez más hay que decir que incluso el mundo que ha sobrevivido una vez concluida la revolución de octubre es un mundo cuyas instituciones y principios básicos cobraron forma por obra de quienes se alinearon en el bando de los vencedores en la Segunda Guerra Mundial. Los elementos del bando perdedor o vinculados a ellos no sólo fueron silenciados, sino prácticamente borrados de la historia y de la vida intelectual, salvo en su papel de “enemigo” en el drama moral universal que enfrenta al bien con el mal. (Posiblemente, lo mismo les está ocurriendo a los perdedores de la Guerra Fría de la segunda mitad del siglo, aunque no en el mismo grado ni durante tanto tiempo).

Esta es una de las consecuencias negativas de vivir en un siglo de guerras de religión cuyo rasgo principal es la intolerancia. Incluso quienes anunciaban el pluralismo inherente a su ausencia de ideología consideraban que el mundo no era lo suficientemente grande para permitir la coexistencia permanente con las religiones seculares rivales. Los enfrentamientos religiosos o ideológicos, como los que se han sucedido ininterrumpidamente durante el presente siglo, erigen barreras en el camino del historiador, cuya labor fundamental no es juzgar sino comprender incluso lo que resulta más difícil de aprehender. Pero lo que dificulta la comprensión no son sólo nuestras apasionadas convicciones, sino la experiencia histórica que les ha dado forma. Aquéllas son más fáciles de superar, pues no existe un átomo de verdad en la típica, pero errónea, expresión francesa *tout comprendre c'est tout pardonner* (comprenderlo todo es perdonarlo todo). Comprender la época nazi en la historia de Alemania y encajarla en su contexto histórico no significa perdonar el genocidio. En cualquier caso, no parece probable que quien haya vivido durante este siglo extraordinario pueda abstenerse de expresar un juicio. La dificultad estriba en comprender.

II

¿Cómo hay que explicar el siglo XX corto, es decir, los años transcurridos desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta el hundimiento de la URSS, que, como podemos apreciar retrospectivamente, constituyen un período histórico coherente que acaba de concluir? Ignoramos qué ocurrirá a continuación y cómo será el tercer milenio, pero sabemos con certeza que será el siglo XX el que le habrá dado forma. Sin embargo, es indudable que en los años finales de la década de 1980 y en los primeros de la de 1990 terminó una época de la historia del mundo para comenzar otra nueva. Esa es la información esencial para los historiadores del siglo, pues aun cuando pueden especular sobre el futuro a tenor de su comprensión del pasado, su tarea no es la misma que la del que pronostica el resultado de las carreras de caballos. Las únicas carreras que debe describir y analizar son aquellas cuyo resultado –de victoria o de derrota– es conocido. De cualquier manera, el éxito de los pronosticadores de los últimos treinta o cuarenta años, con independencia de sus aptitudes profesionales como profetas, ha sido tan espectacularmente bajo que sólo los gobiernos y los institutos de investigación económica siguen confiando en ellos, o aparentan hacerlo. Es probable incluso que su índice de fracasos haya aumentado desde la Segunda Guerra Mundial.

En este libro, el siglo XX aparece estructurado como un tríptico. A una época de catástrofes, que se extiende desde 1914 hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, siguió un período de 25 ó 30 años de extraordinario crecimiento económico y transformación social, que probablemente transformó la sociedad humana más profundamente que cualquier otro período de duración similar. Retrospectivamente puede ser considerarlo como una especie de edad de oro, y de hecho así fue calificado apenas concluido, a comienzos de los años setenta. La última parte del siglo fue una nueva era de descomposición, incertidumbre y crisis y, para vastas zonas del mundo como África, la ex Unión Soviética y los antiguos países socialistas de Europa, de catástrofes. Cuando el decenio de 1980 dio paso al de 1990, quienes reflexionaban sobre el pasado y el futuro del siglo lo hacían desde una perspectiva fin de siècle cada vez más sombría. Desde la posición ventajosa de los años noventa, puede concluirse que el siglo XX conoció una fugaz edad de oro, en el camino de una a otra crisis, hacia un futuro desconocido y problemático, pero no inevitablemente apocalíptico. No obstante, como

tal vez deseen recordar los historiadores a quienes se embarcan en especulaciones metafísicas sobre el “fin de la historia”, existe el futuro. La única generalización absolutamente segura sobre la historia es que perdurará en tanto en cuanto exista la raza humana.

El contenido de este libro se ha estructurado de acuerdo con los conceptos que se acaban de exponer. Comienza con la Primera Guerra Mundial, que marcó el derrumbe de la civilización (occidental) del siglo XIX. Esa civilización era capitalista desde el punto de vista económico, liberal en su estructura jurídica y constitucional, burguesa por la imagen de su clase hegemónica característica y brillante por los adelantos alcanzados en el ámbito de la ciencia, el conocimiento y la educación, así como del progreso material y moral. Además, estaba profundamente convencida de la posición central de Europa, cuna de las revoluciones científica, artística, política e industrial, cuya economía había extendido su influencia sobre una gran parte del mundo, que sus ejércitos habían conquistado y subyugado, cuya población había crecido hasta constituir una tercera parte de la raza humana (incluida la poderosa y creciente corriente de emigrantes europeos y sus descendientes), y cuyos principales Estados constituían el sistema de la política mundial.

Los decenios transcurridos desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial hasta la conclusión de la Segunda fueron una época de catástrofes para esta sociedad, que durante cuarenta años sufrió una serie de desastres sucesivos. Hubo momentos en que incluso los conservadores inteligentes no habrían apostado por su supervivencia. Sus cimientos fueron quebrantados por dos guerras mundiales, a las que siguieron dos oleadas de rebelión y revolución generalizadas, que situaron en el poder a un sistema que reclamaba ser la alternativa, predestinada históricamente, a la sociedad burguesa y capitalista, primero en una sexta parte de la superficie del mundo y, tras la Segunda Guerra Mundial, abarcaba a más de una tercera parte de la población del planeta. Los grandes imperios coloniales que se habían formado antes y durante la era del imperio se derrumbaron y quedaron reducidos a cenizas. La historia del imperialismo moderno, tan firme y tan seguro de sí mismo a la muerte de la reina Victoria de Gran Bretaña, no había durado más que el lapso de una vida humana (por ejemplo, la de Winston Churchill, 1874-1965).

Pero no fueron esos los únicos males. En efecto, se desencadenó una crisis económica mundial de una profundidad sin precedentes que sacudió incluso los cimientos de las más sólidas economías capitalistas y que pareció que podría poner fin a la economía mundial global, cuya creación había sido un logro del capitalismo liberal del siglo XIX. Incluso los Estados Unidos, que no habían sido afectados por la guerra y la revolución, parecían al borde del colapso. Mientras la economía se tambaleaba, las instituciones de la democracia liberal desaparecieron prácticamente entre 1917 y 1942, excepto en una pequeña franja de Europa y en algunas partes de América del Norte y de Australia, como consecuencia del avance del fascismo y de sus movimientos y regímenes autoritarios satélites.

Sólo la alianza –insólita y temporal– del capitalismo liberal y el comunismo para hacer frente a ese desafío permitió salvar la democracia, pues la victoria sobre la Alemania de Hitler fue esencialmente obra (no podría haber sido de otro modo) del ejército rojo. Desde una multiplicidad de puntos de vista, este período de alianza entre el capitalismo y el comunismo contra el fascismo –fundamentalmente las décadas de 1930 y 1940– es el momento decisivo en la historia del siglo XX. En muchos sentidos es un proceso paradójico, pues durante la mayor parte del siglo –excepto en el breve período de antifascismo– las relaciones entre el capitalismo y el comunismo se caracterizaron

por un antagonismo irreconciliable. La victoria de la Unión Soviética sobre Hitler fue el gran logro del régimen instalado en aquel país por la revolución de octubre, como se desprende de la comparación entre los resultados de la economía de la Rusia zarista en la Primera Guerra Mundial y de la economía soviética en la Segunda (Gatrell y Harrison, 1993). Probablemente, de no haberse producido esa victoria, el mundo occidental (excluidos los Estados Unidos) no consistiría en distintas modalidades de régimen parlamentario liberal sino en diversas variantes de régimen autoritario y fascista. Una de las ironías que nos depara este extraño siglo es que el resultado más perdurable de la revolución de octubre, cuyo objetivo era acabar con el capitalismo a escala planetaria, fuera el de haber salvado a su enemigo acérrimo, tanto en la guerra como en la paz, al proporcionarle el incentivo –el temor– para reformarse desde dentro al terminar la Segunda Guerra Mundial y al dar difusión al concepto de planificación económica, suministrando al mismo tiempo algunos de los procedimientos necesarios para su reforma.

Ahora bien, una vez que el capitalismo liberal había conseguido sobrevivir –a duras penas– al triple reto de la Depresión, el fascismo y la guerra, parecía tener que hacer frente todavía al avance global de la revolución, cuyas fuerzas podían agruparse en torno a la URSS, que había emergido de la Segunda Guerra Mundial como una superpotencia.

Sin embargo, como se puede apreciar ahora de forma retrospectiva, la fuerza del desafío planetario que el socialismo planteaba al capitalismo radicaba en la debilidad de su oponente. Sin el hundimiento de la sociedad burguesa decimonónica durante la era de las catástrofes no habría habido revolución de octubre ni habría existido la URSS. El sistema económico improvisado en el núcleo euroasiático rural arruinado del antiguo imperio zarista, al que se dio el nombre de socialismo, no se habría considerado –nadie lo habría hecho– como una alternativa viable a la economía capitalista, a escala mundial. Fue la Gran Depresión de la década de 1930 la que hizo parecer que podía ser así, de la misma manera que el fascismo convirtió a la URSS en instrumento indispensable de la derrota de Hitler y, por tanto, en una de las dos superpotencias cuyos enfrentamientos dominaron y llenaron de terror la segunda mitad del siglo XX, pero que al mismo tiempo –como también ahora es posible colegir– estabilizó en muchos aspectos su estructura política. De no haber ocurrido todo ello, la URSS no se habría visto durante quince años, a mediados de siglo, al frente de un “bando socialista” que abarcaba a la tercera parte de la raza humana, y de una economía que durante un fugaz momento pareció capaz de superar el crecimiento económico capitalista.

El principal interrogante al que deben dar respuesta los historiadores del siglo XX es cómo y por qué tras la Segunda Guerra Mundial el capitalismo inició –para sorpresa de todos– la edad de oro, sin precedentes y tal vez anómala, de 1947-1973. No existe todavía una respuesta que tenga un consenso general y tampoco yo puedo aportarla. Probablemente, para hacer un análisis más convincente habrá que esperar hasta que pueda apreciarse en su justa perspectiva toda la “onda larga” de la segunda mitad del siglo XX. Aunque pueda verse ya la edad de oro como un período definido, los decenios de crisis que ha conocido el mundo desde entonces no han concluido todavía cuando se escriben estas líneas. Ahora bien, lo que ya se puede evaluar con toda certeza es la escala y el impacto extraordinarios de la transformación económica, social y cultural que se produjo en esos años: la mayor, la más rápida y la más decisiva desde que existe el registro histórico. En la segunda parte de este libro se analizan algunos aspectos de ese fenómeno. Probablemente, quienes durante el tercer milenio escriban la historia del siglo XX considerarán que ese período fue el de mayor trascendencia histórica de la centuria, porque en él se registraron una serie de cambios profundos e irreversibles

para la vida humana en todo el planeta. Además, esas transformaciones aún no han concluido. Los periodistas y filósofos que vieron “el fin de la historia” en la caída del imperio soviético erraron en su apreciación. Más justificada estaría la afirmación de que el tercer cuarto de siglo señaló el fin de siete u ocho milenios de historia humana que habían comenzado con la aparición de la agricultura durante el Paleolítico, aunque sólo fuera porque terminó la larga era en que la inmensa mayoría de la raza humana se sustentaba practicando la agricultura y la ganadería.

En cambio, al enfrentamiento entre el “capitalismo” y el “socialismo”, con o sin la intervención de Estados y gobiernos como los Estados Unidos y la URSS en representación del uno o del otro, se le atribuirá probablemente un interés histórico más limitado, comparable, en definitiva, al de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII o a las cruzadas. Sin duda, para quienes han vivido durante una parte del siglo XX, se trata de acontecimientos de gran importancia, y así son tratados en este libro, que ha sido escrito por un autor del siglo XX y para lectores del siglo XX. Las revoluciones sociales, la guerra fría, la naturaleza, los límites y los defectos fatales del “socialismo realmente existente”, así como su derrumbe, son analizados de forma pormenorizada. Sin embargo, es importante recordar que la repercusión más importante y duradera de los regímenes inspirados por la revolución de octubre fue la de haber acelerado poderosamente la modernización de países agrarios atrasados. Sus logros principales en este contexto coincidieron con la edad de oro del capitalismo. No es este el lugar adecuado para examinar hasta qué punto las estrategias opuestas para enterrar el mundo de nuestros antepasados fueron efectivas o se aplicaron conscientemente. Como veremos, hasta el inicio de los años sesenta parecían dos fuerzas igualadas, afirmación que puede parecer ridícula a la luz del hundimiento del socialismo soviético, aunque un primer ministro británico que conversaba con un presidente norteamericano veía todavía a la URSS como un Estado cuya “boyante economía ... pronto superara a la sociedad capitalista en la carrera por la riqueza material” (Horne, 1989, p. 303). Sin embargo, el aspecto que cabe destacar es que, en la década de 1980, la Bulgaria socialista y el Ecuador no socialista tenían más puntos en común que en 1939.

Aunque el hundimiento del socialismo soviético –y sus consecuencias, trascendentales y aún incalculables, pero básicamente negativas– fue el acontecimiento más destacado en los decenios de crisis que siguieron a la edad de oro, serían estos unos decenios de crisis universal o mundial. La crisis afectó a las diferentes partes del mundo en formas y grados distintos, pero afectó a todas ellas, con independencia de sus configuraciones políticas, sociales y económicas, porque la edad de oro había creado, por primera vez en la historia, una economía mundial universal cada vez más integrada cuyo funcionamiento transcendía las fronteras estatales y, por tanto, cada vez más también, las fronteras de las ideologías estatales. Por consiguiente, resultaron debilitadas las ideas aceptadas de las instituciones de todos los regímenes y sistemas. Inicialmente, los problemas de los años setenta se vieron sólo como una pausa temporal en el gran salto adelante de la economía mundial y los países de todos los sistemas económicos y políticos trataron de aplicar soluciones temporales. Pero gradualmente se hizo patente que había comenzado un período de dificultades duraderas y los países capitalistas buscaron soluciones radicales, en muchos casos ateniéndose a los principios enunciados por los teólogos seculares del mercado libre sin restricción alguna, que rechazaban las políticas que habían dado tan buenos resultados a la economía mundial durante la edad de oro pero que ahora parecían no servir. Pero los defensores a ultranza del *laissez faire* no tuvieron más éxito que los demás. En el decenio de 1980 y los primeros años del de 1990, el mundo capitalista comenzó de nuevo a tambalearse abrumado por los mismos problemas del período de entreguerras que la edad

de oro parecía haber superado: el desempleo masivo, graves depresiones cíclicas y el enfrentamiento cada vez más encarnizado entre los mendigos sin hogar y las clases acomodadas, entre los ingresos limitados del Estado y un gasto público sin límite. Los países socialistas, con unas economías débiles y vulnerables, se vieron abocados a una ruptura tan radical, o más, con el pasado y, ahora lo sabemos, al hundimiento. Ese hundimiento puede marcar el fin del siglo XX corto, de igual forma que la Primera Guerra Mundial señala su comienzo. En este punto se interrumpe mi crónica histórica.

Concluye –como corresponde a cualquier libro escrito al comenzar la década de 1990– con una mirada hacia la oscuridad. El derrumbamiento de una parte del mundo reveló el malestar existente en el resto. Cuando los años ochenta dejaron paso a los noventa se hizo patente que la crisis mundial no era sólo general en la esfera económica, sino también en el ámbito de la política. El colapso de los regímenes comunistas entre Istria y Vladivostok no sólo dejó tras de sí una ingente zona dominada por la incertidumbre política, la inestabilidad, el caos y la guerra civil, sino que destruyó el sistema internacional que había estabilizado las relaciones internacionales durante cuarenta años y reveló, al mismo tiempo, la precariedad de los sistemas políticos nacionales que se sustentaban en esa estabilidad. Las tensiones generadas por los problemas económicos socavaron los sistemas políticos de la democracia liberal, parlamentarios o presidencialistas, que tan bien habían funcionado en los países capitalistas desarrollados desde la Segunda Guerra Mundial. Pero socavaron también los sistemas políticos existentes en el tercer mundo. Las mismas unidades políticas fundamentales, los “Estados-nación” territoriales, soberanos e independientes, incluso los más antiguos y estables, resultaron desgarrados por las fuerzas de la economía supranacional o transnacional y por las fuerzas infranacionales de las regiones y grupos étnicos secesionistas. Algunos de ellos –tal es la ironía de la historia– reclamaron la condición –ya obsoleta e irreal– de “Estados-nación” soberanos en miniatura. El futuro de la política era oscuro, pero su crisis al finalizar el siglo XX era patente.

Más evidente aún que las incertidumbres de la economía y la política mundial era la crisis social y moral, que reflejaba las convulsiones del período posterior a 1950, que encontraron también amplia y confusa expresión en esos decenios de crisis. Era la crisis de las creencias y principios en los que se había basado la sociedad desde que a comienzos del siglo XVIII las mentes modernas vencieran la célebre batalla que libraron con los antiguos, una crisis de los principios racionalistas y humanistas que comparaban el capitalismo liberal y el comunismo y que habían hecho posible su breve pero decisiva alianza contra el fascismo que los rechazaba. Un observador alemán de talante conservador, Michael Stürmer, señaló acertadamente en 1993 que lo que estaba en juego eran las creencias comunes del Este y el Oeste:

“Existe un extraño paralelismo entre el Este y el Oeste. En el Este, la doctrina del Estado insistía en que la humanidad era dueña de su destino. Sin embargo, incluso nosotros creíamos en una versión menos oficial y menos extrema de esa misma máxima: la humanidad progresaba por la senda que la llevaría a ser dueña de sus destinos. La aspiración a la omnipotencia ha desaparecido por completo en el Este, pero sólo relativamente entre nosotros. Sin embargo, unos y otros hemos naufragado” (Bergedorfer 98, p. 95).

Paradójicamente, una época que sólo podía vanagloriarse de haber beneficiado a la humanidad por el enorme progreso material conseguido gracias a la ciencia y a la tecnología, contempló en sus momentos postreros cómo esos elementos eran rechazados en Occidente por una parte importante de la opinión pública y por algunos que se decían pensadores.

Sin embargo, la crisis moral no era sólo una crisis de los principios de la civilización moderna, sino también de las estructuras históricas de las relaciones humanas que la sociedad moderna había heredado del pasado preindustrial y precapitalista y que, ahora podemos concluirlo, habían permitido su funcionamiento. No era una crisis de una forma concreta de organizar las sociedades, sino de todas las formas posibles. Los extraños llamamientos en pro de una “sociedad civil” y de la “comunidad”, sin otros rasgos de identidad, procedían de unas generaciones perdidas y a la deriva. Se dejaron oír en un momento en que esas palabras, que habían perdido su significado tradicional, eran sólo palabras huérfanas. Sólo quedaba un camino para definir la identidad de grupo: definir a quienes no formaban parte del mismo.

Para el poeta T. S. Eliot, “esta es la forma en que termina el mundo: no con una explosión, sino con un gemido”. Al terminar el siglo XX corto se escucharon ambas cosas.

III

¿Qué paralelismo puede establecerse entre el mundo de 1914 y el de los años noventa? Éste cuenta con cinco o seis mil millones de seres humanos, aproximadamente tres veces más que al comenzar la Primera Guerra Mundial, a pesar de que en el curso del siglo XX se ha dado muerte o se ha dejado morir a un número más elevado de seres humanos que en ningún otro período de la historia. Una estimación reciente cifra el número de muertes registrado durante la centuria en 187 millones de personas (Brzezinski, 1993), lo que equivale a más del 10 por 100 de la población total del mundo en 1900. La mayor parte de los habitantes que pueblan el mundo en el decenio de 1990 son más altos y de mayor peso que sus padres, están mejor alimentados y viven muchos más años, aunque las catástrofes de los años ochenta y noventa en África, América Latina y la ex Unión Soviética hacen que esto sea difícil de creer. El mundo es incomparablemente más rico de lo que lo ha sido nunca por lo que respecta a su capacidad de producir bienes y servicios y por la infinita variedad de los mismos. De no haber sido así habría resultado imposible mantener una población mundial varias veces más numerosa que en cualquier otro período de la historia del mundo. Hasta el decenio de 1980, la mayor parte de la gente vivía mejor que sus padres y, en las economías avanzadas, mejor de lo que nunca podrían haber imaginado. Durante algunas décadas, a mediados del siglo, pareció incluso que se había encontrado la manera de distribuir entre los trabajadores de los países más ricos al menos una parte de tan enorme riqueza, con un cierto sentido de justicia, pero al terminar el siglo predomina de nuevo la desigualdad. Ésta se ha enseñoreado también de los antiguos países “socialistas”, donde previamente reinaba una cierta igualdad en la pobreza. La humanidad es mucho más instruida que en 1914. De hecho, probablemente por primera vez en la historia puede darse el calificativo de alfabetizados, al menos en las estadísticas oficiales, a la mayor parte de los seres humanos. Sin embargo, en los años finales del siglo es mucho menos patente que en 1914 la trascendencia de ese logro, pues es enorme, y cada vez mayor, el abismo existente entre el mínimo de competencia necesario para ser calificado oficialmente como alfabetizado (frecuentemente se traduce en un “analfabetismo funcional”) y el dominio de la lectura y la escritura que aún se espera en niveles más elevados de instrucción.

El mundo está dominado por una tecnología revolucionaria que avanza sin cesar, basada en los progresos de la ciencia natural que, aunque ya se preveían en 1914, empezaron a alcanzarse mucho más

tarde. La consecuencia de mayor alcance de esos progresos ha sido, tal vez, la revolución de los sistemas de transporte y comunicaciones, que prácticamente han eliminado el tiempo y la distancia. El mundo se ha transformado de tal forma que cada día, cada hora y en todos los hogares la población común dispone de más información y oportunidades de esparcimiento de la que disponían los emperadores en 1914. Esa tecnología hace posible que personas separadas por océanos y continentes puedan conversar con sólo pulsar unos botones y ha eliminado las ventajas culturales de la ciudad sobre el campo.

¿Cómo explicar, pues, que el siglo no concluya en un clima de triunfo, por ese progreso extraordinario e inigualable, sino de desasosiego? ¿Por qué, como se constata en la introducción de este capítulo, las reflexiones de tantas mentes brillantes acerca del siglo están teñidas de insatisfacción y de desconfianza hacia el futuro? No es sólo porque ha sido el siglo más mortífero de la historia a causa de la envergadura, la frecuencia y duración de los conflictos bélicos que lo han asolado sin interrupción (excepto durante un breve período en los años veinte), sino también por las catástrofes humanas, sin parangón posible, que ha causado, desde las mayores hombrunas de la historia hasta el genocidio sistemático. A diferencia del “siglo XIX largo”, que pareció –y que fue– un período de progreso material, intelectual y moral casi ininterrumpido, es decir, de mejora de las condiciones de la vida civilizada, desde 1914 se ha registrado un marcado retroceso desde los niveles que se consideraban normales en los países desarrollados y en las capas medias de la población y que se creía que se estaban difundiendo hacia las regiones más atrasadas y los segmentos menos ilustrados de la población.

Como este siglo nos ha enseñado que los seres humanos pueden aprender a vivir bajo las condiciones más brutales y teóricamente intolerables, no es fácil calibrar el alcance del retorno (que lamentablemente se está produciendo a ritmo acelerado) hacia lo que nuestros antepasados del siglo XIX habrían calificado como niveles de barbarie. Hemos olvidado que el viejo revolucionario Federico Engels se sintió horrorizado ante la explosión de una bomba colocada por los republicanos irlandeses en Westminster Hall, porque como ex soldado sostenía que ello suponía luchar no sólo contra los combatientes sino también contra la población civil. Hemos olvidado que los pogroms de la Rusia zarista, que horrorizaron a la opinión mundial y llevaron al otro lado del Atlántico a millones de judíos rusos entre 1881 y 1914, fueron episodios casi insignificantes si se comparan con las matanzas actuales: los muertos se contaban por decenas y no por centenares ni por millones. Hemos olvidado que una convención internacional estipuló en una ocasión que las hostilidades en la guerra “no podían comenzar sin una advertencia previa y explícita en forma de una declaración razonada de guerra o de un ultimátum con una declaración condicional de guerra”, pues, en efecto, ¿cuál fue la última guerra que comenzó con una tal declaración explícita o implícita? ¿Cuál fue la última guerra que concluyó con un tratado formal de paz negociado entre los Estados beligerantes? En el siglo XX, las guerras se han librado, cada vez más, contra la economía y la infraestructura de los Estados y contra la población civil. Desde la Primera Guerra Mundial ha habido muchas más bajas civiles que militares en todos los países beligerantes, con la excepción de los Estados Unidos. Cuántos de nosotros recuerdan que en 1914 todo el mundo aceptaba que

“la guerra civilizada, según afirman los manuales, debe limitarse, en la medida de lo posible, a la desmembración de las fuerzas armadas del enemigo; de otra forma, la guerra continuaría hasta que uno de los bandos fuera exterminado. “Con buen sentido ... esta práctica se ha convertido en costumbre en las naciones de Europa”. (Encyclopedia Britannica, XI ed., 1911, voz “guerra”).

No pasamos por alto el hecho de que la tortura o incluso el asesinato han llegado a ser un elemento normal en el sistema de seguridad de los Estados modernos, pero probablemente no apreciamos hasta qué punto eso constituye una flagrante interrupción del largo período de evolución jurídica positiva, desde la primera abolición oficial de la tortura en un país occidental, en la década de 1780, hasta 1914.

Y sin embargo, a la hora de hacer un balance histórico, no puede compararse el mundo de finales del siglo XX con el que existía a comienzos del periodo. Es un mundo cualitativamente distinto, al menos en tres aspectos.

En primer lugar, no es ya eurocéntrico. A lo largo del siglo se ha producido la decadencia y la caída de Europa, que al comenzar el siglo era todavía el centro incuestionado del poder, la riqueza, la inteligencia y la “civilización occidental”. Los europeos y sus descendientes han pasado de aproximadamente $1/3$ a $1/6$, como máximo, de la humanidad. Son, por tanto, una minoría en disminución que vive en unos países con un ínfimo, o nulo, índice de reproducción vegetativa y la mayor parte de los cuales con algunas notables excepciones como la de los Estados Unidos (hasta el decenio de 1990) se protegen de la presión de la inmigración procedente de las zonas más pobres. Las industrias que Europa inició emigran a otros continentes y los países que en otro tiempo buscaban en Europa, al otro lado de los océanos, el punto de referencia, dirigen ahora su mirada hacia otras partes. Australia, Nueva Zelanda e incluso los Estados Unidos (país bioceánico) ven el futuro en el Pacífico, si bien no es fácil decir qué significa eso exactamente.

Las “grandes potencias” de 1914, todas ellas europeas, han desaparecido, como la URSS, heredera de la Rusia zarista, o han quedado reducidas a una magnitud regional o provincial, tal vez con la excepción de Alemania. El mismo intento de crear una “Comunidad Europea” supranacional y de inventar un sentimiento de identidad europeo correspondiente a ese concepto, en sustitución de las viejas lealtades a las naciones y Estados históricos, demuestra la profundidad del declive.

¿Es acaso un cambio de auténtica importancia, excepto para los historiadores políticos? Tal vez no, pues sólo refleja alteraciones de escasa envergadura en la configuración económica, intelectual y cultural del mundo. Ya en 1914 los Estados Unidos eran la principal economía industrial y el principal pionero, modelo y fuerza impulsador de la producción y la cultura de masas que conquistaría el mundo durante el siglo XX. Los Estados Unidos, pese a sus numerosas peculiaridades, son la prolongación, en ultramar, de Europa y se alinean junto al viejo continente para constituir la “civilización occidental”. Sean cuales fueren sus perspectivas de futuro, lo que ven los Estados Unidos al dirigir la vista atrás en la década de 1990 es “el siglo americano”, una época que ha contemplado su eclosión y su victoria. El conjunto de los países que protagonizaron la industrialización del siglo XIX sigue suponiendo, colectivamente, la mayor concentración de riqueza y de poder económico y científico-tecnológico del mundo, y en el que la población disfruta del más elevado nivel de vida. En los años finales del siglo eso compensa con creces la desindustrialización y el desplazamiento de la producción hacia otros continentes. Desde ese punto de vista, la impresión de un mundo eurocéntrico u “occidental” en plena decadencia es superficial.

La segunda transformación es más significativa. Entre 1914 y el comienzo del decenio de 1990, el mundo ha avanzado notablemente en el camino que ha de convertirlo en una única unidad operativa, lo que era imposible en 1914. De hecho, en muchos aspectos, particularmente en las cuestiones económicas, el mundo es ahora la principal unidad operativa y las antiguas unidades, como las “economías nacionales”, definidas por la política de los Estados territoriales, han quedado reducidas a la condición de complicaciones de las actividades transnacionales. Tal vez, los observa-

dores de mediados del siglo XXI considerarán que el estadio alcanzado en 1990 en la construcción de la “aldea global” –la expresión fue acuñada en los años sesenta (MacLuhan, 1962)– no es muy avanzado, pero lo cierto es que no sólo se han transformado ya algunas actividades económicas y técnicas, y el funcionamiento de la ciencia, sino también importantes aspectos de la vida privada, principalmente gracias a la inimaginable aceleración de las comunicaciones y el transporte. Posiblemente, la característica más destacada de este periodo final del siglo XX es la incapacidad de las instituciones públicas y del comportamiento colectivo de los seres humanos de estar a la altura de ese acelerado proceso de mundialización. Curiosamente, el comportamiento individual del ser humano ha tenido menos dificultades para adaptarse al mundo de la televisión por satélite, el correo electrónico, las vacaciones en las Seychelles y los trayectos transoceánicos.

La tercera transformación, que es también la más perturbadora en algunos aspectos, es la desintegración de las antiguas pautas por las que se regían las relaciones sociales entre los seres humanos y, con ella, la ruptura de los vínculos entre las generaciones, es decir, entre pasado y presente. Esto es sobre todo evidente en los países más desarrollados del capitalismo occidental, en los que han alcanzado una posición preponderante los valores de un individualismo asocial absoluto, tanto en la ideología oficial como privada, aunque quienes los sustentan deploran con frecuencia sus consecuencias sociales. De cualquier forma, esas tendencias existen en todas partes, reforzadas por la erosión de las sociedades y las religiones tradicionales y por la destrucción, o autodestrucción, de las sociedades del “socialismo real”.

Una sociedad de esas características, constituida por un conjunto de individuos egocéntricos completamente desconectados entre sí y que persiguen tan sólo su propia gratificación (ya se le denomine beneficio, placer o de otra forma), estuvo siempre implícita en la teoría de la economía capitalista. Desde la era de las revoluciones, observadores de muy diverso ropaje ideológico anunciaron la desintegración de los vínculos sociales vigentes y siguieron con atención el desarrollo de ese proceso. Es bien conocido el reconocimiento que se hace en el Manifiesto Comunista del papel revolucionario del capitalismo (“la burguesía ... ha destruido de manera implacable los numerosos lazos feudales que ligaban al hombre con sus “superiores naturales” y ya no queda otro nexo de unión entre los hombres que el mero interés personal”). Sin embargo, la nueva y revolucionaria sociedad capitalista no ha funcionado plenamente según esos parámetros.

En la práctica, la nueva sociedad no ha destruido completamente toda la herencia del pasado, sino que la ha adaptado de forma selectiva. No puede verse un “enigma sociológico” en el hecho de que la sociedad burguesa aspirara a introducir “un individualismo radical en la economía y ... a poner fin para conseguirlo a todas las relaciones sociales tradicionales” (cuando fuera necesario), y que al mismo tiempo temiera “el individualismo experimental radical” en la cultura (o en el ámbito del comportamiento y la moralidad) (Daniel Bell, 1976, p. 18). La forma más eficaz de construir una economía industrial basada en la empresa privada era utilizar conceptos que nada tenían que ver con la lógica del libre mercado, por ejemplo, la ética protestante, la renuncia a la gratificación inmediata, la ética del trabajo arduo y las obligaciones para con la familia y la confianza en la misma, pero desde luego no el de la rebelión del individuo.

Pero Marx y todos aquellos que profetizaron la desintegración de los viejos valores y relaciones sociales estaban en lo cierto. El capitalismo era una fuerza revolucionaria permanente y continua. Lógicamente, acabaría por desintegrar incluso aquellos aspectos del pasado precapitalista que le había resultado conveniente –e incluso esencial– conservar para su desarrollo. Terminaría por derri-

bar al menos uno de los fundamentos en los que se sustentaba. Y esto es lo que está ocurriendo desde mediados del siglo. Bajo los efectos de la extraordinaria explosión económica registrada durante la edad de oro y en los años posteriores, con los consiguientes cambios sociales y culturales, la revolución más profunda ocurrida en la sociedad desde la Edad de Piedra, esos cimientos han comenzado a resquebrajarse. En las postrimerías de esta centuria ha sido posible, por primera vez, vislumbrar cómo puede ser un mundo en el que el pasado ha perdido su función, incluido el pasado en el presente, en el que los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos. Un mundo en el que no sólo no sabemos adónde nos dirigimos, sino tampoco adónde deberíamos dirigirnos.

Esta es la situación a la que debe adaptarse una parte de la humanidad en este fin de siglo y en el nuevo milenio. Sin embargo, es posible que para entonces se aprecie con mayor claridad hacia dónde se dirige la humanidad. Podemos volver la mirada atrás para contemplar el camino que nos ha conducido hasta aquí, y eso es lo que yo he intentado hacer en este libro. Ignoramos cuáles serán los elementos que darán forma al futuro, aunque no he resistido la tentación de reflexionar sobre alguno de los problemas que deja pendientes el período que acaba de concluir. Confiemos en que el futuro nos depare un mundo mejor, más justo y más viable. El viejo siglo no ha terminado bien.

2.11. Material de apoyo para la actividad 13 (unidad 1)

Francis Fukuyama, ¿El fin de la historia?

En: Revista Estudios Públicos, N° 37, verano 1990, Santiago.

El ensayo de Fukuyama constituye un intento de explicación del acontecer de los últimos tiempos, a partir de un análisis de las tendencias en la esfera de la conciencia o de las ideas.

El liberalismo económico y político, la “idea” de Occidente, sostiene el autor, finalmente se ha impuesto en el mundo. Esto se evidencia en el colapso y agotamiento de ideologías alternativas. Así, lo que hoy estaríamos presenciando es el término de la evolución ideológica en sí, y, por tanto, el fin de la historia en términos hegelianos. Si bien la victoria del liberalismo por ahora sólo se ha alcanzado en el ámbito de la conciencia, su futura concreción en el mundo material, afirma Fukuyama, será ciertamente inevitable.

“Al observar el flujo de los acontecimientos de la última década, difícilmente podemos evitar la sensación de que algo muy fundamental ha sucedido en la historia del mundo. El año pasado hubo una avalancha de artículos que celebraban el fin de la guerra fría y el hecho de que la “paz” parecía brotar en muchas regiones del mundo. Pero la mayoría de estos análisis carecen de un marco conceptual más amplio que permita distinguir entre lo esencial y lo contingente o accidental en la historia del mundo, y son predeciblemente superficiales. Si Gorbachov fuese expulsado del Kremlin o un nuevo Ayatollah proclamara el milenio desde una desolada capital del Medio Oriente, estos mismos comentaristas se precipitarían a anunciar el comienzo de una nueva era de conflictos.

Y, sin embargo, todas estas personas entreven que otro proceso más vasto está en movimiento, un proceso que da coherencia y orden a los titulares de los diarios. El siglo veinte presenció cómo el mundo desarrollado descendía hasta un paroxismo de violencia ideológica, cuando el liberalismo batallaba, primero, con los remanentes del absolutismo, luego, con el bolchevismo y el fascismo, y, finalmente, con un marxismo actualizado que amenazaba conducir al apocalipsis definitivo de la guerra nuclear. Pero el siglo que comenzó lleno de confianza en el triunfo que al final obtendría la democracia liberal occidental parece, al concluir, volver en un círculo a su punto de origen: no a un “fin de la ideología” o a una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se predijo antes, sino a la impertérrita victoria del liberalismo económico y político.

El triunfo de Occidente, de la “idea” occidental, es evidente, en primer lugar, en el total agotamiento de sistemáticas alternativas viables al liberalismo occidental. En la década pasada ha habido cambios inequívocos en el clima intelectual de los dos países comunistas más grandes del mundo, y en ambos se han iniciado significativos movimientos reformistas. Pero este fenómeno se extiende más allá de la alta política, y puede observarse también en la propagación inevitable de la cultura de consumo occidental en contextos tan diversos como los mercados campesinos y los televisores en colores, ahora omnipresentes en toda China; en los restaurantes cooperativos y las tiendas de vestuario que se abrieron el año pasado en Moscú; en la música de Beethoven que se transmite de fondo en las tiendas japonesas, y en la música rock que se disfruta igual en Praga, Rangún y Teherán.

Lo que podríamos estar presenciando no sólo es el fin de la guerra fría, o la culminación de un período específico de la historia de la posguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto

final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano. Lo cual no significa que ya no habrá acontecimientos que puedan llenar las páginas de los resúmenes anuales de las relaciones internacionales en el Foreign Affairs porque el liberalismo ha triunfado fundamentalmente en la esfera de las ideas y de la conciencia, y su victoria todavía es incompleta en el mundo real material. Pero hay razones importantes para creer que éste es el ideal que “a la larga” se impondrá en el mundo material. Para entender por qué es esto así, debemos, primero, considerar algunos problemas teóricos relativos a la naturaleza del cambio histórico.

I

La idea del fin de la historia no es original. Su más grande difusor conocido fue Karl Marx, que pensaba que la dirección del desarrollo histórico contenía una intencionalidad determinada por la interacción de fuerzas materiales, y llegaría a término sólo cuando se alcanzase la utopía comunista que finalmente resolvería todas las anteriores contradicciones. Pero el concepto de historia como proceso dialéctico con un comienzo, una etapa intermedia y un final, lo tomó prestado Marx de su gran predecesor alemán, George Wilhelm Friedrich Hegel.

Para mejor o peor, gran parte del historicismo de Hegel se ha integrado a nuestro bagaje intelectual contemporáneo. La idea de que la humanidad ha avanzado a través de una serie de etapas primitivas de conciencia en su trayecto hacia el presente, y que estas etapas correspondían a formas concretas de organización social, como las tribales, esclavistas, teocráticas, y, finalmente, las sociedades igualitarias democráticas, ha pasado a ser inseparable de la mentalidad moderna del hombre. Hegel fue el primer filósofo que utilizó el lenguaje de la ciencia social moderna, en tanto creía que el hombre era producto de su entorno histórico y social concreto, y no, como anteriores teóricos del derecho natural habrían sostenido, un conjunto de atributos “naturales” más o menos fijos. El dominio y la transformación del entorno natural del hombre a través de la aplicación de la ciencia y la tecnología no fue un concepto originalmente marxista, sino hegeliano. A diferencia de historicistas posteriores, cuyo relativismo histórico degeneró en un relativismo a secas, Hegel pensaba, sin embargo, que la historia culminaba en un momento absoluto, en el que triunfaba la forma definitiva, racional, de la sociedad y del Estado.

La desgracia de Hegel es que hoy principalmente se le conozca como precursor de Marx, y la nuestra estriba en que pocos estamos familiarizados en forma directa con la obra de Hegel, y, con esta ya filtrada a través de los lentes distorsionadores del marxismo. En Francia, sin embargo, se ha hecho un esfuerzo por rescatar a Hegel de sus intérpretes marxistas y resucitarlo como el filósofo que se dirige a nuestra época con mayor propiedad. Entre estos modernos intérpretes franceses de Hegel, ciertamente el principal fue Alexandre Kojève, brillante emigrado ruso que dirigió, en la Ecole Pratique des Hautes Etudes de París en la década de los 30, una serie de seminarios que tuvieron gran influencia. Si bien era prácticamente desconocido en los Estados Unidos, Kojève tuvo un importante impacto en la vida intelectual del continente. Entre sus estudiantes hubo futuras luminarias como Jean Paul Sartre, en la izquierda, y Raymond Aron, en la derecha; el existencialismo de posguerra tomó muchas de sus categorías básicas de Hegel, a través de, Kojève.

Kojève procuró resucitar el Hegel de la *Phenomenology of Mind*, el Hegel que proclamó en 1806 que la historia había llegado a su fin. Pues ya en aquel entonces Hegel vio en la derrota de la monarquía prusiana por Napoleón en la batalla de Jena, el triunfo de los ideales de la Revolución Francesa y la inminente universalización del Estado que incorporaba los principios de libertad e igualdad. Kojève, lejos de rechazar a Hegel a la luz de los turbulentos acontecimientos del siglo y medio siguiente, insistió en que en lo esencial había tenido razón. La batalla de Jena marcaba el fin de la historia porque fue en ese punto que la “vanguardia” de la humanidad (término muy familiar para los marxistas) llevó a la práctica los principios de la Revolución Francesa. Aunque quedaba mucho por hacer después de 1806 –abolir la esclavitud y el comercio de esclavos; extender el derecho a voto a los trabajadores, mujeres, negros y otras minorías raciales, etcétera–, los principios básicos del Estado liberal democrático ya no podrían mejorarse. Las dos guerras mundiales de este siglo y sus concomitantes revoluciones y levantamientos simplemente extendieron espacialmente estos principios, de modo que los diversos reductos de la civilización humana fueron elevados al nivel de sus puestos de avanzada, y aquellas sociedades en Europa y Norteamérica en la vanguardia de la civilización se vieron obligadas a aplicar su liberalismo de manera más cabal.

El Estado que emerge al final de la historia es liberal en la medida que reconoce y protege, a través de un sistema de leyes, el derecho universal del hombre a la libertad, y democrático en tanto existe sólo con el consentimiento de los gobernados. Para Kojève, este así llamado “Estado homogéneo universal” tuvo encarnación real en los países de la Europa Occidental de posguerra: precisamente en aquellos países blandos, prósperos, satisfechos de sí mismos, volcados hacia dentro y de voluntad débil, cuyo proyecto más grandioso no tuvo mayor heroicidad que la creación del Mercado Común. Pero esto era de esperar. Porque la historia humana y el conflicto que la caracterizaba se basaba en la existencia de “contradicciones”: la búsqueda de reconocimiento mutuo del hombre primitivo, la dialéctica del amo y el esclavo, la transformación y el dominio de la naturaleza, la lucha por el reconocimiento universal de los derechos y la dicotomía entre proletario y capitalista. Pero en el Estado homogéneo universal, todas las anteriores contradicciones se resuelven y todas las necesidades humanas se satisfacen. No hay lucha o conflicto en torno a grandes asuntos, y, en consecuencia, no se precisa de generales ni estadistas: lo que queda es principalmente actividad económica. Y, efectivamente, la vida de Kojève fue consecuente con sus enseñanzas. Estimando que ya no había trabajo para los filósofos, puesto que Hegel (correctamente entendido) había alcanzado el conocimiento absoluto, Kojève dejó la docencia después de la guerra y pasó el resto de su vida trabajando como burócrata en la Comunidad Económica Europea, hasta su muerte en 1968.

A sus contemporáneos de mediados de siglo, la proclamación de Kojève sobre el fin de la historia debió parecerles el típico solipsismo excéntrico de un intelectual francés, hecha, como lo fue, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y en el momento cúspide de la guerra fría. Para entender cómo Kojève pudo tener la audacia de afirmar que la historia había terminado, debemos comprender primero el significado del idealismo hegeliano.

II

Para Hegel las contradicciones que mueven la historia existen primero en la esfera de la conciencia humana, es decir, en el nivel de las ideas; no se trata aquí de las propuestas electorales triviales de los políticos americanos, sino de ideas en el sentido de amplias visiones unificadoras del mundo, que podrían entenderse mejor bajo la rúbrica de ideología. En este sentido, la ideología no se limita a las doctrinas políticas seculares y explícitas que asociamos habitualmente con el término, sino que también puede incluir a la religión, la cultura y el conjunto de valores morales subyacentes a cualquier sociedad.

La visión que Hegel tenía de la relación entre el mundo ideal y el mundo real o material era extremadamente compleja, comenzando por el hecho de que, para él, la distinción entre ambos era sólo aparente. No creía que el mundo real se ajustase o se le pudiera ajustar de manera sencilla a las preconcepciones ideológicas de los profesores de filosofía, o que el mundo “material” no tuviese injerencia en el mundo ideal. De hecho Hegel, el profesor, fue removido temporalmente del trabajo debido a un acontecimiento muy material, la batalla de Jena. Pero aunque los escritos y el pensamiento de Hegel podían ser interrumpidos por una bala del mundo material, lo que movía la mano en el gatillo del revólver, a su vez, eran las ideas de libertad e igualdad que había impulsado la Revolución Francesa.

Para Hegel toda conducta humana en el mundo material y, por tanto, toda historia humana, está enraizada en un estado previo de conciencia; idea similar, por cierto, a la expresada por John Maynard Keynes cuando decía que las opiniones de los hombres de negocio generalmente derivaban de economistas difuntos y escritoruelos académicos de generaciones pasadas. Esta conciencia puede no ser explícita y su existencia no reconocerse, como ocurre con las doctrinas políticas modernas, sino adoptar, más bien, la forma de la religión o de simples hábitos morales o culturales. Sin embargo, esta esfera de la conciencia a la larga necesariamente se hace manifiesta en el mundo material; en verdad, ella crea el mundo material a su propia imagen. La conciencia es causa y no efecto, y puede desarrollarse autónomamente del mundo material; por tanto, el verdadero subtexto que subyace a la maraña aparente de acontecimientos es la historia de la ideología.

El idealismo de Hegel no ha sido bien tratado por los pensadores posteriores. Marx invirtió por completo las prioridades de lo real y lo ideal, relegando toda la esfera de la conciencia –religión, arte, cultura y la filosofía misma– a una “superestructura” que estaba determinada enteramente por el modo de producción prevaleciente. Además, otra desafortunada herencia del marxismo es nuestra tendencia a atrincherarnos en explicaciones materialistas o utilitarias de los fenómenos políticos o históricos, así como nuestra inclinación a no creer en el poder autónomo de las ideas. Un ejemplo reciente de esto es el enorme éxito de *The Rise and Fall of Great Powers*, de Paul Kennedy, que atribuye la decadencia de las grandes potencias simplemente a una excesiva extensión económica. Obviamente que ello es verdad en cierta medida– un imperio cuya economía escasamente sobrepasa el nivel de subsistencia no puede mantener sus arcas fiscales indefinidamente en déficit. El que una sociedad industrial moderna, altamente productiva, decida gastar el 3 o el 7% de su PIB en defensa, en lugar de bienes de consumo, se debe exclusivamente a las prioridades políticas de esa sociedad, las que a su vez se determinan en la esfera de la conciencia.

El sesgo materialista del pensamiento moderno es característico no sólo de la gente de izquierda que puede simpatizar con el marxismo, sino también de muchos apasionados antimarxistas. En

efecto, en la derecha existe lo que se podría llamar la escuela Wall Street Journal de materialismo determinista, que descarta la importancia de la ideología y la cultura y ve al hombre esencialmente como un individuo racional y maximizador del lucro. Precisamente es esta clase de individuo y su prosecución de incentivos materiales el que se propone en los textos de economía como fundamento de la vida económica en sí. Un pequeño ejemplo ilustra el carácter problemático de tales puntos de vista materialistas.

Max Weber comienza su famoso libro *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, destacando las diferencias en el desempeño económico de las comunidades católicas y protestantes en toda Europa y América, que se resume en el proverbio de que los protestantes comen bien mientras los católicos duermen bien. Weber observa que de acuerdo a cualquier teoría económica que postule que el hombre es un maximizador racional de utilidades, al elevarse la tarifa por trabajo entregado se debería incrementar la productividad laboral. Sin embargo, en numerosas comunidades tradicionales de campesinos, en realidad, el alza de la tarifa por trabajo entregado producía el efecto contrario, es decir, “disminuía” la productividad del trabajador: con una tarifa más alta, un campesino acostumbrado a ganar dos marcos y medio al día concluía que podía obtener la misma cantidad trabajando menos, y así lo hacía porque valoraba más el ocio que su renta. La elección del ocio sobre el ingreso, o la vida militarista del hoplita espartano sobre la riqueza del comerciante ateniense, o aun la vida ascética del antiguo empresario capitalista, sobre aquella holgada del aristócrata tradicional, no puede realmente explicarse por el trabajo impersonal de las fuerzas materiales, sino que procede eminentemente de la esfera de la conciencia, de lo que en términos amplios hemos etiquetado aquí de ideología. Y, en efecto, un tema central de la obra de Weber era probar que, contrariamente a lo que Marx había sostenido, el modo de producción material, lejos de constituir la “base”, era en sí una “superestructura” enraizada en la religión y la cultura, y que para entender el surgimiento del capitalismo moderno y el incentivo de la utilidad debía uno estudiar sus antecedentes en el ámbito del espíritu.

Cuando se observa el mundo contemporáneo, la pobreza de las teorías materialistas del desarrollo económico se hace del todo evidente. La escuela Wall Street Journal de materialismo determinista suele llamar la atención sobre el sorprendente éxito económico de Asia en las últimas décadas como prueba de la viabilidad de las economías de libre mercado, implicando con ello que todas las sociedades experimentarían un desarrollo similar si sólo dejaran que su población persiguiera libremente sus intereses materiales. Por cierto, los mercados libres y los sistemas políticos estables son una precondition necesaria para el crecimiento económico capitalista. Pero también es cierto que la herencia cultural de esas sociedades del Lejano Oriente, la ética del trabajo, el ahorro y la familia; una herencia religiosa que no restringe, como lo hace el Islam, ciertas formas de conducta económica y otras cualidades morales profundamente arraigadas, son igualmente importantes en la explicación de su desempeño económico. Y, sin embargo, el peso intelectual del materialismo es tal que ni una sola teoría contemporánea respetable del desarrollo económico aborda seriamente la conciencia y la cultura como la matriz dentro de la cual se forma la conducta económica.

La incapacidad de entender que las raíces del comportamiento económico se encuentran en el ámbito de la conciencia y la cultura, conduce al error común de atribuir causas materiales a fenómenos que son, esencialmente, de naturaleza ideal. Por ejemplo, los movimientos reformistas, primero en China y más recientemente en la Unión Soviética, se suelen interpretar en Occidente como el triunfo de lo material sobre lo ideal, esto es, se reconoce que los incentivos ideológicos no podían

reemplazar a los materiales como estímulo para una economía moderna altamente productiva, y que si se deseaba prosperar había que apelar a formas menos nobles de interés personal. Pero los principales defectos de las economías socialistas eran evidentes hace treinta o cuarenta años para quienquiera que las observase. ¿Por qué razón estos países vinieron a distanciarse de la planificación central sólo en los años 80? La respuesta debe buscarse en la conciencia de las élites y de los líderes que los gobernaban, que decidieron optar por la forma de vida “protestante” de riqueza y riesgo, en vez de seguir el camino “católico” de pobreza y seguridad. Ese cambio, de ningún modo era inevitable, atendidas las condiciones materiales que presentaba cada uno de esos países en la víspera de la reforma, sino más bien se produjo como resultado de la victoria de una idea sobre otra.

Para Kojève, como para todos los buenos hegelianos, entender los procesos subyacentes de la historia supone comprender los desarrollos en la esfera de la conciencia o las ideas, ya que la conciencia marcará finalmente el mundo material a su propia imagen. Expresar que la historia terminaba en 1806 quería decir que la evolución ideológica de la humanidad concluía en los ideales de las revoluciones francesa o norteamericana. Aunque determinados regímenes del mundo real no aplicaran cabalmente estos ideales, su verdad teórica es absoluta y no puede ya mejorarse. De ahí que a Kojève no le importaba que la conciencia de la generación europea de posguerra no se hubiese universalizado; si el desarrollo ideológico en efecto había llegado a su término, el Estado homogéneo finalmente triunfaría en todo el mundo material.

No tengo el espacio ni, francamente, los medios para defender en profundidad la perspectiva idealista radical de Hegel. Lo que interesa no es si el sistema hegeliano era correcto, sino si su perspectiva podría develar la naturaleza problemática de muchas explicaciones materialistas que a menudo damos por sentadas. Esto no significa negar el papel de los factores materialistas como tales. Para un idealista literal, la sociedad humana puede construirse en torno a cualquier conjunto de principios, sin importar su relación con el mundo material. Y, de hecho, los hombres han demostrado ser capaces de soportar las más extremas penurias materiales en nombre de ideales que existen sólo en el reino del espíritu, ya se trate de la divinidad de las vacas o de la naturaleza de la Santísima Trinidad.

Pero aunque la percepción misma del hombre respecto del mundo material está moldeada por la conciencia histórica que tenga de éste, el mundo material a su vez puede afectar claramente la viabilidad de un determinado estado de conciencia. En especial, la espectacular profusión de economías liberales avanzadas y la infinitamente variada cultura de consumo que ellas han hecho posible, parecen simultáneamente fomentar y preservar el liberalismo en la esfera política. Quiero eludir el determinismo materialista que dice que la economía liberal inevitablemente produce políticas liberales, porque creo que tanto la economía como la política presuponen un previo estado autónomo de conciencia que las hace posibles. Pero ese estado de conciencia que permite el desarrollo del liberalismo parece estabilizarse de la manera en que se esperaría al final de la historia si se asegura la abundancia de una moderna economía de libre mercado. Podríamos resumir el contenido del Estado homogéneo universal como democracia liberal en la esfera política unida a un acceso fácil a las grabadoras de video y los equipos estéreos en la económica.

III

¿Hemos realmente llegado al término de la historia? En otras palabras, ¿hay “contradicciones” fundamentales en la vida humana que no pudiendo resolverse en el contexto del liberalismo moderno encontrarían solución en una estructura político-económica alternativa? Si aceptamos las premisas idealistas expresadas más arriba, debemos buscar una respuesta a esta pregunta en la esfera de la ideología y la conciencia. Nuestra tarea no consiste en responder exhaustivamente las objeciones al liberalismo que promueve cada insensato que circula por el mundo, sino sólo las que están encarnadas en fuerzas y movimientos políticos o sociales importantes y que son, por tanto, parte de la historia del mundo. Para nuestros propósitos importa muy poco cuán extrañas puedan ser las ideas que se les ocurran a los habitantes de Albania o Burkina Faso, pues estamos interesados en lo que podríamos llamar en cierto sentido la común herencia ideológica de la humanidad.

En lo que ha transcurrido del siglo, el liberalismo ha tenido dos desafíos: el fascismo y el comunismo. El primero, percibió la debilidad política, el materialismo, la anomia y la falta de sentido de comunidad de Occidente como contradicciones fundamentales de las sociedades liberales, que sólo podrían resolverse con un Estado fuerte que forjara un nuevo “pueblo” sobre la base del exclusivismo nacional. El fascismo fue destruido como ideología viviente por la Segunda Guerra Mundial. Esta, por cierto, fue una derrota en un nivel muy material, pero significó también la derrota de la idea. Lo que destruyó el fascismo como idea no fue la repulsa moral universal hacia él, pues muchas personas estaban dispuestas a respaldar la idea en tanto parecía ser la ola del futuro, sino su falta de éxito. Después de la guerra, a la mayoría de la gente le parecía que el fascismo germano, así como sus otras variantes europeas y asiáticas, estaban condenados a la autodestrucción. No había razón material para que no hubiesen vuelto a brotar, en otros lugares, nuevos movimientos fascistas después de la guerra, salvo por el hecho de que el ultranacionalismo expansionista, con su promesa de un conflicto permanente que conduciría a la desastrosa derrota militar, había perdido por completo su atractivo. Las ruinas de la cancillería del Reich, al igual que las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, mataron esta ideología tanto a nivel de la conciencia como materialmente, y todos los movimientos pro fascistas generados por los ejemplos alemanes y japonés, como el movimiento peronista en Argentina o el ejército Nacional Indio de Subhas Chandra Bose, decayeron después de la guerra.

El desafío ideológico montado por la otra gran alternativa al liberalismo, el comunismo, fue mucho más serio. Marx, hablando el lenguaje de Hegel, afirmó que la sociedad liberal contenía una contradicción fundamental que no podía resolverse dentro de su contexto, la que había entre el capital y el trabajo; y esta contradicción ha constituido desde entonces la principal acusación contra el liberalismo. Pero, sin duda, el problema de clase ha sido en realidad resuelto con éxito en Occidente. Como Kojève (entre otros) señalara, el igualitarismo de la Norteamérica moderna representa el logro esencial de la sociedad sin clases vislumbrada por Marx. Esto no quiere decir que no haya ricos y pobres en los Estados Unidos, o que la brecha entre ellos no haya aumentado en los últimos años. Pero las causas básicas de la desigualdad económica no conciernen tanto a la estructura legal y social subyacente a nuestra sociedad –la cual continúa siendo fundamentalmente igualitaria y moderadamente redistributiva–, como a las características culturales y sociales de los grupos que la conforman, que son, a su vez, el legado histórico de las condiciones premodernas. Así, la pobreza de los negros en Estados Unidos no es un producto inherente del liberalismo, sino más bien la “heren-

cia de la esclavitud y el racismo” que perduró por mucho tiempo después de la abolición formal de la esclavitud.

Como consecuencia del descenso del problema de clase, puede decirse con seguridad que el comunismo resulta menos atractivo hoy en el mundo occidental desarrollado que en cualquier otro momento desde que finalizara la Primera Guerra Mundial. Esto puede apreciarse de variadas maneras, en la sostenida disminución de la militancia y votación electoral de los partidos comunistas más importantes de Europa, así como en sus programas manifiestamente revisionistas; en el correspondiente éxito electoral de los partidos conservadores desde Gran Bretaña y Alemania hasta los de Estados Unidos y el Japón, que son abiertamente antiestatistas y pro mercado; y en un clima intelectual donde los más ‘avanzados’ ya no creen que la sociedad burguesa deba finalmente superarse. Lo cual no significa que las opiniones de los intelectuales progresistas en los países occidentales no sean en extremo patológicas en muchos aspectos. Pero quienes creen que el futuro será inevitablemente socialista suelen ser muy ancianos o bien están al margen del discurso político real de sus sociedades.

Podríamos argumentar que la alternativa socialista nunca fue demasiado plausible en el mundo del Atlántico Norte, y que su base de sustentación en las últimas décadas fue principalmente su éxito fuera de esta región. Pero son las grandes transformaciones ideológicas en el mundo no europeo, precisamente, las que le causan a uno mayor sorpresa. Por cierto, los cambios más extraordinarios han ocurrido en Asia. Debido a la fortaleza y adaptabilidad de las culturas nativas de allí, Asia pasó a ser desde comienzos de siglo campo de batalla de una serie de ideologías importadas de Occidente. En Asia, el liberalismo era muy débil en el período posterior a la Primera Guerra Mundial; es fácil hoy olvidar cuán sombrío se veía el futuro político asiático hace sólo diez o quince años. También se olvida con facilidad cuán trascendentales parecían ser los resultados de las luchas ideológicas asiáticas para el desarrollo político del mundo entero.

La primera alternativa asiática al liberalismo que fuera derrotada definitivamente fue la fascista, representada por el Japón Imperial. El fascismo japonés (como su versión alemana) fue derrotado por la fuerza de las armas americanas en la Guerra del Pacífico, y la democracia liberal la impusieron en Japón unos Estados Unidos victoriosos. El capitalismo occidental y el liberalismo político, una vez trasplantados a Japón, fueron objeto de tales adaptaciones y transformaciones por parte de los japoneses que apenas son reconocibles. Muchos norteamericanos se han dado cuenta ahora de que la organización industrial japonesa es muy diferente de la que prevalece en Estados Unidos o Europa, y la relación que pueda existir entre las maniobras faccionales al interior del gobernante Partido Democrático Liberal y la democracia es cuestionable. Pese a ello, el hecho mismo de que los elementos esenciales del liberalismo político y económico se hayan insertado con tanto éxito en las peculiares tradiciones japonesas es garantía de su sobrevivencia en el largo plazo. Más importante es la contribución que ha hecho Japón, a su vez, a la historia mundial, al seguir, los pasos de los Estados Unidos para crear una verdadera cultura de consumo universal, que ha llegado a ser tanto un símbolo como la base de soporte del Estado homogéneo universal. V.S. Naipaul, viajando por el Irán de Khomeini poco después de la revolución, tomó nota de las señales omnipresentes de la publicidad de los productos Sony, Hitachi y JVC, cuyo atractivo continuaba siendo virtualmente irresistible y era un mentís a las pretensiones del régimen de restaurar un Estado basado en las reglas del Shariab. El deseo de acceder a la cultura de consumo, engendrada en gran medida por Japón, ha desempeñado un papel crucial en la propagación del liberalismo económico a través de Asia, y por tanto, del liberalismo político también.

El éxito económico de los otros países asiáticos en reciente proceso de industrialización (NICs) que han imitado el ejemplo de Japón, es hoy historia conocida. Lo importante desde un punto de vista hegeliano es que el liberalismo político ha venido siguiendo al liberalismo económico, de manera más lenta de que lo que muchos esperaban, pero con aparente inevitabilidad. Aquí observamos, una vez más, el triunfo del Estado homogéneo universal. Corea del Sur se ha transformado en una sociedad moderna y urbana, con una clase media cada vez más extensa y mejor educada que difícilmente podría mantenerse aislada de las grandes tendencias democráticas de su alrededor. En estas circunstancias, a una parte importante de la población le pareció intolerable el gobierno de un régimen militar anacrónico, mientras Japón, que en términos económicos apenas le llevaba una década de ventaja, tenía instituciones parlamentarias desde hace más de cuarenta años. Incluso el anterior régimen socialista de Birmania, que por tantas décadas permaneció en funesto aislamiento de las grandes tendencias dominantes en Asia, fue sacudido el año pasado por presiones tendientes a la liberación del sistema económico y político. Se dice que el descontento con el hombre fuerte, Ne Win, comenzó cuando un alto funcionario birmano tuvo que viajar a Singapur para recibir tratamiento médico, y, al ver cuán atrasada estaba la Birmania socialista respecto de sus vecinos de la ANSEA (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), estalló en llanto.

Pero la fuerza de la idea liberal parecería mucho menos impresionante si no hubiese contagiado a la más extensa y antigua cultura en Asia, China. La mera existencia de China comunista creaba un polo alternativo de atracción ideológica, y como tal constituía una amenaza al liberalismo. Sin embargo, en los últimos quince años se ha desacreditado casi por completo el marxismo-leninismo como sistema económico. Comenzando por el famoso tercer plenario del Décimo Comité Central, en 1978, el partido comunista chino emprendió la descolectivización agrícola que afectaría a los ochocientos millones de chinos que aún vivían en el campo. El rol del Estado en el agro se redujo al de un recaudador de impuestos, mientras la producción de bienes de consumo se incrementaba drásticamente con el objeto de dar a probar a los campesinos el sabor del Estado homogéneo universal y, con ello, un incentivo para trabajar. La reforma duplicó la producción china de cereales en sólo cinco años, y en el proceso le creó a Deng Xiao-Ping una sólida base política desde la cual estuvo en condiciones de extender la reforma a otros sectores de la economía. Las estadísticas económicas apenas dan cuenta del dinamismo, la iniciativa y la apertura evidentes en China desde que se inició la reforma.

De ningún modo podría decirse que China es ahora una democracia liberal. En la actualidad, no más de un 20 por ciento de su economía es de mercado, y más importante todavía, continúa siendo gobernada por un partido comunista autodesignado, que no ha dado señal de querer traspasar el poder. Deng no ha hecho las promesas de Gorbachov respecto a la democratización del sistema político, y no existe equivalente chino de la glasnost. El liderazgo chino de hecho ha sido mucho más cuidadoso al idear a Mao y el maoísmo que Gorbachov respecto de Brezhnev y Stalin, el régimen sigue considerando, de palabra, al marxismo-leninismo como base ideológica. Pero cualquiera que esté familiarizado con la mentalidad y la conducta de la nueva élite tecnocrática que hoy gobierna en China, sabe que el marxismo y los principios ideológicos son prácticamente irrelevantes como elementos de orientación política, y que el consumismo burgués tiene por primera vez desde la revolución significado real en ese país. Los diversos frenos en el andar de la reforma, las campañas en contra de la "contaminación espiritual" y las medidas represivas contra la disidencia política se ven más propiamente como ajustes tácticos en el proceso de conducir lo que constituye una transición política sumamente difícil. Al eludir la cuestión de la reforma política, mientras coloca a

la economía en nuevo pie, Deng ha logrado evitar el quiebre de autoridad que ha acompañado a la perestroika de Gorbachov. Sin embargo, el peso de la idea liberal continúa siendo muy fuerte a medida que el poder económico se traspasa y la economía se abre más al mundo exterior. En la actualidad hay más de veinte mil estudiantes chinos en los Estados Unidos y otros países occidentales, casi todos ellos hijos de miembros de la élite china. Resulta difícil imaginar que cuando vuelvan a casa para gobernar se contenten con que China sea el único país en Asia que no se vea afectado por la gran tendencia democratizadora. En Pekín, las manifestaciones estudiantiles que estallaron primero en diciembre de 1986, y que hace poco volvieron a ocurrir con motivo de la impactante muerte de Hu Yao, fueron sólo el comienzo de lo que inevitablemente constituirá una mayor presión para un cambio también dentro del sistema político.

Lo importante respecto de China, desde el punto de vista de la historia mundial, no es el estado actual de la reforma ni aun sus perspectivas futuras. La cuestión central es el hecho que la República Popular China ya no puede servir de faro de las diversas fuerzas antiliberales del mundo, ya se trate de guerrilleros en alguna selva asiática o de estudiantes de clase media en París. El maoísmo, más que constituir el modelo para el Asia del futuro, se ha convertido en un anacronismo, y, en efecto, fueron los chinos continentales quienes se vieron afectados de manera decisiva por la influencia de la prosperidad y dinamismo de sus hermanos de raza de ultramar: la irónica victoria final de Taiwán.

Por importantes que hayan sido estos cambios en China, sin embargo, son los avances en la Unión Soviética –la patria “del proletariado mundial”– los que han puesto el último clavo en el sarcófago de la alternativa marxista-leninista a la democracia liberal. Es preciso que se entienda con claridad que, en términos de instituciones formales, no ha habido grandes cambios en los cuatro años transcurridos desde que Gorbachov llegara al poder: los mercados libres y las cooperativas representan sólo una pequeña parte de la economía soviética, la cual permanece centralmente planificada; el sistema político sigue estando dominado por el partido comunista, que sólo ha comenzado a democratizarse internamente y a compartir el poder con otros grupos; el régimen continúa afirmando que sólo busca modernizar el socialismo y que su base ideológica no es otra que el marxismo-leninismo; y, por último, Gorbachov encara una oposición conservadora potencialmente poderosa que puede revertir muchos de los cambios que han tenido lugar hasta ahora. Más aún, difícilmente pueden albergarse demasiadas esperanzas en las posibilidades de éxito de las reformas propuestas por Gorbachov, ya sea en la esfera de la economía o en la política. Pero no me propongo aquí analizar los acontecimientos en el corto plazo ni hacer predicciones cuyo objeto sea la formulación de políticas, sino examinar las tendencias subyacentes en la esfera de la ideología y de la conciencia. Y en ese respecto, claro está que ha habido una transformación sorprendente.

Los emigrados de la Unión Soviética han estado denunciando, por lo menos ahora hasta la última generación, que prácticamente nadie en ese país creía ya de verdad en el marxismo-leninismo, y que en ninguna otra parte sería esto más cierto que en la élite soviética, que continuaba recitando cínicamente slogans marxistas. Sin embargo, la corrupción y la decadencia del Estado soviético de los últimos años de Brezhnev parecían importar poco, ya que en tanto el Estado mismo se rehusase a cuestionar cualesquiera principios fundamentales subyacentes a la sociedad soviética, el sistema podía funcionar adecuadamente por simple inercia, e incluso exhibir cierto dinamismo en el campo de las políticas exterior y de defensa. El marxismo-leninismo era como un encantamiento mágico que, aunque absurdo y desprovisto de significado, constituía la única base común sobre la cual la élite podía gobernar la sociedad.

Lo que ha sucedido en los cuatro años desde que Gorbachov asumiera el poder es una embestida revolucionaria contra las instituciones y los principios más fundamentales del stalinismo, y su reemplazo por otros principios que no llegan a ser equivalentes al liberalismo per se, pero cuyo único hilo de conexión es el liberalismo. Esto se hace más evidente en la esfera económica, donde los economistas reformistas que rodean a Gorbachov se han vuelto cada vez más radicales en su respaldo a los mercados libres, al punto de que a algunos, como Nikolai Shmelev, no les importa que se les compare en público con Milton Friedman. Hoy existe un virtual consenso dentro de la escuela de economistas soviéticos actualmente dominante, en cuanto a que la planificación central y el sistema dirigido de asignaciones son la causa originaria de la ineficiencia económica, y que el soviético podrá sanar algún día sólo si permite que se adopten decisiones libres y descentralizadas respecto de la inversión, el trabajo y los precios. Luego de un par de años iniciales de confusión ideológica, estos principios se han incorporado finalmente a las políticas, con la promulgación de nuevas leyes sobre autonomía empresarial, cooperativas, y por último, en 1988, sobre modalidades de arrendamientos y predios agrícolas de explotación familiar. Hay, por cierto, numerosos errores fatales en la actual aplicación de la reforma, especialmente en lo que respecta a la ausencia de una modificación integral del sistema de precios. Pero el problema ya no es de orden “conceptual”: Gorbachov y sus lugartenientes parecen comprender suficientemente bien la lógica económica del mercado, pero al igual que los dirigentes de un país del Tercer Mundo que enfrenta al FMI, temen a las consecuencias sociales derivadas del término de los subsidios a los productos de consumo y otras formas de dependencia del sector público.

En la esfera política, los cambios propuestos a la Constitución soviética, al sistema legal y los reglamentos del partido no significan ni mucho menos el establecimiento de un Estado liberal. Gorbachov ha hablado de democratización principalmente en la esfera de los asuntos internos del partido, y ha dado pocas señales de querer poner fin al monopolio del poder que detenta el partido comunista; de hecho, la reforma política busca legitimar y, por tanto, fortalecer el mando del PCUS. No obstante, los principios generales que subyacen en muchas de las reformas –que el “pueblo” ha de ser verdaderamente responsable de sus propios asuntos; que los poderes políticos superiores deben responder a los inferiores y no a la inversa; que el imperio de la ley debe prevalecer sobre las acciones policíacas arbitrarias, con separación de poderes y un poder judicial independiente; que deben protegerse legalmente los derechos de propiedad, el debate abierto de los asuntos públicos y la disidencia pública; que los soviets se deben habilitar como un foro en el que todo el pueblo pueda participar, y que ha de existir una cultura política más tolerante y pluralista– provienen de una fuente completamente ajena a la tradición marxista-leninista de la URSS, aunque la formulación de ellos sea incompleta y su implementación muy pobre.

Las reiteradas afirmaciones de Gorbachov en el sentido de que sólo está procurando recuperar el significado original del leninismo son en sí una suerte de doble lenguaje orwelliano. Gorbachov y sus aliados permanentemente han sostenido que la democracia al interior del partido era de algún modo la esencia del leninismo, y que las diversas prácticas liberales de debate abierto, elecciones con voto secreto, e imperio de la ley, formaban todos parte del legado leninista, y sólo se corrompieron más tarde con Stalin. Aunque prácticamente cualquiera puede parecer bueno si se le compara con Stalin, trazar una línea tan drástica entre Lenin y su sucesor es cuestionable. La esencia del centralismo democrático de Lenin era el centralismo, no la democracia; esto es, la dictadura absolutamente rígida, monolítica y disciplinada de un partido comunista de vanguardia jerárquicamente organizado, que

habla en nombre del demos. Todos los virulentos ataques de Lenin contra Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo y varios otros mencheviques y rivales social demócratas, para no mencionar su desprecio por la “legalidad burguesa” y sus libertades, se centraban en su profunda convicción de que una revolución dirigida por una organización gobernada democráticamente no podía tener éxito.

La afirmación de Gorbachov de que busca retomar al verdadero Lenin es fácilmente comprensible: habiendo promovido una denuncia exhaustiva del stalinismo y el brezhnevismo, sindicados como causa originaria del actual predicamento en que se encuentra la URSS, necesita de un punto de apoyo en la historia soviética en el cual afincar la legitimidad de la continuación del mando del PCUS. Pero los requerimientos tácticos de Gorbachov no deben obnubilarlos el hecho de que los principios democráticos y descentralizadores que ha enunciado, tanto en la esfera política como en la económica, son altamente subversivos de algunos de los preceptos más fundamentales del marxismo y del leninismo. En realidad, si el grueso de las proposiciones de reforma económica se llevaran a efecto, es difícil pensar que la economía soviética podría ser más socialista que la de otros países occidentales con enormes sectores públicos.

La Unión Soviética de ningún modo podría ahora catalogarse de país democrático o liberal, y tampoco creo que la perestroika tenga muchas posibilidades de triunfar en forma tal que dicha etiqueta pueda ser concebible en un futuro cercano. Pero al término de la historia no es necesario que todos los países se transformen en sociedades liberales exitosas, sólo basta que abandonen sus pretensiones ideológicas de representar formas diferentes de sociedad humana. Y en este respecto creo que algo muy importante ha sucedido en la Unión Soviética en los últimos años: las críticas al sistema soviético sancionadas por Gorbachov han sido tan vastas que las posibilidades de retroceder con facilidad al stalinismo o al brezhnevismo son muy escasas. Gorbachov finalmente ha permitido que la gente diga lo que privadamente había comprendido desde hacía muchos años, es decir, que los mágicos encantamientos del marxismo-leninismo eran un absurdo, que el socialismo soviético no era superior en ningún aspecto al sistema occidental, sino que fue, en realidad, un fracaso monumental. La oposición conservadora en la URSS, conformada tanto por sencillos trabajadores que temen al desempleo y la inflación, como por funcionarios del partido temerosos de perder sus trabajos y privilegios, se expresa con claridad, es franco y puede ser lo suficientemente fuerte como para forzar la salida de Gorbachov en los próximos años. Pero lo que ambos grupos desean es tradición, orden y autoridad; y no manifiestan un compromiso muy profundo con el marxismo-leninismo, salvo por el hecho de haber dedicado gran parte de su propia vida a él. Para que en la Unión Soviética se pueda restaurar la autoridad, después de la demoledora obra de Gorbachov, se precisará de una nueva y vigorosa base ideológica, que aún no se vislumbra en el horizonte.

Si aceptamos por el momento que ya no existen los desafíos al liberalismo presentados por el fascismo y el comunismo, ¿quiere decir que ya no quedan otros competidores ideológicos? O, dicho de manera diferente, ¿existen otras contradicciones en las sociedades liberales, más allá de la de clases, que no se puedan resolver? Se plantean dos posibilidades: la de religión y la del nacionalismo.

El surgimiento en los últimos años del fundamentalismo religioso en las tradiciones Cristiana, Judía y Musulmana ha sido extensamente descrito. Se tiende a pensar que el renacimiento de la religión confirma, en cierto modo, una gran insatisfacción con la impersonalidad y vacuidad espiritual de las sociedades consumistas liberales. Sin embargo, aun cuando el vacío que hay en el fondo del liberalismo es, con toda seguridad, un defecto de la ideología –para cuyo reconocimiento, en verdad, no se necesita de la perspectiva de la religión–, no está del todo claro que esto pueda reme-

diarse a través de la política. El propio liberalismo moderno fue históricamente consecuencia de la debilidad de sociedades de base religiosa, las que no pudiendo llegar a un acuerdo sobre la naturaleza de la buena vida, fueron incapaces de proveer siquiera las mínimas precondiciones de paz y estabilidad. En el mundo contemporáneo, sólo el Islam ha presentado un Estado teocrático como alternativa política tanto al liberalismo como al comunismo. Pero la doctrina tiene poco atractivo para quienes no son musulmanes, y resulta difícil imaginar que el movimiento adquiera alguna significación universal. Otros impulsos religiosos menos organizados se han satisfecho exitosamente dentro de la esfera de la vida personal que se permite en las sociedades liberales.

La otra “contradicción” mayor potencialmente insoluble en el liberalismo es la que plantean el nacionalismo y otras formas de conciencia racial y étnica. En realidad, es verdad que el nacionalismo ha sido la causa de un gran número de conflictos desde la batalla de Jena. En este siglo, dos guerras catastróficas fueron generadas, de un modo u otro, por el nacionalismo del mundo desarrollado, y si esas pasiones han enmudecido hasta cierto punto en la Europa de la posguerra, ellas son aún extremadamente poderosas en el Tercer Mundo. El nacionalismo ha sido históricamente una amenaza para el liberalismo en Alemania, y lo continúa siendo en algunos lugares aislados de la Europa “poshistórica”, como Irlanda del Norte.

Pero no está claro que el nacionalismo represente una contradicción irreconciliable en el corazón del liberalismo. En primer lugar, el nacionalismo no es sólo un fenómeno sino varios que van desde la tibia nostalgia cultural a la altamente organizada y elaboradamente articulada doctrina Nacional Socialista. Solamente los nacionalismos sistemáticos de esta última clase pueden calificarse de ideología formal en el mismo nivel del liberalismo y el comunismo. La gran mayoría de los movimientos nacionalistas del mundo no tienen una proposición política más allá del anhelo negativo de independizarse “de” algún otro grupo o pueblo, y no ofrecen nada que se asemeje a un programa detallado de organización socioeconómica. Como tales, son compatibles con doctrinas e ideologías que sí ofrecen dichos programas. Y si bien ellos pueden constituir una fuente de conflicto para las sociedades liberales, este conflicto no surge tanto del liberalismo mismo como del hecho de que el liberalismo en cuestión es incompleto. Por cierto, gran número de tensiones étnicas nacionalistas pueden aplicarse en términos de pueblos que se ven forzados a vivir en sistemas políticos no representativos, que ellos no han escogido.

Puesto que es imposible descartar la aparición súbita de nuevas ideologías o contradicciones antes no reconocidas en las sociedades liberales, el mundo de hoy parece entonces confirmar que el avance de los principios fundamentales de la organización político-social no ha sido muy extraordinario desde 1806. Muchas de las guerras y revoluciones que han tenido lugar desde esa fecha, se emprendieron en nombre de ideologías que afirmaban ser más avanzadas que el liberalismo, pero cuyas pretensiones fueron en definitiva desenmascaradas por la historia. Y, al tiempo, han contribuido a propagar el Estado homogéneo universal al punto de que éste podrá tener un efecto significativo en el carácter global de las relaciones internacionales.

IV

¿Cuáles son las implicancias del fin de la historia para las relaciones internacionales? Claramente, la enorme mayoría del Tercer Mundo permanece atrapada en la historia, y será área de conflicto por muchos años más. Pero concentrémonos, por el momento, en los Estados más grandes y desarrollados del mundo, quienes son, después de todo, los responsables de la mayor parte de la política mundial. No es probable, en un futuro predecible, que Rusia y China se unan a las naciones desarrolladas de Occidente en calidad de sociedades liberales, pero supongamos por un instante que el marxismo-leninismo cesa de ser un factor que impulse las políticas exteriores de estos Estados, una perspectiva que si aún no está presente, en los últimos años se ha convertido en real posibilidad. En una coyuntura hipotética como ésa: ¿cuán diferentes serían las características de un mundo desideologizado de las del mundo con el cual estamos familiarizados?

La respuesta más común es la siguiente: no muy distintas. Porque muchos son los observadores de las relaciones internacionales que creen que bajo la piel de la ideología hay un núcleo duro de interés nacional de gran potencia que garantiza un nivel relativamente alto de competencia y de conflicto entre las naciones. En efecto, según una escuela de teoría de las relaciones internacionales, que goza de popularidad académica, el conflicto es inherente al sistema internacional como tal, y para comprender la factibilidad del conflicto debe examinarse la forma del sistema –por ejemplo, si es bipolar o multipolar– más que el carácter específico de las naciones y regímenes que lo constituyen. Esta escuela, en efecto, aplica una visión hobbesiana de la política a las relaciones internacionales y presupone que la agresión y la inseguridad son características universales de las sociedades humanas, más que el producto de circunstancias históricas específicas.

Quienes comparten esa línea de pensamiento consideran las relaciones existentes entre los países de la Europa del siglo XIX, en el sistema clásico de equilibrio de poderes, como modelo de lo que sería un mundo contemporáneo desideologizado. Charles Krauthammer, por ejemplo, explicaba poco tiempo atrás que si la URSS se viera despojada de la ideología marxista-leninista como resultado de las reformas de Gorbachov, su conducta volvería a ser la misma de la Rusia Imperial decimonónica. Aunque estima que esto es más alentador que la amenaza de una Rusia comunista, deja entrever que todavía habrá un substancial grado de competencia y de conflicto en el sistema internacional, tal como lo hubo, digamos, entre Rusia y Gran Bretaña o la Alemania guillermiana en el siglo pasado. Este es, por cierto, un punto de vista conveniente para aquellos que desean admitir que algo importante está cambiando en la Unión Soviética, pero que no quieren aceptar la responsabilidad de recomendar la reorientación radical de las políticas implícita en esa visión. Pero, ¿es esto cierto?

En realidad, la noción de que la ideología es una superestructura impuesta sobre un substrato constituido por los intereses permanentes de una gran potencia, es una proposición sumamente discutible. Porque la manera en que un Estado define su interés nacional no es universal, sino que se apoya en cierto tipo de base ideológica, así como vimos que la conducta económica está determinada por un estado previo de conciencia. En este siglo, los Estados han adoptado doctrinas claras y coherentes, con programas explícitos de política exterior que legitiman el expansionismo, a semejanza del marxismo-leninismo o el nacional socialismo. La conducta expansionista y competitiva de los Estados europeos en el siglo diecinueve descansaba sobre una base no menos idealista; únicamente que la ideología que la impulsaba era menos explícita que las doctrinas del siglo veinte. No sin razón la mayoría de las sociedades “liberales” europeas no eran liberales en cuanto creían en la

legitimidad del imperialismo, esto es, en el derecho de una nación a dominar a otras naciones sin tomar en cuenta los deseos de los dominados. Las justificaciones del imperialismo variaban de nación en nación, e iban desde la cruda creencia en la legitimidad de la fuerza, especialmente cuando se la aplicaba a los no europeos, a la Responsabilidad del Hombre Blanco y la Misión Evangelizadora de Europa, hasta el anhelo de dar a la gente de color acceso a la cultura de Rabelais y Molière. Pero, cualesquiera fuesen las bases ideológicas específicas, todo país “desarrollado” creía que las civilizaciones superiores debían dominar a las inferiores, incluido, incidentalmente, el caso de los Estados Unidos respecto a Filipinas. En la última parte del siglo, esto produjo las ansias de una expansión territorial pura, la que desempeñara un papel nada pequeño en la generación de la Gran Guerra.

El fruto del imperialismo radical y desfigurado del siglo diecinueve fue el fascismo alemán, una ideología que justificaba el derecho de Alemania no sólo a dominar a los pueblos no europeos, sino también a “todos” aquellos que no eran alemanes. Pero, retrospectivamente, Hitler al parecer representó un insano desvío en el curso general del desarrollo europeo, y, desde su candente derrota, la legitimidad de cualquier clase de expansión territorial ha quedado desacreditada por completo. Luego de la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo europeo se ha visto despojado de sus garras y de toda relevancia real en la política exterior, con el resultado de que el modelo decimonónico de conducta de las grandes potencias ha pasado a ser un severo anacronismo. La forma más extrema de nacionalismo que un país europeo ha podido exhibir desde 1945 fue el gaullismo, cuya asertividad ha sido ampliamente confinada a la esfera de la política y cultura perniciosas. La vida internacional en aquella parte del mundo donde se ha llegado al fin de la historia, se centra mucho más en la economía que en la política o la estrategia.

Los Estados occidentales desarrollados mantienen, por cierto, instituciones de defensa, y en el período de posguerra se han disputado arduamente su influencia para hacer frente al peligro comunista mundial. Esta conducta ha sido alentada, sin embargo, por la amenaza externa proveniente de Estados que poseen ideologías abiertamente expansionistas, y no se daría si no fuera por ello. Para que la teoría “neorrealista” pueda considerarse seriamente, tendríamos que creer que entre los países miembros de la OECD se restablecería la “natural” conducta competitiva si Rusia y China llegasen a desaparecer de la faz de la Tierra. Esto es, Alemania Occidental y Francia se armarían una contra la otra como lo hicieron en los años 30; Australia y Nueva Zelanda enviarían asesores militares con el objeto de bloquearse uno al otro sus respectivos avances en Africa, y se fortificaría la frontera entre EE.UU. y Canadá. Dicha perspectiva, por supuesto, es irrisoria: sin la ideología marxista-leninista tenemos muchas más posibilidades de ver la Common Marketization de la política mundial que la desintegración de la CEE por una competitividad propia del siglo diecinueve. Efectivamente, como lo demuestra nuestra experiencia cuando hemos tenido que abordar con los europeos materias tales como el terrorismo o Libia, ellos han ido mucho más lejos que nosotros en el camino de negar la legitimidad del uso de la fuerza en la política internacional, incluso en defensa propia.

La suposición automática de que una Rusia despojada de su ideología comunista expansionista retomaría el camino en el que los zares la dejaron justo antes de la Revolución Bolchevique, resulta, por tanto, muy curiosa. Da por supuesto que la evolución de la conciencia humana ha quedado detenida en el intertanto, y que los soviéticos, aunque adopten ideas de moda en el campo de la economía, retornarán en materia de política exterior a concepciones que hace un siglo quedaron obsoletas en el resto de Europa. Esto, por cierto, no es lo que ocurrió en China luego que se iniciara

el proceso de reforma. La competitividad y el expansionismo chinos han desaparecido virtualmente del escenario mundial. Pekín ya no patrocina insurgencias maoístas ni intenta cultivar influencias en lejanos países africanos como lo hacía en los años sesenta. Esto no significa que la actual política exterior no presente aspectos perturbadores, como la imprudente venta de tecnología de misiles balísticos al Medio Oriente; y la República China continúa exhibiendo la tradicional conducta de gran potencia al apadrinar el Khmer Rouge contra Vietnam. Pero lo primero se explica por motivos económicos, y lo último es un vestigio de antiguas rivalidades de base ideológica. La nueva China se asemeja mucho más a la Francia de De Gaulle que a la Alemania de la Primera Guerra Mundial.

La verdadera interrogante del futuro, sin embargo, es el grado en que las élites soviéticas han asimilado la conciencia del Estado homogéneo universal que es la Europa poshitleriana. Por sus escritos, y por mis contactos personales con ella no me cabe duda alguna que la intelligentsia liberal soviética congregada en torno a Gorbachov ha llegado a la visión del fin de la historia en un lapso extraordinariamente corto, y esto se debe, en no poca medida, a los contactos que sus miembros han tenido, desde la era Brezhnev, con la civilización europea que les rodea. El “Nuevo Pensamiento Político”, la rúbrica de sus concepciones, describe un mundo dominado por preocupaciones económicas, en el que no existen bases ideológicas para un conflicto importante entre las naciones, y en el cual, por consiguiente, el uso de la fuerza militar va perdiendo legitimidad. Como señalara el Ministro de Relaciones Exteriores, Eduard Shevardnadze, a mediados de 1988:

“La lucha entre dos sistemas opuestos ha dejado de ser una tendencia determinante de la era actual. En la etapa moderna, la capacidad para acumular riqueza material a una tasa acelerada –sobre la base de una ciencia de avanzada y de un alto nivel técnico y tecnológico– y su justa distribución, así como la restauración y protección, mediante un esfuerzo conjunto, de los recursos necesarios para la supervivencia de la humanidad, adquieren decisiva importancia”.

Sin embargo, la conciencia poshistórica que representa el “Nuevo Pensamiento” sólo es uno de los futuros posibles de la Unión Soviética. Ha existido siempre en la Unión Soviética una fuerte corriente de chovinismo ruso, la que ha podido expresarse con mayor libertad desde el advenimiento de la glasnost. Es posible que por un tiempo, se retorne al marxismo-leninismo tradicional, simplemente como una oportunidad de reagrupación para aquellos que quieren restaurar la autoridad que Gorbachov ha disipado. Pero como en Polonia, el marxismo-leninismo ha muerto como ideología movilizadora: bajo sus banderas no puede lograrse que la gente trabaje más, y sus adherentes han perdido la confianza en sí mismos. A diferencia de los propagandistas del marxismo-leninismo tradicional, sin embargo, los ultranacionalistas en la URSS creen apasionadamente en su causa eslavófila, y tiene uno la sensación de que la alternativa fascista no es algo que allí se haya desvanecido por completo.

La Unión Soviética, por tanto, se encuentra en un punto de bifurcación del camino: puede comenzar a andar por el que Europa occidental demarcó hace cuarenta y cinco años, un camino que ha seguido la mayor parte de Asia, o puede consumir su propia singularidad y permanecer estancada en la historia. La decisión que adopte será muy importante para nosotros, dados el tamaño y el poderío militar de la Unión Soviética; porque esta potencia seguirá preocupándonos y disminuirá nuestra conciencia de que ya hemos emergido al otro lado de la historia.

V

La desaparición del marxismo-leninismo, primero en China y luego en la Unión Soviética, significará su muerte como ideología viviente de importancia histórica mundial. Porque si bien pueden haber algunos auténticos creyentes aislados en lugares como Managua, Pyongyang, o en Cambridge, Massachusetts, el hecho de que no haya un solo Estado importante en el que tenga éxito socava completamente sus pretensiones de estar en la vanguardia de la historia humana. Y la muerte de esta ideología significa la creciente Common Marketization de las relaciones internacionales, y la disminución de la posibilidad de un conflicto en gran escala entre los Estados.

Esto no significa, por motivo alguno, el fin del conflicto internacional per se. Porque el mundo, en ese punto, estaría dividido entre una parte que sería histórica y una parte que sería poshistórica. Incluso podrían darse conflictos entre los Estados que todavía permanecen en la historia, y entre estos Estados y aquellos que se encuentran al final de la historia. Se mantendrá también un nivel elevado y quizás creciente de violencia étnica y nacionalista puesto que estos impulsos aún no se han agotado por completo en algunas regiones del mundo poshistórico. Palestinos y kurdos, sikhs y tamiles, católicos irlandeses y valones, armenios y azerbaijaníes seguirán manteniendo sus reclamaciones pendientes. Esto implica que el terrorismo y las guerras de liberación nacional continuarán siendo un asunto importante en la agenda internacional. Pero un conflicto en gran escala tendría que incluir a grandes Estados aún atrapados en la garra de la historia, y éstos son los que parecen estar abandonando la escena.

El fin de la historia será un momento muy triste. La lucha por el reconocimiento, la voluntad de arriesgar la propia vida por una meta puramente abstracta, la lucha ideológica a escala mundial que exigía audacia, coraje, imaginación e idealismo, será reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el ambiente, y la satisfacción de las sofisticadas demandas de los consumidores. En el período poshistórico no habrá arte ni filosofía, sólo la conservación del museo de la historia humana. Lo que siento dentro de mí, y que veo en otros alrededor mío, es una fuerte nostalgia de la época en que existía la historia. Dicha nostalgia, en verdad, va a seguir alentando por algún tiempo la competencia y el conflicto, aun en el mundo poshistórico. Aunque reconozco su inevitabilidad, tengo los sentimientos ambivalentes por la civilización que se ha creado en Europa a partir de 1945, con sus descendientes en el Atlántico Norte y en Asia. Tal vez esta misma perspectiva de siglos de aburrimiento al final de la historia servirá para que la historia nuevamente se ponga en marcha”.

2.12. Material de apoyo para la actividad 1 (unidad 2)

CONCEPTO DE AMÉRICA LATINA

Paul Estrade,

Observaciones a don Manuel Alvar y demás académicos sobre el uso legítimo del concepto “América Latina”

En: revista Rábala N° 13, 1994 (79-82)

No me gustaría que se insinuase que crucé el Atlántico para recibir, agradecido, un galardón académico y declararme, ex-abrupto, academicida. Respecto a las Academias, comparto la postura intelectual de su compatriota Miguel Otero Silva, cuando declaró, al ingresar en la Academia venezolana de la lengua (6 de marzo de 1972) que “en el recinto de las Academias tanto lo verdadero como lo falso han hallado cabida y hogar”.

El benévolo académico hacía remontar “lo falso” a épocas pretéritas. Pero ocurre que “lo falso”, y no sólo lo tendencioso, puede seguir siendo contemporáneo hasta en las cuestiones nunca neutrales de definición y uso de los vocablos.

A prueba de ello, en mi profano modo de ver –como mero usuario del idioma español, que no es por cierto el mío–, la décima recomendación que acordaron los académicos de la lengua española reunidos en Salamanca (España) los días 26, 27 y 28 de octubre de 1992, a la sombra del declinante astro del Quinto Centenario.

Decidieron, según reza el acápite 10 de sus conclusiones y recomendaciones: “Recomendar a las autoridades gubernamentales españolas, respetuosa y entusiastamente, la reinstalación en la nomenclatura oficial de los términos Hispanoamérica e hispanoamericano para referirse al mundo americano que habla, piensa y siente en español, o los de Iberoamérica e iberoamericanos, siempre que se quiera aludir también a los hermanos brasileños. Recomendamos que para tales designaciones se abandonen las voces ajenas y equívocas de Latinoamérica y latinoamericano”.

El documento final adoptado por la sabia asamblea (unánime, se presume), muy atendible en sus demás once recomendaciones y muy positivo en su firme respaldo a los hispanohablantes de Puerto Rico, lleva la firma autógrafa de treinta académicos de la lengua. Encabeza la lista don Manuel Alvar, respetable director de la Real Academia Española. Y figuran en ella los nombres de los representantes de diecisiete países latinoamericanos –lo que no deja de sorprender si se considera la recomendación copiada–, y entre ellos, los de dos académicos venezolanos y un académico cubano –lo que no dejará de doler a muchos de ustedes y a mí hondo me duele–. No me extraña, en cambio, que hayan suscrito la referida recomendación, más lúcidos al parecer que sus colegas, los tres miembros de la delegación de la Academia norteamericana, la más numerosa del conclave.

Por suerte, dicha recomendación va dirigida sólo a las autoridades gubernamentales españolas. Por cuanto quedan eximidos de tan “entusiasta” solicitud las demás autoridades, gubernamentales o académicas, y los particulares desde luego. Así podremos seguir hablando, libremente y con pleno derecho, tanto en Barquisimeto como en Caracas, tanto en México como en Montevideo, tanto en París como en Madrid, de Latinoamérica, de latinoamericanos, de historia latinoamericana o de estudios latinoamericanos.

No vengo aquí a dar una clase ni menos una lección. No vengo a zaherir a un huésped y a un amigo, que los hay, por desgracia, entre los firmantes. Pero sí creo deber manifestar una dolorosa sorpresa y mi disconformidad. La pretensión de la Academia me parece anacrónica; su argumentación no me convence, porque el asunto no es simplemente lingüístico y la clave de la disyuntiva no la brinda el recurso a la etimología.

Me atrevo a pensar, apelando a la Historia y remitiéndome a los trabajos de quienes han estudiado seriamente la “génesis de la idea y el nombre de América Latina” (desde Arturo Ardao, el pionero, hasta el más reciente y completo de los investigadores en la materia, Miguel Rojas - Mix), que las voces aludidas no son ni “ajenas” ni “equivocas”, como se afirmó en Salamanca, y que no traiciona a su país el que en España las emplea contra el vientecillo revisionista que soplaron los señores académicos.

Detrás de la aserción de que las voces de Latinoamérica y latinoamericano(a) son ajenas y equivocas, existirá la convicción de que el concepto mismo de América Latina, que las autoriza y nutre, es un invento foráneo, artificioso y perjudicable. En mi opinión, esta aserción no tiene fundamentos históricos. Está basada en la creencia errónea, a la que dio crédito un investigador norteamericano en 1968, de que el invento ha sido obra, en 1861, de unos ideólogos franceses, panlatinistas, vinculados con los sueños bonapartistas de imperio “latino” en América. Michel Chevalier sería el culpable principal del enredo.

Parece oportuno recordar que los hechos no son éstos.

Hasta donde está averiguado, la expresión “América Latina” se inventó en 1856 para ser lanzada en son de reivindicación identitaria y de manifiesto político. Surgió con motivo de la invasión de Nicaragua por los mercenarios de William Walker, y como protesta contra la misma y también contra la potencia que, bajo ese disfraz, trataba de llevar a cabo su gran designio expansionista a expensas del Sur, después de haberlo logrado hacia el Oeste a expensas de México.

En París fue –eso sí, y no es casual– donde brotó el término de “América Latina” del cerebro de unos latinoamericanos conscientes del peligro del Norte, conscientes de la urgencia de la unión del Sur, conscientes de la necesidad de un concepto definidor y unificador después de decenios de indecisión en la América, antes española y aún sin nombre genuino. El 22 de junio de 1856, en París, delante de más de treinta ciudadanos de casi todas las repúblicas del Sur, en un acto de repudio a la agresión a Nicaragua, el chileno Francisco Bilbao calificó de “latina” a la América que defendía y promovía y evocó “la raza latino-americana”, oponiéndolas clara y únicamente a los Estados Unidos de América y al “yankee”. Fechado en 26 de septiembre de 1856 y motivado por la misma y prolongada agresión, el poema “Las Dos Américas” del colombiano, exiliado también en París, José María Torres Caicedo, las enfrenta del todo:

*“La raza de la América latina
Al frente tiene la sajona raza. -
Enemiga mortal que ya amenaza
Su libertad destruir y su pendón”.*

Por aquellas fechas, nadie en el mundo usaba tal denominación, ni siquiera en Francia entre los adeptos de la “latinidad” incipiente. ¿Habrá algún conocedor de la vida y obra de Bilbao y Torres

Caicedo que pueda alegar que aquellos hombres eran “ajenos”, por su procedencia y trayectoria, a la que bautizan “América latina”, objeto constante de su desvelo?

Y aquellos que iban a recoger y difundir el concepto por todo el continente en los años posteriores, los que iban a pelear para imponerlo, ¿no fueron en la línea bolivariana auténticos latinoamericanos? ¿No fueron en su época, entre el 60 y el 90, los actores más notables de la toma de conciencia latinoamericana, aquellos literatos y pensadores políticos que se llamaron Carlos Calvo (argentino), Juan Montalvo (ecuatoriano), Cecilio Acosta (venezolano), Ramón Betances y Eugenio María de Hostos (puertorriqueños), José Martí (cubano), etc., etc.?

Ahora, ¿en qué se equivocaron estos hombres al valerse de aquel nuevo sustantivo compuesto para designar las tierras, una cultura y un destino amenazados por el “coloso juvenil” (Fco. Bilbao)? ¿En ceñirse al adjetivo “latino”? Sólo podría sostenerlo el que le confiriese a “latino” un significado preciso y exclusivo que no tuvo en su origen ni tiene hoy tampoco: un significado único o lingüístico. Tan absurdo es en 1993 como lo era en 1856 dar a entender que la población cuadricontinental, plurirracial y plurilingüe de América Latina descende de los latinos del Lacio o de los pueblos europeos colonizados por Roma cuyo idioma heredaron, desarrollaron y propagaron allende el océano. El concepto tiene fundamentalmente un valor político y cultural. Sus promotores lo escogieron por eso: permitía delinear la frontera entre las dos Américas (es su postulado de base: no hay una sino dos Américas) y resistir al empuje de la América de Polk, Pierce y Buchanan; permitía acelerar la toma de conciencia de la existencia al Sur del Río Bravo de valores comunes distintos de los valores imperantes al Norte del Río Grande. Mientras siga viva la contradicción de intereses y de miras entre ese Norte y ese Sur de América, el concepto de América Latina seguirá válido. Ahí están, dramáticamente presentes, los casos de Granada, Cuba y Panamá, los problemas de la droga, el comercio y la deuda, para atestiguar que no pasó esa era conflictiva y que no erraron los fundadores visionarios de las generaciones de Bilbao y de Martí.

En su mente, la América Latina no se oponía, de manera antinómica ni antónima, a una América india o a una América negra: las incluía. Las incluía abiertamente en unos casos, tácitamente en otros más frecuentes, y cabe señalarlo en pro de la verdad, en algunos casos las incluía negándolas de acuerdo con los criterios racistas, “civilizadores” decían, de la oligarquía criolla.

Es innegable que la presencia en Francia de Bilbao, Torres Caicedo o Calvo contribuyó a que adoptaran el nombre de América Latina, en un ambiente de revalorización de “lo latino” y en un contexto no exento de ambigüedades. Pero no es menos cierto que ninguno de ellos le sirvió de caballo de Troya al expansionismo francés en América. Condenaron la invasión de México en 1861-62, cuando el gobierno español la amparaba aún.

La denominación de “latina” aplicada a América será, lo concedo, una inexactitud en sí, en particular si se escribe con una “l” minúscula, pero no es más ni menos “equivoca” que la de “ibérica” (¿qué es de Haití en ese conjunto?). La denominación de América Latina, o Latinoamérica, si se prefiere, no es más ni menos inadecuada que las denominaciones con las cuales estuvo compitiendo en la etapa de su nacimiento y arraigamiento: Hispanoamérica o América del Sur.

¿Cómo pudiera imponerse la de “Hispanoamérica” cuando la desprestigiada metrópoli colonial seguía oponiéndose con tesón, a lo largo de los años 60 del siglo pasado, a la emancipación política de las Antillas españolas (parte integrante de la América Latina) y a la emancipación de cientos de miles de esclavos en esas islas, cuando de Santo Domingo “reincorporado” a las costas bombardea-

das del Pacífico iba recuperando territorios, y cuando, por ejemplo, no reconocía aún la independencia de Colombia conseguida cuarenta años antes?

¿Cómo pudiera imponerse la de “América del Sur” como alternativa a “América Latina” –pese a la fuerza y tradición de su equivalente: la “América meridional”, así nombrada por Miranda y Bolívar–, cuando por un lado parecía dar por perdidos México, la América Central y las Antillas, o sea las tierras más codiciadas por el Norte, y cuando por otro lado los Estados confederados, al autoproclamarse la “América del Sur” frente a la “del Norte” durante la guerra de Secesión, descalificaban el nombre usurpado, haciéndolo sinónimo de esclavitud?

Justo Arosemena en 1856, José María Samper en 1861 y Eugenio María de Hostos un poco más tarde, entre otros latinoamericanos preocupados por la búsqueda de un nombre para su América, abogaron por “Colombia” pero sin éxito. En 1874, Hostos lo admitía y se conformaba con “América Latina” –que empleaba también desde 1868–, explicando en una nota de pie de página a su estudio intitulado “La América Latina”:

“No obstante los esfuerzos hechos por Samper, por algunos escritores latinoamericanos, y por el autor de este artículo, reforzados por la autoridad de la Sociedad Geográfica de Nueva York, no prevalece todavía el nombre colectivo de Colombia con que han querido distinguir de los Anglosajones de América a los latinos del Nuevo Continente. En tanto que se logra establecer definitivamente la diferencia, es bueno adoptar para el Continente del Sur y América Central, México y Antillas, el nombre colectivo que aquí le damos...”

La voz de Hostos era la voz de América.

Es legítima la insatisfacción intelectual que sienta el lingüista, el etnólogo o el sociólogo al tener que usar el concepto de América Latina y al comprobar sobre el terreno que el concepto no abarca todas las realidades que él estudia; sin embargo es legítimo el concepto de América Latina que maneje y que manejamos casi todos en los encuentros internacionales, y no sólo por comodidad.

Es legítimo porque los que lo forjaron son latinoamericanos.

Lo es porque ellos le dieron ante todo un sentido político que no se puede ignorar ni se debe desvirtuar: se enarboló como lema de identidad (cuando no lo había), de reconocimiento, de unión y de combate de los “Estados Desunidos” (Bilbao) contra los Estados Unidos de América.

Lo es porque hoy día los latinoamericanos son quienes lo usan corrientemente, desde las esferas gubernamentales y las élites culturales hasta las capas populares, cualquiera que sea su nacionalidad, religión u origen.

El respeto a la independencia y soberanía de los pueblos empieza por la aceptación por la comunidad internacional del nombre con que se designan colectivamente a sí mismos en el momento considerado. Es un principio que no debe sufrir tergiversación, a no ser que se siga pensando en categorías y términos neo-coloniales. Burkina-Faso se llama, y hay que llamarlo así, el país que bajo el coloniaje francés fue Haute-Volta. Vanuatu se llaman, y hay que llamarlas así, las islas que bajo el coloniaje británico fueron The New Hebrides. Bolivia se llama –¿y quién la llamaría de otra forma? la que fue, bajo el coloniaje español, el Alto Perú. Llamemos sin reserva “América Latina” a la que fue, durante la época colonial, la América española, portuguesa y francesa, porque así la conocen y llaman mayoritariamente sus habitantes, y porque, como concluye la Encyclopedia Bri-

tanica– “Only in deference to popular usage and for lack of a better term, the area remains Latin America” (Artículo: Latin America).

Yo no hubiera dicho “only” por las poderosas razones históricas que acabo de exponer, pero apruebo el punto de vista respetuoso, pragmático, y cuerdo en suma, del redactor del artículo.

Para ese señor, como para mí, cesará tal legitimidad el día que se acabe el consenso observado y que la actual América Latina se identifique con otro nombre más idóneo o más a propósito. Admitir su carácter transitorio no le quita valor en el presente.

La “reinstalación” en la nomenclatura oficial de España de los términos de “Hispanoamérica” y sus derivados en lugar de “Latinoamérica” y sus derivados –como se sugiere en la malhadado recomendación de los académicos–, sería, amén de improcedente, una medida atentatoria a la Historia, la conciencia y la soberanía latinoamericanas.

Deseo personalmente que no se cumpla ni siquiera se acate esa décima recomendación, para que quede demostrado que han cambiado los tiempos. Lo que no me impide apreciar– y saludar, respetuosa, entusiasta y sinceramente, la labor general de don Manuel Alvar y demás académicos, y que conste.

2.13 Material de apoyo para la actividad 3 (unidad 2)

REGIONES NATURALES DE AMÉRICA LATINA



Regiones naturales:

- | | | | |
|---------------------------|----------------------------|-------------------------------|---------------|
| 1. Meseta Mexicana | 4. Cuenca del Orinoco | 7. Cuenca del Amazonas | 10. La pampa |
| 2. Istmo Centro americano | 5. Escudo Guyano | 8. Escudo brasileiro | 11. Patagonia |
| 3. El Caribe | 6. Cordillera de Los Andes | 9. Cuenca del Río de la Plata | |

2.14 Material de apoyo para la actividad 4 (unidad 2)

INDICADORES DEMOGRÁFICOS PARA AMÉRICA LATINA

En: Anuario Estadístico de América Latina, CEPAL, NU, 1999.

	Población por grupo de edad en % (1990)					Población por grupo de edad en % (2000)					% de población urbana		Analfabetismo Pob. de 15 años y más	
	0-14	15-34	35-49	50-64	65 y +	0-14	15-34	35-49	50-64	65 y +	1990	2000	1990	2000
PAÍS														
Antigua y Barbuda											35.4	36.8		
Argentina	30.6	30.2	17.3	12.9	8.9	27.7	32.2	17.7	12.7	9.7	86.9	89.6	4	3.3
Barbados	24.5		63.7		11.8	21.9		66.7		11.4	44.8	50	0.4	1.9
Bélice	44		51.8		4.2	39.7		66		4.3				
Bolivia	41.2	33.4	13.6	8.1	3.6	39.6	34.3	14.1	8	4	55.6	64.6	20.6	13.4
Brasil	34.7	36.4	15.8	8.8	4.3	28.8	36.5	19.5	10	5.2	74.7	80.4	18.3	14.7
Chile	30.1	36.4	17.2	10.2	6.1	28.5	32.2	20.5	11.6	7.2	82.8	85.7	5.7	4
Colombia	36	37.5	14.9	7.3	4.3	32.7	35.2	18.6	8.8	4.7	69.4	73.7	13.3	6.8
Costa Rica	36.5	36.4	15	7.9	4.2	32.4	34.8	18.6	9.1	5.1	46.7	50.4	7.2	4.1
Cuba	23.1	38.2	18.5	11.9	8.4	21.2	32.9	21.7	14.6	9.6	74.8	79.9	6	3.2
Dominica											67.7	71		
Ecuador	39	35.5	13.9	7.6	4.1	33.8	36.6	16.5	8.3	4.7	55.4	62.7	11.7	8.1
EL Salvador	40.8	33.9	13.1	8	4.2	35.6	37.3	13.9	8.2	5	49.8	55.2	27	25.1
Grenada											34.2	37.9		
Guatemala	45.9	32.2	11.6	7	3.2	43.6	34.3	12.1	6.5	3.5	38	39.4	44.9	45.8
Guyana	33.6		62.6		3.8	29.9		65.9		4.2	33.2	38.2	3.6	
Haiti	44.2	31.9	12.7	7.4	3.8	40.2	35	13.7	7.4	3.7	30.5	38.1	53.1	48.5
Honduras	45.2	34	11.5	6.3	3	41.6	35.3	13.3	6.3	3.4	40.8	48.2	26.9	24.4
Jamaica	33.2		60		6.8	30.3		63.3		6.4	51.5	56.1	18.2	13.8
México	38.6	36.7	13.5	7.2	4	33.2	37.4	16.2	8.5	4.7	71	75	12.4	9.1
Nicaragua	46.3	33.6	11.4	5.9	2.8	42.7	35.4	12.8	6	3.1	53	55	33.5	32.9
Panamá	35.2	36.5	15	8.2	5	31.3	35.3	18	9.9	5.5	53.8	57.6	11.2	7.9
Paraguay	42	34.6	13.2	6.5	3.7	39.6	34.2	15.9	6.9	3.5	48.7	56.1	9.7	6.9
Perú	38.3	35.5	14.1	8.2	4	33.4	36.6	16.3	8.9	4.8	68.7	72.3	12.8	9.5
Rep. Dominicana	37	37.7	14.1	7.7	3.5	33.1	35.9	17.9	8.7	4.5	54	60	16.7	16
San Vicente											40.6	54.8		
Santa Lucía											37.2	37.8		
Surinam	34.8		60.7		4.5	32.3		62.3		5.4	46.8	52.2	5.1	5.9
Trinidad y Tobago	33.5		60.3		6.2	26.1		67.4		6.5	69.1	74.1	2.9	1.4
Uruguay	26	29.9	17.3	15.3	11.5	24.8	30	18.3	14	12.9	91	93	3.8	2.2
Venezuela	38.1	35.3	15.2	7.5	3.6	34	35	17.5	8.9	4.4	83.9	87.4	10.2	6.6

INDICADORES DEMOGRÁFICOS PARA AMÉRICA LATINA (CONTINUACIÓN)

	Pob. urbana como % de total			Pob. estimada en millones			Tasa anual de crecimiento		Tasa de fertilidad	Tasa media anual de natalidad %		Tasa bruta de mortalidad
	1960	1990	2000	1960	1990	2000	1990 2000	2000 2005	1990	1990 1995	1995 2000	1990
PAÍS												
Antigua y Barbuda		31			0.1		0.6	0.5				5.0
Argentina	74	86	89	20.6	32.3	36.2	1.3	1.2	2.9	2.1	2.0	8.6
Barbados	36	45	51	0.2	0.3	0.3	0.5	0.4	1.8	1.5	1.5	9.1
Bélice		50			0.2		2.5	2.1	5.8	3.4	3.2	5.0
Bolivia	39	51	58	3.4	7.3	9.7	2.3	2.2	5.9	3.6	3.3	13.1
Brasil	45	75	81	72.6	150.4	179.5	1.4	1.2	3.3	2.2	2.0	7.7
Chile	68	86	89	7.6	13.2	15.3	1.5	1.2	2.7	2.2	2.0	6.4
Colombia	48	70	75	15.9	33.0	39.4	1.9	1.7	3.0	2.7	2.5	6.0
Costa Rica	37	47	53	1.2	3.0	3.7	2.8	2.0	3.1	2.5	2.3	4.0
Cuba	55	75	80	7.0	10.6	11.5	0.5	0.3	1.9	1.5	1.3	6.6
Dominica		41			0.1		-0.1	0.1				5.0
Ecuador	34	56	64	4.4	10.6	13.3	2.1	1.7	4.1	2.8	2.6	7.2
El Salvador	38	44	50	2.6	5.3	6.7	2.1	1.8	4.7	3.0	2.8	7.7
Grenada					0.1		0.3	0.4				7.0
Guatemala	32	40	44	4.0	9.2	12.2	2.6	2.6	5.6	3.9	3.7	8.3
Guyana	29	35	42	0.6	0.8	0.9	1.1		2.6	2.5	2.5	7.5
Haití	16	28	35	3.8	6.5	8.0	1.9	1.8	4.9	3.4	3.2	35.7
Honduras	23	44	52	1.9	5.1	6.8	2.9	2.5	5.2	3.7	3.4	7.6
Jamaica	34	52	59	1.6	2.5	2.7	0.9	0.9	2.5	2.4	2.4	6.4
México	51	73	77	38.0	88.6	107.2	1.7	1.4	3.3	2.7	2.5	5.6
Nicaragua	40	60	66	1.5	3.9	5.3	2.8	2.7	5.3	3.9	3.6	7.3
Panamá	41	53	59	1.1	2.4	2.9	1.8	1.4	3.0	2.5	2.3	5.2
Paraguay	36	48	54	1.8	4.3	5.5	2.6	2.5	4.5	3.4	3.1	6.5
Perú	46	70	75	9.9	21.6	26.3	1.7	1.6	3.8	2.8	2.5	8.3
Rep. Dominicana	30	60	68	3.2	7.2	8.6	1.9	1.4	3.5	2.7	2.4	6.5
San Vicente		27			0.1		0.8	0.7				7.0
Santa Lucía					0.1		1.4	1.3	4.2			7.0
Surinam	47	47	54	0.3	0.4	0.5	0.4	0.5	2.8	2.5	2.2	5.9
Trinidad y Tobago	23	69	75	0.8	1.3	1.5	0.7	0.5	2.8	2.1	1.9	6.1
Uruguay	80	86	87	2.5	3.1	3.3	0.7	0.7	2.4	1.8	1.8	10.2
Venezuela	67	91	94	7.5	19.7	24.7	2.2	1.8	3.6	2.7	2.5	5.4

INDICADORES DEMOGRÁFICOS PARA AMÉRICA LATINA (CONTINUACIÓN)

	Tasa media anual de mortalidad		Tasa media anual de mortalidad infantil (por mil)		Esperanza de vida al nacer hombres		Esperanza de vida al nacer mujeres	
	1990 1995	1995 2000	1990 1995	1995 2000	1990 1995	1995 2000	1990 1995	1995 2000
PAIS								
Antigua y Barbuda								
Argentina	8.2	8.0	24.3	21.8	68.6	69.7	75.7	76.8
Barbados	8.9	8.2	14.0	12.0	72.9	73.6	77.9	78.7
Bélice	4.8	4.2	32.0	29.0	72.4	73.4	75.0	76.1
Bolivia	10.2	9.1	75.1	65.6	57.7	59.8	61.0	63.2
Brasil	7.1	6.9	47.2	42.2	62.7	64.1	70.4	71.9
Chile	5.5	5.6	14.0	12.8	71.5	72.3	77.4	78.3
Colombia	6.4	5.8	35.2	30.0	64.3	67.3	73.0	74.3
Costa Rica	3.8	3.9	13.7	12.1	73.5	74.3	78.1	78.9
Cuba	6.8	7.0	10.0	9.0	73.5	74.2	77.3	78.0
Dominica								
Ecuador	6.2	6.0	49.7	45.6	66.4	67.3	71.4	72.5
El Salvador	6.7	6.1	40.2	32.0	63.3	66.5	71.1	72.5
Grenada								
Guatemala	8.1	7.4	51.1	46.0	59.8	61.4	65.5	67.2
Guyana	8.0	7.4	63.0	58.0	59.8	61.1	66.4	67.9
Haití	12.0	10.8	74.1	66.1	54.0	55.8	56.8	58.7
Honduras	6.1	5.4	43.0	35.0	65.4	67.5	70.1	72.3
Jamaica	6.5	5.9	24.0	22.0	71.4	72.9	75.8	76.8
México	5.2	5.1	34.0	31.0	68.5	69.5	74.5	75.5
Nicaragua	6.6	5.8	48.1	43.4	63.5	65.8	68.7	70.6
Panamá	5.3	5.1	25.1	21.4	70.9	71.8	75.0	76.4
Paraguay	6.0	5.4	43.3	39.2	66.3	67.5	70.8	72.0
Perú	6.9	6.4	55.5	45.0	64.4	65.9	69.2	70.9
Rep. Dominicana	5.5	5.3	42.0	33.6	67.6	69.0	71.7	73.1
San Vicente								
Santa Lucía								
Surinam	6.2	6.0	33.0	29.0	66.5	67.5	71.5	72.7
Trinidad y Tobago	6.1	5.9	16.0	15.0	70.5	71.5	75.2	76.2
Uruguay	9.8	9.4	20.1	17.5	69.2	70.5	76.9	78.0
Venezuela	4.7	4.7	23.2	20.9	69.0	70.0	74.7	75.7

2.15 Material de apoyo para la actividad 9 (unidad 2)

Indicadores demográficos, sociales y económicos para América Latina

En: El Estado de la población mundial

www.unfpa.org/swp/2000/espanol/indicators/indicators2.html

	Población total (millones) (2000)	% población urbana (1995)	Tasa de fertilidad total (1995-2000) capacitado	% de partos atendidos por personal	PIB per cápita (PPA dólares) (1998)	Mortalidad menores de 5 años F/M	Acceso a agua potable
Total Mundial	6,055.0	45	2.71	58		80/80	
Regiones más desarrolladas	1,188.0	75	1.57	99		13/10	
Regiones menos desarrolladas	4,867.1	38	3.00	53		87/88	
Estados Unidos	278.4	76	1.99	99	29,240	10/8	73

Latinoamérica y Caribe	519.1	74	2.70	80		40/39	
Caribe							
Cuba	11.2	76	1.55	99		13/10	91
Rep. Dominicana	8.5	65	2.80	96	4,337	51/41	73
Haití	8.2	32	4.38	20	1,379	112/97	39
Jamaica	2.6	54	2.50	92	3,344	28/25	93
Puerto Rico	3.9	73	2.11	99		15/13	96
Trinidad Tobago	1.3	72	1.65	98	7,208	19/12	96
América Central							
Bélice	0.2	47	3.66	79	4,367	37/37	
Costa Rica	4.0	50	2.83	97	5,812	16/13	100
El Salvador	6.3	45	3.17	87	4,008	45/37	53
Guatemala	11.4	41	4.93	35	3,474	65/57	67
Honduras	6.5	44	4.30	55	2,338	54/43	77
México	98.9	75	2.75	75	7,450	41/34	95
Nicaragua	5.1	63	4.42	61	1,896	64/53	62
Panamá	2.9	53	2.63	84	4,925	29/26	84
América del Sur							
Argentina	37.0	88	2.62	97	11,728	28/22	65
Bolivia	8.3	61	4.36	46	2,205	92/83	70
Brasil	170.1	78	2.27	88	6,460	54/41	69
Chile	15.2	84	2.44	99	8,507	17/13	91
Colombia	42.3	73	2.80	85	5,861	43/35	75
Ecuador	12.6	58	3.10	64	3,003	66/54	55
Paraguay	5.5	53	4.17	61	4,312	54/43	39
Perú	25.7	72	2.98	56	4,180	71/58	66
Uruguay	3.3	90	2.40	96	8,541	23/17	89
Venezuela	24.2	93	2.98	97	5,706	27/22	79

Nota: Las cifras correspondientes a 1998 fueron proporcionadas por el Banco Mundial. 2000. World Development Indicators 2000. Washington, D.C.: Banco Mundial. Este indicador mide el total de bienes y servicios de uso final producido por residentes y no residentes, independientemente de su asignación en el país o en el extranjero, en relación con el tamaño de la población. En ese carácter, indica la productividad económica de un país y difiere del producto interno bruto dado que se introducen ajustes por remesas recibidas del exterior por los residentes en concepto de remuneración del trabajo o renta del capital, por pagos similares a los no residentes, y dado que se incorporan diversos ajustes técnicos, incluidos los relativos a la variación de los tipos de cambio a lo largo del tiempo. En esta medición también se tienen en cuenta las diferencias en paridades de poder adquisitivo (PPA) de las monedas, mediante ajustes de dichas paridades para obtener el "PNB real". Algunas cifras relativas a las PPA se basan en modelos de regresión; otras se han extrapolado de las más recientes estimaciones básicas del Programa de Comparaciones Internacionales.

2.16 Material de apoyo para la actividad 9 (unidad 2)

SUBDESARROLLO

Documento 1:

Enfoques en torno al subdesarrollo

Extraído de: Márquez, Juan. 1988. *Iberoamérica: tercer mundo*, revista Rábida n° 4, págs. 55-62.

No hace siquiera un tercio de siglo empezó a tomarse el fenómeno del subdesarrollo como consecuencia de condiciones naturales desfavorables (Clark, 1977), sin embargo muy pronto los políticos lo achacaron a la colonización, mientras que las interpretaciones marxistas de los años 70 apuntan como causa el intercambio desigual y el imperialismo. Otros sectores de opinión veían el subdesarrollo como producto del acelerado crecimiento demográfico. Lo cierto es que 3/4 partes de la humanidad forman parte de sociedades subdesarrolladas, cuyas precarias condiciones de vida son denunciadas en 1955 en la conferencia de Bandung (Indonesia), creándose a partir de entonces un movimiento de países no alineados y una conciencia de tercer mundo como sociedad explotada.

Sin embargo, las nuevas formulaciones económicas de los años 60 concebían al subdesarrollo como un estadio, punto de partida, que conduciría al desarrollo. Así, el paso del subdesarrollo al desarrollo sería cuestión de tiempo, de ir superando etapas, que llevarían inexorablemente al desarrollo. Según esta formulación todo país hoy desarrollado habría tenido un estadio de subdesarrollo.

El principal representante de esta teoría neoclásica, Rostow (1961) elaboró entre 1960-1965 un modelo en el cual se pueden inscribir todas las etapas de crecimiento que conducen al desarrollo. Esta concepción, hoy fuertemente criticada, caló y está calando profundamente en los países capitalistas que han elaborado sus políticas teniendo en cuenta este modelo.

Rostow consideraba el subdesarrollo como un proceso lineal:

- En la primera etapa están las sociedades tradicionales, caracterizadas por el predominio de economías agrícolas de subsistencia y baja productividad. En ellas se carece de tecnologías, la estructura sociopolítica está muy jerarquizada y la riqueza se vincula y concentra en la tierra. Casi todas las sociedades del s. XVIII estaban en esta fase.
- La superación de esta primera fase constituye la etapa de despegue –o take off– propiciada por un incremento de capital, humano o monetario, de carácter endógeno o exógeno o por la existencia de algunos recursos estratégicos.
- A partir de aquí, se desarrolla durante una o dos décadas el impulso inicial, aumentándose la inversión productiva por encima del 10% de la renta nacional y los trasposos de población agraria a industrial. En esta etapa se desarrolla un nuevo marco político e institucional dominado por una burguesía capitalista.
- La evolución posterior da lugar a la etapa de madurez, donde se difunde el crecimiento y las mejoras tecnológicas al conjunto de las actividades productivas durante tres o cuatro décadas.
- La etapa final, constituye la sociedad de consumo de masas, con un sector servicios y de bienes de equipo dominante.

La duración de las distintas etapas se reduciría cuanto más tardío fuese el despegue, porque el país en cuestión aprovecharía todas las experiencias de los restantes países en un desarrollo en que todos los países convergerían...

Al mismo tiempo que las teorías Rostownianas daban una esperanza, quizás infundada, a los países subdesarrollados, el Banco Mundial y otras instituciones deciden emplear otros términos para definir esta situación altamente conflictiva. Así las denominaciones de países en vías de desarrollo, del tercer mundo, del cuarto mundo, tratan de aminorar el contenido peyorativo del subdesarrollo (Méndez y Molinero, 1984).

Las críticas a Rostow no se hicieron esperar ante el evidente distanciamiento de los países desarrollados de los subdesarrollados durante los años 70-80 y porque se había propugnado un desarrollo productivista con una meta final de sociedad de consumo y no de bienestar y felicidad.

Actualmente el subdesarrollo no se concibe como un proceso dinámico, es decir como hecho temporal que cada país debe padecer, sino como fenómeno complementario y coetáneo al desarrollo, incluso dentro de un mismo país (Myrdal, 1979). Esta complementariedad es propiciada por las economías de intercambio desigual. Existen regiones que se especializan en la producción y exportación de productos naturales o semielaborados, constituyendo las zonas más desfavorecidas, frente a otras que producen y exportan elementos elaborados e industriales, que son las desarrolladas.

En definitiva la dicotomía entre regiones desarrolladas y subdesarrolladas es resultado de los procesos de división internacional del trabajo, porque:

- a. Un elevado número de regiones funcionan como abastecedores de
 - Energía: Venezuela
 - Materias primas: Chile
 - Alimentos: Centroamérica
 - Mano de obra: Méjico
- b. Mientras que pocas regiones concentran las actividades más productivas, la tecnología y la información.

Por tanto, las relaciones de intercambio que se producen entre los dos bloques son desiguales, creándose vínculos de dependencia a favor de los países desarrollados.

La intensificación de estos vínculos de dependencia han sido esquematizados por Presbisch y Amin en los modelos centro-periferia (Lluch, 1981), es decir una Norteamérica desarrollada y una Iberoamérica periferia del mundo capitalista, que trabaja para la primera. Así, en definitiva el desarrollo-subdesarrollo son las dos caras de una misma moneda y la historia de una distorsión entre el diferente ritmo de crecimiento de una población y sus medios productivos, sus infraestructuras y sus servicios.

En este sentido, Iberoamérica se presenta en general como un espacio de subdesarrollo homogéneo, a pesar de su diversidad física, patente desde la grandiosa Cordillera de Los Andes hasta la gran cuenca del Amazonas (Colin Delavaud, 1973). La amplitud territorial de este subdesarrollo se debe al factor histórico colonización, que le afectó de una manera global. Durante la misma, la cultura Ibérica desplaza a la precolombina, aunque no la anula, sin embargo, es el sustrato cultural ibérico el que define a estos territorios, porque los emplazamientos de Francia en las Guayanas, Haití, Guadalupe y Martinica, del Reino Unido en Jamaica y Malvinas o de Holanda en el Surinam añaden poco peso demográfico y territorial al contexto Iberoamericano.

La historia contemporánea, a través de la Independencia, no brindó a Iberoamérica la oportunidad de desarrollo, porque el neocolonialismo se empeñó en mantener las estructuras agrarias y sociales, ya trasnochadas, de las antiguas metrópolis.

Documento 2:

Concepto de subdesarrollo

(Gianfranco Pasquino, En: Bobbio, N y otros, *Diccionario de Política*, Siglo veintiuno editores, México, 1995).

I. DEFINICIÓN DE SUBDESARROLLO

El análisis sistemático de las causas del subdesarrollo ha pasado a través de diversas fases o períodos históricos, enriqueciéndose notablemente, pero registrando del mismo modo profundos cambios de esquema en referencia al abordaje concreto del problema. No es por lo tanto posible proponer una definición de subdesarrollo válida en absoluto o que sea aceptable por todos. Es importante, en cambio, tratar de señalar las características de vez en vez asociadas a la situación de subdesarrollo y, siempre que sea posible, señalar las estrategias propuestas para su superación.

Al principio se comienza a hablar de subdesarrollo poniéndolo en estrecha relación con el proceso de incipiente o avanzada modernización, pero se habla de él en dos sentidos muy distintos. Para algunos autores, en particular para aquellos que se adhieren al planteo que hacen de las etapas de desarrollo, más que un útil instrumento heurístico, casi una teoría, el subdesarrollo representa esencialmente la etapa originaria del proceso. La sociedad tradicional es por lo tanto, casi por definición, una sociedad subdesarrollada y sus características constitutivas son identificables ex adverso según un análisis de las sociedades llamadas desarrolladas. Poco a poco se agrega a esta interpretación la tesis que ve en las sociedades subdesarrolladas las sociedades que, aun habiendo iniciado el proceso de desarrollo, no fueron capaces de proseguir el camino, por falta de recursos, de energías o de voluntad. Desde esta perspectiva el s. es sinónimo de interrupción del desarrollo. Mientras que en la sociedad tradicional no se han alcanzado todavía –desde el interior o desde el exterior, pero más a menudo desde este último– los estímulos para romper el manto de la tradición en los sectores económico, social, religioso, cultural y político, en las sociedades en las que se ha interrumpido el desarrollo fueron las fuerzas de la tradición las que se impusieron a los estímulos demasiado débiles y vacilantes y los sofocaron, al menos temporalmente.

Si nos adherimos a la tesis del desarrollo como consecuencia de la expansión o de la difusión de algunos estímulos en los sectores más variados de la actividad humana, pero sobre todo en los sectores económicos y sociales (vistos como sectores de arrastre en el interior de las diversas sociedades), el s., tanto en el nivel interno o nacional como en el nivel internacional, puede ser visto como debido a una imperfecta e incompleta difusión de los estímulos que ocasiona así la existencia de zonas todavía no alcanzadas por ellos. El desarrollo se producirá cuando se destruyan las barreras que obstaculizan la difusión de estos estímulos, barreras que a menudo están constituidas por dificultades de comunicación y no sólo por falta de recursos. Esta tesis, respecto de la precedente, se propone explicar el s. interno y no sólo las desigualdades en el nivel internacional. A esta tesis, en su aplicación a los diversos casos nacionales, se le confiere el nombre de dualismo.

En su versión más simplificada esta tesis afirma que es dualista la sociedad en la que se manifiesta una considerable diferencia entre el sector industrial y el sector agrícola. Por un lado, el sector agrícola, en su mayoría dedicado a economía de subsistencia, es considerado subdesarrollado en cuanto todavía no ha sido alcanzado por la expansión del sector industrial; por el otro es considerado como un obstáculo objetivo, un freno a esta expansión. Las relaciones entre dos sectores son consideradas, alternativamente, como relaciones de cambio entre economías distintas, pero de las cuales los dos sectores terminan por extraer beneficios limitadísimos, o bien como relaciones de explotación del sector industrial sobre el sector agrícola, contradiciendo así, al menos en parte, el postulado inicial de la escasez de recursos del propio sector agrícola. La contradicción es sólo parcial, porque, si las relaciones entre los dos sectores son establecidas en una perspectiva diacrónica y dinámica, precisamente las relaciones de explotación podrían haber causado la depauperación del sector agrícola (y nada impide que se establezcan relaciones de este tipo aun entre sectores con modos de producción distintos: feudal el sector agrícola y capitalista el sector industrial). En su versión más elaborada, la tesis mencionada sostiene que “el dualismo es el resultado de un complejo de desequilibrios y de diferencias que se refieren a la estructura social de un país en su totalidad (es decir, se tiene dualismo entre sectores económicos, entre áreas geográficas, entre distintos tipos de relaciones sociales y de instituciones políticas)” (Martinelli, 1972).

Por fin, según algunos estudiosos, predominantemente de preparación marxista, el s. sería un fenómeno vinculado a la expansión del capitalismo en escala mundial, ya se trate de un subproducto contemporáneo y no inevitable de esta expansión o se trate en cambio de una consecuencia lógica y conectado con ella. En sustancia, como señala el más conocido de estos autores, estamos en presencia del desarrollo capitalista del s. (Frank, 1969). Esta tesis, relativamente reciente y por tanto más nueva respecto de las otras, tiene como punto de partida una reinterpretación del imperialismo y apunta a vincular orgánicamente imperialismo, capitalismo y s., como veremos después.

II. CAUSAS DEL SUBDESARROLLO

Obviamente, según las tesis a la que nos adhiramos, se señalan distintas causas del s. A veces puede tratarse solamente de diferentes acentuaciones, otras en cambio estamos frente a contraposiciones científicas y políticas inconciliables. Es útil notar, antes que nada, que la tesis del s. como estadio originario ha sido refutada diversamente, pero de modo decisivo, por historiadores y por economistas, que acabaron por abandonar en la mayoría de los casos el mismo concepto de sociedad subdesarrollada o economía subdesarrollada recurriendo en cambio al concepto de atraso (Gerschenkron, 1965).

En segundo lugar, una primera confirmación de las hipótesis referentes a un vínculo, estrecho y condicionante entre capitalismo y s. ha provenido de los procesos de colonización, descolonización y neocolonialismo. Además del ejemplo dado por Marx de la destrucción de la industria textil en India por obra de los ingleses, ejemplo citado a menudo y muy especialmente, están las condiciones deplorables en que las colonias de los países europeos –ya fuera la madre patria Gran Bretaña, Francia, España, Portugal, Bélgica o Italia– eran dejadas en el momento de la independencia, prescindiendo del periodo histórico particular en que los países coloniales accedían a ella. Precisamente la consideración de estas condiciones y de las profundas dificultades sucesivas en que todos estos países, con poquísimas excepciones, acabaron por encontrarse, hacían derrumbar miseramente la

teoría del desarrollo como producto de los impulsos, de los desafíos, provenientes desde el exterior, y hacían ver claramente en cambio los condicionamientos evidentes u ocultos a que estaban sometidas estas sociedades (en contraposición a sociedades de desarrollo independiente, con Japón que surge como caso paradigmático). El neocolonialismo acababa por ser considerado, justamente, sólo como una especie del género dominación capitalista a nivel mundial y la investigación de las causas del s. era dirigida hacia la identificación de las modalidades de apropiación-expropiación del excedente a nivel mundial, con la afirmación de la tesis del capital monopolista (Baran y Sweezy, 1968). Sin embargo, también esta tesis requiere una serie de ulteriores elaboraciones y especificaciones. Antes que nada, haciendo del s. esencialmente una relación entre países, termina por identificar la metrópoli con los países capitalistas desarrollados y los satélites con los países subdesarrollados, impidiéndose ulteriores distinciones fecundas entre los países capitalistas y en el interior de cada país capitalista, además de aquellas entre los países subdesarrollados y en el interior de ellos. En segundo lugar, no logra comprender, sin considerarlos por otra parte explícitamente, las condiciones y los cambios de la estratificación social, en particular en los países subdesarrollados, provocados por la relación de dominio. Se impide así, además, la profundización de un tema particularmente interesante, ya tocado por Marx, como el de la formación de verdaderas aristocracias del trabajo (Arrighi, 1969), terminando del mismo modo por privilegiar al sistema colonial respecto de la estructura de clases y de las relaciones entre propietarios de los medios de producción y productores, que constituían para Marx “la base oculta de toda la estructura social” (Córdova, 1972). En tercer lugar, resulta imposible el análisis de las contradicciones entre clases dominantes y clases explotadas en los países centrales y clases dominantes y clases explotadas en los países periféricos. Este análisis podría conducir a detectar las condiciones y las posibilidades de alianza entre las clases explotadas en los diversos países capitalistas, desarrollados y subdesarrollados.

Pero el peligro más grave de un uso analítico no consciente de la tesis que hace del s. la consecuencia necesaria de la expansión capitalista en el nivel mundial, más allá de una serie no insignificante de problemas históricos-cronológicos concretos, metodológicos y teóricos, relativos por un lado al desarrollo del capitalismo y por el otro a la distinción entre relaciones de intercambio y modo de producción, se da en la tendencia a no profundizar el análisis de la estructura de clases y de la organización del poder en los países periféricos. El justificado trastocamiento de las interpretaciones tradicionales que buscaban en los factores endógenos las causas del s. no debe hacer descuidar completamente el análisis histórico y sociopolítico de los modelos de organización de las diversas sociedades, análisis que puede ser iluminador (Furtado, 1969). En efecto, también la tesis de Frank reconoce un mínimo de autonomía a las clases dominantes en los países subdesarrollados, cuando los vínculos con los países centrales se aflojan, como históricamente ha sucedido en ocasión de las dos guerras mundiales y de la gran depresión, es decir cuando, al menos teóricamente, las posibilidades de elecciones “nacionalistas” eran posibles.

Sin embargo, aun esta observación crítica parece insuficiente respecto de los nuevos desarrollos teóricos para el estudio del s. Por un lado, en efecto, es cada vez más remarcada la gran autonomía de las empresas transnacionales, a menudo capaces de dictar la política exterior de los países capitalistas centrales y de los periféricos. Por el otro se destaca que el no indiferente “desarrollo” (sería mejor quizá hablar en la mayoría de los casos de “crecimiento” cuantitativo sin cambios estructurales) que se produce aun en los países periféricos tiene un precio y algunas consecuencias precisas, aunque no todas completamente acertadas, para el futuro de estos países.

III. SUBDESARROLLO, DEPENDENCIA Y MARGINACIÓN

La tesis clásica de la economía internacional remarcaba las ventajas que los cambios podían acarrear a economías que producían bienes diversos y que, especializándose en la producción de aquéllos en los que gozaban de una ventaja comparativa, habrían de obtener notables ganancias. Por lo tanto la expansión del comercio internacional y el consiguiente impulso a la especialización habrían producido ventajas recíprocas a las economías que entrasen en relaciones directas. Lo que se ha verificado en cambio, y se está verificando cada vez con mayor claridad, es la constitución de un sistema económico internacional que no tiene interés en la expansión de su campo de acción ni en una ulterior penetración en los sectores más atrasados de los países periféricos. “Se verifica por tanto una contradicción entre la necesidad del sistema capitalista en su conjunto de ampliar los mercados para hacer posible un aumento de las inversiones y los intereses inmediatos que las unidades económicas del sistema (los grandes monopolios transnacionales) tienen de aumentar sus propias ganancias ampliando la conquista y el dominio del mercado ya disponible” (Dos Santos, 1971).

A la luz de esta contradicción son examinadas por tanto las frecuentes afirmaciones de funcionalidad o disfuncionalidad del s. al desarrollo capitalista. El s. es claramente funcional al mantenimiento de las relaciones de dominio establecidas entre clases dominantes y clases dominadas en los países periféricos como también a la relación establecida entre centro y periferia, con la observación de que esta última relación está perdiendo importancia respecto de la coincidencia de intereses entre las clases dominantes de los países centrales y la de los países periféricos. Sin embargo, el s. es sin duda disfuncional para una hipotética mejor utilización de los recursos existentes en los países centrales y periféricos, en cuanto que en el concepto de s. se ha insertado del mismo modo la connotación de subutilización de recursos. Decimos hipotética en cuanto que la mejor utilización de los recursos puede ser obtenida, en la gran mayoría de los casos, sólo a través de una profunda reorganización social, inconcebible con el mantenimiento de las actuales relaciones de producción e intercambio.

Por lo que se refiere a las clases subalternas en los países centrales, se viene produciendo en su interior una división tal que parte de ellas pasan a integrar los sectores tecnológicamente avanzados y por lo tanto se benefician con la expansión del control capitalista en el nivel mundial, mientras que la otra parte es lenta pero progresivamente marginada del proceso productivo. Un proceso muy similar, que justamente es llamado marginación, tiene lugar en los países dependientes. “Con el desarrollo de la industrialización de los países subdesarrollados, la producción comienza a encontrar cada vez más acceso en el mercado interno. De aquí surge la esperanza de poder trasladar al interior de los propios países subdesarrollados el centro direccional de sus economías; sin embargo, dado que esta industrialización se produce por impulso del capital extranjero, éste termina por adueñarse del sector más avanzado de tales economías y por controlarlas por tanto más estrechamente, haciéndolas todavía más dependientes de lo que eran antes” (Dos Santos, 1971).

En los países subdesarrollados se asiste en escala reducida a una expansión económica del sector más estrechamente vinculado al mercado mundial, pero esta expansión no conduce a la independencia económica, por un lado, ni repercute favorablemente sobre el sector periférico interno, por el otro, sino que sanciona su definitiva exclusión. Esta exclusión encuentra por fin su legitimación en el nivel ideológico, legitimación basada en la ideología de la prestación evaluada de una manera singular, ya se hable de una estratificación nacional o internacional basada en los aportes que los grupos sociales o los países suministran al desarrollo de la sociedad (llegando al señalamien-

to de grupos sociales o países funcionalmente superfluos), ya se destaquen con mayor vigor los esfuerzos para escapar a las “condiciones tanto técnicas como organizativas” en las cuales se produce la riqueza social por parte de un capitalismo desarrollado industrialmente (Habermas, 1969).

Queda por enfrentar el problema de las distorsiones introducidas en la estructura de clase de los países subdesarrollados, de las reagregaciones que se producen en los países centrales y por lo tanto de los grupos sociales disponibles para una lucha abierta contra las relaciones de dependencia y de integración en escala nacional e internacional. La primera distorsión, común a todos los países latinoamericanos y que se extiende también a los otros países del tercer mundo, pero que presenta significativas semejanzas en las regiones subdesarrolladas de los países capitalistas no dominantes como Italia y España, es producida por una excesiva y prematura expansión del sector terciario. La clase media “de los servicios” constituye la porción más relevante de la población activa de estos países, sin aportar contribuciones significativas al desarrollo económico, pero erigiéndose como barrera o amortiguador entre los sectores de la burguesía industrial integrados en el sistema capitalista mundial y las clases populares en vías de marginación.

La segunda distorsión es producida por la creación de verdaderas aristocracias del trabajo que, fuertemente calificadas en el nivel técnico, tienden a integrarse en las clases dominantes dejando, presumiblemente, la tarea de revelar las bases reales del sistema a los grupos todavía no integrados o no inmediatamente integrables que, según Habermas, son esencialmente los estudiantes universitarios y medios. Para defenderse de los desafíos de los que es objeto, a menudo en manera anómica, por los grupos sociales excluidos y faltos de organización y representación, el estado contemporáneo tiende, por un lado, a instrumentalizar la participación política de un modo populista y plebiscitario, y por el otro, a erigirse como instrumento corporativo-represivo en beneficio de los intereses dominantes.

IV. ESTRATEGIAS PARA LA SUPERACIÓN DEL SUBDESARROLLO

¿Cuáles son las estrategias a perseguir para la superación del s.? Una vez aceptada la tesis del s. como producto de la expansión internacional del capitalismo, parece una consecuencia sostener que su superación no podrá producirse sino después de una derrota del capitalismo mundial. Sin embargo, una visión semejante resulta paralizante bajo dos puntos de vista. Se trata más de una afirmación de principio que del señalamiento de una estrategia coherente, y además tiende a subestimar de una manera excesiva e injustificada los reales obstáculos estructurales (o las heterogeneidades) que permanecerán con toda probabilidad entre una zona y otras y en el interior de las diversas zonas aun después de una eventual superación del capitalismo. Para este propósito son citados los desniveles geográficos y sectoriales existentes no sólo en los países de Europa oriental, que se podrían considerar “penetrados” y sujetos por la política económica soviética, sino también en los que quedaron en el interior de la propia Unión Soviética, más de 50 años después de la revolución socialista y, presumiblemente, en el interior de China (ambas economías sustancialmente “cerradas” y casi totalmente autosuficientes).

Por lo que se refiere a China, sobre la cual falta un estudio económico exhaustivo, se destaca sin embargo que, aun existiendo heterogeneidades y desniveles geográficos sectoriales, su naturaleza no les permite causar distorsiones en la estructura de clases ni en la gestión y en la organización del poder

político que, más bien, provee constantemente a la transferencia de recursos con el fin de alcanzar una distribución lo más paritaria posible. La solución es buscada tanto hacia arriba, en el momento de la formación de las heterogeneidades, como hacia abajo en el momento en que las heterogeneidades y los desniveles formados precedentemente podrían ampliarse. Toda esta temática aguarda de todas maneras una formulación mucho más documentada y mucho más rigurosa, sobre todo en referencia al caso de China, considerado por muchos como emblemático de una tendencia completamente distinta.

Volviendo a los tiempos intermedios para una estrategia de superación del capitalismo y partiendo del dato de hecho incontrovertible de la “internacionalización” del capitalismo y del s., los dos caminos propuestos tratan de llegar a una solución válida precisamente en el plano internacional. Los países subdesarrollados pueden intentar hacer presión sobre el sistema económico y político dominado por el capitalismo –justamente con los sustentadores, aun ocasionales, que pueden encontrarse en el interior de los países dominantes– o bien pueden tratar de apartarse parcial y temporalmente del propio sistema (Rudebeck, 1970). En ambos casos es absolutamente necesario que los países subdesarrollados lleguen a un acuerdo de cooperación económica y, al final, política entre sí que permita romper los lazos con los respectivos países dominantes.

Normalmente obstaculizan estos acuerdos económicos y políticos dos condiciones principales: la primera es que las economías de los países subdesarrollados en el interior de ciertas áreas están más que nada orientadas a la producción de bienes similares y no están muy diversificadas; por lo tanto, la complementariedad de las economías, que es a menudo un potente factor de desarrollo, está ausente en la mayoría de los casos. La segunda se refiere a la disponibilidad política de las clases dominantes de los países subdesarrollados que, bien o mal, son las beneficiarias de aquel particular tipo de crecimiento, distorsionado y a menudo inadecuado, pero real, para arriesgar sus posiciones de poder y de bienestar en un acuerdo con otras clases dominantes, no todas homogéneas, para aflojar o romper los vínculos del s. Las contradicciones y las tensiones en el interior de las clases dominantes y clases subalternas y las tentativas de movilización de las clases subalternas con la ayuda de las elecciones políticas de ciertos grupos de las clases dominantes provocan una serie de fenómenos de cambios violentos en los detentadores del aparato estatal.

La inestabilidad política de los países del tercer mundo es, por lo tanto, en la gran mayoría de los casos, inducida, exógena y no endógena, y es agravada por las pesadas interferencias provenientes del sistema capitalista internacional. Pero si, como hemos visto, la tendencia en los países subdesarrollados es hacia una progresiva emancipación del sector central respecto del periférico y hacia un vínculo más estrecho, no tanto con el sector central del país dominante, sino con las grandes empresas transnacionales, a su vez desligadas de cualquier tipo eficaz de control político y económico, el futuro de los países subdesarrollados no es un futuro de inestabilidad sino más bien de una estabilidad *sui generis*. Esta nueva estabilidad consistirá, más que nada, en la permanencia en el poder de los gestores de las opciones decididas en un nivel internacional, pero no puede significar orden completo. En efecto, aunque sean esporádicos, desorganizados u organizados, continúan surgiendo por parte del sector periférico o más a menudo por parte de los grupos que, gradual pero constantemente, son marginados del sector central de los países subdesarrollados, violentos desafíos al orden constituido que encuentran un eco muy amplio en los sectores periféricos y en las franjas de los sectores centrales en los países dominantes. El s. acaba por constituir así el elemento de contradicción permanente en los países capitalistas y al mismo tiempo, por representar el estímulo más eficaz para un cambio del propio sistema internacional.

2.17 Material de apoyo para la actividad 10 (unidad 2)

INDIGENISMO

Texto de José M. Fernández, Universidad Complutense de Madrid

En: *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*, Universidad Complutense de Madrid.

<http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionarioS.htm>

Indigenismo es un término derivado de la palabra indígena, siendo ésta un sinónimo de indio de uso frecuente en el lenguaje ordinario y también en el trabajo antropológico para evitar las connotaciones peyorativas que hasta muy recientemente tenía la palabra indio cuando es empleada por los no indios. Alejandro Marroquín, en su obra *Balance del indigenismo. Informe sobre la política indigenista en América* (1972), define el indigenismo como “la política que realizan los Estados americanos para atender y resolver los problemas que confrontan las poblaciones indígenas, con el objeto de integrarlas a la nacionalidad correspondiente”. De modo similar, el Instituto Indigenista Interamericano, su principal impulsor, definía recientemente el Indigenismo como “una formulación política y una corriente ideológica, fundamentales ambas para muchos países de América, en términos de su viabilidad como naciones modernas, de realización de su proyecto nacional y de definición de su identidad” (Instituto Indigenista Interamericano 1991: 63).

Los críticos del indigenismo lo consideran como un instrumento al servicio de los Estados nacionales para destruir la identidad de los pueblos indios e integrarlos en una cultura nacional homogénea. Así, Henri Favre define el indigenismo como una corriente de pensamiento y de ideas que se organizan y desarrollan alrededor de la imagen del indio. “Se presenta como una interrogación de la indianidad por parte de los no indios en función de preocupaciones y finalidades propias de estos últimos” (Favre, 1976: 72). Para Andrés Aubry, “el indigenismo no es sino una respuesta del sistema a una pregunta de blancos: ¿por qué los países pluriétnicos están atrasados? Encubre una hipótesis: el indígena es un freno al desarrollo. En vez de cuestionar la sociedad global y su modelo de desarrollo, desprecia la cultura indígena” (Aubry, 1982: 15).

Una de las preocupaciones más recurrentes del indigenismo moderno en sus fases iniciales y uno de los debates más apasionados suscitados en su seno ha sido el de la definición del indio. Manuel Gamio, primer director del Instituto Indigenista Interamericano, cuando ya llevaba más de dos décadas al frente de esta institución, escribía lo siguiente: “hay una cuestión pendiente que es de capital importancia para el indigenismo y ha sido objeto de discusión desde hace años y en especial desde que se fundó el Instituto Indigenista Interamericano, pero que hasta la fecha no ha podido ser satisfactoriamente resuelta. Esa cuestión implica tres preguntas que parece fácil contestar, pero que no lo es en realidad: ¿Cuántos, quiénes y cómo son los habitantes de América que deben ser propiamente conceptuados como indígenas? (Gamio, 1966: 175-176). Como ha observado Alejandro Marroquín, en la evaluación más exhaustiva que se ha hecho de las tres primeras décadas del indigenismo interamericano, “el concepto de indio es clave para determinar el contenido y las metas de la política indigenista y por eso se explica que haya tal abundancia de criterios y tan serias discrepancias polémicas” (1972: 6-7).

El I Congreso Indigenista Interamericano (Pátzcuaro, México, 1940), en la resolución LII define al indio como aquel “individuo económica y socialmente débil”. Esta definición en términos más bien negativos contrasta con otra mucho más compleja y rica en contenido, probablemente la más completa que pueda hallarse en cualquier documento indigenista, la que propuso el II Congreso Indigenista Interamericano (Cuzco, Perú, del 24 de junio al 4 de julio de 1949) partiendo de la autoidentificación como el criterio fundamental de la indianidad: “El indio es el descendiente de los pueblos y naciones precolombinas que tienen la misma conciencia de su condición humana, asimismo considerada por propios y extraños, en sus sistemas de trabajo, en su lengua y en su tradición, aunque éstas hayan sufrido modificaciones por contactos extraños (...). Lo indio es la expresión de una conciencia social vinculada con los sistemas de trabajo y la economía, con el idioma propio y con la tradición nacional respectiva de los pueblos o naciones aborígenes” (Actas finales, 1959: 86-87). Posteriormente, en plena efervescencia desarrollista, los criterios socioeconómicos pasaron a ocupar un primer puesto en la definición de lo indio, desplazando lo étnico a un segundo plano (Marroquín, 1972:8). Pero la emergencia de los pueblos indios a partir de la década de los setenta ha obligado a reconsiderar la importancia de las diferencias étnico-culturales.

Desde una posición crítica al indigenismo oficial, el antropólogo mexicano Guillermo Bonfil Batalla, considera que “la categoría de indio designa al sector colonizado y hace referencia necesaria a la relación colonial”. Mediante esta categorización supraétnica se encubre la diversidad de pueblos que quedan englobados bajo la definición global del colonizado como indio, diferente e inferior, y de este modo “el colonizador racionaliza y justifica la dominación y su posición de privilegio” (Bonfil, 1992: 59). Los criterios para determinar quiénes son o no son indios han variado a lo largo del tiempo y son diferentes en cada país. El criterio racial es el que menos aceptación tiene en la actualidad como resultado del intenso mestizaje biológico que se produjo en América Latina. El criterio lingüístico también recibe objeciones ya que excluye a individuos que hablan sólo castellano aunque posean otras características culturales autóctonas (Gamio, 1966: 179). En cualquier caso los censos oficiales muestran una tendencia sistemática a rebajar el tamaño de la población india con el fin de sostener las hipótesis del mestizaje, “ladinización” o “cholificación”, creciente de la población india. Refiriéndose a los criterios y fórmulas para identificar al indio en Guatemala, el intelectual maya Demetrio Cojtí Cuxil sostiene que son parciales, incompletos e inoperantes, debido “principalmente a que no incluyen la autoidentificación como criterio para identificar la nacionalidad de pertenencia de los indígenas” (Cojtí, 1991: 23).

En la actualidad, la palabra “indio” ha sido recuperada por los indios mismos como signo de identidad y de lucha. Y el término indianismo, derivado de indio, se vienen utilizando en los últimos años para designar la ideología reivindicativa de los indios y su lucha contra el colonialismo interno en contraposición al indigenismo, nacido del interés, no exento de paternalismo, de los no indios por los indios, y que “se ha traducido a través del Estado en un aparato ideológico del estado característico de América y destinado a reproducir la situación colonial interna de los pueblos indios y su condición de minorías sociológicas” (Barre, 1982:1; ver Matos, 1993: 325).

(...)

El movimiento indigenista contemporáneo como actitud humanista ante la cuestión india comenzó a emerger en la segunda mitad del siglo XIX a partir de la reflexión crítica de algunos sectores mestizos sobre las siguientes cuestiones: el impacto devastador de las políticas liberales del siglo XIX para las

comunidades indias, la importancia de la presencia india en las economías nacionales de muchas repúblicas jóvenes de América Latina y el papel decisivo de los indios en algunos acontecimientos históricos como la Guerra del Pacífico entre Perú y Chile (1879). Se trataba específicamente de una ideología mestiza que reconocía la explotación secular que venían padeciendo los indios y la necesidad de educación para desarrollar sus cualidades y llegar a ocupar el lugar que merecen en la civilización. Pero, en lugar de profundizar en las causas del malestar en las comunidades indias manifestadas en múltiples rebeliones y amotinamientos contra las medidas adoptadas por los liberales y que tuvo su cúlmene en la revolución mexicana de 1910, la retórica indigenista que de finales del siglo XIX y comienzos del siglo deplora, al tiempo que racionaliza, la condición de los indios como algo que puede corregirse sin poner demasiado en peligro la aproximación liberal.

Entre las décadas de 1910 y 1940 se sitúa la mayor maduración del pensamiento indigenista. Durante este período el interés inicialmente romántico y humanitario por los indios adquirió una dimensión reivindicativa debido a la toma de conciencia del lugar y del papel de indio en la construcción de las identidades nacionales. La creciente preocupación por la situación de los indios y ciertos acontecimientos mundiales como la guerra de 1914, y las revoluciones mexicana, rusa y china, dieron al indigenismo un nuevo y vigoroso impulso. Durante las décadas de 1920 y 1930, la ideología y el mensaje indigenistas influyeron decisivamente en la actividad creadora y en la política de los países latinoamericanos, especialmente en aquellos con una población indígena significativa. El indigenismo se convirtió en un movimiento de protesta contra la injusticia que padecen los indios, con importantes manifestaciones en las artes, especialmente la literatura, en las ciencias sociales y en la formación de asociaciones proindígenas. La presencia indígena pasó de ser considerada como un lastre a ser apreciada como una fuente de potencialidades, valores y estilos de vida que era imprescindible rescatar y vigorizar. La situación de opresión y marginación que padecían los indios era percibida como una anomalía histórica y estructural de las sociedades americanas que había que corregir si se quería superar la contradicción insalvable entre el modelo de sociedades nacionales unitarias, democráticas y culturalmente homogéneas, al que se aspiraba, por un lado, y realidades definidas por la heterogeneidad cultural, social y racial, y por las relaciones asimétricas y antidemocráticas, por otro. La reivindicación de lo indígena y el nacionalismo aparecían así más unidos e imbricados que nunca (I.I.I., 1991: 70).

En el contexto de movimientos y revueltas campesinas que venían caracterizando el panorama social desde comienzos del siglo XX, la literatura indigenista ya no era suficiente para interpretar el problema indio y se hacía necesario un profundo análisis político y social de la cuestión. Entre las aportaciones de este período al análisis de la cuestión india sobresale de modo especial la de José Carlos Mariátegui (1895-1930). Este pensador peruano analizó con gran lucidez cómo se enraizan la ignorancia, el atraso y la miseria de los indios en el régimen de propiedad de la tierra (Mariátegui, 1974). No se trataba, por lo tanto, de un problema ético, educativo o racial, sino de una economía basada en la enajenación del trabajo de los hombres, de un orden creado por la conquista que se agravó y acrecentó durante la república. Se planteaba así, por primera vez, una solución al “problema indígena” que no pasaba por la exigencia previa del abandono de sus atributos étnicos por parte de los indios, sino por su liberación como clase explotada, mediante el cambio del orden económico. Desde la perspectiva del indianismo actual se le puede criticar a Mariátegui el dejar en un segundo plano el factor cultural para resaltar el económico. Sin embargo, este pensador peruano tuvo el mérito de romper con el indigenismo romántico, convirtiéndolo en una tendencia más realista, más

combativa y por lo tanto más peligrosa para las clases dominantes. La lúcida posición de Mariátegui no pudo evitar, sin embargo, que prevalecieran los enfoques integracionistas (I.I.I., 1991: 73).

Aunque el indigenismo de esta época no solía cuestionar las estructuras de la sociedad, contribuyó a que se tomara conciencia del problema indio y a mitigar algunos abusos. Pero su discurso fue recuperado con facilidad por los gobiernos de cualquier signo político. El caso más típico es la adopción del indigenismo por los movimientos y gobiernos populistas que se formaron en el segundo cuarto del siglo XX en varios países latinoamericanos. Consciente de que la Independencia no había conseguido construir naciones culturalmente homogéneas de acuerdo con el admirado modelo europeo de Estado-nación, sino que más bien había prolongado una situación de colonialismo interno, el populismo americano, especialmente en su versión mexicana, guiado por el objetivo fundamental de construir nación, “atribuye a los indios una importancia inusitada en el discurso político y les reconoce un lugar significativo en la construcción de la identidad nacional” (Barre, 1983: 33). Al socaire de los gobiernos populistas se enriquecieron y se modernizaron las sociedades latinoamericanas, o de modo más exacto sus clases medias ilustradas. Pero los pueblos indios siguieron sujetos a su antigua servidumbre y a su secular pobreza.

DEL INDIGENISMO DE INTEGRACIÓN AL ETNODESARROLLO

A principios de la década de los setenta se produce un claro punto de inflexión en el indigenismo interamericano hacia lo que se ha dado en llamar etnodesarrollo. A medida que concluían los procesos de reforma agraria en varios países latinoamericanos y se hacía evidente que, ni la reorganización de la tenencia de la tierra, ni la colonización de nuevas fronteras agrícolas, ni, por supuesto, la introducción de arbitrarias innovaciones tecnológicas, habían solucionado los problemas de las poblaciones indias, sino que por el contrario, éstas eran más numerosas y más pobres cada día, las mismas comunidades indias volvieron a considerar sus prácticas agrícolas y formas de organización tradicionales como una alternativa a tantas frustraciones. “Tras el andamiaje de las cooperativas agrícolas y artesanales fue reviviendo una vez más la vieja estructura comunal de solidaridad y trabajo recíproco” (Arze, 1991: 27).

El indigenismo interamericano, en sintonía con el discurso de la riqueza de los pueblos que se fue imponiendo en las agencias internacionales de desarrollo como alternativa al fracaso de un modelo de desarrollo lineal e interpretado en términos puramente económicos, descubrió en las mismas comunidades indias un potencial de desarrollo previamente desconocido o más bien desdeñado. La dimensión cultural del desarrollo volvió a ocupar el lugar principal de la agenda indigenista, pero con un sentido inverso al que había tenido en la primera fase integracionista. Ahora la cultura india no se veía como el obstáculo principal para el desarrollo, sino como su principal recurso para un desarrollo integral. El etnodesarrollo, “significa no una alternativa tecnológica romántica, o una propuesta de ahorro en inversiones, sino la posibilidad de abandonar los modelos homogeneizadores de desarrollo, que avasallan y someten la diversidad, en beneficio de modelos plurales capaces de proyectar toda la capacidad social del trabajo humano para un futuro más justo” (Arze, 1990: 28-29).

El tema del etnodesarrollo fue objeto de un interesante debate entre expertos reunidos en San José de Costa Rica (diciembre de 1981) bajo los auspicios de la UNESCO y FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales). En la Declaración de San José con la que concluyó el evento hallamos la siguiente definición de etnodesarrollo: “Entendemos por etnodesarrollo la ampliación

y consolidación de los ámbitos de cultura propia, mediante el fortalecimiento de la capacidad de decisión de una sociedad culturalmente diferenciada para que guíe su propio desarrollo y el ejercicio de la autodeterminación, cualquiera que sea el nivel que considere, e implica una organización equitativa y propia del poder. Esto significa que el grupo étnico es la unidad político administrativa con autoridad sobre su propio territorio y capacidad de decisión en los ámbitos que constituyen su proyecto de desarrollo dentro de un proceso de creciente autonomía y autogestión”.

El etnodesarrollo, a diferencia de lo que en algún momento se llamó indigenismo de participación, ya no se plantea sólo el tomar en cuenta la opinión y las aspiraciones de los pueblos indios, sino que sostiene que son ellos –y únicamente ellos– quienes deben tomar en sus manos las riendas de su propio destino histórico. Este derecho se fundamenta en que se les reconoce como sociedades culturalmente diferenciadas y, en consecuencia, legítimamente capaces de constituir unidades político-administrativas autónomas dentro de los Estados nacionales de los que forman parte. Para que el etnodesarrollo no se quede en un buen deseo se requiere “la existencia de una marco de relaciones política entre el Estado y los pueblos indios que permita el control y la gestión autónoma de los recursos culturales. Por ello no puede concebirse como un proceso circunscrito sólo al espacio del grupo étnico, sino que supone determinadas relaciones con el Estado y la sociedad global. Y es precisamente en esta doble condición de articulación y autonomía donde se dan sus principales contradicciones, límites y posibilidades (I.I.I., 1991: 82).

En las dos últimas décadas el indigenismo interamericano ha experimentado un importante giro en su previa política integracionista hasta el punto de convertirse en un ardiente defensor del etnodesarrollo, en cierta medida forzado por la creciente organización de los pueblos indios y la articulación expresa de sus demandas como pueblos, así como por el fracaso del modelo de desarrollo impulsado por la CEPAL en el período de posguerra y la necesidad imperiosa de hallar nuevos caminos para la democracia y el desarrollo que permitiesen superar la profunda crisis social e institucional en que se vieron sumidos los países latinoamericanos. Este cambio puede apreciarse claramente en la presentación por parte del Instituto Indigenista Interamericano de su política indigenista para el período 1991-1995: “Lo que se requiere, en suma, para que el problema indígena deje de ser tal, es consolidar los grupos étnicos indígenas, tendiendo puentes a su emergencia y a su etnodesarrollo; valorar la riqueza que significa vivir en sociedades pluriculturales y multilingües, robustecer la democracia, y alcanzar el desarrollo integral. La presencia de casi cuarenta millones de indios como ciudadanos plenos es una meta no difícil de alcanzar, que debe favorecer, en la dimensión cultural y humana, la erradicación de la pobreza crítica que los afecta y el auténtico desarrollo integral que requiere nuestra América. Este es el desafío que el indigenismo ha de prepararse a afrontar en este fin de siglo” (I.I.I., 1991: 9-10).

Con el crecimiento de la capacidad y voluntad de participación autónoma de los pueblos indios en la defensa de sus derechos y la promoción de sus intereses, los congresos indigenistas han dejado de ser los únicos foros en los que los intereses indios eran analizados y definidos por funcionarios de los gobiernos y científicos sociales. Ahora los indios realizan sus propios encuentros y congresos a todos los niveles, y a los congresos indigenistas interamericanos les corresponde hacer eco y concertarse con las voces que se expresan en esos otros encuentros y congresos. Para ello es necesario que continúe la apertura de los congresos indigenistas a la presencia plena de los representantes indígenas en condiciones paritarias con los representantes de los gobiernos. “Así los futuros congresos podrán constituirse en lo que siempre debieron ser: encuentros tripartitos que permitan la confron-

tación fraterna de los puntos de vista y experiencias de indígenas, indigenistas y estudiosos de los problemas sociales” (Matos, 1993:325).

El giro en la ideología y en la política indigenistas al que nos venimos refiriendo, no sólo se escenificó en los congresos indigenistas, sino que ha tenido otras plasmaciones concretas, entre las que cabe destacar la constitución del Parlamento Indígena Latinoamericano (Panamá, septiembre, 1987), primera estructura continental que buscará coordinar los esfuerzos de varios movimientos nacionales en busca de avances sustantivos en el campo formal de la legislación; la promulgación de la Ley de Autonomía de la Costa Atlántica (Managua, septiembre de 1987); la creación en 1990 de la Comisión Especial de Asuntos Indígenas (CEAIA) con el concurso de los ocho países firmantes del Tratado de Cooperación Amazónica (TCA) y la participación de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA), y la decisión de los presidentes latinoamericanos, reunidos en la Cumbre de Guadalajara, México (julio de 1991), de constituir un Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe.

A un nivel más universal han sido logros importantes para los indígenas la sustitución del Convenio 107 de la OIT (1957), de clara orientación integracionista, por el Convenio 169 (1989), principal instrumento jurídico internacional de que disponen actualmente los pueblos indios para reivindicar sus derechos; la elaboración de un proyecto de Declaración Universal de los Derechos de los Pueblos Indígenas; la declaración por las Naciones Unidas de 1993 como “Año Internacional de los Pueblos Indígenas del Mundo”, prolongado con la declaración de la “Década de los Pueblos Indígenas” (1994-2003), y la designación de Rigoberta Menchú como Premio Nobel de la Paz de 1992.

Varios países latinoamericanos han ratificado el Convenio 169 de la OIT, algunos, como México y Colombia, ya han modificado sus textos constitucionales para adecuarlos a este Convenio y otros están en vías de hacerlo. El discurso del etnodesarrollo y el pluralismo también ha sido incorporado por algunas entidades financieras internacionales, aunque no lo engloban en el tema de los derechos de los pueblos sino en el tema ecológico (ver Banco Mundial, 1991: 257).

En los últimos años se ha producido, pues, un cambio de paradigma en el indigenismo interamericano, que ha terminado por adoptar un modelo pluralista de resolución de la cuestión étnica. Este giro inequívoco hacia un modelo pluralista que pretende romper con los modelos asimilacionistas e integracionistas en los que se había inspirado previamente el indigenismo ha sido un proceso complejo en el que han influido múltiples factores estrechamente interrelacionados, entre ellos la quiebra del modelo de desarrollo modernizador, la transformación del Estado, la emergencia política de los pueblos indios, y el desarrollo científico y tecnológico. Todo ello en el marco de un proceso histórico de globalización que ha contribuido a la revitalización étnica en todo el mundo (Adams, 1993).

2.18 Material de apoyo para la actividad 11 (unidad 2)

IDENTIDAD LATINOAMERICANA

Gabriel García Márquez

Discurso ante la Academia Sueca de Letras al recibir el Premio Nobel de Literatura

En: El País, jueves 8 de diciembre de 1982.

LA SOLEDAD DE AMÉRICA LATINA

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. El dorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la eterna juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros, y sólo llegaron cinco de los seiscientos que la emprendieron. Uno de los misterios que nunca fueron descifrados, es el de las 11.000 mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana encargada de estudiar el ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general Gabriel García Morena gobernó Ecuador durante dieciséis años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el despota de Teófilo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30.000 campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazan, erigido en la plaza mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con sus palabras. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetus que nunca las noticias fantasmales de América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya parquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro corazón generoso, y la de un militar democrata que había restaurado la dignidad del pueblo. Ha habido cinco guerras y diecisiete golpes de Estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto, veinte millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir los dos años, que son más de cuantos han nacido en Europa desde 1970. Los desaparecidos por causa de la represión son casi 120.000, que es como si hoy no se supieran dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas arrestadas encinta dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto 200.000 mujeres y hombres en todo el Continente, y más de 100.000 perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América central: Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en Estados Unidos la cifra proporcional sería de 1.600.000 muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10% de su población. Uruguay, una nación minúscula de 2.500.000 habitantes, que se consideraba como el país más civilizado del Continente, ha perdido en el destierro uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada veinte minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina, tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual este colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desahorada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó trescientos años para construirse su propia muralla y otros trescientos para tener un obispo, que Roma

se debatió en las tinieblas de la incertidumbre durante veinte siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos suizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa como soldados de fortuna. Aún en el apogeo del Renacimiento, 12.000 lansquenets a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma y pasaron a cuchillo a 8.000 de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan aquí también por una patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos lejos si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental. No obstante, los progresos de la navegación, que han reducido tantas distancias entre nuestras américas y Europa, parecen en cambio haber aumentado nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3.000 leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre estos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: “Me niego a admitir el fin del hombre”. No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que, por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años, es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la Tierra.

2.19 Material de apoyo para la actividad 11 (unidad 2)

IDENTIDAD LATINOAMERICANA

PRINCIPALES TESIS EN LA DISCUSIÓN

Extraído de: Vergara Estévez, J. y Vergara del Solar, J., La identidad cultural latinoamericana. Un análisis crítico de las principales tesis y sus interpretaciones.

En: Persona y Sociedad, Revista del Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, ILADES, Vol. X, N°1, abril 1996.

1. INTRODUCCIÓN

Desde los años 80 observamos, tanto en América Latina como en el Norte, un creciente interés hacia la temática de la identidad cultural. Este se muestra en los ámbitos intelectuales, en los medios comunicativos y en diversos tipos de discursos, incluyendo los políticos y publicitarios. Abarca las más diversas formas de identidad, “nuevas” y tradicionales: de género; psicosocial; de las organizaciones; nacional; regional; étnica; deportiva, entre otras. Los análisis sobre estas formas de identidad presentan asimismo una gran variedad de estilos y perspectivas disciplinarias.

El renovado interés por el tema y la heterogeneidad de perspectivas apuntan o nos orientan sobre la situación de la identidad cultural en nuestra región. Parece existir una estrecha relación entre el modo de experimentar la identidad cultural, la preocupación por ella y la diversidad de interpretaciones. Las identidades no son esencias fijas y definitivas, impermeables frente a los cambios de experiencia histórica y cultural.

En la historia cultural de América Latina han habido otros períodos de cambio epocal en que la temática identitaria se ha hecho relevante y en que se ha producido una gran variedad de interpretaciones, a menudo en oposición entre ellas. Estos períodos fueron las primeras décadas posteriores a la Independencia y el de la larga crisis de la República oligárquica. En la actualidad vivimos un cambio en nuestra(s) experiencia(s) identitaria(s), una profunda alteración de sus procesos de reproducción, una pérdida de las certezas y confianzas. Nos encontramos por ello en un estado de duda e incertidumbre.

Asimismo, el campo identitario actual presenta simultáneamente, por una parte, procesos de desestructuración de las grandes identidades ligadas a la nación, la política y las clases sociales; por otro, de potenciación de modalidades antes consideradas secundarias, así como de “microidentidades” (de género, deportivas, religiosas, etc.) y también de surgimiento de nuevas formas de identidad: religiosas, a través del consumo cultural y otras. En estos cambios la relación entre las identidades se ha tensionado, y tampoco parece haber algunas predominantes que pudieran operar como ejes ordenadores. En suma, se trata de un generalizado, diversificado y complejo proceso de crisis y transformación de identidad(es) social(es), e incluso personales.

Este proceso de cambio se produce en un contexto de profundas transformaciones sociales y culturales, muchas de las cuales son parte de mutaciones globales que, sin embargo, tienen una especificidad latinoamericana. En primer lugar, estamos viviendo una época inédita de globalización y de

internacionalización de la economía, de la política y del consumo cultural. De este modo, nos hemos hecho cada vez más conscientes a través de los medios comunicativos y la experiencia directa de la “diversidad de culturas, religiones, pueblos, etnias, naciones, sexos e individualidades” (Biagini, 1989:38).

En segundo término, constatamos en nuestras sociedades un doble proceso que incide de modo significativo en la crisis de identidad. Por una parte, hay una aceleración del tiempo histórico, es decir, los acontecimientos y procesos se suceden con una velocidad inédita. En muchos casos, éstos asumen un carácter traumático y desestructurador de la experiencia cotidiana y de los proyectos de vida: golpes de Estado, aumento de las formas de violencia, crisis políticas o económicas, entre otros fenómenos.

Por otra parte, asistimos en América Latina a un cambio cultural sin precedentes, el que ha recibido diversas definiciones e interpretaciones. Se ha hablado de “cultura híbrida” (García Canclini), de “cultura de la desesperanza” (Hinkelammert), de un cambio de “era política” (Garretón), del surgimiento de un nuevo tipo de Estado y relación a la sociedad civil, de una crisis e incluso de un “fracaso de la modernidad” en América Latina” (Torres Rivas).

Todo ello implica importantes desafíos para el analista de las identidades culturales. En primer término, porque se ve obligado a revisar el propio concepto y teoría sobre la identidad social y cultural, y a explicitar la complejidad de sus principales dimensiones de tradición y proyectividad; legado y construcción; permanencia e historicidad, etc. Todo ello para intentar comprender procesos de identidades emergentes, otras en transformación o en crisis, cuyos perfiles no son claros, cuyos límites son imprecisos o engañosos. En segundo lugar, porque le lleva a analizar los procesos de reproducción de las identidades y sus condiciones, la relación entre los distintos tipos de identidades, etc., y especialmente, a situar su análisis en relación al de la cultura en América Latina.

Junto con los anteriores, existen otros desafíos relativos a las características del debate sobre la identidad cultural en América Latina. Una de las principales es la variedad y heterogeneidad de las interpretaciones existentes.

(...)

(El presente trabajo) está dedicado a describir y analizar las tesis sobre la identidad cultural latinoamericana en algunas de sus versiones más importantes: indianista, hispanista y del mestizaje cultural.

(..)

Diversos autores han planteado la transformación de las interpretaciones sobre la identidad cultural en discursos públicos que pueden servir como herramientas de legitimación de grupos sociales particulares dentro de una sociedad. (...) Estos discursos públicos pueden cumplir funciones ideológicas (en el caso de los grupos dominantes) o de resistencia (en el caso de los grupos dominados).

(...)

Al examinar debates como el llevado a cabo entre hispanistas y liberales en el siglo pasado, concordamos con estos autores respecto a sus sospechas que, en las discusiones sobre el tema, cada bando intenta hacer de la cuestión de la identidad una bandera de lucha por el reconocimiento social y la aceptación de sus ideas. Resulta, por tanto, insuficiente mostrar las debilidades conceptuales de cada una de las tesis. Hay que tomar en cuenta además que ellas se ligan a modos de experiencia colectivos surgidos en el desarrollo histórico de los países de la región.

(...)

Volviendo al problema de la interrelación entre experiencias colectivas y discursos sobre la identidad, nos parece que desde muy temprano el tema constituye una preocupación para líderes, intelectuales y pensadores latinoamericanos. Ya Bolívar en Carta de Jamaica (1819) se preguntaba quiénes somos. Respondía que no éramos ni indios ni españoles, sino americanos. Implícitamente reconocía que no sabía dar a esta última categoría contenidos positivos. Así, para Bolívar como para muchos que se han preocupado del problema después de él, la identidad latinoamericana aparece despojada de contenidos concretos. Se define por oposición a otras identidades: hispana, indígena, europea, pero no posee rasgos propios. Quizás por ello, el tema suele asumir un carácter fundante. De su resolución se espera la solución de otros muchos problemas que nos afectan: el autoritarismo, la pobreza, la integración de la región, etc. Esto ha producido una sobrecarga de expectativas respecto de la problemática. Se insiste tanto en su importancia que en muchos casos se pierde la distancia necesaria para tratarla con objetividad. No negamos que el tema sea relevante, pero creemos que no debe atribuírsele una significación excesiva, como ya ocurrió con otras temáticas: la dependencia, la marginalidad, la modernización, etc.

(...)

Resumiendo lo dicho, podemos decir que la identidad cultural es objeto de múltiples interpretaciones que son elaboradas como discursos públicos e intelectuales los que influyen en los sujetos a través de los medios de comunicación, la educación y otras formas. Pero para ser efectivos, estos discursos requieren constituirse en puntos de referencia de personas y grupos concretos, cuya experiencia esté mediada por sus categorías.

En función de estas ideas, hemos ordenado la presentación de cada una de las tesis en relación con tres aspectos: a) génesis social de las ideas centrales, b) exposición sintética de sus fundamentaciones históricas y normativas y c) análisis de sus contradicciones y limitaciones. Hemos restringido nuestra exposición a las tesis indianista, hispanista y del mestizaje cultural, por considerarlas las más importantes dentro del debate clásico. En las conclusiones del trabajo nos referiremos a otros enfoques distintos elaborados por las ciencias sociales.

2. TESIS INDIANISTA

La tesis indianista es quizás la de más antigua raigambre en América Latina. Su origen histórico-social puede situarse en la experiencia de algunas poblaciones indígenas americanas tras la llegada de los españoles. En especial, aquellas que intentaron revertir el proceso histórico al período anterior.

El caso andino es paradigmático. Como se sabe, en la religiosidad andina pre-hispánica no existía un culto único que agrupara a toda la población aborigen. El culto solar representaba fundamentalmente un culto de los estratos superiores de la sociedad inca (Castro Pozo, 1944-45: 8). Los distintos pueblos sometidos al Incario mantenían muchas de sus prácticas y creencias propias, como el culto a los muertos y a los antepasados, que fueron revitalizados con posterioridad a la Conquista. Los movimientos milenaristas del siglo XVI se basaron precisamente en una recuperación de dichos cultos. A ellos se les fueron incorporando elementos cristianos, lo que se explica en gran medida por el hecho que las categorías tradicionales indígenas no permitían explicar cabalmente el signifi-

cado de la Conquista y derrota de los Incas. A lo sumo, estos sucesos podían ser concebidos como un “Pachacuti”, una catástrofe cósmica. Gracias al cristianismo, la derrota de los Incas pudo ser vista como una consecuencia de sus pecados (Flores Galindo 1987: 72 y ss.). Sin embargo, esto no conllevaba la desaparición de los Incas. Ellos sobrevivían en lugares escondidos de la selva, de donde saldrían para liberar a los indios de la dominación española. Se inauguraría una nueva era. La concepción milenarista se organizaba en torno a la figura del Inca, cuyo culto no existía en los primeros tiempos de la Conquista. Su creación fue un producto posterior que permitió consolidar una identidad panandina que sirvió de marco legitimador de las rebeliones indígenas del siglo XVIII (Pease, 1984). La “utopía andina” (Flores Galindo) constituyó entonces un elemento de resistencia al conquistador, una “manera de cambiar lo suficiente para no cambiar”, según señala Pease (Ibid: 41). Después del tiempo de los españoles, sobrevendría un nuevo tiempo: “la tercera etapa, Dios Espíritu Santo y otros seres habitarán la tierra. Los mistis no son eternos. Perecerán al igual que los incas y de otros será la tierra” (Flores Galindo, 1987: 77).

Esta breve presentación sobre los orígenes socio-históricos del indianismo nos permitirá caracterizarlo en sus principales aspectos, así como explicar sus a veces contradictorios argumentos. En general, el indianismo propugna la recuperación de la identidad india amenazada, pero no destruida, por los procesos de colonización occidental. América Latina sería todavía indígena.

En sus versiones extremas, la recuperación de la identidad indígena sería totalmente excluyente de toda incorporación en ella de elementos culturales no-indios. Versiones más moderadas del indianismo sostienen, en cambio, la aceptación del mundo blanco como un interlocutor capaz de aportar con conocimientos técnicos, medios de comunicación, etc., al desarrollo de las culturas indígenas en un contexto pluri-cultural tolerante. La necesidad del indianismo de responder en uno u otro sentido a la existencia del “otro”: del blanco, del mestizo, del europeo, es constitutiva de su discurso y práctica. En efecto, aún cuando el indianismo defiende la recuperación de la identidad étnico tradicional, él mismo es un producto de la sociedad indígena post-hispánica, y, en muchos casos, post-colonial. Tal como lo muestra el caso andino, la formación de una religiosidad unificadora de los distintos segmentos de la población indígena (aymará, quechua, chiriguano y otros) fue un resultado de cambios culturales que sólo adquirieron una configuración definitiva en el siglo XVIII. Como dijimos, el Inca no era objeto de culto antes de la Conquista. Este culto se desarrolló después. Asimismo, en los movimientos y rebeliones indígenas del periodo colonial existió una incorporación significativa de elementos del cristianismo, como la idea de pecado o incluso la homologación de Cristo como el Inca (Pease, 1984: 47).

Un primer elemento de tensión en el discurso indianista lo constituye, pues, la dificultad de armonizar su reivindicación de la tradición con el reconocimiento que ésta se desenvuelve en un contexto nuevo y distinto, del cual el propio indianismo forma parte. Un segundo problema es integrar coherentemente su concepción de la identidad cultural indígena y latinoamericana como dada por la herencia pre-hispánica, con la necesidad de construir un discurso que trascienda los marcos religiosos y culturales de cada etnia particular. Así, por ejemplo, la idea de una “cosmovisión india” o de una “filosofía india” que aparece en algunas versiones del indianismo, muestra ya la conciencia de que existen cuestiones que no se pueden enfrentar únicamente a partir de las categorías religiosas de cada grupo étnico. A la vez, dichas categorías son consideradas el fundamento de la identidad india y/o latinoamericana. Tal como señala Flores Galindo, la utopía andina apunta a resolver el problema de la identidad en el pasado, específicamente en el precolombino. Sin embargo, en el transcurso de su desarrollo histórico, la utopía andina se volcó hacia el futuro: será allí

donde podrán por fin armonizarse las dos vertientes que conforman al Perú, la española y la indígena. Elaborada originalmente por los indígenas, la utopía andina fue apropiada por otros grupos sociales, cada uno de los cuales hizo de ella su propia interpretación (Flores Galindo, 1987: 10 y ss.). Como puede verse, esta tesis no ha podido superar las dificultades que conlleva su propia concepción de la identidad.

La tesis indianista se basa centralmente en la idea que la identidad cultural nos ha sido legada por la tradición pre-hispánica, cuya reactivación permitirá poner fin a la pseudo-identidad impuesta por los dominadores extranjeros. Veremos a continuación algunos de los fundamentos valóricos que subyacen a este planteamiento, tal como lo han desarrollado no sólo indígenas (por ejemplo, Matui 1989) sino también intelectuales no-indios.

El primer supuesto es que la tradición indígena (que no habría sido transformada por la colonización occidental) es la verdadera identidad de los pueblos latinoamericanos. Galeano, por ejemplo, sostiene la necesidad de recuperar el modo de producción y de vida basado en la comunidad. Estos se fundan en la solidaridad, la libertad y la identidad entre seres humanos y naturaleza. Para Galeano, la vida comunitaria persistiera en los pueblos indígenas de América Latina. Frente a un sistema de destrucción total del medio ambiente, debemos recuperar la idea de la naturaleza como algo sagrado. Frente a la ley capitalista de la ganancia, debemos rescatar la idea del compartir, de la reciprocidad y de la ayuda mutua que dominan las relaciones sociales en las comunidades indígenas (Cit. por Larraín, 1994a: 50).

Para el indianismo, el hombre occidental ha perdido el contacto con la naturaleza. Por eso intenta someterla y dominarla, sin darse cuenta que de ese modo la destruye y daña al hombre mismo. Las raíces de la identidad comunitaria están, en cambio, en la tierra: “Reivindicamos la cultura y la identidad como base de un movimiento que se plantea volver a la tierra, a las formas de relación económicas no salariales sino de reciprocidad ... cuando hablamos de la tierra estamos hablando de cultura, porque es ahí donde se sustenta la particularidad de los pueblos indios”, escribe Luis Maldonado (1992: 32).

En tercer lugar, el indianismo propugna la necesidad de la organización comunitaria, considerada como única alternativa al individualismo occidental. Junto con reinsertarse en el cosmos, el hombre debe reinsertarse en la comunidad. Aníbal Quijano ha sostenido recientemente que las comunidades indígenas representaban un entorno único donde primaba la reciprocidad, la solidaridad, la democracia y las libertades. No obstante los cambios que las han afectado, en las comunidades andinas aún es posible encontrar la base para una superación de la racionalidad instrumental y de las ideologías del poder y del capital (Cit. por Larraín, 1994a: 51).

En síntesis, las ideas indianistas se basan en la recuperación de los valores indígenas ancestrales, de la ligazón con la tierra y de la organización comunitaria. Adicionalmente, se pueden nombrar otras fundamentaciones; la crítica al racionalismo occidental, al individualismo y del lucro económico como motivación de vida. Esto se plantea en un contexto en el cual el mundo indígena no puede prescindir de relaciones con el mundo blanco, cuya capacidad de hacer suyos los valores de la cultura indígena ha sido bastante escasa. Es a este mundo de origen hispano al que apunta la tesis hispanista, como veremos a continuación.

3. LA TESIS HISPANISTA

La tesis hispanista también tiene una raíz histórica profunda en América Latina. En particular influyó en su formación la conquista y evangelización de los países de la región. De acuerdo a la tesis hispanista, nuestra identidad cultural sería fundamentalmente un producto de la influencia española. Se caracterizaría por el valor concedido a lo espiritual y lo religioso; el idealismo y el honor. Lo que hoy es Iberoamérica no constituía al momento del arribo de los conquistadores una sociedad en el sentido pleno del término. Las tribus indígenas que aquí habitaban se hallaban en un estado permanente de hostilidad y guerra (Eyzaguirre, 1946a: 10). Gracias a la obra de España, pudo América constituirse en una unidad espiritual, cultural y política. Los indios conocieron la verdadera religión y se integraron a la sociedad colonial, evidenciando un agudo proceso de mestizaje. Pese a las amenazas que la identidad hispano-católica comenzó a sufrir desde la Independencia, ella continúa vigente en nuestros países.

El contexto histórico-social en que comenzaron a desarrollarse estas ideas fue, como dijimos, el de la conquista y colonización de América. Ya para los primeros conquistadores, la ocupación del Nuevo Mundo requería una transformación del modo de vida de los nativos para hacerlos cristianos y vasallos del Rey. No bastaba con evangelizar. Había también que introducir en ellos la vida social y política. Este ideal religioso-político fue asumido con mucha convicción por los españoles. Se vieron éstos como los depositarios de una misión de la más alta importancia: la incorporación a la Iglesia de los habitantes de los territorios descubiertos e integrados a la Corona de Castilla (Cousiño, 1990: 138). Sin tener en consideración este espíritu misionero resulta difícil entender la tenacidad y perseverancia de jesuitas, franciscanos y otras órdenes religiosas en la evangelización de grupos indígenas que se oponían a la acción de los misioneros. Tal fue el caso de los mapuches del sur de Chile, que no se encontraban sometidos al orden colonial (Véase, al respecto, Pinto et al., 1988).

Aunque nunca existió una concepción uniforme entre los españoles respecto a la relación con los indígenas, su evangelización y sometimiento, las divergencias no comprometían la idea básica que España tenía un papel espiritual y civilizador que cumplir en el nuevo mundo. Ello puede explicar cómo se generó la convicción hispanista que los españoles fueron los formadores de la sociedad y la cultura de los países latinoamericanos. En efecto, ya en la Conquista y en la Colonia, encontramos arraigados en los grupos dominantes de origen hispánico los supuestos básicos que dieron forma a la tesis hispanista: 1) la idea de la debilidad, el escaso desarrollo o la barbarie de los indígenas, 2) la creencia en un papel civilizador y misionero de los españoles y 3) la autoafirmación de éstos como representantes de la única y verdadera fe. Pese a ello, la estructuración de las ideas hispanistas en un discurso sistemático se llevó a cabo en el siglo XIX y comienzos del siglo XX. Veremos a continuación dos de los más importantes representantes del hispanismo en Chile: el P. Osvaldo Lira y el historiador Jaime Eyzaguirre, quienes desarrollaron sus planteamientos a partir de los años 1930 y 1940.

En un trabajo de 1950, sostuvo Lira que las culturas indoamericanas ofrecieron sólo una resistencia pasiva a los conquistadores: “Su enorme inferioridad comparativa hizo que la reacción con que no pudieron menos de responder a la acción española fuera tan débil que, desde el primer momento también, vino a asemejarse a la resistencia pasiva del mármol frente al escultor. Los indoamericanos no impusieron rumbo a los españoles, sino que tan solo les ofrecieron ciertas y determinadas condiciones de trabajo” (Lira, 1985: 41). La lengua y la religión que, de acuerdo a Lira, son los dos pilares básicos de una cultura, fueron aportados por España (Ibid: 42-44). La

sociedad española, concluye Lira, “ha desempeñado desde el principio una misión perfectamente análoga a la que en el conjunto humano desempeña la forma sustancial, es decir, la de constituir la razón última intrínseca y la raíz propia de todas sus perfecciones” (Ibid: 45-46).

Jaime Eyzaguirre coincidía con el padre Lira en el papel fundamental de España en la formación de Iberoamérica. Lo español fue el factor decisivo de fusión de las tribus indígenas que existían al momento de la conquista bajo un común denominador. España logró la cohesión americana, y el rescate de los indios para la verdadera religión, abriéndoles las puertas del cielo (Eyzaguirre, 1946b: 13-14). Chile no habría sido posible –dice en otro texto– sin “el verbo imperial de España” que lo introdujo al “dinamismo de las naciones” (Eyzaguirre, 1948: 14).

Durante la Colonia, la vida social se encontraba regida y organizada por un ideal teológico: el deseo de “vivir un orden teológico perfecto” que, si bien no pudo consumarse en plenitud, permitió “dar a las clases un sentido armónico y a todo el cuerpo social una nítida finalidad. El rey como Vicario de Dios, según la profunda definición de Las Partidas, se sentía el padre de una inmensa familia a la que estaba gravemente obligada a nutrir, no sólo en sus necesidades del cuerpo, sino también del alma” (Eyzaguirre, 1946b: 17).

Este ideal sufrió, sin embargo, un proceso de descomposición que culminó con la Independencia. Desde entonces, América intentó despojarse de su raíz cultural y comenzó a “mendigar a las puertas de naciones de culturas no sólo diversas, sino a menudo incluso antagónicas a la suya”. (Ibid: 19). Por eso, el tiempo transcurrido desde la emancipación no ha significado para nuestros países un reconocimiento universal. Por el contrario, le ha hecho merecedor del desprecio de las naciones por su “andar vegetativo y rastrero”. La crisis cultural y de identidad a que esto nos ha llevado es de tal magnitud que el dilema es afirmar nuestra existencia o desaparecer como culturas. Nuestra afirmación sólo será posible en la medida en que recuperemos la tradición anterior hispano-católica, cuyos pilares básicos son la idea del hombre como hecho a imagen y semejanza de Dios y la idea de un derecho moral internacional (Ibid: 20 y ss.).

(...)

En segundo lugar, el hispanismo se sustenta en la convicción de que el Catolicismo representa una unidad de destino del hombre; que el cristianismo es una religión universal en el sentido más pleno de la expresión. De aquí que la evangelización de América fuese vista como una materialización de la misión salvífica del cristianismo.

Tercero, la tesis hispanista sostiene que el orden social se basa en una moral y un derecho objetivos: el derecho natural. De acuerdo a éste, existen normas éticas universales y trascendentes. Esto vale en especial para América Latina, donde los procesos de secularización que marcaron al mundo europeo no han penetrado el sustrato católico originario.

Cuarto, el ideal católico es respetuoso de las diferencias y particularidades de los pueblos y grupos sociales que conviven en América Latina. En este sentido, representa un espacio de armonía e integración que puede constituirse en el fundamento de un proyecto histórico más cercano a nuestra realidad que los ideales ilustrados.

En quinto lugar, la recuperación de la identidad cultural de raíz hispánica permitiría el desarrollo de las potencialidades de América latina. Los intentos de modernización acompañados de o basados en la imitación de modelos extraños han producido un desarraigo de los latinoamericanos, sin conse-

guir muchas veces los cambios económicos y sociales prometidos. América puede ser un modelo del camino que deben seguir otros pueblos si quieren alcanzar una convivencia armónica basada en la fe.

Tal como ocurre con el indianismo, en el hispanismo existen varios focos de tensión no resueltos. El más importante es el que se produce entre la reivindicación de la particularidad histórico-cultural latinoamericana y el pretendido universalismo de las normas éticas del catolicismo. Debido a esto, el hispanismo se ve forzado a sostener argumentos que se contradicen entre sí. Mientras la idea del particularismo le sirve de crítica al liberalismo y a la Ilustración por no corresponder a la matriz cultural latinoamericana, la supuesta universalidad del catolicismo le sirve para justificar la difusión e imposición de la evangelización en América y en el resto del mundo. En otras palabras, o la identidad cultural latinoamericana es el producto de un desarrollo histórico particular, o es una manifestación (entre otras) de un espíritu común a toda la historia. No puede ser ambas cosas al mismo tiempo, a no ser que se problematice la relación entre universalismo y particularismo. La afirmación de que el cristianismo concilia armónicamente la universalidad del hombre con los desarrollos culturales específicos de los distintos pueblos no soluciona el problema e indica una posibilidad solamente.

Por otro lado, si el indianismo idealiza la sociedad precolombina, el hispanismo hace lo mismo con la sociedad colonial. Esta es vista como carente de conflictos, integrada, respetuosa de los derechos de las personas y guiada por un ideal espiritual. Inclusive quienes no tengan una visión crítica de dicha sociedad, deberán reconocer que fenómenos como la disminución de la población nativa, el trabajo forzado y las rebeliones indígenas son difícilmente explicables a partir de la interpretación hispanista sobre la misma.

Por otro lado, también resulta discutible el que la historia latinoamericana desde la Independencia no constituya más que decadencia frente al orden anterior. Más aún lo es el que los procesos de transformación de las sociedades de la región ocurridos desde entonces no hayan afectado o transformado el núcleo cultural hispano-católico. Aquí, la tesis hispanista se ve enfrentada a una nueva contradicción: sostener que la historia es un factor decisivo en la configuración cultural de América Latina y a la vez negar la importancia de las transformaciones históricas post-Independencia. Tal parece como si para el hispanismo, la identidad cultural formada en la historia se hubiera convertido en un fenómeno no sometido al cambio histórico, en una esencia.

Pese a sus falencias y contradicciones, el hispanismo reconoce en principio que la identidad cultural latinoamericana se formó a través del desarrollo histórico. No es consecuente con este supuesto al no admitir la posibilidad de un cambio en la matriz cultural originaria. Ve además a dicho núcleo como un resultado exclusivo o casi exclusivo de la acción creadora de los conquistadores españoles y sus descendientes. Las culturas indígenas no sólo son desvalorizadas, sino que también se les niega su aporte al desarrollo de América Latina. Frente a esta concepción, la tesis indianista responde con una sobrevaloración del indígena. Se crea así un dilema del cual difícilmente puede escaparse. Por eso, la tesis del mestizaje cultural pone el acento no en el indio ni en el español, sino en el producto de su encuentro: el mestizo. Con ello el análisis se enriquece y gana nuevas dimensiones.

4. LAS TESIS DEL MESTIZAJE CULTURAL

Las tesis del mestizaje cultural son más complejas que la tesis indianista y la tesis hispanista. No sólo porque aportan nuevos argumentos, sino también por la diversidad de versiones que existen de ella. Versiones que llegan a resultados distintos. Podríamos ordenarlas de acuerdo al grado de integración cultural que plantean. Así, tendríamos primero las versiones que consideran que el mestizaje cultural no es completo y que subsisten importantes focos culturales ya sea de raíz hispánica o indígena. Luego vendrían las interpretaciones que consideran que el mestizaje cultural ha sido realizado en la práctica, pero no es reconocido como fuente de identidad por los sujetos. Ello crea una identidad traumática, o, al menos, conflictiva. Finalmente tendríamos las tesis que plantean que el mestizaje corresponde a una matriz bien definida e integrada en la cual los sujetos se reconocen.

Pese a estas notorias diferencias, las distintas versiones de la tesis del mestizaje cultural tienen un elemento común. Todas afirman que nuestra identidad cultural es básicamente mestiza, o sea, un resultado de la confluencia de distintos elementos provenientes de las sociedades que conformaron América Latina. Dicha identidad tendría, además, un carácter peculiar, distinto al de otras áreas culturales como Europa y al del existente en cada uno de los polos formadores.

Mariano Picón Salas es uno de los más importantes representantes de la versión del mestizaje incompleto. De acuerdo al autor, en América Latina el mestizaje no compromete sólo aspectos raciales, sino también culturales. Existen formas artísticas, lingüísticas e intelectuales sincréticas. Así, por ejemplo, nuestro castellano es un castellano “de los americanismos en que se han grabado las vivencias y metáforas del aborigen en la lengua importada y del español en el mundo distinto” (Picón Salas, 1944: 49-50).

Picón Salas piensa, sin embargo, que el mestizaje cultural no se ha desarrollado plenamente. Por esta razón siguen teniendo importancia las tesis “indigenistas” (indianistas, en nuestra terminología) e “hispanistas”. Sólo la “definitiva reconciliación mestiza” podría poner fin a la disputa de estas dos tendencias antagónicas. Esto era lo que anhelaban los padres jesuitas. Ellos intentaron fundir los motivos e ideas de la Ilustración con los elementos culturales indígenas y españoles.

Para los jesuitas, la cultura podía jugar en América el papel de niveladora de “las diferencias, antagonismos y sentimientos de inferioridad entre naciones y razas de la región” (Ibid: 189). A pesar que el éxito de este proyecto fue sólo parcial, él contribuyó a abrir el terreno para la recepción de las ideas independentistas.

Si bien Picón Salas creía que el mestizaje cultural era un proceso inacabado, no concedía a esta cuestión la importancia decisiva que autores posteriores le atribuyeron. Dichos autores elaboraron una interpretación distinta de la tesis del mestizaje cultural. De acuerdo a ella, el mestizaje no es asumido integralmente por los latinoamericanos, particularmente por los propios mestizos.

Un autor ecuatoriano, Gustavo Vega, define la identidad mestiza como marcada por la “transitoriedad” y el permanente deseo de “ser blanco” (Vega, 1992). Nos encontramos frente a una “conflictividad ontológica” que comenzó con los criollos y perdura en los mestizos actuales. Por ello, la personalidad del mestizo es “ambivalente y esquizoide, xenofílica (aunque paradójicamente, por celos y envidia de lo blanco ...)” (Ibid: 26).

La identidad mestiza repercute en todas las costumbres y normas de vida, en las prácticas médicas y lingüísticas, en el arte y en la vida cotidiana. Algunas de estas normas son positivas: la solidaridad y la colectividad, así como una “sensibilidad especial en su afecto y emoción” (Ibid: 25). Otras son negativas: el atraso, la impuntualidad y el descanso exagerado.

Una observación interesante de Vega es que el mestizaje cultural incluye no sólo aportes hispanos, indígenas y africanos. Hay también influencias generalmente circunscritas a áreas y regiones específicas, pero no menos importantes: portuguesa, francesa, británica, asiática y de migrantes europeos. América Latina sería, en consecuencia, “una suerte de “melting pot” de razas, culturas, pueblos y lenguas” (Ibid: 29). Lo que sucede es que el mestizo no se reconoce en esta diversidad y orienta su identidad por “uno o varios de sus componentes constitutivos” (Ibid: 29). Frente a esta situación de alienación y aculturación, es necesario que el mestizo desarrolle una utopía propia, una “utopía mestiza” de creación de una cultura nueva, que requiere de una “dignidad y orgullo sincretistas” (Ibid: 29).

El pensador chileno Alejandro Lora Risco elaboró una interpretación aún más enfática en cuanto al carácter conflictivo de la identidad mestiza. Para Lora Risco, la mezcla entre indios y españoles generó al mestizo, pero éste no ha podido encontrar un espacio propio, moviéndose entre uno y otro de los mundos culturales originarios cuya relación es de conflicto. Existe una evidente renuncia recíproca de indios y españoles, así como de sus descendientes, a confluir en el espacio social del mestizaje. Más precisamente, lo que falta es una dimensión temporal que unifique la totalidad del universo de la cultura. América no ha sido capaz de crear su propia temporalidad y su propia historia.

Por eso, el espacio social americano está semi-vacío, es un espacio únicamente virtual. En él nunca ha entrado el tiempo histórico y, por lo tanto, no se han podido aglutinar las distintas polarizaciones india y española. “El mestizo nace en el momento en que tiene ante sí dos mundos heterogéneos y se le revela la imposibilidad de una elección racional... Hay un tiempo indígena así como hay un tiempo español” (Lora Risco, 1966:68). El mestizo no puede fundir ambos tiempos inconmensurables. En conclusión, “el mestizaje surge en el momento de tomar una decisión que no se puede tomar” (Ibid: 50) y esa es la gran tragedia del hombre americano, en cuanto se queda fuera de todo. No ha accedido a la historicidad que le permitiría constituirse como “ser”, crear una historia propia. Pese a ello, el ideal mestizo representa un deseo de armonía entre ambas culturas; una posibilidad que hasta ahora no se ha realizado.

Octavio Paz elaboró una perspectiva similar a la de Lora Risco, para el caso mexicano. Paz también cree que la identidad mestiza conlleva un conflicto existencial no resuelto. En su obra más conocida, *El Laberinto de la soledad* (Paz, 1959), sostiene que el mexicano es un ser hermético e insondable, que provoca extrañeza y desconcierto. Para demostrar lo anterior, analiza frases que expresan la condición de los mexicanos. Una de ellas es la de “¡Viva México, hijos de la Chingada!” Los hijos de la Chingada, explica Paz, son los malos mexicanos. El “hijo de la Chingada” es el fruto de la violación de la mujer india por el español. Lo que subyace a esta visión es la cuestión no resuelta del origen de los mexicanos. Ellos se identifican con los atributos del macho, entre los que están la fuerza y la capacidad de rajar, herir, aniquilar y humillar. Este macho no reconoce a la prole que engendra, no funda pueblos. Es el poder aislado en su propia potencia, la “incomunicación pura, la soledad que se devora a sí misma y devora lo que toca... Es el extraño. Es imposible no advertir la semejanza que guarda la figura del macho con la del conquistador español” (Ibidem., 74). Este es el modelo con el cual representan los mexicanos a los poderosos. Todos ellos son “machos, chingones”.

El macho no tiene una contrapartida heroica o divina. Por eso el mexicano adora al Dios hijo y no al Dios padre; al Cristo sufriente y humillado. Por eso se identifica con Cuauthémoc, “el joven emperador azteca, destronado, torturado y asesinado por Cortés” (Ibid: 75).

La Chingada, en cuanto representación de la madre violada, puede asociarse a la Conquista que también fue una violación. No sólo en un sentido histórico, sino en la propia carne de las

mujeres indígenas. El símbolo de la entrega es la Malinche, la amante de Cortés. Ella es la figura que representa a las indias fascinadas, violadas o seducidas por los españoles: “Y del mismo modo, que el niño no perdona a su madre que lo abandone por ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche” (Ibid: 78). La Malinche encarna lo abierto, lo chingado, frente a los indios estoicos, impasibles y cerrados. Los malinchistas son los que quieren que México se abra hacia el exterior; son los verdaderos hijos de la Malinche, que es la chingada en persona.

Paz concluye su análisis señalando que el grito “¡Viva México, hijos de la Chingada!” es una expresión de la voluntad del mexicano de vivir en lo cerrado al exterior y respecto a su pasado. El repudio a la Malinche es el acto de ruptura con el pasado, con la tradición. “El mexicano no quiere ser ni indio, ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Los niega. Y no se afirma en tanto mestizo, sino como abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada. El empieza de sí mismo” (Ibid: 78-79). Pese a ello, el mexicano lucha por superar su condición de ruptura y negación. Busca trascender el estado de exilio que lo caracteriza y encontrarse a sí mismo, su “ser” como dice Paz.

Las interpretaciones de Vega, Lora Risco y Paz enfatizan el nudo problemático de la identidad cultural mestiza. Para ello recurren a la historia. Esta nos mostraría el conflicto originario, el choque de las culturas india y española, que creó una situación traumática, de conflicto existencial no resuelto. Quienes sostienen la idea que el mestizaje cultural constituye una matriz bien definida e integrada, también apuntan al momento histórico fundante, pero discrepan respecto al carácter de aquel con Paz y los demás autores señalados. El contacto entre las sociedades amerindias y europeas (España y Portugal) no constituyó un choque frontal, sino un proceso de encuentro cultural de dos mundos diversos. A partir de él se creó una cultura y una identidad nuevas, latinoamericanas. Veremos a continuación el desarrollo de estas ideas en José María Arguedas, más conocido por sus trabajos literarios que antropológicos.

La noción de “cultura mestiza” aparece en un texto de Arguedas sobre el arte popular religioso de Huamanga. Arguedas explica allí que el mestizaje racial surgió debido a razones económicas. Era necesario que existiese un grupo de hombres que sirvieran de intermediarios entre los colonizadores y los conquistadores. Este grupo debía participar de la cultura del español y contribuir a difundirla, pero dentro de ciertos límites. El mestizo se proyectó luego más allá del ámbito económico al ámbito cultural. Los mestizos escultores y pintores crearon el vasto mundo popular religioso del Perú, que es un mundo nuevo. La imaginería de estos artesanos mestizos reproduce ritos y creencias aborígenes bajo formas católicas, como se comprueba en los retablos de San Marcos, una de las expresiones más acabadas de este arte popular.

Arguedas no se limita a hacer una reflexión histórica sobre el surgimiento del mestizaje cultural y sus expresiones artísticas. Analiza también el proceso de adaptación de los productos de los escultores artistas al mercado. “Los mestizos –dice Arguedas– no parecen haber sentido en forma aguda la agresión de la cultura industrial urbano moderna. No hemos encontrado muestra de desconcierto en ellos” (Arguedas, 1981: 171). En cambio la clase señorial se ha desprendido de toda manifestación externa de cultura tradicional, con un apresuramiento que “demuestra desajuste, inseguridad y desconcierto”. Arguedas da como ejemplo la adopción del jazz y la música tropical en reemplazo del arte de la guitarra y del huayno.

Para Arguedas, “existe, sin duda, una cultura mestiza en Huamanga y en valle de Mantaro. Demuestra esta cultura una excelente capacidad para la asimilación de valores y para la convivencia con grupos de cultura distinta y mejor que la suya. Ha sido esa su razón de aparición y su hábitat social:

permanecer entre dos corrientes, tomar de las dos cuanto podía convenir a su naturaleza bivalente y sin embargo bien integrada. No está esta gente a merced de la avalancha de la cultura industrial moderna, como lo está frecuentemente el indio, y como se ha demostrado que está, y de la manera más inerte, el hombre de las clases señoriales de las antiguas ciudades hispanoindias del Perú” (Ibid: 172).

En conclusión, Arguedas ve a los mestizos como los únicos capaces de sintetizar realmente el mundo indio y el mundo español, que siguen estando presentes en el Perú. Debido a esta capacidad de síntesis, los mestizos están en mejor posición para enfrentar a la cultura urbana industrial. Lo que quizás sea lo más interesante de su planteamiento es que Arguedas considera que lo anterior es posible precisamente por el hecho de que los dos mundos que integra el mestizo están todavía en conflicto. Los mestizos han podido tomar de los dos mundos sin asumir esta conflictividad. De esa manera, han podido crear una cultura distinta. Pese a ello, el mestizo sigue siendo hasta cierto punto un ser ambivalente, equidistante de los polos culturales no integrados.

La experiencia que dio lugar a las ideas del mestizaje cultural es, quizás, tan diferenciada como distintas son las formas de concebir la identidad cultural mestiza. Por un lado, está el hecho de que el mestizaje racial fue importantísimo en la América Colonial al punto de constituir hoy este grupo el más numeroso de la población (Gissi, 1982: 154 y ss.). Por otro lado, está el no reconocimiento del mestizo, su subvaloración, vinculada a una diferenciación clasista (Ibid: 157). En tercer término, el mestizaje racial no es uniforme: puede darse entre españoles e indígenas, europeos e indígenas, africanos y españoles, indígenas y africanos, etc. En otras palabras, hay una diferenciación interna de los propios mestizos, en la cual las características raciales se perciben como fuente de prestigio y ubicación social. Todo ello crea una realidad ambivalente. Aún las formas de integración social más desarrolladas parecen poner límites a un pleno reconocimiento de los mestizos, cuando no intentan remitirlo a un grupo social formador. Las reflexiones que hemos considerado admiten todas la ambigüedad del mestizaje así como su escaso reconocimiento.

Debe tenerse en cuenta, además, que el origen de muchos mestizos parece concordar con las descripciones de Paz de la violencia originaria. En el caso chileno, muchos mestizos eran el fruto de la violación de las mujeres indígenas o del bajo pueblo. Otros, los de padres indígenas y madres españolas, resultaban de una integración de la madre y los hijos a la sociedad nativa (mapuche), pero con una identidad indígena. Es sabido que los mapuches no tenían hasta hace poco un término para los mestizos. Se era blanco (huinca) o indígena (mapuche), y los mestizos caían en una u otra categoría. Hay, por así decirlo, una resistencia de los distintos grupos sociales formados a partir de la Conquista a aceptar la mezcla con otros. Incluso la administración colonial mantenía estrictas prohibiciones al ingreso de mestizos, mulatos, zambos, etc., a los cargos públicos y universidades.

Lo dicho acerca del mestizaje racial podrá contribuir a explicar la relación de la sociedad con los productos culturales sincréticos. Estos son vistos como patrimonios culturales de los distintos grupos, muchas veces considerados como no valiosos, ni verdadera expresión de “cultura”. La situación de dominación colonial y post-colonial crea una separación entre los distintos sectores sociales; la cultura se transforma con ello en un medio (entre otros) de distinción y jerarquización (Bonfil, 1989). En general, el mestizaje cultural puede ser llevado a cabo por aquellos grupos que no tienen un lugar alto en la escala social, y que por lo tanto no se sienten atados a defender una reserva cultural considerada como fuente de prestigio. En estos grupos, la cultura opera como resistencia frente a la dominación, pero no impide recibir elementos y aportes de otros grupos sin identificarse totalmente con ellos.

Las ideas del mestizaje cultural deben, pues, su origen al proceso ambivalente y no integrado plenamente del mestizaje. Se diría que son elaboradas por quienes comienzan a reivindicar su origen mestizo si bien no pueden desprenderse totalmente del conflicto de identidad que éste conlleva. También son importantes aquí los intelectuales que buscan revalorizar la cultura y la religiosidad popular frente a lo que consideran como predominio de la racionalidad instrumental. Por ello, en la tesis del mestizaje se encontrarán hombres identificados con el progresismo, como Arguedas, pero también quienes miran con mucha distancia crítica a estas posiciones, como Paz. No se trata de una toma de posición política strictu sensu, sino de una identificación con proyectos sociales distintos.

Pese a estas diferencias, dichos proyectos, apuntan a la búsqueda de una reconciliación de América Latina. Se trata de superar los términos del debate indianismo-hispanismo, por un lado; por otro, de apuntar a un elemento común a los diversos componentes sociales de América Latina, cuya relación ha sido muchas veces conflictiva. Si existe tal elemento común, la integración, la “definitiva reconciliación mestiza” (Picón Salas), se hará posible. Es relevante el que la integración sea vista como realizable a través de la cultura, y no de la economía o la política.

En nuestra opinión, el campo cultural latinoamericano no es menos conflictivo que el campo político o económico. Nos parece acertado lo señalado por Bonfil respecto a la cultura como medio de diferenciación social. Si esto es así, cabría preguntarse por qué los defensores de la tesis del mestizaje cultural apelan a ella como medio de unificación. Las razones pueden ser diversas, algunas históricas o sociales y otras propiamente intelectuales. Nos interesan estas últimas, ya que nos permitirán aproximarnos a las justificaciones de valor de la tesis del mestizaje cultural.

Al parecer, en la tesis del mestizaje cultural la cultura es concebida como un espacio de participación y de pertenencia, donde es posible la creación de sentido y de significación. La diferenciación tiene lugar en un segundo momento. En Paz el sentido apunta a la existencia. En Lora Risco a la historicidad. En Vega a la “ontología” de la personalidad. En Arguedas a la elaboración (vía la imaginación religiosa y artística) de nuevas concepciones de mundo y de la sociedad.

En segundo lugar, junto con concederse a la cultura el papel de unificadora, también se le otorga el carácter de fuente básica de la identidad. Al examinar la identidad cultural latinoamericana, podremos descubrir entonces las razones del desencuentro social, psicológico, etc., de los latinoamericanos. En otras palabras, la identidad es ante todo identidad cultural.

Tercero, hay un énfasis en lo cultural como simbólico/expresivo antes que discursivo.

Cuarto, y como consecuencia de lo anterior los autores analizados examinan ante todo las manifestaciones rituales, festivas o dramáticas. Inclusive Paz, quien interpreta una frase típica mexicana, se orienta más hacia las conductas (internas o externas) expresivas que a las racionales y lingüísticas.

Quinto, el conflicto de identidad que supone (en diversos grados) el mestizaje cultural puede ser iluminado pero no resuelto por la crítica argumentativa racional. Requiere sobre todo de recreaciones simbólicas y colectivas que no pueden ser elaboradas sino desde una base ya existente. Esto lleva a los diversos autores expuestos al dilema de usar su razón crítica para denunciar las limitaciones de la razón. Por otro lado, a hacer una reivindicación de lo expresivo-simbólico desde el propio discurso argumentativo: una contradicción no lógica sino pragmática. Por otra parte, frente a los desafíos actuales de América Latina como la democratización y la modernización, se responde en un sentido de recuperación de la tradición. Pero no se tematiza mayormente el problema de los desajustes que puede producirse entre estos procesos y el núcleo cultural.

Finalmente, también al mestizaje cultural puede reprochársele el caer en un esencialismo. La idea de la identidad como origen sigue estando presente en esta corriente, si bien el origen se sitúa en otro momento histórico y con otros protagonistas.

5. CONCLUSIONES

La discusión anterior nos permite elaborar algunas conclusiones acerca del problema de la relación entre identidad cultural y discursos identitarios, referidas exclusivamente al caso latinoamericano. Sostuvimos que cada una de las tesis analizadas había surgido y alcanzado su desarrollo en conexión con visiones de la sociedad que formaban (y forman) parte de la experiencia colectiva de grupos sociales significativos de la sociedad latinoamericana. Sin embargo, la naturaleza de esta relación no ha sido aclarada. A ello dedicaremos la última parte del trabajo.

En primer lugar, se trata de una relación mediada, no directa. Son los intelectuales (ya se trate de profesionales o de “intelectuales orgánicos”), y, más recientemente, los científicos sociales, los que construyen las tesis en tanto interpretaciones sistemáticas acerca de la identidad cultural latinoamericana. Para ello las ideas acerca de la sociedad les sirven de supuestos que introducen en sus argumentaciones de manera explícita o implícita (especialmente en las argumentaciones secundarias). Luego intervienen elementos propios de los autores que tienen que ver con su formación teórica, política, etc. Versiones simplificadas de las tesis se convierten en discursos públicos acerca de la identidad cultural que tienen influencia en el modo como elaboran su experiencia los sujetos. O sea, se trata de un proceso de interrelación. Las visiones de la sociedad proporcionan a los intelectuales supuestos que estos incorporan y desarrollan en sus tesis, con lo que contribuyen a la formación de discursos sobre la identidad que influyen en amplios sectores, especialmente en los miembros de los grupos de referencia originales de cada una de las tesis.

El plantear la existencia de una relación de mutuo condicionamiento entre formas de identidad y discursos sobre la identidad no significa negar que existan algunos elementos más importantes que otros. Las fundamentaciones normativas de las tesis constituyen uno de los núcleos centrales en esta conexión. Cada tesis podría ser entendida desde una perspectiva pragmática como un intento de resolver en el plano intelectual los problemas y contradicciones que su propia praxis social le plantea a cada uno de los grupos de referencia. Así, por ejemplo, los intentos de revitalización de las identidades étnicas por la vía de la recuperación de la cultura tradicional suponen una serie de conflictos con respecto a las transformaciones de las sociedades indígenas. Ellos han sido señalados. Lo que aquí nos interesa subrayar es cómo la tesis indianista intenta resolver estas dificultades argumentando la plena vigencia de la identidad india tradicional.

De la misma forma, la tesis hispanista parece significar una búsqueda de solución a la contradicción que se produce entre la autoafirmación de la herencia hispana por parte de quienes son o se consideran los herederos de los conquistadores, con la aguda penetración en América Latina de otras corrientes de pensamiento y organización social distintas a la hispano-católica. Las distintas variantes de las tesis del mestizaje, por otra parte, pueden ser entendidas a la luz de la búsqueda de resolución de la contradicción entre la amplia preponderancia del mestizo dentro de la población y la vida social latinoamericana con el escaso reconocimiento de su importancia cultural.

El hecho que cada una de estas tesis apunte a identificar la identidad cultural de un grupo (indio, hispano o mestizo) con la identidad cultural latinoamericana es revelador de la búsqueda de reconocimiento que acompaña la formación de discursos y tesis sobre la identidad cultural. En este aspecto, nos parece que las tesis antes vistas no sólo contribuyen a fortalecer la autoconciencia de un grupo específico, sino que también influyen en el resto de la sociedad. Por eso, los que elaboran las tesis pueden provenir de sectores sociales distintos a aquellos con los cuales se relacionaron en un comienzo. Pero ello no lleva a eliminar las contradicciones, sino más bien a situarlas en un nuevo nivel discursivo. La crítica puede iluminarlas, contribuir a resolverlas, pero no eliminarlas. Es la propia vida social y la experiencia del conflicto la que crea formas de identidad que se basan en la negación de las otras identidades y requieren de una autoafirmación compulsiva, nunca plenamente realizada. En la perspectiva planteada, nos interesa referirnos a dos autores que han contribuido a problematizar el tema del pluralismo cultural de las sociedades latinoamericanas y su relación con los conflictos existentes en ellas. El primero es García Canclini. Para él, la cultura latinoamericana es una cultura híbrida, esto es, donde “coexisten culturas étnicas y nuevas tecnologías, formas de producción artesanal e industrial”; el artesano y el artista; “lo tradicional y lo moderno, lo popular y lo culto, lo local y lo extranjero” (García Canclini, 1990: 15-28 y 223).

La supuesta oposición entre estos polos es falsa. Así, por ejemplo, la oposición tradicional/moderno. América Latina es moderna culturalmente, pero heterogénea en tanto todavía existe un desajuste entre modernismo y modernización (Ibid: 65-93). Del mismo modo, lo popular y lo culto no se niegan ni excluyen sino que se complementan, tal como lo muestra la intersección entre el folklore y el arte académico (Ibid: 192 y ss.).

Los conflictos surgen de los intentos de los grupos de interés por imponer su visión de la cultura y obtener así reconocimiento y apoyo de la sociedad y el Estado. En estos grupos se mantienen aún vigentes concepciones fundamentalistas, atadas a una noción unívoca de la cultura, que no aceptan el pluralismo cultural y la polisemia interpretativa. Reconocer y desarrollar estos últimos es el objetivo de una política democratizadora de la cultura (Ibid: 148). Dicha política debe adecuarse al “escenario postmoderno” donde se “generan los ritos de cultura que pierden sus fronteras, en este simulacro perpetuo que es el mundo” (Ibid: 106).

García Canclini menciona también el problema de la dominación. Señala que ella constituye un sistema de integración cultural que transforma las culturas populares en sub-culturas, en partes de dicho sistema, dentro de un contexto cultural moderno aunque contradictorio y desigual (Ibid: 231 y 330).

En síntesis, García Canclini rechaza las polarizaciones habituales de muchos de los análisis de la cultura latinoamericana. Intenta mostrar que los conflictos surgen debido principalmente a las reivindicaciones de los grupos de interés.

Finalmente, caracteriza el escenario cultural de la región como moderno, si bien heterogéneo y marcado por la existencia de culturas híbridas, cuyos límites no son precisos. Sólo lateralmente trata el problema de la dominación como un elemento que unifica este entorno cultural diversificado.

El segundo autor es Bonfil Batalla, el desaparecido antropólogo mexicano. Bonfil (1989) sostiene que en México existen varios patrimonios culturales, los que son propios de diversos segmentos que conforman la sociedad mexicana. El patrimonio cultural es una fuente de identidad para cada uno de ellos, lo que supone también su rechazo de parte de otros grupos. Tenemos así un pluralismo cultural marcado por las diferencias y las desigualdades. Esta situación es un producto de la historia mexicana. La dominación colonial convirtió las diferencias culturales entre colonizadores y colonizados en un proble-

ma de legitimación política. En efecto, “la dominación colonial se disfrazaba y se intentaba justificar como un generoso empeño por salvar a los colonizados y conducirlos por el único camino cierto: el de Occidente” (Ibid: 129). Ello no se llevó a cabo. Las sociedades indias opusieron resistencia y la propia sociedad colonial debía su existencia a la existencia de tales diferencias. La Independencia y la República no transformaron este modelo de relación, no al menos de forma substancial.

Sólo si la pluralidad es reconocida como tal y se abandona todo proyecto unificador-homegeneizante de la identidad nacional, será posible generar un cambio de la situación. Tolerarse y respetarse, aún sin entenderse, parecería ser el modo de alcanzar una mejor relación entre los distintos patrimonios culturales de México. Esto supondría poner en cuestión los intentos de dominación sobre las culturas diferentes que “convierte a las respectivas [diferencias] culturales en antagónicas y mutuamente excluyentes” (Ibid: 143).

La conclusión a la que arriba Bonfil es muy similar a la de García Canclini, aún cuando sus enfoques difieran en muchos aspectos. Para ambos, en América Latina existe una pluralidad cultural irreductible. No existe una identidad nacional o latinoamericana que sintetice las diversas identidades culturales.

Los intentos de generar una cultura y una identidad nacional han sido intentos de negación de la diversidad cultural, políticamente orientados por la legitimación de proyectos sociales específicos. Existiría, por tanto, una relación entre las formas de dominación y la negación del pluralismo cultural. García Canclini no lo plantea explícitamente, ya que su enfoque se orienta más bien por el rechazo post-moderno a la idea de totalidad y a los meta-relatos homogeneizantes. Bonfil, paradójicamente, parece compartir las sospechas de García Canclini. Esto se superpone con una visión crítica de la dominación, que no aparece en García Canclini. En nuestra opinión, Bonfil no logra integrar estos dos aspectos. Así, en su reflexión, la diferenciación cultural aparece a la vez como marcada y condicionada por la dominación post-colonial y como un fenómeno característico de las sociedades modernas (o post-modernas).

De la misma manera, si bien podría pensarse en la posibilidad de una mayor integración cultural en la medida en que se reduzca la dominación, esto no es posible para el post-modernismo. Finalmente, Bonfil tampoco dice nada concluyente respecto a los cambios en las relaciones de dominación como fuente de transformación de las relaciones conflictivas entre segmentos culturales. García Canclini se limita a sugerir como leiv motiv de una política democratizadora la aceptación de la diversidad y la polisemia cultural.

En ambos autores, la cuestión de en qué medida las formas de relación entre culturas e identidades culturales pueden transformarse por un cambio en las formas de integración política (dominación) queda sin ser suficientemente examinada. No obstante, sus planteamientos representan un punto de partida para un análisis de esta temática que podría dar nuevas luces sobre el problema siempre actual de la identidad cultural latinoamericana.

Quisiéramos finalizar este trabajo con una proposición metodológica referida a las posibilidades de investigación sobre el tema. Este trabajo parece sugerir que hemos llegado a un estado de relativo agotamiento del debate en términos de las tesis clásicas sobre la identidad cultural en América Latina, independientemente que se pueda complejizar o refinar cada una de ellas. Tampoco parece ser demasiado fructífero sustituir toda esta compleja discusión por estudios empíricos sobre la autopercepción de la identidad cultural. Especialmente si dichos estudios se realizan desde una perspectiva empirista, cuidadosa metodológicamente, pero muy limitada teóricamente y en su capacidad de generalizar sus conclusiones.

Para reactivar el debate pareciera necesario, por una parte, elevar su nivel teórico, es decir, problematizar el propio concepto de identidad de acuerdo a los diversos aportes teóricos actuales. En segundo lugar, hacer un esfuerzo significativo para ligar el debate sobre la identidad con el de la modernidad y la cultura en América Latina. Esto último nos plantea la necesidad de reorientar la discusión hacia la contemporaneidad y la dimensión proyectiva del tema de la identidad, superando un debate centrado casi exclusivamente en la interpretación y la (re)apropiación de la tradición.

2.20 Material de apoyo para la actividad 1 (unidad 3)

CONCEPTO DE REGIÓN

1. El concepto de región representa un problema antiguo y esencial al interior de las grandes definiciones de la geografía. Partiendo del principio que la región existe como expresión concreta de las discontinuidades espaciales, se la concibe que refleja el estado de un sistema. Si efectivamente una región se define por la conjunción de diversas características, se puede hablar de “región politética”. Cuando en cambio, ella resulta del predominio de un solo atributo (un tipo de producción, un parámetro climático, una forma de uso del suelo), se le puede dar el nombre de “región monotética”.

En el caso de regiones de características múltiples (politéticas), Whittlesey (1954) propone un segundo tipo de diferenciación, entre regiones homogéneas y regiones polarizadas. La región homogénea resulta de la repetición de la misma estructura elemental, del mismo esquema o patrón, en una porción de espacio continuo. Es el caso de un sector rural en que se presenta el mismo tipo de suelo, las mismas explotaciones agrícolas, los mismos equipamientos y los mismos cultivos. En otras palabras, un espacio homogéneo se caracteriza por un mínimo de dispersión entre los elementos que lo constituyen.

Por su parte, la región polarizada está asociada a la existencia de la ciudad. Está constituida por la zona de influencia de una ciudad que se denomina metrópolis regional, la cual puede medir algunas decenas de miles de kilómetros cuadrados. Una región polarizada se define por los polos que estructuran una red de interacciones y alrededor de los cuales gravitan las áreas rurales.

(Adaptado de Peña, O. y Sanguin, A-L. 1986. *Concepts et methodes de la géographie*. Ed. Guerin, Toronto. págs. 42-45).

2. En general se define la región como un espacio de tamaño menor a un país, sin embargo, apoyados en la idea de Whittlesey (1954), que plantea que cualquier segmento de la superficie terrestre es una región si es homogénea desde el punto de vista de un agrupamiento, se ha aplicado este concepto a espacios supranacionales, como la región latinoamericana, la región del sudeste asiático, la región mediterránea.
3. En el momento presente la región aparece para la mayoría de los geógrafos, como un instrumento de la mente humana que permite observar y comprender la realidad, pero no es la realidad misma. Otros geógrafos consideran la región como un ente real con vida propia inserto en un marco territorial concreto. A pesar de las fuertes discrepancias, en el momento presente se sigue reconociendo la región como un concepto de gran interés, no sólo intelectual sino práctico, aunque se concede mayor importancia a la región funcional, es decir, el espacio organizado directa o indirectamente a través de núcleos satélites por una ciudad, que a la región formal, definida por la presencia de una o varias características con un cierto grado de semejanza.

En la región formal se ponen de manifiesto los hechos que dan homogeneidad y uniformidad. En la región funcional se destacan los hechos de dependencia, la interacción, los flujos. Los caracteres que se incluyen en la región formal suelen ser elementos y atributos externos de naturaleza relativamente estática. En cambio, en la región funcional se incluyen características dinámicas. Las regiones formales dependen en su caracterización más de hechos morfológicos, en tanto que la región funcional de elementos dinámicos menos reconocibles en el paisaje. La región formal está

más vinculada a la noción de espacio absoluto. La región funcional está más ligada a la noción de espacio relativo. La región total estaría definida por la acción conjugada de todos los atributos bióticos, abióticos y culturales responsables de una identidad, de un carácter específico que la individualizaría de las regiones contiguas.

(Diccionario de Geografía, Editorial Anaya, 1966).

4. Si bien la mayoría de las definiciones incluyen como una condición de la región, aparte de la homogeneidad, la contigüidad espacial, en la actualidad se da la posibilidad de la existencia de las llamadas “regiones virtuales”, que no cumplen con la condición de contigüidad. Estas regiones están definidas fundamentalmente por relaciones funcionales de índole económica y corresponden por ejemplo a la región formada por los países de la APEC que reúne a países de la cuenca del Pacífico, pero que no tienen vecindad espacial, como Chile con Estados Unidos, por ejemplo; o una región constituida por el MERCOSUR y la Unión Europea. Como puede apreciarse, se trata de regiones económicas, pero en las cuales los países que las constituyen comparten objetivos comunes y se establecen tratados bi o multilaterales que normalmente van más allá de lo meramente económico.

2.21 Material de apoyo para la actividad 2 (unidad 3)

EL MUNDO EN CIFRAS

Nuevos Récords, nuevas tensiones. Lester Brown.

En: Lester R. Brown y otros, *Signos vitales 1999*. Informe del World Watch Institute. Instituto de Ecología Política, Chile, 1999.

“El mundo hoy es más caluroso, más poblado, más urbano, económicamente más rico y medioambientalmente más pobre que nunca. El año pasado fue uno de los de mayor crecimiento económico, y también de nuevas e inquietantes señales de tensión medioambiental.

En 1997, la temperatura promedio de la Tierra fue la más alta desde que empezó a medirse en 1866. Con cada año adicional de temperaturas récord, la evidencia del cambio climático inducido por la civilización se hace más convincente. En diciembre de 1997 los representantes gubernamentales se reunieron en Kioto, Japón, para negociar un acuerdo que frenase el aumento de las emisiones de carbono causadas por la actividad humana, con la esperanza de que en el futuro se aminore el aumento de las temperaturas.

Al terminar 1997, compartíamos la Tierra con 80 millones más de personas que un año antes. De este total, casi 50 millones de personas corresponden a Asia, la región donde vive más de la mitad de la humanidad. Cada mes, el mundo aumenta el equivalente a otra Suecia. Y se hace más urbano con cada día que pasa: en 1800, sólo Londres tenía un millón de personas. Ahora hay 326 ciudades que superan ese tamaño. En la próxima década el número de personas que vivirán en las ciudades superarán a la población rural.

A pesar de la crisis financiera en el Sureste de Asia, la economía mundial creció un 4,1 por ciento en 1997, y por tercer año consecutivo se superó un crecimiento del 4 por ciento. La renta económica por persona aumentó un 2,6 por ciento. Si la economía global continúa creciendo al ritmo proyectado, la renta por persona a nivel mundial llegará a los 5.000 dólares en 1998 por primera vez.

Las señales de la crisis ambiental continúan acumulándose. Entre las más inquietantes en 1997 figuran los incendios forestales de Indonesia, que contaminaron el aire en la región durante varios meses, hasta el punto de afectar a varios millones de personas en Indonesia y Malasia, y obligar a cancelar 1.100 vuelos, con una importante disminución de los ingresos por turismo. La mala administración económica en Indonesia que ha agravado el problema de la deuda, ha supuesto la bancarrota de bancos y el desplome de la moneda nacional, también ha debilitado el bosque tropical hasta el punto de arder sin control durante la sequía inducida por El Niño.

El Río Amarillo, el más septentrional de los dos mayores ríos de China, se secó durante varios meses a causa de las extracciones, no alcanzando el mar por decimotercer año consecutivo. El río permaneció seco durante más tiempo que nunca, y en 1997 de los 365 días no desembocó en el mar durante 226 días. Los agricultores de la desembocadura del río, privados de agua para la irrigación, vieron como disminuían sus cosechas de cereales.

ALIMENTACIÓN: DE LOS EXCEDENTES A LA ESCASEZ

En 1997, los agricultores recolectaron un récord de 1.881 millones de toneladas de cereales, eclipsando el récord de 1996 de 1.869 millones de toneladas. Aunque la cosecha creció, no se mantuvo al ritmo del crecimiento de la población, y así la cantidad per cápita de cereales cayó de 324 kilogramos a 322 kilogramos. La caída de la producción per cápita mundial de cereales en más de un 6 por ciento desde su nivel récord en 1984, es una muestra de que los excedentes alimentarios del último medio siglo pueden estar acabándose.

En una fecha tan cercana como 1990, el mundo tenía dos grandes reservas de alimentos: las reservas de cereales almacenadas y las tierras en barbecho en EE.UU. en el marco del programa para evitar el desplome de los precios de los cereales. En 1995, los programas de apoyo a la agricultura fueron desmantelados, permitiendo que las tierras ociosas volvieran a ser cultivadas en 1996. Los 11 millones de hectáreas de cereales ociosas en 1990, asumiendo un rendimiento de 4 toneladas por hectárea, representaron una reserva de 44 millones de toneladas, casi nueve días de consumo mundial.

Incluso con esas tierras de nuevo en producción en 1996 y 1997, el mundo no pudo recuperar sus stocks. Con los stocks de cereales por debajo de los 60 días de consumo mundial, una mala cosecha supondría el caos en los mercados de grano.

Además de la escasez de nuevas tierras susceptibles de ser cultivadas y la menor eficiencia del uso de cantidades adicionales de fertilizantes en muchos países, la escasez de agua supone un serio constreñimiento a los esfuerzos para aumentar la producción mundial de alimentos. En el norte de África y en Oriente Próximo, desde Marruecos en el oeste a Irán en el este, la escasez de agua está haciendo imposible a los agricultores satisfacer el crecimiento de la demanda. A medida que los países de la región extraen agua a un ritmo insostenible, la demanda creciente de las ciudades se satisface normalmente desviando agua de los regadíos. Entonces los países se ven obligados a importar cereales para compensar la pérdida del agua de la irrigación. Importar una tonelada de trigo es igual que importar mil toneladas de agua. En 1997, el agua necesaria para producir los cereales importados en la región equivalía al flujo anual del río Nilo.

Bajo la llanura central del norte de China, que proporciona casi el 40 por ciento de la cosecha de cereales del país, el nivel del agua subterránea disminuye anualmente 1,5 metros. En un futuro no muy lejano, el agotamiento del acuífero supondrá reducciones drásticas en los suministros de agua para irrigación. Si el mundo se enfrenta a un futuro de escasez de agua, también deberá afrontar un futuro de escasez de alimentos.

APETITO POR LA PROTEÍNA

Quizás el rasgo más singular de los cambios dietéticos durante el último medio siglo ha sido el creciente apetito por la proteína animal. Es el hambre de proteínas la causa de que la pesca mundial se haya multiplicado por cinco, desde 19 millones de toneladas en 1950 a los 93 millones de hoy. Esto ha llevado a los océanos a sus límites y en algunos casos más allá. Los biólogos marinos de la FAO informan que la casi totalidad de las pesquerías oceánicas están al límite de su capacidad, o lo han superado.

Al haber llegado los océanos al límite para proporcionar proteínas animales, muchos países están desarrollando la acuicultura, o cultivo de peces. La desventaja del cultivo de peces es que éstos

deben ser alimentados, como los pollos en las jaulas. La acuicultura ahora compite con la producción de carne de pollo y de cerdo, en la demanda de cereales y suplementos de proteínas, como la harina de soja.

A nivel mundial, la producción de carne de vacuno, ovino y caprino, al igual que el pescado, depende de los sistemas naturales como las praderas. Y, al igual que las pesquerías oceánicas, las praderas y sabanas están al límite de su capacidad de carga, o lo han superado. Una vez que se agotan los pastos naturales, el crecimiento de la producción de carne de vacuno sólo puede realizarse con ganado estabulado, intensificando con la carne de cerdo y de pollo la competencia por los cereales. Los pollos, que requieren 2 kilogramos escasos de cereales para producir un kilogramo de peso vivo, tienen una ventaja decisiva en comparación con el vacuno, que requiere casi 7 kilogramos de cereales por kilogramo de carne. Como consecuencia, la producción de carne de pollo ha superado por primera vez en la historia a la carne de vacuno.

Las producciones de carne de cerdo y de vacuno, que estaban a la par hasta 1978, se han distanciado: en 1997, la producción de carne de cerdo fue superior en más de un 30 por ciento a la de vacuno. Gran parte del aumento de la producción mundial de carne de cerdo se debe a China, donde se produce y se consume la mitad del total mundial.

Una consecuencia de la creciente demanda de proteína animal es el crecimiento de la producción de soja en los últimos 50 años, dado que la producción de carne de pollo y de cerdo dependen de la soja como suplemento a los cereales en sus raciones de alimento. La cosecha mundial de soja en 1997 ascendió a 152 millones de toneladas, nueve veces más que en 1950. Aunque la soja es originaria de China, ha encontrado su nicho agronómico y económico en Estados Unidos, donde se produce la mitad de la cosecha global. Se cultiva en rotación con el maíz, sobre todo en el Cinturón del Maíz; la cosecha de soja en EE.UU. supera a la del trigo.

REVOLUCIÓN ENERGÉTICA EN MARCHA

Aunque los cambios en la economía de las proteínas mundiales son dramáticos, aún más lo son los que afectan a la economía energética mundial. Los historiadores de la energía recordarán 1997 como el año en el que dos de las mayores empresas petrolíferas del mundo anunciaron importantes inversiones en energía solar y eólica. La British Petroleum se comprometió a invertir 1.000 millones de dólares y la Royal Dutch Shell 500 millones, en el desarrollo de la energía eólica, solar y otras fuentes renovables; estas dos grandes empresas petrolíferas amplían así su campo a todo el sector energético, y muestran que se toman en serio la amenaza del calentamiento global.

Desde un punto de vista comercial, no es demasiado sorprendente que las empresas petrolíferas dirijan su atención hacia las energías renovables. Durante los años noventa, las ventas de carbón y petróleo han crecido anualmente un 1 por ciento. Las ventas de gas natural, considerado por muchos como un combustible de transición de la era de combustibles fósiles a la de la energía solar y el hidrógeno, crecieron a un 2 por ciento anual desde 1990. Mientras tanto, la eólica ha crecido anualmente a un asombroso 26 por ciento. Y las ventas de células solares fotovoltaicas, que en promedio crecieron un 15 por ciento anual entre 1990 y 1996, en 1997 lo hicieron en un fenomenal 43 por ciento. Al concluir el año, cerca de 400.000 casas, la mayoría en pueblos del Tercer Mundo, obtenían su electricidad de paneles de células solares.

El avance de la tecnología también impulsa el mayor uso de las células solares fotovoltaicas. Los tejados solares desarrollados en Japón se están implantando por doquier. El gobierno japonés planea tener instalados 4.600 megavatios de tejados solares en el 2010, una capacidad instalada comparable a la de un país del tamaño de Chile.

Las empresas energéticas están empezando a cambiar las inversiones, del petróleo, carbón y nuclear, sectores estancados, a la eólica y solar, con tasas de crecimiento espectaculares. Consideradas antes como fuentes de energía marginales, hoy la eólica y las células fotovoltaicas se ven cada vez más como los soportes principales de la nueva economía de la energía emergente. Un estudio sobre los recursos eólicos realizado por el Departamento de Energía de EE.UU. concluyó que sólo en Dakota del Norte, Dakota del Sur y Texas, se podrían cubrir todas las necesidades de electricidad de EE.UU. Hoy, el mundo obtiene la quinta parte de su electricidad de la hidráulica, pero su potencial es pequeño comparado con la eólica.

La revolución energética no se limita a las nuevas fuentes de energía. También involucra algunas importantes mejoras en la eficiencia energética. Una de éstas es la lámpara fluorescente compacta que proporciona la misma cantidad de luz que una incandescente tradicional, pero con menos de la cuarta parte de electricidad. Las ventas de lámparas fluorescentes compactas crecieron de 45 millones en 1988 a 356 millones en 1997, siendo China el principal fabricante. Los 980 millones de lámparas fluorescentes compactas en uso ahorran tanta electricidad como la generada por 100 centrales de carbón.

EL DESEO DE MOVILIDAD

La evidencia del deseo humano de mayor movilidad se refleja en las ventas de vehículos, como bicicletas, motocicletas y automóviles. Aunque la producción mundial de bicicletas y automóviles eran similares en 1969, en torno a 20 millones, desde entonces ha aumentado la diferencia. Ahora cada año se producen más de 100 millones de bicicletas, comparado con menos de 40 millones de automóviles. En 1997, la producción de automóviles aumentó más de un 5 por ciento respecto a 1996. La producción de bicicletas, por el contrario, cayó en 1996 (el último año para el que hay datos disponibles) a 101 millones respecto a los 109 millones del año anterior.

Las diferencias enormes en el volumen de ventas entre bicicletas y automóviles reflejan más que nada el mayor número de personas que alcanzan el nivel de vida que les permite comprar bicicletas contra el número más pequeño que puede permitirse el lujo de un automóvil. Además, los que viven en ciudades, y sobre todo en las atestadas ciudades asiáticas, han descubierto que tienen más movilidad con una modesta inversión en una bicicleta que con otra mucho más grande en un automóvil.

Varios países de Europa intentan aumentar el uso de la bicicleta. En las ciudades holandesas y danesas, un 30 por ciento y un 20 por ciento respectivamente de todos los viajes se hacen en bicicleta. También se promocionan las bicicletas en Alemania, donde su uso ha aumentado un 50 por ciento durante las últimas dos décadas.

En años recientes, las bicicletas eléctricas han empezado a llamar la atención. Apoyándose en una pequeña batería, proporcionan una ayuda eléctrica en cuestas y en otras situaciones, lo que permite aumentar la velocidad media de la bicicleta. La tecnología es particularmente atractiva para los ciclistas más viejos, para aquéllos que tienen que vérselas con un terreno montañoso, o que tienen que hacer largos recorridos.

UN MUNDO MÁS CALUROSO

En 1997, las emisiones de carbono, las concentraciones de dióxido de carbono (CO₂) en la atmósfera y las temperaturas medias de la Tierra, registraron récords nunca alcanzados. Las emisiones de carbono en 1997 ascendieron a 6.300 millones de toneladas, un 1,5 por ciento más que los 6.200 millones de toneladas de 1996. Las concentraciones atmosféricas de CO₂ subieron a 364 partes por millón, el nivel más alto en los últimos 160.000 años. El Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), integrado por 1.500 de los mejores meteorólogos y otros científicos, estima que las emisiones anuales de carbono tendrán que caer por debajo de los 2.000 millones de toneladas para el 2050 si se quiere estabilizar las concentraciones atmosféricas de CO₂.

Con la temperatura récord de 1997, los 14 años más calurosos desde que en 1866 comenzaron los registros, han tenido lugar desde 1979. Y los 5 años más calurosos lo han sido durante los noventa. Aunque esta clara tendencia hacia el calentamiento durante las últimas dos décadas no es una prueba concluyente del cambio climático, es otra evidencia de que el calentamiento global está en marcha.

Evidencias adicionales se encuentran en la fusión de los glaciares de los Andes y los Alpes, y el encogimiento de las plataformas de hielo alrededor de la Antártida. La combinación de la fusión de los hielos y la expansión del agua a causa del calentamiento, elevará el nivel medio del mar entre 10 y 25 centímetros durante el próximo siglo.

ALTERACIÓN DE LOS SISTEMAS NATURALES

La alteración humana más visible del planeta ha sido la destrucción de los bosques. Casi la mitad de los bosques que una vez cubrieron inmensas extensiones de la Tierra han desaparecido. Entre 1980 y 1995, el mundo perdió 200 millones de hectáreas de bosques. En años recientes, se ha experimentado una pérdida anual neta estimada de 16 millones de hectáreas.

La cantidad de nitrógeno fijada en formas que las plantas puedan usarlo a través de fertilizantes químicos, la quema de combustibles fósiles y el cultivo de leguminosas como la soja, excede la cantidad ahora fijada por la naturaleza. El fertilizante de nitrógeno sintético, cuyo uso se ha multiplicado por nueve desde 1950, es la principal forma de fijación de nitrógeno como resultado de las actividades humanas. El exceso de nutrientes, como ocurre en el bajo Valle del Mississippi, conduce a menudo a inmensas flotaciones de algas, que al decaer, absorben el oxígeno libre del agua y privan a los peces de éste. La 'zona muerta' que forma este proceso cada año en el Golfo de México tiene el tamaño de New Jersey.

La quema de combustibles fósiles origina la emisión de dióxido de azufre y óxidos de nitrógeno, que combinados con humedad de la atmósfera, forman la lluvia ácida. Aunque las emisiones de estos dos contaminantes se han reducido mucho en Norteamérica y en Europa Occidental, todavía están aumentando rápidamente en Asia. La deposición ácida en partes de China es ahora más alta que los niveles alcanzados en Japón en 1975 antes de que esa nación estableciera severos límites de emisión.

Los contaminantes ácidos pueden eliminar los peces de los lagos de agua dulce, dejándolos sin vida. Otra actividad económica que es particularmente perjudicial para el medio ambiente es la minería. En años recientes, las exploraciones mineras se han extendido dramáticamente en los países en desarrollo, a medida que las minas se han ido agotando en los países industrializados. La

minería de oro es especialmente destructivo. Las 2.400 toneladas de oro extraídas en 1997 generaron 725 millones de toneladas de residuos, una tonelada de desechos por cada ocho personas del planeta. Además de la alteración física que supone la minería de oro, los residuos resultantes incluyen grandes cantidades de cianuro y mercurio, que se usan para separar el oro de la mena.

Una de las consecuencias de las muchas alteraciones en el medio ambiente apenas descritas es la pérdida acelerada de especies. El más reciente estudio del estado de la vida en la Tierra de la UICN estima que el 11 por ciento de todas las especies de aves están amenazadas de extinción. Para los peces, la cifra es más alta, el 34 por ciento. En la cuenca del río Colorado en EE.UU., 29 de las 50 especies autóctonas de peces están en peligro o ya se han extinguido. Entre las 233 especies de primates, una de las cuales es la especie humana, la mitad están ahora en peligro de extinción. Las poblaciones supervivientes de algunas especies de primates apenas llegan a unos pocos centenares de individuos.

CONDICIONES SOCIALES CAMBIANTES

Como ya se señaló, al finalizar 1997 compartíamos el planeta con 80 millones de personas más que a principios de año. Cerca del 60 por ciento de estas personas corresponden a Asia, en países ya densamente poblados. Si las recientes tendencias de la urbanización continúan, en unos pocos años, por primera vez en la historia, más personas vivirán en las ciudades que en el campo. Los niveles educativos están mejorando en todo el mundo. Entre las mejoras de años recientes está el aumento en la educación de las mujeres en los países en desarrollo. Entre 1990 y 1995, la matriculación femenina en 47 países en desarrollo investigados por la Agencia para el Desarrollo Internacional de EE.UU., aumentó de 226 a 254 millones. Como resultado, casi el 70 por ciento de las niñas en edad escolar a nivel mundial estaban escolarizadas en 1995. A pesar de este progreso, un tercio de todos los niños en el mundo en desarrollo no llegaba a completar los cuatro años de educación.

En los países industrializados, las grandes diferencias educativas entre hombres y mujeres se producían tradicionalmente en la universidad. Pero ahora también esto está cambiando. Las matriculaciones en derecho y economía están acercándose a la paridad de género. En las facultades de medicina en Estados Unidos y Canadá, más del 40 por ciento de los estudiantes son mujeres. En veterinaria, las mujeres alcanzan casi el 70 por ciento. Sin embargo, en ingeniería y arquitectura los hombres todavía superan a las mujeres.

De las tendencias sociales que afectan a la salud humana más directamente, la extensión del SIDA está entre las más destructivas. En 1997 se infectaron casi 6 millones de personas con el virus que causa el SIDA, con lo que el total de infectados en el mundo alcanzó los 42 millones. Aunque la mayoría de los infectados se encuentran en África, el número de nuevas infecciones crece más rápidamente en Asia. Algunos países, como Uganda y Tailandia, han hecho importantes progresos para frenar el contagio del virus. En puros números, las amenazas principales hoy están en India y China: las prostitutas en Bombay, India, y los consumidores de droga por vía intravenosa en algunas partes de China, tienen tasas de infección de más del 50 por ciento. Si el virus no puede contenerse en estos centros de infección, podría extenderse rápidamente entre poblaciones más grandes. Con 2,3 millones de muertes en 1997, el SIDA ocasiona el doble de pérdidas de vidas que la malaria. Una amenaza a la salud que afecta a muchas más personas que el SIDA es el consumo de cigarrillos.

La mitad de los fumadores morirán a causa de los efectos de su hábito, por enfermedades del corazón, apoplejía, cáncer de pulmón o por las muchas enfermedades asociadas con el fumar.

En 1997, el mundo produjo 5,8 billones de cigarrillos, unos 1.000 por cada uno de sus 5.800 millones de hombres, mujeres y niños. El único signo alentador es que la producción no está creciendo tan rápido como la población. Como resultado, el número de cigarrillos fabricados por persona ha caído un 4 por ciento desde el récord alcanzado en 1990. China es el mayor fabricante, seguido por Estados Unidos.

Mientras el consumo de cigarrillos disminuye en los países industrializados, en los países en desarrollo crece rápidamente. Si las tendencias actuales continúan, las muertes a causa del tabaco, unos 3 millones anuales en la actualidad, podrían alcanzar los 10 millones en el 2020; el 70 por ciento en el mundo en desarrollo. La subida de los impuestos sobre los cigarrillos en muchos países ha ayudado a reducir el consumo y los costes sanitarios asociados con este hábito mortal. En algunos países, como Noruega, Reino Unido y Dinamarca, el impuesto sobre la cajetilla de cigarrillos hoy supera los 4 dólares (600 pta). Los impuestos en Estados Unidos son de sólo 66 centavos de dólar por paquete.

Un país en desarrollo que ha hecho progresos en reducir el consumo de cigarrillos es Filipinas, donde una combinación de campañas educativas agresivas y un nuevo impuesto sobre los cigarrillos consiguió reducir el consumo un 16 por ciento. En algunos países, los altos impuestos sobre los cigarrillos han logrado resultados excelentes. En Nueva Zelanda un aumento del impuesto por cajetilla de casi 2 dólares entre 1980 y 1991 redujo el consumo anual de cigarrillos por persona de 4.100 a sólo 1.500. En Bélgica, el aumento del precio en un 46 por ciento entre 1985 y 1995 redujo el consumo de cigarrillos en una cuarta parte. Varios gobiernos nacionales, así como California y Massachusetts en Estados Unidos, emplean el impuesto sobre los cigarrillos para financiar programas educativos encaminados a eliminar el hábito de fumar.

UN MUNDO CONECTADO

Aunque ha pasado más de un siglo desde que Alexander Graham Bell inventó el teléfono, la mayoría de las personas en el mundo todavía no tiene acceso a este modo moderno de comunicación. El número de nuevas líneas de teléfono está aumentando anualmente un 7 por ciento, y el número total ascendía a 740 millones en 1996. Desde 1960, la red de teléfonos se ha multiplicado por ocho. El número de teléfonos por cada 100 personas varía mucho de país a país. Estados Unidos tiene 60 teléfonos por cada 100 personas, mientras China sólo tiene 4. La mayor parte del crecimiento en nuevas líneas telefónicas tiene lugar en los países en desarrollo, donde el número de teléfonos está aumentando anualmente un 19 por ciento.

Más importante aún en términos de facilitar las comunicaciones entre personas es el aumento espectacular de los teléfonos móviles, cuyo número ha aumentado en más de un 50 por ciento desde 1991. En 1996 había 135 millones de teléfonos móviles en el mundo.

Aunque esta tecnología se aplicó primero en los países industrializados, es en los países en desarrollo donde crece más rápidamente. En aquellos países que no han invertido todavía en una inmensa red de líneas telefónicas, los teléfonos móviles, unidos por torres y en uno o dos años por una red de satélites, ahorrarán millones de toneladas de cobre y madera. Permitirán a los países en desarrollo saltar literalmente al futuro, evitando la inversión en equipos tradicionales y redes de distribución.

Aún más rápido que el número de teléfonos es el número de ordenadores unidos electrónicamente. En 1997 había más de 30 millones de ordenadores en Internet. El número de usuarios de Internet era mucho mayor; el número de ordenadores personales conectados se estima hoy en más de 100 millones.

De los más de 100 millones de personas conectadas, más de la mitad está en Estados Unidos. Del resto la mayoría está en Australia, Europa, Canadá y Japón. Los países en desarrollo tienen sólo el 8 por ciento de las conexiones a Internet. Pero como en la red de teléfonos, Internet se está extendiendo rápidamente en los países en desarrollo. El acceso a Internet se ha multiplicado por cinco en Brasil y Rusia en los últimos dos años. También está aumentando rápidamente en India y China, donde para el 2000 se espera llegar a 1,5 y 4 millones, respectivamente.

Una tecnología que facilita la explosión de las comunicaciones electrónicas son los satélites. El número de satélites lanzado anualmente ha excedido el centenar desde 1965, normalmente entre 100 y 150. Hace treinta años, más de la mitad de los satélites lanzados eran para usos militares, como reconocimiento, vigilancia y otros usos militares. Con el fin de la guerra fría, esto cambió drásticamente. En 1997, sólo el 8 por ciento de los satélites lanzados eran para usos del ejército, mientras el 69 por ciento lo fueron para comunicaciones. Durante la próxima década, serán lanzados 1.700 satélites de comunicaciones, 10 veces el número ahora en órbita. Se espera que esta nueva generación de satélites, principalmente para la órbita baja, revolucione las comunicaciones globales.

CONTINÚA LA DESMILITARIZACIÓN

Después de alcanzar su máximo en 1984 con 1.140.000 millones de dólares (de 1995), los gastos militares globales disminuyeron a 701.000 millones en 1996, un declive del 39 por ciento. Estados Unidos todavía representa un tercio del total. Pero los 243.000 millones de 1997 gastados por EE.UU. son muy inferiores a los 370.000 millones de finales de los años ochenta. La mayor reducción ha ocurrido en Europa Oriental y en las antiguas repúblicas soviéticas, donde los gastos militares pasaron de 247.000 millones en 1985 a 21.000 millones en 1995.

El número de conflictos armados también ha disminuido. En 1992 eran más de 50, pero en 1997 hubo 24. En contraste con los periodos históricos anteriores, casi todos estos conflictos armados tienen lugar dentro de cada país. Involucraron a fuerzas gubernamentales, paramilitares, insurgentes y guerrillas, y señores de la droga, entre otros. Desgraciadamente, los civiles son la mayoría de las víctimas de estos conflictos, a diferencia de épocas anteriores: el 90 por ciento en los noventa, frente al 67 por ciento de las víctimas en la Segunda Guerra Mundial. Los conflictos más sangrientos en 1996 tuvieron lugar en Afganistán, Argelia, Sri-Lanka, Sudán y Turquía, involucrando conflictos étnicos, tribales o religiosos.

Este declive de los conflictos armados, particularmente en países como Croacia y Angola, también redujo la presencia de los cascos azules de la ONU. Tras llegar a 3.300 millones en 1994, los gastos cayeron a 1.300 millones en 1997.

CAMBIO MEDIOAMBIENTAL: EL FACTOR FISCAL

Cuando se analiza la magnitud de los cambios necesarios para transformar una economía basada en los combustibles fósiles, en el automóvil y en el consumismo, por otra economía ambientalmente sostenible, está claro que un instrumento cada vez más popular para conseguirlo es la política fiscal. En la actualidad, la mayoría de los ingresos de los impuestos de los gobiernos provienen del trabajo y los ahorros. Pero el trabajo y el ahorro son actividades constructivas y deben promocionarse. Las actividades que deben reducirse son las emisiones de carbono y de azufre, la generación de residuos tóxicos, el uso de materias primas (al contrario que las recicladas), y el uso de plaguicidas.

Seis países europeos han empezado a cambiar el sistema fiscal. Suecia, Dinamarca, España, Holanda, Reino Unido y Finlandia, han dado algún paso para reducir los impuestos sobre los salarios mientras aumentan los impuestos en cosas tales como las emisiones de carbono, la propiedad de automóviles y el vertido de residuos.

La otra cara de la moneda es que los Gobiernos han subvencionado durante mucho tiempo actividades destructivas del medioambiente, como el consumo de combustibles fósiles. Una de las razones por las que el uso de combustibles fósiles y las emisiones de carbono han disminuido tan rápidamente en las antiguas repúblicas soviéticas y en Europa Oriental es que las subvenciones han sido reducidas durante los años noventa. En 1991 las subvenciones para el uso de combustibles fósiles en la antigua Unión Soviética y en Europa Oriental superaron los 130.000 millones de dólares. En 1995, habían caído a 40.000 millones.

Recortes sustanciales en las subvenciones a los combustibles fósiles también se han producido en China, de 26.000 millones a 11.000 millones de dólares durante los años noventa. Estos recortes en China han elevado el precio del carbón y han mejorado la eficiencia energética. El Reino Unido pudo reducir sus emisiones de carbono en parte durante esta década porque eliminó las subvenciones a la minería del carbón.

Aunque el mundo todavía está en las fases tempranas de reestructuración de las políticas fiscales para lograr metas medioambientales, este acercamiento promete acelerar el cambio hacia una economía ambientalmente sostenible. Una ventaja de la política fiscal sobre la regulación es que permite dirigir la economía en la dirección correcta mientras aprovecha la eficacia inherente del mercado”.

2.22 Material de apoyo para la actividad 2 (unidad 3)

Paul Kennedy, Desafíos globales a comienzos del siglo XXI
Catedrático de historia de la Universidad de Yale, Estados Unidos.

Conferencia traducida y publicada en: Revista Educación de Adultos y Desarrollo, Asociación Alemana de Educación de Adultos, N° 54, 2000.

La mayor dificultad que enfrenta todo intento de esbozar la situación global tal como se presenta a comienzos del siglo XXI radica en captar y comprender su gran complejidad. Un análisis de la situación económica de la población mundial demuestra que una sexta parte goza de un nivel de vida extraordinariamente alto –una pequeña minoría, incluso de fortunas inconmensurables–, una tercera parte, aquella de los llamados países en el umbral del desarrollo, en los últimos 25 años se ha visto beneficiada de un considerable aumento del ingreso per cápita, en tanto que aproximadamente la mitad de los habitantes viven, al igual que antes, sumidos en la extrema pobreza. Esta desigualdad se observa también en el campo de la justicia, de los derechos humanos, de la democracia, en el sufrimiento que conllevan las guerras o las bendiciones que representa la paz. En Escandinavia, por ejemplo, la población goza de una feliz combinación de altos ingresos, conciencia ecológica, bienestar social y libertades políticas. Por otra parte, numerosos países, especialmente de África, se encuentran absolutamente a la zaga.

El grado de complejidad de la situación supera en numerosos aspectos nuestra capacidad de imaginación e induce, incluso a expertos, a describir sólo fragmentariamente la situación global. En tanto que la llamada “escuela de la abundancia” nos promete un futuro fascinante en forma de un nirvana de la alta tecnología, los fatalistas advierten que la humanidad se encuentra ecológica y demográficamente al borde de la catástrofe.

En consecuencia, los desafíos que nos plantea el tema “Tendencias globales 2000” consisten en abordar, en forma comprometida y libre de falsas consideraciones, la totalidad de esta compleja situación.

Para poder reflexionar adecuadamente sobre nuestro planeta, tal vez sería mejor abandonarlo y transportarnos mentalmente a una nave espacial extraterrestre que durante varios meses circundaría la Tierra y registraría toda actividad terrestre con sensores altamente desarrollados. A bordo, los científicos dispondrían de una avanzada tecnología, excelentes bancos de datos y estarían en situación de procesar una gran cantidad de información –también aquella bastante contradictoria e inusual que recibirían del planeta Tierra. Su tarea sería elaborar un informe global para sus superiores, digamos en Marte. ¿Qué informarían sobre la Tierra? ¿Cuáles serían sus impresiones?

Supongo que en primer lugar informarían que la Tierra, a diferencia de la mayoría de los demás planetas inhóspitos de nuestra galaxia, es uno pleno de vida. No sólo respira y se transforma continuamente debido a las precipitaciones y evaporaciones diarias y a las distintas estaciones del año, sino que además alberga a millones de especies, de las cuales todas viven, respiran y realizan sus actividades. Entre todas estas especies –que habitan el aire, la tierra y las aguas– una se destaca en forma especial. Se autodenomina “homo sapiens”, y es un mamífero que camina erecto, presenta distintos colores y tamaños y dos géneros. En promedio alcanza una edad de 75 años y prefiere la tierra al aire o al agua. Esta raza tiene algunas marcadas características: vive en grupos más o menos

numerosos y en variadas sociedades, es extraordinariamente ocurrencia, domina a todas las demás especies, asume un creciente control de su entorno natural y posee una gran capacidad de destrucción local y global. Precisamente ahora –señalaría el informe– parece que un grupo de esta raza está disparando una gran cantidad de proyectiles sobre otro, a los que llaman “serbios”. Ninguna otra especie hace algo similar.

A nuestros observadores extraterrestres sobre todo les llamaría la atención que los distintos ejemplares del *homo sapiens* disponen de recursos absolutamente diferentes y viven en entornos disímiles. Todas las demás especies, ya sea el halcón peregrino, el bacalao o la musaraña, habitan siempre en entornos respectivamente iguales y su ritmo de actividades también es idéntico. Sin embargo, el *homo sapiens* es distinto. Algunos ejemplares tienen ingresos casi doscientas veces superiores a otros. Si las cámaras de la nave espacial captasen una localidad llamada Silicon Valley, descubrirían un verdadero enjambre de industrias que con la producción de software y hardware han amasado inmensas fortunas.

Obviamente, esta tecnología no dejaría de ser primitiva si la comparásemos con la de Marte, pero el ser humano no cuestiona la trascendencia de su quehacer. A la vez, en otros lugares del planeta hay seres humanos que viven una realidad muy distinta: padecen hambre, no tienen techo y son víctimas de la guerra y la pobreza. La vida de estos seres humanos no es mejor que la de su ganado o que la de los perros de los ricos.

Los observadores de Marte no lograrían comprender por qué y cómo la especie del *homo sapiens* tolera tales desigualdades, toda vez que su sistema de comunicación, un primitivo sistema de transmisión de imágenes que llaman televisión, diariamente confronta a las sociedades ricas con la realidad de sus congéneres menos afortunados. Ello eventualmente se debe a que muchas personas de las sociedades ricas dedican gran parte de su tiempo a mirar la televisión –campeonatos deportivos, talkshows o comedias– y no quieren saber nada del resto del mundo. De todo ello nuestros observadores concluirían que la especie del *homo sapiens* tiene algunos grandes problemas de los que no quiere tomar conciencia.

No es sólo la deplorable relación entre ricos y pobres la que motivaría a los extraterrestres a catalogar como graves los problemas de la Tierra, sino también el peligroso desarrollo demográfico. En tanto que el número de todas las demás especies es prácticamente constante, el del *homo sapiens* aumenta desde hace ya muchos siglos. No se puede advertir un cambio de esta tendencia. Aproximadamente seis mil millones de ejemplares habitan el planeta y a esta cantidad se suman otros 85 millones cada año. Los pronósticos de crecimiento indican que la población total en el año 2030 será de unos ocho a nueve mil millones y a finales del siglo XXI incluso mucho mayor. En la Tierra se discute muy intensamente sobre la probabilidad de que la superficie terrestre disponible sea insuficiente para alimentar a toda esta gente. Por otra parte, ¿habrá trabajo para tres mil millones de jóvenes? ¿Es la destrucción del medio un problema ineludible?

Los marcianos eventualmente califiquen tales problemas como secundarios. Supondrían que el ser humano es lo suficientemente inteligente como para producir la cantidad necesaria de alimentos para mantener a otros tantos miles de millones de congéneres y para cuidar adecuadamente su entorno natural, al menos las clases medias y altas de las sociedades. A pesar de los riesgos biotecnológicos, en la producción agraria aún hay mucho potencial desaprovechado y también la producción y el consumo energético son susceptibles de ser optimizados.

El gran problema que verían los extraterrestres no sería el crecimiento absoluto de la población humana, sino su expansión desigual en las distintas regiones del planeta.

En líneas generales, los pueblos pueden ser diferenciados en sociedades ricas y de alta tecnología, que habitan en las regiones desarrolladas, y sociedades pobres, sólo ricas en problemas económicos y sociales, que viven en los llamados países en vías de desarrollo. Lo más sorprendente es que en los próximos cincuenta años la población de los países ricos probablemente no crecerá en absoluto, en tanto que aquélla de los países en vías de desarrollo aumentará incontroladamente. Habría cabido esperar que precisamente los ricos, con todos los recursos de que disponen, se deleitasen con tener muchos hijos y los pobres, desamparados, temiesen esta bendición. Sin embargo, aparentemente la humanidad no lo ve así. Por lo general, las personas pudientes gastan su dinero en bienes materiales y no en hijos. Las familias más numerosas se encuentran en las sociedades más pobres, a pesar de que ello va en desmedro de los ya escasos recursos y del medio. Esta contradicción la encontramos también en las predicciones del crecimiento demográfico en las distintas regiones. Los cálculos señalan un marcado aumento de las poblaciones de África, Asia y Latinoamérica, y un estancamiento o incluso una disminución –en términos absolutos– de aquéllas de Europa, Japón y Norteamérica.

Lo que actualmente más llama la atención es que las desigualdades socioeconómicas y tecnológicas entre las sociedades ricas y pobres no van de la mano de grandes diferencias geográficas y topográficas. Si bien África, un continente absolutamente rezagado en cuanto a su desarrollo, se encuentra separado de la vecina Europa por el Mar Mediterráneo, al igual que el Río Grande separa a los ricos Estados Unidos de América de sus vecinos del Sur, más pobres, estas fronteras son permeables, especialmente la última. A ello se suma que los Estados Unidos lideran la campaña de la globalización, es decir, de la creciente interdependencia de las sociedades a lo largo del mundo, por ejemplo a través de la televisión e Internet, la expansión del turismo, programas de intercambio estudiantil, masivas inversiones privadas en el extranjero, interacciones culturales y organizaciones internacionales.

Es un hecho que la mayoría de los ciudadanos estadounidenses están convencidos de que estos problemas no existirían si todo el mundo viviese igual que ellos. Sin embargo, no tienen una respuesta a la pregunta de cómo los países pobres, que fueron despojados de sus recursos, pueden transformarse en democracias estables, pudientes, si su situación inicial es tan difícil y desfavorable. En consecuencia, mientras la humanidad se aproxima a pasos gigantescos al siglo XXI, el gran abismo tecnológico entre las naciones industrializadas y los países en vías de desarrollo continuará profundizándose. A fin de ilustrar lo antedicho, haremos una comparación entre el avance científico de un país rico, por ejemplo Suecia, y la ausencia casi absoluta de toda actividad científica en un país pobre de África, en este caso Uganda (véase tabla I).

TABLA 1

Comparación entre los desarrollo económicos y tecnológicos de Uganda y Suecia (1995)

	Uganda	Suecia
Computadoras personales (por 1.000 habitantes)	0,53	192,55
Llamadas telefónicas (internacionales minutos por persona)	0,25	108,17
Teléfonos (por 1000 habitantes)	2,30	681,10
Teléfonos móviles (por 1000 habitantes)	0,09	229,36
Usuarios de Internet (por 1000 habitantes)	< 0,10	51,00
Científicos y técnicos que trabajan en investigación y desarrollo (1990-96) (por 1000 habitantes)	0,06	6,81

Fuente: PNUD 1998: Informe de desarrollo humano 1998, Nueva York.

El mayor desafío que habrán de afrontar los gobiernos será la superación de este abismo –aun si de momento son pocos los gobiernos que así lo ven. A pesar de los ingentes esfuerzos del Banco Mundial, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y de un sinnúmero de organizaciones no gubernamentales, entre las poblaciones de muchos países ricos no existe una conciencia adecuada de la situación.

Sería una simplificación peligrosa continuar clasificando a la humanidad en ricos y pobres, sin hacer una diferenciación mayor. Por determinadas razones, que se remontan a los comienzos de la historia y que nuestros extraterrestres no podrían entender, los habitantes de la Tierra se distribuyeron en más de 190 unidades llamadas “Estados-naciones”; cada una de estas unidades posee un gobierno, un himno y una bandera –los símbolos nacionales–, fuerzas de seguridad, etc. Todas están agrupadas en una organización bastante singular y frecuentemente ineficaz, denominada Naciones Unidas, la que decide en cuestiones de alcance internacional. Algunas de estas naciones son muy grandes y populosas; otras, muy pequeñas. Sería extraño si bajo la creciente presión de la globalización y la exigencia cada vez mayor en cuanto a transparencia y uniformidad universal de los estándares comerciales, todos los países en vías de desarrollo se encontrasen en una situación tan deplorable como Uganda y todas las naciones industrializadas fuesen tan ricas como Suecia. Numerosos países se encuentran en una especie de fase de transición, y quizás sean éstos los más interesantes.

En este contexto es interesante analizar los datos básicos de dos países absolutamente distintos, uno en el Caribe, Haití, y uno en Centroamérica, Costa Rica (véase tabla 2).

TABLA 2

Comparación entre los indicadores de desarrollo de Haití y Costa Rica

	Costa Rica	Haití
Tasa de crecimiento económico anual (1980-95), en %	3,41	-2,41
Gasto del sector militar en relación con el de la educación y de la salud (1990-91), en %	5,0	30,0
Expectativas de vida (1995), en años	76,6	54,6
Mortalidad infantil por 1.000 niños nacidos vivos (1996)	13	94
Tasa de Alfabetización (1995)	95	45
Índice de desarrollo humano (lugar en la totalidad de los países) (1995)	34	159
Índice de desarrollo humano según género (lugar en la totalidad de los países) (1995)	28	71

Fuente: PNUD 1998: Informe de desarrollo humano 1998, Nueva York.

Ambos países tienen el mismo clima. Haití cuenta con aproximadamente siete millones de habitantes, Costa Rica con cuatro. Sin embargo, los indicadores sociales y económicos son totalmente distintos. La diferencia entre los indicadores de ambos países es tan marcada, que en principio uno se negaría a darles crédito. Además, debemos tener presente que estamos hablando tan sólo de los indicadores socioeconómicos y que éstos poco o nada nos dicen de las respectivas situaciones políticas. En tanto que Costa Rica es considerado un modelo de democracia para Centroamérica e incluso ha estado en condiciones de promover acuerdos de paz regionales, Haití es visto como un caso perdido, carente de posibilidades reales de desarrollo.

No obstante, quizás se desconozca una de las mayores diferencias entre ambos países, a saber, el costo del aparato militar y el rol que han desempeñado estos aparatos. En Haití, son aún muchas las personas que visten uniforme, ya sea del Ejército o de la policía armada. El presupuesto correspondiente es muy alto. Estos recursos deberían ser empleados en el sector civil. El Gobierno haitiano es ineficiente, corrupto y se mantiene en el poder gracias al apoyo militar. Costa Rica, en cambio, se encuentra embarcado en un proceso de desmilitarización único en el mundo. Costa Rica ha suprimido el Ejército y ha apelado a sus vecinos a seguir su ejemplo. Su élite política, como por ejemplo el nobel Oscar Arias, fustiga constantemente todo tipo de comercio y tráfico de armas.

Quienes se preocupan por las razones más profundas de las tendencias globales deben llamar la atención de sus gobiernos, ya sea de los países ricos –productores y exportadores de armamento (precisamente Estados Unidos, de corte democrático-liberal, es el mayor exportador de armas)–, como de los países en vías de desarrollo –corruptos y autoritarios, compradores de armamento– sobre estos aspectos fundamentales.

Las cifras del gasto en armamento son también indicadores de un problema mayor, a saber, de la nefasta relación entre este presupuesto y los presupuestos de los sectores educación y salud en los países ricos y pobres. Esta relación es alarmante, también en el caso de las naciones industrializadas. Si bien estas últimas invierten cuantiosos recursos en educación y salud pública, éstos no admiten una comparación con los recursos que destinan a sus fuerzas armadas. Ello es tanto más sorprendente si se considera que la llamada “guerra fría” que se prolongó por cuatro décadas y motivó una extenuante carrera armamentista entre ambos bloques, fue superada definitivamente hace ya algunos años. La deplorable relación entre la inversión en armamento y aquella en las estructuras civiles de la sociedad es aún más marcada en los países en vías de desarrollo, con la excepción de Costa Rica y Botswana. Un país pobre que anualmente invierte 22 dólares per cápita en el sector de la salud pública, pero 9.000 dólares por soldado en el de defensa (lo que no pocas veces es el caso) tiene una concepción errónea de las prioridades. Ello no sólo es inmoral y aborrecible, sino además un claro indicio de las dificultades en que se encuentra un país o en las que pronto se encontrará.

Son obvias las razones por las cuales países como Costa Rica prosperan y países como Haití empeoran. Algunas son: el respeto de los derechos humanos, una administración transparente, seguridad legal, inversiones adecuadas en la infraestructura, igualdad de derechos para las mujeres, la educación de niñas y muchachas y libertad de opinión. También, las oportunidades de trabajo que tiene la juventud: ¿encontrarán una ocupación idónea o le volverán la espalda a la sociedad para incorporarse a ejércitos juveniles o adherirse a movimientos fundamentalistas y étnicos? Si bien esta pregunta no es fácil de responder, otra sí lo es, a saber, en qué lugares y por qué razones hubo conflictos bélicos en nuestro planeta en los últimos decenios.

En la distribución regional de estos conflictos se puede observar una clara tendencia. En la década de los noventa, todos los conflictos tuvieron lugar en África, en el Cercano Oriente, Asia Central, en los Balcanes y en ciertas regiones de Latinoamérica, es decir, en zonas con estructuras sociales incipientes y víctimas de una gran presión, producto del vertiginoso aumento de la población. Este último factor es decisivo, además de ser aquel que más nos debe inducir a reflexionar sobre el futuro de nuestro planeta. No puede ser mera casualidad que precisamente los países con el mayor aumento de la población sean Ruanda en África, Haití en el hemisferio occidental y el Kosovo en Europa. Si bien un crecimiento desproporcionado de la población no es una razón automática

de conflictos bélicos o colapsos sociales, es ciertamente el caldo de cultivo de un potencial de frustración que, junto con otros motivos, puede llevar a tales situaciones.

Los ejemplos recién nombrados son los “casos perdidos” y sería un error tomarlos como pauta exclusiva, salvo que queramos esbozar un panorama absolutamente negativo de la situación en nuestro planeta al término del presente siglo. Nuestros extraterrestres, después de todo, habrían obtenido datos de la totalidad de la Tierra.

Nuestra meta es una visión global y equilibrada de la situación. Para lograrlo, dividiremos los 190 países o bien los 175 Estados que incluye el Informe del PNUD en tres grupos.

El primer grupo lo integran los países ricos, democráticos y desarrollados de Europa y Norteamérica, así como Japón, Australia y Nueva Zelandia; también algunos otros, como por ejemplo Israel, Singapur y eventualmente Chile y Argentina. Se trata de un total de 30 a 40 países, según donde se establezcan los límites en cuanto a desarrollo.

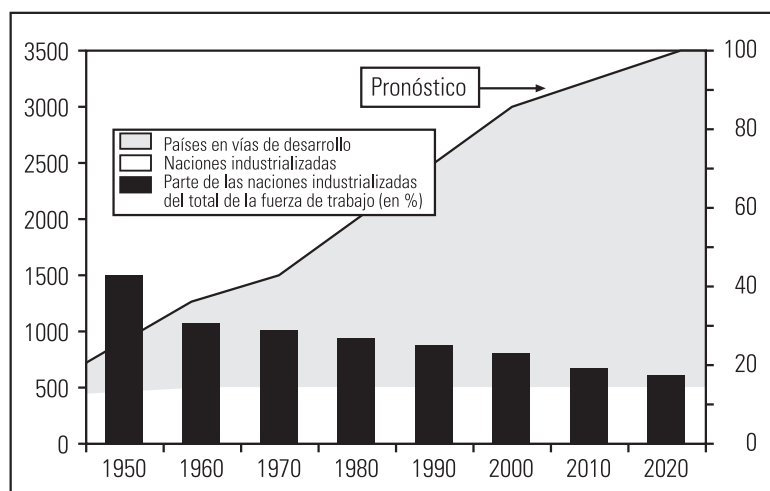
En el otro extremo tenemos a los cincuenta a sesenta países más pobres del mundo, de los cuales la mayoría son africanos, más unos pocos asiáticos y centroamericanos. Es poco probable que puedan superar la pobreza por propia iniciativa o que reciban apoyo en forma de inversiones extranjeras. Precisan la ayuda de la comunidad internacional y de las organizaciones transnacionales, la cual debería ser coordinada por el Banco Mundial.

El tercer grupo es eventualmente el más decisivo para el futuro desarrollo de nuestro planeta. Los sesenta a setenta Estados que lo componen se encuentran, en cuanto a desarrollo, entre aquellos de los dos grupos antes señalados. Al igual que los países más pobres, enfrentan aún inmensos desafíos en materia ecológica, demográfica, económica, social y estructural. Por otra parte, disponen ya de una determinada infraestructura, de ciertos recursos educacionales y, aunque en forma insuficiente aún, de capital. Entre ellos se encuentran algunos Estados insulares, como por ejemplo Jamaica, y otros densamente poblados como la India, Paquistán, Brasil, México e Indonesia. Si a ellos sumamos la República Popular China, este grupo representa aproximadamente el 60 % de la población mundial. El desarrollo de este grupo determinará el desarrollo global.

En este grupo también se encuentran aquellos Estados que actualmente están en pleno proceso de globalización y modernización y que en un tiempo increíblemente breve de tan sólo una generación, fueron integrados en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo. Estos países son ricos en contradicciones. La India, por ejemplo, tiene la clase media más grande de todos los países –unos 200 millones de personas– y cuenta con el segundo centro más importante del mundo de producción de software, ubicado en Bangalore, en el sudeste. Por otra parte, estos 200 millones de personas que integran la clase media están inmersos en una sociedad compuesta por 750 millones de campesinos empobrecidos y en un medio absolutamente agotado. No es exagerado afirmar que estas sociedades se encuentran en una peligrosa carrera contra el tiempo. ¿Lograrán elevar el nivel de vida general, evitando una catástrofe ecológica, o serán arrasadas por las hordas de jóvenes? A cualquiera se le hiela la sangre en las venas si toma conciencia de que tan sólo la población de la India crece a un ritmo de 17 millones al año – 17 millones es el total de la población de Australia. ¿Encontrarán todos ellos trabajo en el año 2020?

El cuadro 1 es especialmente interesante en este contexto. Muestra el aumento de la fuerza de trabajo en las últimas décadas a lo largo del mundo y establece un pronóstico hasta el año 2020.

Cuadro 1: Aumento de la Fuerza de Trabajo a Nivel Mundial 1950-2020
(en millones y parte de las naciones industrializadas en %)



Fuente: Oficina Internacional del Trabajo, 1996.

Tal como sucede con el crecimiento demográfico, también aquí podemos observar un estancamiento de la cantidad absoluta de mano de obra en los países desarrollados y un notable aumento en los países en vías de desarrollo. Precisamente en este campo, las futuras generaciones habrán de enfrentar el mayor desafío: ¿lograrán integrar algunos miles de millones de personas en los procesos de producción de un mercado global y elevar paulatinamente su nivel de vida sin provocar, al mismo tiempo, un colapso ecológico? ¿O es el número de personas demasiado grande para ser absorbido por el mercado laboral? ¿Continuarán los países ricos importando bienes y servicios de los países con mano de obra barata, también a costas de su propia fuerza de trabajo? ¿O se protegerán, erigiendo obstáculos al libre comercio con los países en el umbral del desarrollo? Si estos últimos países no logran crear suficientes empleos, ¿se les ofrecerá a sus juventudes la oportunidad de emigrar a Japón o a Europa? ¿Se ven los países en el umbral del desarrollo obligados a modernizar demasiados campos en un plazo demasiado corto?

Nuestros observadores extraterrestres seguramente incluirían numerosos otros aspectos en su informe sobre las tendencias globales que hubiesen podido observar en la Tierra. No obstante, las observaciones mencionadas en este artículo seguramente permitirán extraer conclusiones importantes. La más importante de ellas será, indudablemente, la de evitar generalidades inconvenientes sobre el destino de nuestro planeta.

Es un hecho que en el planeta que habitamos no nos aguarda, en forma inmediata, ni un paradisíaco nuevo orden mundial ni una catástrofe de dimensiones apocalípticas. Fuera de los grandes problemas también tenemos inmensos potenciales y recursos aún no aprovechados. Es comprensible que a las puertas del siglo XXI los individuos sean presa de un gran optimismo o pesimismo, según el lado de la moneda que contemplen. También es comprensible que los estadounidenses, en el octavo año de un auge económico ininterrumpido y de un bienestar sin parangón,

estén convencidos de que el mundo marcha bien, con excepción de algunos fanáticos en los Balcanes y uno que otro loco en las propias escuelas.

Sin embargo, el mundo es bastante más complejo. Por ello, un visitante de Marte necesitaría mucho tiempo para percatarse de todas las interdependencias y vinculaciones y llegar a comprenderlas. Esta es también la razón por la cual nosotros debemos dedicar mucho más tiempo a estudiar las tendencias globales, a reflexionar sobre ellas y sobre nuestro destino. La siguiente maldición china es perfectamente aplicable: “Te deseo que vivas en tiempos interesantes”. Los tiempos que vivimos son interesantes y serán aún más interesantes cuando nuestros hijos sean adultos. El cabal conocimiento de las tendencias globales será la condición absolutamente necesaria para el futuro de todos nosotros, también en nuestra calidad de ciudadanos del mundo en el siglo XXI. Hace un centenar de años, el escritor H.G. Wells señaló que la civilización humana se encuentra en una lucha entre la autoeducación y la autodestrucción. Las guerras y la barbarie del siglo XX confirman su sentencia. Sólo nos cabe esperar que el homo sapiens sobreviva el próximo siglo con menos catástrofes autoproducidas.

2.23 Material de apoyo para la actividad 3 (unidad 3)

DECLARACIÓN DE RÍO SOBRE EL MEDIO AMBIENTE Y EL DESARROLLO

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, habiéndose reunido en Río de Janeiro del 3 al 14 de junio de 1992, reafirmando la Declaración de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano, aprobada en Estocolmo el 16 de junio de 1972, y tratando de basarse en ella, con el objetivo de establecer una alianza mundial nueva y equitativa mediante la creación de nuevos niveles de cooperación entre los Estados, los sectores claves de las sociedades y las personas, procurando alcanzar acuerdos internacionales en los que se respeten los intereses de todos y se proteja la integridad del sistema ambiental y de desarrollo mundial, reconociendo la naturaleza integral e interdependiente de la Tierra, nuestro hogar, proclama que:

- Principio 1: Los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el desarrollo sostenible. Tienen derecho a una vida saludable y productiva en armonía con la naturaleza.
- Principio 2: De conformidad con la Carta de las Naciones Unidas y los principios del derecho internacional, los Estados tienen el derecho soberano de aprovechar sus propios recursos según sus propias políticas ambientales y de desarrollo, y la responsabilidad de velar porque las actividades realizadas dentro de su jurisdicción o bajo su control no causen daños al medio ambiente de otros Estados o de zonas que estén fuera de los límites de la jurisdicción nacional.
- Principio 3: El derecho al desarrollo debe ejercerse en forma tal que responda equitativamente a las necesidades de desarrollo y ambientales de las generaciones presentes y futuras.
- Principio 4: A fin de alcanzar el desarrollo sostenible, la protección del medio ambiente deberá constituir parte integrante del proceso de desarrollo y no podrá considerarse en forma aislada.
- Principio 5: Todos los Estados y todas las personas deberán cooperar en la tarea esencial de erradicar la pobreza como requisito indispensable del desarrollo sostenible, a fin de reducir las disparidades en los niveles de vida y responder mejor a las necesidades de la mayoría de los pueblos del mundo.
- Principio 6: Se deberá dar especial prioridad a la situación y las necesidades especiales de los países en desarrollo, en particular los países menos adelantados y los más vulnerables desde el punto de vista ambiental. En las medidas internacionales que se adopten con respecto al medio ambiente y al desarrollo también se deberían tener en cuenta los intereses y las necesidades de todos los países.
- Principio 7: Los Estados deberán cooperar con espíritu de solidaridad mundial para conservar, proteger y restablecer la salud y la integridad del ecosistema de la Tierra. En vista de que han contribuido en distinta medida a la degradación del medio ambiente mundial, los Estados tienen responsabilidades comunes pero diferenciadas. Los países desarrollados reconocen la responsabilidad que les cabe en la búsqueda internacional del desarrollo sostenible, en vista de las presiones que sus sociedades ejercen en el medio ambiente mundial y de las tecnologías y los recursos financieros de que disponen.

- Principio 8:** Para alcanzar el desarrollo sostenible y una mejor calidad de vida para todas las personas, los Estados deberían reducir y eliminar las modalidades de producción y consumo insostenibles y fomentar políticas demográficas apropiadas.
- Principio 9:** Los Estados deberían cooperar en el fortalecimiento de su propia capacidad de lograr el desarrollo sostenible, aumentando el saber científico mediante el intercambio de conocimientos científicos y tecnológicos, e intensificando el desarrollo, la adaptación, la difusión y la transferencia de tecnologías, entre estas, tecnologías nuevas e innovadoras.
- Principio 10:** El mejor modo de tratar las cuestiones ambientales es con la participación de todos los ciudadanos interesados, en el nivel que corresponda. En el plano nacional, toda persona deberá tener acceso adecuado a la información sobre el medio ambiente de que dispongan las autoridades públicas, incluida la información sobre los materiales y las actividades que encierran peligro en sus comunidades, así como la oportunidad de participar en los procesos de adopción de decisiones. Los Estados deberán facilitar y fomentar la sensibilización y la participación de la población poniendo la información a disposición de todos. Deberá proporcionarse acceso efectivo a los procedimientos judiciales y administrativos, entre éstos el resarcimiento de daños y los recursos pertinentes.
- Principio 11:** Los Estados deberán promulgar leyes eficaces sobre el medio ambiente. Las normas, los objetivos de ordenación y las prioridades ambientales deberían reflejar el contexto ambiental y de desarrollo al que se aplican. Las normas aplicadas por algunos países pueden resultar inadecuadas y representar un costo social y económico injustificado para otros países, en particular los países en desarrollo.
- Principio 12:** Los Estados deberían cooperar en la promoción de un sistema económico internacional favorable y abierto que llevara al crecimiento económico y el desarrollo sostenible de todos los países, a fin de abordar en mejor forma los problemas de la degradación ambiental. Las medidas de política comercial con fines ambientales no deberían constituir un medio de discriminación arbitraria o injustificable ni una restricción velada del comercio internacional. Se debería evitar tomar medidas unilaterales para solucionar los problemas ambientales que se producen fuera de la jurisdicción del país importador. Las medidas destinadas a tratar los problemas ambientales transfronterizos o mundiales deberían, en la medida de lo posible, basarse en un consenso internacional.
- Principio 13:** Los Estados deberán desarrollar la legislación nacional relativa a la responsabilidad y la indemnización respecto de las víctimas de la contaminación y otros daños ambientales. Los Estados deberán cooperar asimismo de manera expedita y mas decidida en la elaboración de nuevas leyes internacionales sobre responsabilidad e indemnización por los efectos adversos de los daños ambientales causados por las actividades realizadas dentro de su jurisdicción, o bajo su control, en zonas situadas fuera de su jurisdicción.
- Principio 14:** Los Estados deberían cooperar efectivamente para desalentar o evitar la reubicación y la transferencia a otros Estados de cualesquiera actividades y sustancias que causen degradación ambiental grave o se consideren nocivas para la salud humana.

- Principio 15: Con el fin de proteger el medio ambiente, los Estados deberán aplicar ampliamente el criterio de precaución conforme a sus capacidades. Cuando haya peligro de daño grave o irreversible, la falta de certeza científica absoluta no deberá utilizarse como razón para postergar la adopción de medidas eficaces en función de los costos para impedir la degradación del medio ambiente.
- Principio 16: Las autoridades nacionales deberían procurar fomentar la internalización de los costos ambientales y el uso de instrumentos económicos, teniendo en cuenta el criterio de que el que contamina debe, en PRINCIPIO, cargar con los costos de la contaminación, teniendo debidamente en cuenta el interés público y sin distorsionar el comercio ni las inversiones internacionales.
- Principio 17: Deberá emprenderse una evaluación del impacto ambiental, en calidad de instrumento nacional, respecto de cualquier actividad propuesta que probablemente haya de producir un impacto negativo considerable en el medio ambiente y que esté sujeta a la decisión de una autoridad nacional competente.
- Principio 18: Los Estados deberán notificar inmediatamente a otros Estados de los desastres naturales u otras situaciones de emergencia que puedan producir efectos nocivos súbitos en el medio ambiente de esos Estados. La comunidad internacional deberá hacer todo lo posible por ayudar a los Estados que resulten afectados.
- Principio 19: Los Estados deberán proporcionar la información pertinente y notificar previamente y en forma oportuna a los Estados que posiblemente resulten afectados por actividades que puedan tener considerables efectos ambientales transfronterizos adversos, y deberán celebrar consultas con esos Estados en una fecha temprana y de buena fe.
- Principio 20: Las mujeres desempeñan un papel fundamental en la ordenación del medio ambiente y en el desarrollo. Es, por tanto, imprescindible contar con su plena participación para lograr el desarrollo sostenible.
- Principio 21: Debería movilizarse la creatividad, los ideales y el valor de los jóvenes del mundo para forjar una alianza mundial orientada a lograr el desarrollo sostenible y asegurar un mejor futuro para todos.
- Principio 22: Las poblaciones indígenas y sus comunidades, así como otras comunidades locales, desempeñan un papel fundamental en la ordenación del medio ambiente y en el desarrollo debido a sus conocimientos y prácticas tradicionales. Los Estados deberían reconocer y apoyar debidamente su identidad, cultura e intereses y hacer posible su participación efectiva en el logro del desarrollo sostenible.
- Principio 23: Deben protegerse el medio ambiente y los recursos naturales de los pueblos sometidos a opresión, dominación y ocupación.
- Principio 24: La guerra es, por definición, enemiga del desarrollo sostenible. En consecuencia, los Estados deberán respetar las disposiciones de derecho internacional que protegen al medio ambiente en épocas de conflicto armado, y cooperar en su ulterior desarrollo, según sea necesario.
- Principio 25: La paz, el desarrollo y la protección del medio ambiente son interdependientes e inseparables.

Principio 26: Los Estados deberán resolver pacíficamente todas sus controversias sobre el medio ambiente por medios que corresponda con arreglo a la Carta de las Naciones Unidas.

Principio 27: Los Estados y las personas deberán cooperar de buena fe y con espíritu de solidaridad en la aplicación de los principios consagrados en esta Declaración y en el ulterior desarrollo del derecho internacional en la esfera del desarrollo sostenible.

2.24 Material de apoyo para la actividad 4 (unidad 3)

DESARROLLO ECONÓMICO SOSTENIBLE

Nuestro planeta Tierra, una conmovedora esfera azul, bastante única en el sistema solar, es el hábitat de la especie “humana”, según nos hemos autodenominado.

La actividad perceptible, para un hipotético observador exterior, a raíz de la vida en el planeta, es extraordinariamente alta. Por ejemplo, desde el punto de vista de las emisiones de radiación hertziana, es un planeta sumamente bullicioso, producto de la actividad de radios, tv y celulares. También nos destacamos, desde el punto de vista de nuestra capacidad de producir y hasta desechar máquinas, pues se observa la presencia de satélites artificiales e ingentes cantidades de basura estelar en órbita, alrededor nuestro.

Dentro de las actividades del planeta se puede distinguir, simplificando, la operación de dos subsistemas: el ecológico y el económico. Por razones históricas relativas a la administración del planeta, que realiza la especie humana, su superficie se encuentra repartida a distintos grupos que conforman partes del subsistema económico, llamados países. Chile es una de estas particulares subdivisiones de la superficie del planeta. Como Chile consiste de una subdivisión planetaria de unos 2 millones de kilómetros cuadrados (sin contar el océano) se puede decir que esta nación, al sur oeste del continente sudamericano, es responsable de un bello y original 1,6% de la superficie planetaria.

En contraste con la belleza que percibimos de los simples parajes naturales, podemos observar, desde la modernidad, que el desarrollo del subsistema económico creado por los habitantes humanos del planeta Tierra, en interacción con el subsistema ecológico (o natural), nos ha dejado escasas posibilidades de percibir las bellezas del planeta; particularmente en ciudades donde la intensidad de operación del subsistema económico es particularmente alta para la capacidad del sistema natural de ventilación de gases (Santiago, Ciudad de México, etc.). Lo mismo rige para áreas de extracción de recursos, en que la intensidad haya sido particularmente alta. Similarmente, nos es cada vez más difícil encontrar fuentes de aguas limpias para nuestra subsistencia. Por otra parte, la humanidad fue afortunada al encontrar una gran reserva de energía en la forma de petróleo; pero, la excesiva utilización de este magnífico regalo, ha producido un importante incremento del dióxido de carbono, gas que impide la disipación de energía del planeta hacia el espacio exterior y, como es sabido, tiene la consecuencia inmediata del calentamiento global del planeta.

Se podría continuar enumerando efectos poco placenteros que la vida moderna debe enfrentar en el planeta; pero, a fin de pasar al tema central los consideraremos suficientes.

En estos tiempos, queda cada vez más claro que la protección del planeta debe recibir una muy alta prioridad, porque su alteración pone en riesgo la sobrevivencia de la especie humana sobre la faz del planeta. Para cuidar nuestro planeta se deberá caracterizar, con la mayor precisión posible, la naturaleza y la magnitud de los problemas que hemos impuesto al planeta y, también conocer, las medidas que se podrían implementar para detener su deterioro, todo lo cual ha llevado al concepto de desarrollo sostenible. La profundización de nuestra comprensión ambiental permitirá desarrollar las más diversas y creativas soluciones y modificaciones que permitan restablecer, en el mayor grado posible, el balance entre los subsistemas que coexisten en nuestro planeta.

El problema del deterioro ambiental ha sido preocupación de los más altos líderes de la humanidad, de los más entrenados científicos y técnicos; pero, al mismo tiempo y en forma progresiva,

del ciudadano común, a partir de la crisis ambiental londinense de 1952, amén de muchas otras a partir de entonces.

Algunas muestras de la preocupación y de la toma de conciencia a los altos niveles han sido los sabios informes y las reuniones multinacionales en las últimas décadas, que han contado con una concurrencia jamás vista en número de Jefes de Estado presentes. Naturalmente, Chile ha estado debidamente representado y ha sido un socio activamente cooperador.

El término desarrollo sostenible, nacido al analizar el problema ambiental y el modo de desarrollo económico de los países (crecimiento económico sostenido), fue acuñado por la Comisión Brundtland en 1987, en el contexto del trabajo llevado a cabo por la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo (WCED), logrando instalar en el tapete de la agenda internacional la discusión sobre sustentabilidad del desarrollo de la humanidad, consiguiendo que el Grupo de los Siete (principales países industrializados) hiciera un llamado por la “pronta adopción, en el ámbito mundial, de políticas basadas en el desarrollo sostenible” y que la Asamblea General de las Naciones Unidas, en su Declaración sobre una cultura de la paz (1999) se pronunciara a favor del desarrollo económico y social sostenible.

2.25 Material de apoyo para la actividad 5 (unidad 3)

Tabla 1: Principales avances tecnológicos e industriales del Siglo XX

1900	Aparecen los primeros relojes de pulsera.	1935	W. Carothers inventa el nailon.
1904	John A. Fleming construye la válvula electrónica.	1938	Hilbert y Bernays editan Fundamentos de las matemáticas, para realizar los cálculos con circuitos electrónicos.
1906	Lee de Forest inventa el triodo.		
1907	Robert Millikan mide la carga del electrón.	1939	Se instala en Greenwich el primer reloj de cuarzo.
1909	Henrick Baekeland inventa la bakelita, primer plástico estable.	1941	V. Busch crea la primera calculadora electrónica.
1911	Se descubre la superconductividad eléctrica. F. Taylor publica <i>Shop Management</i> .	1943	IBM y la Universidad de Harvard presentan la Mark 1, primera calculadora programable electromecánica.
1912	Se diseñan circuitos electrónicos de válvulas para comunicaciones por radio.		
1913	J. W Geiger inventa el contador Geiger para medir la radiactividad.	1945	Mauchly y Presper Eckert presentan el ENIAC (Calculadora e Integradora Numérica Electrónica). Percy Le Baron Spencer descubre el efecto calorífico de las microondas.
1914	Alemania empieza a fabricar el acero inoxidable.		
1915	W. y L. Bragg crean la cristología por rayos X.	1946	Willard F. Libby inventa la prueba del carbono-14.
1917	J. Czochralski desarrolla el cristal de crecimiento artificial, de gran importancia para la electrónica.	1947	Shockley, Bardeen y Brattain inventan el transistor. Se construye la primera generación de ordenadores electrónicos con programas almacenados.
1918	Eccles y Jordan diseñan los circuitos de conmutación.		
1919			
1921	F. Bergius realiza la síntesis industrial de carburantes.	1948	Se instala en Greenwich el primer reloj atómico.
1928	Eugéne Freyssinet inventa el hormigón pretensado.	1956	Gran Bretaña empieza a producir energía nuclear a escala industrial.
1931	James Chadwick descubre el neutrón.	1958	Jack Kilby fabrica el primer circuito integrado.
1933	Ernst Ruska y Max Knoll inventan el microscopio electrónico. IBM introduce una máquina de calcular. Paul H. Müller descubre el DDT.	1960	Theodore Maiman construye el primer láser de rubí.
		1976	Se construye la supercomputadora Cray-I.
1934	John Dreyer investiga el efecto del cristal líquido. Sir Robert Watson-Watt inventa el radar.	1981	IBM lanza a gran escala el ordenador personal.
		1986	Se desarrollan los superconductores, materia muy sensible a la electricidad.

-
- | | |
|------|--|
| 1990 | IBM presenta el microprocesador Pentium, con 4.000 megabytes de RAM y capacidad para ejecutar hasta 112 millones de instrucciones por segundo. |
| 1993 | Se presenta el chip de 16 bits de DRAM (Memoria dinámica de acceso aleatorio). |
| 1996 | Acuerdo entre Apple/IBM, Oracle, Netscape y Sun sobre los "Network Computers", concebidos para funcionar con Internet. |
-

Fuente: Enciclopedia de Historia Universal, Salvat Editores, 1999.

Tabla 2: Principales avances de los medios de transporte y comunicación

1901	G. Marconi realiza la primera transmisión transatlántica de telegrafía sin hilos.	1939	G. Heinkel construye el He 178, primer avión con motor a reacción.
1903	O. y W. Wright realizan el primer vuelo en Kitty Hack, Carolina del Norte.	1947	El Bell-X- 1, avión cohete experimental rompe la barrera del sonido.
1910	Henry Ford inaugura la cadena de montaje para la producción en serie del modelo T.	1949	Citroën lanza el popular 2 CV.
1913	Se incorpora el motor diesel al tren.	1950	Entra en servicio el tren ligero español Talgo. CBS patenta la televisión en color. Se desarrolla la grabación magnética del sonido.
1920	KDKA de Pittsburgh (EE.UU.), primera emisora de radio comercial. Se desarrolla la grabación eléctrica del sonido.	1952	Entra en servicio el De Havilland Comet, primer reactor comercial.
1923	El español Juan De la Cierva Codorniu inventa el autogiro.	1954	Se comercializa la radio de transistores.
1924	H. Junkers produce el primer monoplano comercial totalmente metálico y provisto de tres motores.	1956	Ampex Co. desarrolla el primer video práctico.
1926	R. Goddard lanza un cohete con combustible líquido.	1960	Aparecen los primeros televisores electrónicos transistorizados.
1930	J. L Baird inventa la televisión. La BBC emite imágenes televisivas con sonido. Telefunken/Farben presentan la cinta magnética para la grabación y reproducción del sonido.	1962	Entra en servicio el Savannah, primer barco con propulsión nuclear. Se lanza el satélite de comunicaciones Telstar.
1932	E. Armstrong inventa la frecuencia modulada. V. K. Zworykin desarrolla la primera cámara electrónica efectiva de televisión.	1964	Se lanza el satélite de comunicaciones Syncom.
1933	Entra en servicio el Boeing 247, primer avión comercial moderno.	1965	Entra en servicio el "tren bala" japonés. Sony presenta la primera cámara de video portátil.
1934	Citroën incorpora la tracción delantera al automóvil.	1970	Entra en servicio el Jumbo Boeing 747. Sony fabrica la primera cinta de video. Se desarrolla el motor eléctrico de inducción lineal.
1936	Entra en servicio el Focke-Achgelis FW-61, primer helicóptero práctico. Porsche fabrica el popular Volkswagen Escarabajo.	1972	Se lanza el primer magnetoscopio (video) doméstico.
1937	E. Whittle construye el primer motor experimental a reacción, diseñado por Hans von Ohain.	1975	Sony/Philips introducen el disco de video láser.
		1976	Entra en servicio el Concorde, primer avión supersónico de pasajeros.
		1970	La compañía Ricardo Consulting desarrolla el catalizador para neutralizar los gases nocivos producidos por la combustión de motores.

1981	Se inventa el Camcorder, videocámara grabadora. Se desarrolla el motor eléctrico de inducción iónica.
1983	Entra en servicio el TGV, tren francés de alta velocidad.
1987	Se inaugura el primer cable coaxial transoceánico de fibra óptica.
1988	Se introduce el sistema informático de radio.
1990	Se desarrollan nuevos medios de seguridad en los automóviles, como el airbag. BMW lanza la moto BMW R1 100 con motor de control informatizado. Japón introduce sistemas de navegación automovilística. Se populariza la grabación digital (compact disc). Se difunde la telefonía móvil y el fax.
1993	Aparece Mosaic, el primer navegador efectivo en Internet.
1997	Presentación del DVD o disco de video digital.

Fuente: Enciclopedia de Historia Universal, Salvat Editores, 1999.

2.26 Material de apoyo para la actividad 5 (unidad 3)

DANIEL BELL: LA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

EXTRACTOS DE: DANIEL BELL, INTRODUCCIÓN.

En: Daniel Bell, *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.

(...)

CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

Los entramados sociales no son “reflejos” de una realidad social, sino esquemas conceptuales. La historia es un flujo de acontecimientos y la sociedad una trama de muchos tipos diferentes de relaciones que no se conocen simplemente por la observación. Si aceptamos la distinción entre cuestiones de hecho y de relaciones, entonces el conocimiento, como una combinación de ambas, depende de la correcta secuencia entre el orden fáctico y el orden lógico. Para la experiencia, el orden fáctico es el primero; para el significado, lo es el orden lógico. La inteligencia conoce la naturaleza por medio del descubrimiento de un lenguaje que le permita expresar un modelo subyacente. El conocimiento, así, está en función de las categorías que utilizamos para establecer relaciones, lo mismo que la percepción, como ocurre en el arte, actúa en función de las convenciones que hemos aceptado para ver las cosas “correctamente”. Tal como Einstein lo expresó una vez: “es la teoría la que decide lo que podemos observar”.

Nomen est numen; nombrar es conocer, dice una antigua máxima. En la filosofía contemporánea de la ciencia, nomen no son solamente los nombres, sino los conceptos o prismas. Un esquema conceptual selecciona algunos atributos particulares de una realidad compleja y los agrupa bajo una rúbrica común con la intención de discernir semejanzas y diferencias. Como cualquier artificio de orden lógico, un esquema conceptual no es verdadero o falso, sino útil o no.

Un esquema conceptual –en la forma en que yo utilizo este artificio– descansa sobre principios axiales y tiene una estructura axial. Mi intención es recuperar algo del poder de información de los modos más antiguos de análisis social.

(...)

La concepción de los principios y estructuras axiales representa un esfuerzo para especificar, no la causación (que sólo puede alcanzarse en una teoría de las relaciones empíricas), sino la centralidad. Al tratar de responder a la cuestión de cómo una sociedad tiene cohesión, intenta especificar, dentro de un esquema conceptual, el marco organizante alrededor del cual se cuelgan las otras instituciones, o el principio energético que tiene una primacía lógica sobre todos los demás.

Muchos de los maestros de las ciencias sociales utilizaron implícitamente en sus formulaciones la idea de los principios o las estructuras axiales. Así, para Tocqueville, en *El Antiguo Régimen y la Revolución*, la estructura interpretativa de su obra –el acento en la continuidad de la sociedad francesa antes y después de la Revolución– descansa sobre una estructura axial, la centralización de la administración en manos del Estado. En *La Democracia en América*, la igualdad es el principio axial que explica la extensión de los sentimientos democráticos en la sociedad americana. Para Max Weber, el proceso de racionalización es un principio axial para entender la transformación del mundo occidental desde una sociedad tradicional a otra moderna: cálculo racional, tecnología racional,

ética económica racional y racionalización del comportamiento. Para Marx, la producción de mercancías es el principio axial del capitalismo, como la empresa es su estructura axial; y para Raymond Aron, la tecnología de la máquina es el principio axial de la sociedad industrial y la fábrica su estructura axial.

Los prismas conceptuales son ordenamientos lógicos impuestos por el analista sobre el orden fáctico. (...) Los prismas conceptuales y las estructuras axiales son valiosos porque permiten adoptar múltiples perspectivas para intentar comprender un cambio social, pero no obligan a renunciar a la percepción de la “lógica primaria” de las instituciones claves o principios axiales dentro de un esquema particular. De esta forma los términos feudalismo, capitalismo y socialismo son una secuencia de esquemas conceptuales existentes en el sistema marxista, a lo largo del eje de las relaciones de propiedad. Los términos sociedad pre-industrial, industrial y post-industrial son secuencias conceptuales a lo largo del eje de la producción y las formas de conocimiento que se utilizan. En función de los ejes, ponemos de relieve las semejanzas o las diferencias. Así, a lo largo del eje de la propiedad hay una relación contradictoria entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en la que la primera es una sociedad capitalista y la segunda una sociedad socialista (estatista). En el eje de la producción y la tecnología, tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos son sociedades industriales y por eso mismo coincidentes de alguna manera. A este respecto, cuando se contempla a la Unión Soviética y a los Estados Unidos no hay por qué depender exclusivamente de un principio de convergencia o de conflicto inherente, sino que hay que especificar los ejes de rotación sobre los que se hacen las distinciones. De este modo, se puede evitar un determinismo unilateral, como el determinismo económico o el determinismo tecnológico, en la explicación del cambio social, aunque se particula- rice una lógica primaria dentro de un esquema conceptual dado. Se renuncia a la causalidad pero se subraya lo significativo (o en el sentido de Dilthey, la significación). Se puede, también, crear un principio de “complementaridad” en la explicación social.

LAS DIMENSIONES DE LA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

Analíticamente se puede dividir la sociedad en tres partes: la estructura social, la política y la cultura. La estructura social comprende la economía, la tecnología y el sistema de trabajo. La política regula la distribución del poder y ejerce las funciones de juez en las reivindicaciones conflictivas y en las demandas de los individuos y los grupos. La cultura es el reino del simbolismo expresivo y los significados. Es útil dividir la sociedad de esta forma, porque cada aspecto lo dirige un principio axial diferente. En la sociedad occidental moderna el principio axial de la estructura social es el de economizar –una manera de asignar los recursos de acuerdo con el principio del menor costo, sustituibilidad, optimación, maximización, etc. El principio axial de la política moderna es la participación, unas veces movilizada y controlada, otras veces exigida desde abajo. El principio axial de la cultura es el deseo de realización y reforzamiento del sujeto. Antes, esas tres áreas estaban enlazadas por un sistema común de valores (y en la sociedad burguesa por una estructura común de carácter). Pero actualmente se ha producido una creciente disyunción de las tres.

El concepto de sociedad post-industrial remite en primer lugar a cambios en la estructura social, a la manera como está siendo transformada la economía y remodelado el sistema de empleo,

y a las nuevas relaciones entre la teoría y la actividad empírica, en particular entre la ciencia y la tecnología. Tales cambios se pueden registrar, como pretendo hacerlo en este libro. Pero no pretendo que esos cambios en la estructura social determinen otros paralelos en la política y en la cultura. Antes bien, los cambios en la estructura social plantean problemas al resto de la sociedad de tres maneras. Primeramente, la estructura social –especialmente la estructura social– es una estructura de roles, establecida para coordinar las actuaciones de los individuos para conseguir fines específicos. Los roles dividen a los individuos al definir modos limitados de conducta apropiados para una situación particular; pero los individuos no siempre aceptan con gusto tales roles. Un aspecto de la sociedad post-industrial, por ejemplo, es la burocratización creciente de la ciencia y la especialización creciente del trabajo intelectual en partes muy menudas. Todavía no está claro que los individuos que se entregan a la ciencia vayan a aceptar esa segmentación, como lo hicieron los individuos que entraron en las fábricas hace unos ciento cincuenta años.

En segundo lugar, los cambios en la estructura social plantearán problemas “gerenciales” al sistema político. En una sociedad cada vez más consciente de su destino, y que busca controlar su propia suerte, el orden político necesariamente lo abarca todo. Como la sociedad post-industrial aumenta la importancia del componente técnico del conocimiento, obliga a los hierofantes de la nueva sociedad –científicos, ingenieros y tecnócratas– a competir con los políticos o a convertirse en sus aliados. La relación entre la estructura social y el orden político se convierte por eso mismo en uno de los problemas claves del poder en una sociedad post-industrial. Y, en tercer lugar, las nuevas formas de vida, que dependen firmemente de la primacía del saber cognoscitivo y teórico, desafían inevitablemente a la cultura, que se esfuerza por el acrecentamiento de la autonomía y se vuelve cada vez más antinómica y anti-institucional.

En este libro me he preocupado principalmente por las consecuencias socio-estructurales y políticas de la sociedad post-industrial.

(...) (En este trabajo) he tratado de tendencias, y he pretendido explorar el significado y consecuencias de esas tendencias en el caso de que los cambios en la estructura social que describo se dirigieran hacia sus límites lógicos. Pero no hay ninguna garantía de que lo vayan a hacer. Las tensiones y los conflictos sociales pueden modificar considerablemente una sociedad; las guerras y las represiones pueden destruirla; las tendencias pueden provocar una serie de reacciones que inhiban los cambios. De esta forma estoy escribiendo lo que Hans Vahinger llamó un “como si”, una ficción, una construcción lógica de lo que podría ser, con la que comparar la realidad social futura para ver qué factores intervinieron para que el cambio tomara otra dirección.

El concepto de sociedad post-industrial es una generalización amplia. Se comprenderá más fácilmente su significado si se especifican las cinco dimensiones, o componentes, del término.

1. Sector económico: el cambio de una economía productora de mercancías a otra productora de servicios.
2. Distribución ocupacional: la preeminencia de las clases profesionales y técnicas.
3. Principio axial: la centralidad del conocimiento teórico como fuente de innovación y formulación política de la sociedad.
4. Orientación futura: el control de la tecnología y de las contribuciones tecnológicas.
5. Tomas de decisión: la creación de una nueva “tecnología intelectual”.

Creación de una economía de servicios. Hace unos treinta años Colin Clark, en sus *Condiciones del Progreso Económico*, dividió analíticamente la economía en tres sectores, primario, secundario y terciario, de los que el primario corresponde principalmente a la agricultura; el secundario a la manufactura o la industria, y el terciario a los servicios. Toda economía es una mezcla en proporciones diferentes de los tres. Pero Clark argumentó que, cuando las naciones se industrializaban, recorrían una trayectoria inevitable por la cual, debido a las diferencias sectoriales de la productividad, una amplia proporción de la fuerza de trabajo pasaría a la industria, y al crecer la renta nacional habría una mayor demanda de servicios y una mutación correspondiente hacia ese sector.

Según ese criterio la primera característica, y la más simple, de una sociedad post-industrial es la de que la mayoría de la fuerza de trabajo no se ocupa ya en la agricultura o en las fábricas sino en los servicios, que incluyen, residualmente, el comercio, las finanzas, el transporte, la sanidad, el recreo, la investigación, la educación y el gobierno.

Actualmente una mayoría abrumadora de países del mundo depende todavía del sector primario: agricultura, minería, pesca, silvicultura. Tales economías se basan enteramente en los recursos naturales. Su productividad es baja y están sujetas a amplias oscilaciones de la renta debido a las fluctuaciones de los precios de las materias primas y los productos primarios. En África y Asia, las economías agrarias ocupan a más del 70 por 100 de la fuerza de trabajo. En la Europa occidental y septentrional, en el Japón y la Unión Soviética, la mayor parte de la fuerza de trabajo se ocupa en la industria o la fabricación de mercancías. Los Estados Unidos son actualmente la única nación del mundo donde el sector servicios supone más de la mitad de los puestos de trabajo y más de la mitad del Producto Nacional Bruto. Es la primera economía de servicios, la primera nación en la que la mayor parte de la población no se dedica a ocupaciones agrícolas o industriales. Hoy un 60 por 100 de la fuerza de trabajo de los Estados Unidos se emplea en los servicios; para 1980 la cifra se habrá elevado al 70 por 100.

El término “servicios”, si se le utiliza genéricamente, puede engañar en lo que se refiere a las tendencias reales de la sociedad. Muchas sociedades agrarias como la India ocupan un alto porcentaje de individuos en los servicios, pero de manera personal (por ejemplo, en el servicio doméstico) porque el trabajo es barato y hay una tasa elevada de desempleo. En una sociedad industrial, diversos servicios tienden a aumentar debido a la necesidad de ayudas auxiliares para la producción; por ejemplo, el transporte y la distribución. Pero en una sociedad post-industrial se pone el acento sobre un tipo diferente de servicios. Si agrupamos los servicios en personales (tiendas minoristas, lavanderías, garajes, establecimientos de belleza); de negocios (bancos y financieras, inmobiliarias, seguros); de transporte, comunicación y servicios públicos; y sanidad, educación, investigación y gobierno, entonces es el crecimiento de esa última categoría el decisivo en la sociedad post-industrial. Y es esa categoría la que representa la expansión de una nueva inteligencia –en las universidades, las organizaciones de investigación, las profesiones y el gobierno.

La preeminencia de la clase profesional y técnica. La segunda manera de definir una sociedad post-industrial es por el cambio en la distribución de las ocupaciones; es decir, no sólo dónde trabajan las personas, sino el tipo de cosas que hacen. En buena medida la ocupación es el determinante de clase y estratificación más importante de la sociedad.

La arremetida de la industrialización creó un nuevo tipo de trabajador, el trabajador semi-especializado, que se podía formar en unas pocas semanas para hacer las simples operaciones de

rutina requeridas para el trabajo en las máquinas. En las sociedades industriales, el trabajador semi-especializado ha sido la categoría más amplia de la fuerza de trabajo. La expansión de la economía de servicios, con el relieve concedido al trabajo de oficinas, a la educación y a la administración, ha supuesto naturalmente un giro hacia las ocupaciones de cuello blanco. En los Estados Unidos, hacia 1956, el número de trabajadores de cuello blanco, por primera vez en la historia de la civilización industrial, superó al de los trabajadores de cuello azul en la estructura ocupacional. Desde entonces, la proporción ha ido ampliándose constantemente; en 1970 los trabajadores de cuello blanco superaron a los de cuello azul en más de cinco a cuatro.

Pero el cambio más llamativo ha sido el desarrollo de los empleos profesionales y técnicos – tareas que requerían tradicionalmente una educación universitaria– en una proporción doble de la media. En 1940 había en la sociedad 3,9 millones de personas de tal categoría; para 1964 el número se había elevado a 8,6 millones; y se ha estimado que para 1975 habrá 13,2 millones entre profesionales y técnicos, ocupando el segundo puesto en importancia de los ocho sectores de ocupaciones del país, sólo superado por la categoría los trabajadores semi-especializados. Una nueva división estadística redondeará el cuadro, señalando el papel de los científicos y los ingenieros, que forman el grupo clave en la sociedad post-industrial. Mientras la tasa de crecimiento de la clase profesional y técnica como un todo ha sido el doble de la tasa media de crecimiento de la fuerza de trabajo, la tasa de crecimiento de los científicos e ingenieros ha sido el triple de la tasa de la población trabajadora. Para 1975 los Estados Unidos tendrán alrededor de 550.000 científicos (de ciencias naturales y sociales), contra 275.000 en 1960, y casi un millón y medio de ingenieros, frente a 800.000 en 1960.

La primacía del conocimiento teórico. Para tratar de identificar un sistema social nuevo y que está emergiendo, no sólo hay que buscar la comprensión de los cambios sociales fundamentales en la extrapolación de las tendencias sociales, como la creación de una economía de servicios o la expansión de la clase profesional y técnica. Mejor dicho, es por medio de algunas características específicamente definidas de un sistema social, que se convierten en el principio axial, como se establece un esquema conceptual. La sociedad industrial se caracteriza por la coordinación de máquinas y hombres para la producción de bienes. La sociedad post-industrial se organiza en torno al conocimiento para lograr el control social y la dirección de la innovación y el cambio, y esto a su vez da lugar a nuevas relaciones sociales y nuevas estructuras que tienen que ser dirigidas políticamente.

Ahora bien, el conocimiento ha sido siempre necesario para el funcionamiento de cualquier sociedad. Lo que caracteriza a la sociedad post-industrial es el cambio en el carácter del conocimiento mismo. Lo que ha llegado a ser relevante para la organización de las decisiones y la dirección del cambio es el carácter central del conocimiento teórico –la primacía de la teoría sobre el empirismo y la codificación del conocimiento en sistemas abstractos de símbolos que, como en cualquier sistema axiomático, se pueden utilizar para iluminar áreas muy variadas y diferentes de experiencia.

Cualquier sociedad moderna subsiste ahora por la innovación y el control social del cambio y trata de anticipar el futuro con el fin de planificarlo. Esa entrega al control social introduce la necesidad de planificación y pronóstico en la sociedad. Es la simple conciencia de la naturaleza de la innovación la que convierte al conocimiento teórico en algo tan crucial.

Se puede percibir lo anterior, en primer lugar, en el cambio de la relación entre la ciencia y la tecnología. Casi todas las grandes industrias que todavía existen –siderúrgicas, energía eléctrica, telégrafo, teléfono, automóvil, aviación– eran industrias decimonónicas (aunque la siderurgia sur-

gió en el siglo XVIII y la aviación en el XX), creación en gran parte de inventores, chapuceros inspirados y listos, indiferentes a la ciencia y a las leyes fundamentales que sostenían sus investigaciones. Kelly y Bessemer, quienes (con independencia el uno del otro) crearon el procedimiento de oxidación que permitió la conversión del acero y la producción masiva del mismo, no supieron nada de su contemporáneo Henry Clifton Sorby, cuyos trabajos de metalurgia revelaron la verdadera microestructuración del acero. Alexander Graham Bell, inventor del teléfono, fue, en opinión de Clark Maxwell, un simple declamador que, “para su propio provecho [dinero], se hizo electricista”. Los trabajos de Edison sobre “las chispas etéreas”, que llevaron al desarrollo de la luz eléctrica y originaron una nueva y amplia revolución en la tecnología, se emprendieron al margen de la investigación teórica sobre electromagnetismo, y hasta con hostilidad hacia ella. Pero el desarrollo posterior de la electrodinámica, particularmente con la sustitución de las máquinas de vapor, sólo podía venir de ingenieros con conocimientos de física matemática. Edison, tal como lo ha descrito uno de sus biógrafos, carecía “del poder de la abstracción”.

La que se puede denominar la primera industria “moderna”, por la estrecha vinculación de ciencia y tecnología, es la química, puesto que se necesita tener un conocimiento teórico de las macromoléculas que se manipulan para hacer síntesis químicas –la recombinación y transformación de los componentes. En 1909, Watter Nerst y Fritz Haber combinaron nitrógeno e hidrógeno para producir amoníaco sintético. Trabajando desde los principios teóricos formulados por primera vez por el francés Henri Le Chatelier en 1888, los dos químicos alemanes proporcionaron una confirmación espectacular de la sentencia kantiana de que no hay nada más práctico que una buena teoría. La ironía, sin embargo, subsiste en la utilización del resultado.

La guerra impulsa la tecnología, pero la guerra moderna ha sometido de una nueva manera la ciencia a la tecnología. Antes de la primera Guerra Mundial todos los Estados Mayores calculaban que Alemania conseguiría una victoria rápida y aplastante o, si Francia lograba contenerla, la guerra terminaría rápidamente con una derrota alemana (bien en el campo de batalla o en la mesa de negociaciones). El razonamiento se basaba simplemente en que Chile era el suministrador más importante para Alemania (y para el resto el mundo) de los nitratos naturales necesarios para los fertilizantes y explosivos, y en tiempo de guerra, la vía de acceso desde Alemania a Chile podía ser cortada por la armada británica. En 1913 Alemania empleó unas 225.000 toneladas de nitrógeno, de las cuales la mitad eran importadas. Los stocks comenzaron a disminuir, pero el procedimiento Haber-Bosch para la fabricación del amoníaco sintético se desarrolló tan rápidamente que en 1917 abastecía al 45 por 100 de la producción alemana de componentes de nitrógeno. A la firma del armisticio, Alemania era casi autosuficiente en nitrógeno, y como consiguió resistir, la guerra se convirtió en una larga lucha de trincheras y de grandes matanzas.

En último término, la Primera Guerra Mundial fue realmente la última de las guerras “antiguas” de la civilización humana. Pero con el nuevo papel de la ciencia, fue también la primera de las guerras “modernas”. La fusión simbólica posterior de ciencia y guerra se produjo, naturalmente, con la bomba atómica en la Segunda Guerra Mundial. Se demostró, como ha escrito Gerald Holton, que “una serie de operaciones, iniciadas en un laboratorio científico, podían terminar en un acontecimiento de dimensiones y brusquedad mitológicas”. Desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, el extraordinario desarrollo de la tecnología científica ha conducido a la construcción de

bombas de hidrógeno, redes de alarma anticipada a larga distancia coordinadas por un sistema de computadores, misiles balísticas intercontinentales y, en Vietnam, al comienzo de campos de batalla “automatizados” por la utilización en gran escala de artefactos, dirigidos electrónicamente y ataques de represalia controlados por computadoras. La guerra, también, ha caído ahora bajo el “terrible” dominio de la ciencia, y la forma de la guerra, como la de todas las actividades humanas, ha cambiado drásticamente.

(...)

El desarrollo de los instrumentos económicos modernos (...) ha sido posible gracias a los computadores. Los computadores han facilitado el puente entre la teoría formal y la acumulación de datos de los años recientes; a partir de aquí han venido las técnicas econométricas modernas y la orientación política de la economía. Otro sector fundamental corresponde a los modelos de interdependencias entre industrias, como las matrices input-output desarrolladas por Wassily Leontieff, que simplifican el sistema general de equilibrio de Walras y muestran empíricamente las transacciones entre las industrias, sectores o regiones. La matriz input-output de la economía americana es una red de 81 industrias desde Calzado y otros Productos de Cuero (1) a Derechos, Bienes Usados y de Segunda Mano (81), agrupados en los sectores económicos productivo, distributivo y de servicios. Una tabla de flujo de dólares indica la distribución del output de uno a todos (o a uno sólo) de los otros 80 sectores. La matriz input-output indica la mezcla y las proporciones de inputs (de todas o algunas industrias) que participan en una unidad específica de output (en su valor en dólares o en términos de producción física). Una matriz inversa indica la demanda directa. De esta forma se puede trazar, pongamos por caso, el efecto de la demanda final del consumidor que pide automóviles sobre la cantidad (o valor) de mineral de hierro, aun cuando la industria automovilística no compre mineral de hierro directamente. O se puede ver qué proporción de mineral de hierro, como mineral en bruto, participa en productos finales como los automóviles, barcos, edificaciones y otros. De esta forma, se pueden representar los cambios en la naturaleza de la demanda final en función de los efectos diferenciales de cada sector de la economía. Las tablas input-output son ahora las herramientas básicas de la planificación económica nacional, y han sido aplicadas en la planificación regional, por medio de modelos de computador, para comprobar el efecto sobre el comercio de los cambios en la distribución de la población.

(...)

La unión de ciencia, tecnología y técnicas económicas en los últimos años se simboliza en la fase “investigación y desarrollo” (I.& D.). A partir de aquí han surgido las industrias basadas en la ciencia (computadores, electrónica, óptica, polímeros) que dominan cada vez más el sector industrial de la sociedad y proporcionan la primacía, según ciclos de productos, a las sociedades industriales avanzadas. Pero esas industrias de base científica, al contrario de las industrias que surgieron en el siglo XIX, dependen principalmente del trabajo teórico anterior a la producción. Los computadores existirían sin los trabajos sobre la física de los sólidos iniciados hace cuarenta años por Felix Bloch. El láser surgió directamente de las investigaciones de I. I. Rabi, hace treinta años, sobre la estructura molecular de la luz. (Se puede afirmar, sin descubrir ningún mediterráneo, que la U. S. Steel es el paradigma de corporación del primer tercio del siglo XX, la General Motors del segundo tercio y la IBM del último tercio. El contraste de las actitudes de las corporaciones hacia la investigación y el desarrollo es una medida de ese cambio).

Lo que es cierto para la tecnología y la economía lo es también salvando las diferencias, para todos los modos de conocimiento: los adelantos en cualquier campo dependen cada vez más de la prioridad del trabajo teórico, que codifica lo que se conoce y señala el camino para una confirmación empírica. En efecto, el conocimiento teórico se convierte cada vez más en el recurso estratégico, el principio axial, de una sociedad. Y la universidad, las organizaciones de investigación y las instituciones intelectuales, donde el conocimiento teórico se codifica y enriquece, son las estructuras axiales de la sociedad que nace.

La planificación de la tecnología. Con los nuevos modos de prognosis tecnológica, que representan mi cuarto criterio, las sociedades post-industriales serán capaces de alcanzar una nueva dimensión del cambio social, la planificación y el control del crecimiento tecnológico.

Las economías industriales modernas son posibles cuando las sociedades son capaces de crear nuevos mecanismos institucionales para cimentar el ahorro (por medio de los bancos, las compañías de seguros, la venta de acciones en el mercado de valores y los tributos establecidos por el gobierno, es decir, los empréstitos o impuestos) y de utilizar ese dinero para las inversiones. La disposición constante para reinvertir anualmente al menos un 10 por 100 del Producto Nacional Bruto se convierte en el fundamento de lo que W. W. Rostow ha llamado el punto de “despegue” (take-off) del desarrollo económico. Pero una sociedad moderna, para evitar el estancamiento o la “madurez” (con toda la imprecisión de esta palabra), ha tenido que explorar nuevas fronteras tecnológicas con el fin de mantener la productividad y los niveles de vida elevados. Si las sociedades dependen cada vez más de la tecnología y de las nuevas innovaciones, entonces se introducen en el sistema azarosas “indeterminaciones”, (Marx argumentaba que una economía capitalista tenía que expandirse o morir. Los marxistas posteriores, como Lenin o Rosa Luxemburgo, suponían que tal expansión tenía que ser necesariamente geográfica; de aquí la teoría del imperialismo. Pero la causa más importante de la expansión ha sido la intensificación del capital y la tecnología). ¿Cómo se hubiera mantenido el crecimiento económico sin la nueva tecnología? El desarrollo de una nueva prognosis y de “técnicas de proyección” hace posible una nueva fase en la historia económica: la anticipación consciente y planeada del cambio tecnológico, y en consecuencia la reducción de la indeterminación sobre el futuro económico.

Pero el progreso tecnológico, como lo hemos aprendido, tiene efectos perjudiciales, con consecuencias de segundo o tercer orden que se pasan frecuentemente por alto y sin duda no se esperaban. La utilización creciente de fertilizantes baratos fue uno de los elementos que produjeron la revolución en la productividad agrícola, pero el trasvase de los nitratos en los ríos ha sido una de las fuentes de la polución. La introducción del D.D.T. como pesticida salvó muchas cosechas, pero destruyó también la vida silvestre y a los pájaros. En los automóviles, el motor de gasolina fue más eficiente que el de vapor, pero polucionó el aire. La causa se encuentra en que la introducción de la tecnología se llevó a cabo de manera incontrolada, y sus iniciadores se interesaron sólo por los efectos de primer grado.

Nada de eso tiene por qué suceder, ya que se dispone también de mecanismos de control. Como lo han demostrado una serie de estudios de una sección de la National Academy of Science, de haber sido “evaluadas” estas tecnologías antes de su introducción, se habrían tenido en cuenta alternativas tecnológicas o medidas preventivas.

(...)

Es posible controlar la tecnología. Lo que se requiere es un mecanismo político que permita realizar estos estudios y establecer criterios para la regulación de las nuevas tecnologías.

El surgimiento de una nueva tecnología intelectual. “La invención más importante del siglo XIX –escribió North Whitehead– fue la invención del método de invención. Un nuevo método entró en la vida. Con el fin de comprender nuestra época, debemos olvidarnos de todos los detalles del cambio, como los ferrocarriles, telégrafos, radio, máquinas textiles, tintes sintéticos. Nos concentraremos en el método mismo; esa es la verdadera novedad que ha hecho migas los cimientos de la vieja civilización”.

Con el mismo espíritu se puede decir que la promesa metodológica de la segunda mitad del siglo XX es la dirección de la complejidad organizada (la complejidad de las grandes organizaciones y sistemas, la complejidad de una teoría con un gran número de variables), la identificación e instrumentación de estrategias para una elección racional en el juego contra la naturaleza y en el juego entre las personas, y el desarrollo de una nueva tecnología intelectual que, para finales de siglo, tendrá tanta importancia en los asuntos humanos como la tecnología maquinista en el siglo pasado y en la primera mitad de éste.

En los siglos XVIII y XIX, los científicos aprendieron cómo manejar problemas de dos variables: la relación entre fuerza y distancia en los objetos, presión y volumen en los gases, corriente y voltaje en electricidad. Con unas cuantas extensiones de poca entidad a tres o cuatro variables, representan la cuna de la tecnología más moderna. Los objetos como los teléfonos, radios, automóviles, aviones y turbinas son, como dice Warren Weaver, problemas de “simplicidad compleja”. La mayor parte de los modelos de la ciencia social del siglo XIX y principios del XX disponía en paralelo estas simples interdependencias: capital y trabajo (como capital constante y capital, variable en el sistema marxista; como funciones de producción en los economistas neoclásicos), oferta y demanda, equilibrio de poder, balanza comercial. Como sistemas cerrados y de oposiciones, para utilizar la formulación de Albert Wohlstetter, son analíticamente más atractivos y simplifican un mundo complejo.

Con el progreso de la ciencia, los problemas que siguieron no trataban con un pequeño número de variables interdependientes, sino con la ordenación de grandes números: el movimiento de las moléculas en mecánica estadística, el porcentaje de expectativas de vida en tablas actuarias, la distribución de la herencia en la genética de la población. En las ciencias sociales, se convirtieron en los problemas del hombre “medio” –la distribución de la inteligencia– las tasas de movilidad social, etc. Son, según Warren Weaver, problemas de “complejidad desorganizada”, pero su solución fue posible en virtud de los notables avances en la teoría de la probabilidad y en las estadísticas que permitieron especificar los resultados en términos de probabilidad.

Los problemas sociológicos e intelectuales más importantes de la sociedad post-industrial son, para continuar con la metáfora de Weaver, los de la “complejidad organizada”: la dirección de los sistemas a gran escala, con un amplio número de variables en interacción, que tienen que ser coordinadas para llegar a resultados específicos. El que se disponga en la actualidad de las técnicas de dirección de esos sistemas representa un motivo de orgullo para los modernos especialistas en teoría de sistemas.

Desde 1940 ha habido una notable florecencia de nuevos campos cuyos resultados se aplican a los problemas de la complejidad organizada: teoría de la información, cibernética, teoría de la decisión, teoría de juegos, teoría de la utilidad, procedimientos estocásticos. De ellos se han deriva-

do técnicas específicas, como la programación lineal, la teoría estadística de la decisión, las aplicaciones en cadena de Markov, los cálculos de azar de Montecarlo y las soluciones mínimas, que se utilizan para predecir los resultados alternativos óptimos de elecciones diferentes en situaciones estratégicas. Tras todo esto está el desarrollo en matemáticas de lo que Jagit Singh llama “sistemas numéricos comprensivos”. Las propiedades medias, las relaciones lineales, y ninguna realimentación, son simplificaciones utilizadas desde siempre para hacer a las matemáticas manejables. El cálculo ha seguido grandiosamente a problemas de unas pocas variables y porcentajes de cambio. Pero los problemas de la complejidad organizada tienen que describirse por medio de probabilidades –las consecuencias calculables de elecciones alternativas, que introducen limitaciones o bien de conflicto o de cooperación–, y para resolverlos hay que ir más allá de las matemáticas clásicas. Desde 1940 los adelantos en la teoría de las probabilidades (antes solo intuitiva y ahora rigurosa y axiomática), en la teoría de las series sofisticadas y en la teoría de los juegos y las decisiones han hecho avances posteriores en la aplicación teóricamente posible.

He denominado a la aplicación de esos desarrollo nuevos “tecnología intelectual” por dos razones. La tecnología, como la define Harvey Brooks, “es la utilización del conocimiento científico para especificar las formas de hacer cosas de una manera reproducible”. En ese sentido, la organización de un hospital o un sistema internacional de comercio es una tecnología social, como el automóvil o cualquier herramienta controlada numéricamente es una tecnología maquinaria. Una tecnología intelectual es la sustitución de juicios intuitivos por algoritmos (normas para la solución de problemas). Esos algoritmos se pueden incorporar en una máquina automática, en un programa de computador o en una serie de instrucciones basadas en fórmulas estadísticas o matemáticas: las técnicas estadísticas y lógicas que se utilizan para tratar con la “complejidad organizada” se esfuerzan por formalizar una serie de reglas de decisión. La segunda razón es la de que, sin el computador, las nuevas herramientas matemáticas habrían tenido sobre todo un interés intelectual, o se habrían utilizado, en palabras de Anatol Rappoport, “con muy bajo poder de resolución”. La cadena de cálculos múltiples que se pueden hacer con facilidad, los análisis de muchas variables que intenta reiterar las interacciones detalladas de muchas variables, la solución simultánea de centenares de ecuaciones –rasgos estos que son el fundamento de un sistema numérico comprensivo– sólo son posibles con una herramienta de tecnología intelectual, el computador.

Lo característico de la nueva tecnología intelectual es el esfuerzo por definir una acción racional e identificar los medios para llevarla a cabo. Cualquier situación conlleva limitaciones (costes, por ejemplo) y alternativas contrapuestas. Y todas las acciones tienen lugar bajo condiciones de seguridad, riesgo o incertidumbre. La seguridad se da cuando las limitaciones son fijas y conocidas. El riesgo significa que se conoce una serie de resultados y se pueden establecer las probabilidades de cada resultado. La incertidumbre se da cuando cabe estipular la serie de posibles resultados, pero las probabilidades son completamente desconocidas. Además, las situaciones se pueden definir como “juegos contra la naturaleza”, en los que las restricciones son ambientales, o “juegos entre personas”, en los que cualquier acción de una persona está necesariamente conformada por los juicios recíprocos de las intenciones de los otros. En todas estas situaciones la acción deseable es una estrategia que conduce a la solución óptima o “mejor”, es decir, a aquella que maximiza el resultado o, por depender de la valoración de los riesgos y las incertidumbres, trata de minimizar las pérdidas. La racionalidad se puede definir como un juicio entre dos alternativas, una de las cuales es capaz de producir el resultado preferible.

(...)

El objetivo de la nueva tecnología intelectual es, ni más ni menos, el de realizar el sueño de un alquimista social: el sueño de “ordenar” la sociedad de masas. En esa sociedad hay millones de personas que toman diariamente billones de decisiones sobre qué comprar, cuántos hijos tener, a quién votar, qué trabajo elegir y cosas por el estilo. Una elección particular será tan impredecible como el átomo cuántico que responde erráticamente a los instrumentos de medida; sin embargo, los modelos de conjuntos pueden ser descritos tan elegantemente como el geómetra dibuja la base y la altura del triángulo. Si el computador es la herramienta, la teoría de la decisión es su maestro. Así como Pascal pretendía jugar a los dados con Dios, y los fisiócratas intentaban trazar una red económica que dispusiese todos los intercambios entre los hombres, también los teóricos de la decisión buscan su propio tableau entier –el ámbito de la racionalidad, la mejor solución para las elecciones del hombre perplejo.

Lo que esta fantasía –tan utópica, a su manera, como las fantasías de una comunidad perfecta– ha balbuceado se impone, por parte de sus creyentes, contra las resistencias humanas a la racionalidad. Pero también se puede deber a la idea de racionalidad que guía el empeño– la definición de función sin una justificación de razón. Este es un tema que se explora en estos ensayos.

2.27 Material de apoyo para la actividad 6 (unidad 3)

POLÍTICA COMERCIAL DE CHILE EN LOS NOVENTA

Extractado de S. Sáez y J.G. Valdés, “Chile y su política comercial lateral”, En: Revista de la CEPAL 67, abril 1999.

I. INTRODUCCIÓN

Chile ha sido uno de los países latinoamericanos que han impulsado durante los años noventa una de las más activas políticas de acuerdos comerciales bilaterales, con fundamentos tanto de política exterior como económicos. Esta experiencia difiere de las políticas de integración impulsadas desde los años sesenta en tres aspectos: i) se basa en la suscripción de acuerdos de libre comercio de carácter amplio en el marco de una política de desarrollo hacia afuera y no en la creación de mercados comunes o uniones aduaneras; ii) los acuerdos han estimulado, con diverso grado de éxito, la inclusión de las distintas dimensiones del comercio, reflejando la mayor complejidad de las relaciones económicas internacionales de hoy, y iii) la búsqueda de acuerdos no se limita a los países de la región, aunque sí asigna prioridad a estos países –en especial a los de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI)–, sino que se ha procurado avanzar también en la integración con los Estados Unidos y Canadá, con las economías del Asia-Pacífico y con la Unión Europea. Esto es un reconocimiento de la diversificación geográfica de los vínculos económicos de Chile.

La política indicada no ha estado exenta de críticas que se basan en diversos argumentos, fundamentalmente en el campo de las políticas comerciales. En particular, en el marco de la discusión acerca del proyecto de rebaja de los aranceles desde un 11 a un 6% en un período de cinco años, aprobado por el Congreso, un grupo de economistas de diversa inspiración política argumentó a favor de la propuesta de rebaja uniforme presentada por el gobierno; señalaban que ésta corregiría “importantes distorsiones del esquema arancelario vigente y le permitirá al país mejorar su inserción internacional”, y agregaban que “la firma de un sinnúmero de acuerdos comerciales ha permitido que el arancel uniforme del 11% se haya transformado en la práctica en un arancel altamente diferenciado, [que] resulta en protección efectiva negativa para algunos sectores y bastante mayor que el 11% para otros” (El Mercurio, 1998).

Esta discusión es semejante a la que tuvo lugar a comienzos de los años noventa acerca de qué tipo de política comercial debía seguir el Gobierno de los Estados Unidos para promover la apertura comercial. Lawrence Summers, actual Subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos, señaló frente a esta polémica que debería haber una “presunción rebatible en favor de todas las reducciones laterales en las barreras comerciales, sean éstas multi, uni, tri, o plurilaterales” (Frankel, 1997). Con ello quería significar que esta discusión no tenía especial relevancia, sino que lo importante era aprovechar las oportunidades comerciales que se presentaran y que todas las iniciativas “laterales” eran buenas.

Subyacen al debate público chileno dos aspectos de interés: i) un número representativo de la profesión rechaza los aranceles diferenciados y sus efectos; y ii) se privilegia una política de apertura unilateral, por sobre otras opciones.

El propósito de este trabajo es exponer los fundamentos y objetivos de la política comercial “lateral” seguida por Chile desde 1990 a la fecha. Para hacerlo, se analiza el aspecto relacionado con

la apertura unilateral, fundamentando las opciones de política impulsadas desde el advenimiento de la democracia en Chile. En particular, se intenta clarificar el papel que han desempeñado y desempeñan los acuerdos bilaterales en la política comercial de los gobiernos de la Concertación de manera de contribuir a una mejor comprensión de los objetivos perseguidos, que son económicos y políticos a la vez, e incorporar al debate la información empírica, aplicable al caso de Chile, existente hasta ahora sobre la materia.

II. EL PAPEL DE LOS ACUERDOS ECONÓMICOS Y LAS OPCIONES DE POLÍTICA COMERCIAL

Las principales conclusiones que la teoría económica entrega respecto de la política comercial señalan que, para un país pequeño como Chile, la apertura unilateral es la mejor política, ya que contribuye a una asignación de recursos más adecuada y, en consecuencia, maximiza el bienestar de la comunidad como un todo. Ha sido reconocido por economistas de distinta orientación política que la apertura unilateral aplicada por Chile desde mediados de los años setenta contribuyó al acelerado crecimiento de sus exportaciones tanto tradicionales como no tradicionales, y a la vez a estimular una mayor diversificación en términos de productos y mercados de destino. No menos importante fue el papel que desempeñó el Estado en los años sesenta y setenta en la creación de incentivos de distinta naturaleza que contribuyeron a disminuir el riesgo del negocio exportador y de esta manera a crear un proceso endógeno de desarrollo comercial.

Los gobiernos de la Concertación han reconocido la validez de este argumento y han promovido y profundizado la apertura unilateral. En efecto, en 1991 los aranceles fueron reducidos de manera uniforme desde un 15 a un 11%, y recientemente el Congreso ha aprobado una nueva disminución de 5 puntos porcentuales adicionales en un período de cinco años. De esta manera, el arancel uniforme aplicable a las importaciones provenientes de países con los cuales Chile no ha suscrito acuerdos de libre comercio será sólo de 6%, el más bajo de las últimas cuatro décadas.

Sin embargo, la Concertación ha concentrado los avances en la apertura en áreas que afectan el comercio desde otras dimensiones: en particular, en el sector de telecomunicaciones se promovió una amplia desregulación y se introdujo mayor competencia, y en materia financiera se amplió el ámbito de negocios, mejorando la supervisión bancaria, de seguros y valores. El sector privado ha comenzado a invertir en infraestructura pública. Finalmente, el proceso de privatizaciones de empresas públicas ha continuado, cuidando en particular la transparencia e interés del Estado en este proceso. En un área de tanta importancia como la propiedad intelectual, Chile se convirtió en 1991 en el primer país latinoamericano en otorgar protección a los productos farmacéuticos. Además, ha ratificado importantes tratados internacionales, como el Convenio de París en 1991 y el Convenio internacional para la protección de variedades vegetales en 1996. En materia de inversión extranjera ha suscrito numerosos acuerdos de promoción y protección de inversiones, dando una señal clara de la estabilidad de sus políticas.

En síntesis, el proceso de apertura impulsado por los gobiernos de la Concertación no puede ser evaluado exclusivamente a través de los parámetros tradicionales del comercio (reducción de aranceles y eliminación de medidas no arancelarias), sino que debe entenderse dentro del conjunto de elementos que conforman las nuevas dimensiones de la política comercial.

III. EL PAPEL DE LOS ACUERDOS ECONÓMICOS

1. ¿Qué papel han desempeñado los acuerdos económicos internacionales negociados por Chile?
Los acuerdos económicos internacionales, multilaterales, plurilaterales y bilaterales, han complementado y completado la apertura unilateral en aquellos aspectos en que ésta ni puede intervenir ni resolverse.

Esta aseveración se puede examinar a la luz del caso concreto de un producto de exportación no tradicional “menor”: los ostiones frescos y congelados. A fines de la década de 1980, luego de importantes inversiones realizadas en el Norte Chico de Chile, comenzó el desarrollo de las exportaciones de ostiones. Este producto fue orientado en un 60 a 70% al mercado francés. Sin embargo, en 1993, el Gobierno de Francia decidió que los ostiones chilenos (y de otros orígenes) no eran similares a los franceses y estableció un requisito de etiquetado y comercialización que exigía que en el mercado francés sólo podían venderse como “coquille Saint-Jacques” los ostiones de la especie *Pecten*. El resto, entre los que figuraba el producto chileno, debía venderse como “pétoncle”, que el consumidor francés asociaba con un producto de menor calidad y precio. Esta clasificación “científica” afectó artificialmente las condiciones de competencia, produciendo una protección encubierta en favor del producto francés, que mantuvo su posición de mercado, y castigando al producto chileno.

El Gobierno de Chile, luego de gestiones diplomáticas y de su sector privado, que no prosperaron, recurrió al Órgano de Solución de Diferencias de la Organización Mundial del Comercio (OMC), basándose en el hecho de que esta regulación era una discriminación arbitraria que pretendía proteger al productor francés.

Aun cuando el caso se resolvió finalmente a través de una negociación directa que corrigió esta distorsión, la existencia de este mecanismo –obligatorio, independiente y vinculante– consagrado en la OMC promovió una solución satisfactoria que las gestiones diplomáticas de un país pequeño no lograron. Obviamente, éste no es el único ejemplo; se puede mencionar también el de las restricciones a las manzanas frescas impuestas por la Comunidad Económica Europea en 1993, y el de las restricciones a las exportaciones de tabaco impuestas por los Estados Unidos en 1993, ambos resueltos en el contexto del antiguo Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT).

2. ¿Qué enseñan estas experiencias?

En primer lugar, que el comercio internacional no tiene lugar en el vacío, sino que las posibilidades de aprovechar plenamente sus beneficios dependen no sólo de las políticas internas que adopte un país, sino que muy fundamentalmente de las que adopten los países con los cuales comercia.

En segundo lugar, que una de las principales funciones de los acuerdos internacionales es la de corregir fallas de mercado que la apertura unilateral no puede corregir. Con ellos se busca disminuir los costos de transacción que enfrentan los agentes privados al tomar decisiones de inversión. La literatura económica ha definido los costos de transacción como “los costos de medir el valor de los atributos de lo que se está intercambiando y los costos de proteger derechos y vigilar y hacer valer acuerdos”. Como señaló Coase (1988): sin “el concepto de costos de transacción, que está ampliamente ausente de la actual teoría económica, es mi opinión que es imposible entender el funcionamiento del sistema económico, analizar muchos de sus problemas de manera útil, obtener una base para establecer políticas”.

Las relaciones económicas internacionales adolecen, entre otros problemas, de asimetrías de información; imperfecciones de mercado e incertidumbres (por ejemplo, desconocimiento de las condiciones de los mercados y de legislaciones que afecten el comercio y la estabilidad de los intercambios); falta de transparencia; y existencia de incentivos permanentes para desviarse de ciertos patrones de comportamiento (por ejemplo, a través de la proliferación de presiones proteccionistas). Todos ellos elevan los costos de operar en los mercados internacionales.

Los acuerdos cumplen dos funciones esenciales. En primer lugar, contribuyen a una apertura comercial recíproca que permite aprovechar las ganancias del comercio. En este contexto, la teoría de los juegos entrega los fundamentos económicos para concertar la apertura comercial entre países. En efecto, este caso es un ejemplo simple de la aplicación del dilema del prisionero: el mundo ideal para un país A es lograr que B desmantele sus barreras comerciales y poder mantener las propias; finalmente tanto A como B escogen mantener sus respectivas barreras, siendo éste el peor resultado para ambos en términos de bienestar. Las negociaciones comerciales de cualquier naturaleza abren oportunidades de cooperación permanentes una vez que los países han identificado sus estrategias conjuntas preferidas, pero para poder construir este espacio se necesitan mecanismos que identifiquen y castiguen el “fraude”.

En segundo lugar, los acuerdos tienen la función de reducir los costos de transacción de las relaciones económicas internacionales, especialmente dada su multidimensionalidad actual, ya que proveen un conjunto de reglas aplicables a sus miembros que entregan estabilidad, estimulan la transparencia a través de obligaciones específicas y aseguran su cumplimiento mediante instrumentos vinculantes que reducen los incentivos para desviarse de las reglas. A esta última función Charles Kindleberger la ha denominado como la “provisión de servicios públicos de carácter internacional”, por ser un “bien” necesario para la estabilidad de las transacciones comerciales que de no existir nos llevaría a la situación que se vivió en los años treinta en el mundo. Vemos así que los acuerdos internacionales promueven el comercio a través de al menos dos mecanismos: i) la eliminación y reglamentación de las barreras comerciales, proveyendo un marco de cooperación, y ii) la reducción de los costos de transacción. Ambos aspectos, así como los de carácter político, son normalmente ignorados en el debate público chileno sobre la racionalidad de la estrategia de los acuerdos comerciales. Como señala Coase (1988) es necesario “introducir costos de transacción positivos explícitos en el análisis económico para que podamos estudiar el mundo que existe”.

Ahora bien, si existe la OMC, que es una institución multilateral en la que participan más de 130 países, ¿cuál es el interés de negociar acuerdos económicos bilaterales? La respuesta a este interrogante tiene elementos económicos y por cierto también políticos.

IV. EL SISTEMA MULTILATERAL DE COMERCIO

El sistema multilateral de comercio representado por la OMC es, desde el punto de vista de Chile, el foro de negociaciones económicas internacionales por excelencia, pues participan en él los principales países con los que Chile comercia. Desde luego, en este caso la opción de no ser miembro de la OMC no es una alternativa viable. Una negociación en este ámbito representa la mejor opción de

Chile y la que brinda mayores beneficios por tener carácter multilateral, no involucrar desviación de comercio y reducir los costos de transacción con un conjunto de socios comerciales que operan bajo reglas comunes: Chile se beneficia de las concesiones económicas que se intercambian entre sus miembros, independientemente de su tamaño y peso relativo y del nivel de desarrollo que ostenta. Sin embargo, ésta también es una institución con diversas limitaciones e imperfecta. Algunas de sus imperfecciones se derivan de su propio carácter multilateral.

La última ronda de negociaciones multilaterales, y por cierto la más importante de este siglo, fue la denominada Ronda Uruguay del GATT (CEPAL, 1994). Esta ronda, que concluyó en diciembre de 1993, permitió que más de 120 países concluyeran un muy ambicioso conjunto de acuerdos que vinculan a Chile con el resto del mundo y dio un fuerte impulso a los derechos y obligaciones que constituyen el sistema: en particular, no discriminación, trato nacional y cláusula de nación más favorecida.

Sin embargo, las negociaciones fueron muy complejas, las más largas de la historia del GATT, y no estuvieron exentas de grandes dificultades. De hecho, debieron haber concluido originalmente en diciembre de 1990. Sin embargo, no fue así, y entre 1990 y 1993 hubo gran incertidumbre respecto de qué ocurriría realmente con el sistema multilateral de comercio que se desarrolló, desde 1948, en torno del GATT. Académicos de diferentes orientaciones escribieron libros que hablaban de las guerras comerciales que vendrían entre los Estados Unidos, Japón y la Unión Europea (Thurrow, 1991; Krugman, 1996 y Bhagwati, 1991).

Además, en este escenario muy incierto, Estados Unidos dio un giro significativo en su política comercial: emprendió una política activa de negociaciones comerciales bilaterales (Israel 1985, Canadá 1989 y NAFTA en 1992). La Unión Europea, dejando atrás el enfoque aplicado desde la Segunda Guerra Mundial, negoció y suscribió el Tratado de Maastricht (1992), el más importante desde el Tratado de Roma, y continuó con la incorporación de nuevos miembros (Frankel, 1997) en lo que algunos autores denominaron la “fortaleza europea”. Es importante recordar que el Consejo Económico del Asia-Pacífico (APEC) se consolidó como foro económico regional para el Asia-Pacífico en estos años, especialmente en 1993. Se ha estimado que un 90% de los miembros de la OMC pertenecen a algún tipo de acuerdo regional (Lawrence, 1996).

En América Latina, el Mercosur se transformó en la principal iniciativa de integración económica y la de mayor alcance, y ha tenido grandes efectos sobre el comercio hemisférico y el de Chile en particular, que por cierto van más allá de los aspectos exclusivamente económicos.

Los resultados de la Ronda Uruguay fueron muy significativos, reforzando y clarificando derechos y obligaciones en un número significativo de aspectos, logrando la incorporación de los sectores agrícola y de textiles y confecciones a las reglas multilaterales, y estableciendo el primer acuerdo multilateral sobre comercio de servicios y sobre aspectos de la propiedad intelectual relacionados con el comercio. La OMC ha suministrado un marco jurídico serio para la solución de diferencias. En efecto, desde la entrada en vigor de la OMC y hasta el 27 de julio de 1998 se solicitó la realización de 141 consultas en el marco del Entendimiento sobre Solución de Diferencias. Sin embargo, cabe reconocer que no se lograron todos los avances que esperaban países como Chile –por ejemplo, en el acceso a mercados agrícolas o el desmantelamiento del Acuerdo Multifibras que distorsiona el comercio– y que existen aún espacios amplios para aplicar restricciones arbitrarias y encubiertas al comercio, así como vacíos en términos de disciplinas comerciales.

Así, la velocidad y profundidad de la apertura comercial que se puede lograr en el plano multilateral es limitada, aunque su fortalecimiento y profundización sigue siendo una prioridad para Chile.

En este panorama mundial de principios de los años noventa, en el que existía la posibilidad cierta de entrar en un período de “desorden” económico internacional, con conflictos entre las potencias económicas y la formación de bloques económicos excluyentes (el NAFTA, la Unión Europea, el Asia-Pacífico, el Mercosur, etc.), y se percibía la menor capacidad de liderazgo de los Estados Unidos en materia comercial, Chile buscó una forma de “proteger” y profundizar el esquema de desarrollo adoptado en las dos últimas décadas, caracterizado por su apertura económica y por un crecimiento estimulado por su comercio exterior. Esto, unido a consideraciones de política externa, explica que el país buscara acuerdos económicos internacionales como complemento de su política de apertura unilateral.

Así lo reconoció la propia OMC en su informe sobre la política comercial de Chile elaborado en septiembre de 1997, el que señala en parte: “El actual interés de Chile por el regionalismo dimana de una clara determinación de no quedar excluido de los sistemas preferenciales que se están configurando, lo que lo llevaría a perder mercados, pero su intención proclamada de proceder a nuevas reducciones arancelarias unilaterales es prueba de que mantiene al mismo tiempo su compromiso de aplicar políticas de libre comercio basadas en el principio de nación más favorecida...”.

Chile ha realizado los mayores esfuerzos, y ha buscado insistentemente oportunidades de negociación con aquellos países o grupos de países con los que más comercia (Estados Unidos, Mercosur, el Asia-Pacífico y la Unión Europea) y que son, asimismo, los que han emprendido procesos de integración con repercusiones económicas muy significativas; Chile ha tratado de asegurar y ampliar las oportunidades de negocios para su sector productivo y evitar marginarse o protegerse del comercio internacional.

Afortunadamente, los escenarios más pesimistas no se han dado, hasta el momento, en la realidad: en 1990-1996, el comercio internacional creció a una tasa media de 6% anual, en circunstancias de que el PIB mundial lo hizo en sólo 1.5% y las exportaciones de Chile en 11%. Además, estudios de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) y de la propia OMC han reconocido que la proliferación de acuerdos regionales ha sido un complemento de la apertura multilateral o, al menos, no la han afectado negativamente.

V. LOS ACUERDOS BILATERALES VIGENTES Y SUS EFECTOS

(...)

¿Qué objetivos se han querido alcanzar?

a. Acceso a mercados

La política de negociación de acuerdos económicos internacionales se ha encaminado, en primer lugar, a abrir los mercados externos para asegurar el mejor desarrollo de las exportaciones de Chile. La apertura unilateral obviamente no tiene como contrapartida necesaria una apertura de los mercados de los socios comerciales de Chile. Por ejemplo, no tiene efecto en las prácticas aduaneras de éstos ni en la forma en la que se adoptan y administran las barreras técnicas, y no eliminan las prácticas restrictivas que aplican los países mediante la adopción de medidas antidumping. En virtud de los acuerdos se puede lograr una apertura preferencial, segura y predecible que facilite el desarrollo de proyectos en el campo exportador.

b. Asegurar las condiciones de acceso y la estabilidad de las exportaciones.

América Latina se ha caracterizado por condiciones económicas y políticas comerciales inestables. La apertura comercial en la década de 1990 ha sido notable en todas las dimensiones del comercio. A través de los acuerdos bilaterales se han podido resguardar estas condiciones. Los tres ejemplos siguientes ilustran este punto. Desde 1997, Brasil, a raíz de sus dificultades financieras externas, ha venido aplicando medidas restrictivas a sus importaciones, extendiéndolas a Chile, Bolivia y el resto de sus socios del Mercosur; dos de estas medidas –la restricción de los créditos para el financiamiento de las importaciones y la aplicación de licencias no automáticas para el ingreso de importaciones– se han aplicado a Chile, Bolivia y el resto de los socios del Mercosur, con esquemas de operación excepcionales que, sin derogar las medidas, permiten una mantención parcial de las corrientes de comercio. Por su parte, México aumentó sus aranceles para los socios de la OMC después de 1993, pero no para Chile. Y Colombia, recientemente quiso imponer restricciones a las exportaciones de algunos productos textiles de Chile en el marco de la OMC, pero en virtud del acuerdo bilateral esto no se hizo. Hay algunos casos, por ejemplo del Mercosur, que aún no se han podido resolver satisfactoriamente, pero existe el marco de trabajo para hacerlo.

c. Eliminar barreras al comercio que serían difíciles de eliminar de otra manera.

El sistema multilateral de comercio tiene ciertas reglas de negociación que pueden inhibir la capacidad de negociar de un país pequeño como Chile. En efecto, la cláusula de nación más favorecida, que es un pilar del sistema por medio del cual Chile se ha beneficiado de aperturas negociadas por otros países, es también un elemento limitante en cierta medida: al no ser este un país productor importante a nivel mundial de un determinado bien, sus espacios de negociación son estrechos (regla del principal abastecedor y de interés sustancial).

Esto se puede ilustrar con un ejemplo concreto. En Chile existen actualmente tres compañías armadoras de automóviles: general Motors, Peugeot y Renault (esta última produce además algunas partes y piezas). El acuerdo Chile-México consagra la apertura de las exportaciones de vehículos hacia ese mercado en condiciones favorables, al margen de las disposiciones de su legislación automotriz: las reglas de origen son mucho más sencillas que las del NAFTA y, desde 1996, el comercio entre ambos países está completamente liberado. Las exportaciones chilenas de vehículos a México aumentaron de 7.500 dólares en 1995 a 105.000 en 1996, pasaron a 33 millones de dólares en 1997 y llegaron a 29 millones en el primer semestre de 1998. La eliminación de estas barreras no habría sido posible para Chile en una negociación multilateral, porque no es un productor relevante en el mercado mundial. La negociación bilateral estimuló una exportación que la apertura unilateral no había podido producir.

d. Avanzar en todas las dimensiones del comercio.

Las negociaciones de la Ronda Uruguay procuraron incorporar un número significativo de nuevas dimensiones a las reglas multilaterales vigentes desde la creación del GATT en 1947. Aun cuando los resultados fueron muy notables, se observan varias debilidades. La complejidad que se agrega a las negociaciones comerciales al incorporar más dimensiones y ser éstas sensibles, refuerza la idea de que existen mejores perspectivas bilaterales de resolver satisfactoriamente este tipo de dificultades.

En consecuencia, un primer objetivo es promover y proteger las inversiones de Chile en el exterior, las exportaciones de servicios que normalmente se asocian a éstas y las que no están asociadas a las inversiones. Así, por ejemplo, en el marco de estos acuerdos se ha podido avanzar y consolidar medidas para asegurar que los armadores chilenos accedan sin restricciones a las cargas bilaterales, así como a aquellas desde y hacia terceros países en materia de transporte marítimo. Recientemente, en el marco de las negociaciones del nuevo tratado con México, se eliminó la restricción indirecta sobre el transporte de vehículos que beneficiaba el transporte de buques mexicanos, otorgando así las mismas condiciones a chilenos y mexicanos. Esta controversia se ha prolongado desde 1991.

Otro tema importante para Chile es la posibilidad de eliminar la aplicación de derechos anti-dumping. Este objetivo, muy difícil de alcanzar en el plano multilateral, se logró en la negociación con Canadá y se espera poder hacer lo mismo con México en un futuro próximo. Tales avances constituyen en efecto medidas ejemplares para las negociaciones comerciales hemisféricas en curso.

e. Proteger y estabilizar el acceso a los mercados.

La existencia de programas de preferencias unilaterales que discriminan contra algunas exportaciones; la implementación del NAFTA (o negociación de acuerdos bilaterales por parte de Estados Unidos) en países cuyas exportaciones compiten con las de Chile en el mercado estadounidense; la negociación de acuerdos de la Unión Europea con el Mercosur o con Sudáfrica, y la formación misma del Mercosur, son hechos que pueden ser muy desfavorables para las exportaciones de Chile por los efectos de desviación de comercio y pérdida de posición competitiva en esos mercados. Chile busca evitar tales efectos resguardando, al menos, las mismas condiciones de acceso de las que disfrutaban sus competidores más directos.

f. Promover la exportación de bienes manufacturados y de servicios.

La composición del comercio de Chile con los países latinoamericanos es distinta de la de su comercio con el resto del mundo. Las exportaciones chilenas a la región incluyen productos de mayor valor agregado y precios más estables, y los acuerdos bilaterales permiten aprovechar las economías de escala que ofrece un mercado más amplio e incorporar más empleo, tecnología e innovación, elementos centrales del desarrollo económico. Todo ello en la medida en que las reglas de origen sean simples y estén orientadas a la creación y no la desviación de comercio.

Otra de las características de los vínculos de Chile con la región son las exportaciones de servicios. La complejidad de las negociaciones de este rubro se reduce significativamente en el medio en el que participa un menor número de países.

(...)

2.28 Material de apoyo para la actividad 7 (unidad 3)

GLOBALIZACIÓN

Tomado y adaptado de Keeling, David J. 2000. El desarrollo latinoamericano y el imperativo de la globalización: Nuevas direcciones y crisis consabidas.

Departamento de Geografía y Geología, Universidad de Western Kentucky.

Conferencista invitado al Segundo Encuentro Internacional Humboldt. Mar del Plata, Argentina. Octubre de 2000.

En América Latina, la globalización ha emergido como el fenómeno conceptual y empírico definitivo a principios del siglo XXI. De una perspectiva de moda de desarrollo en el cambio socioeconómico hace dos décadas, la globalización se ha convertido en el marco político-económico contemporáneo dominante para los programas de modificaciones estructurales, así como el foco de la crítica vociferante y rigurosa por esos sectores de sociedad perjudicados, dañados o desviados por las fuerzas del cambio global. Los gobiernos latinoamericanos, casi en su totalidad, han adoptado con entusiasmo las políticas de la globalización, tales como privatización, desregulación, neoliberalismo y libre comercio, en una tentativa de revertir décadas de mala gestión económica y oportunidades de desarrollo malgastadas. La rotación de una ideología del dirigismo (desarrollo Estado-dirigido) a una de liberalismo (retirada del Estado), ha abierto la región al régimen capitalista global de las finanzas, de la producción, de la comercialización y del consumo, que ha alterado irrevocablemente la manera en la cual se proporcionan las mercancías y los servicios, en que se estructuran los vínculos espaciales y en que se definen y se entienden las identidades culturales.

Mientras que la globalización se desarrolla en un marco teórico completamente definido, sus impactos e implicaciones se discuten a menudo desde una perspectiva absolutista y se enmarcan casi exclusivamente dentro del contexto de la política de Estado.

Esto ocurre a pesar de una conceptualización de la globalización que implica un mundo sin fricción y sin barreras Estado-impuestas a la interacción económica. Las políticas de desarrollo económico en la Argentina, por ejemplo, continúan siendo enmarcadas por un concepto de territorio nacional homogéneo cultural y estructuralmente, más bien que por la realidad de heterogeneidad espacial socioeconómica, que va más allá de límites políticos artificiales internos o internacionales. Consecuentemente, se reduce a los agentes insignificantes o con frecuencia se omiten del análisis de conjunto a las regiones, la gente y los lugares. De hecho una crítica central de la globalización en América Latina ha sido su papel en la aceleración de la polarización social o en el incremento de la “brecha del desarrollo”. Esto ocurre cuando un porcentaje del aumento de la renta nacional o de la riqueza se concentra en las manos de pocas personas. Cada vez más, el análisis de la globalización parece ser conducido por la estadística macroeconómica, que sirve como indicador positivo de desarrollo a largo plazo, mientras que se juzgan insignificantes los datos microeconómicos que miden la calidad de la vida de los individuos y las comunidades, o se las desecha francamente como tendencias de corto plazo, sin importancia.

FIJAR EL ESCENARIO: LA TESIS DE LA GLOBALIZACIÓN

La globalización se ha convertido rápidamente, en las últimas décadas, en un lema de la reordenación profunda del sistema político económico del mundo. El término ha emergido como la última expresión de una sociedad global cada vez más interconectada y también como “Caballo de Troya” socioeconómico, que creará la privación y degradación en las comunidades locales. Algunas explicaciones y definiciones de la globalización plantean que es un proceso de integración, la inclusión y la interacción espacial, mientras que otros postulan que es un proceso de segregación, separación y exclusión espacial (Bauman, 1998; Sadowski, 1998). Una paradoja teórica aparentemente tan irresoluble da cuenta de los desafíos presentados por la tesis de la globalización para entender su contexto teórico e ideológico y analizar empíricamente sus impactos en la gente y los lugares. De la literatura extensa y en rápido aumento sobre la globalización, Lechner y Boli (2000) han identificado seis preguntas dominantes: ¿Es la globalización algo nuevo? ¿Qué implica la globalización? ¿La globalización es conducida por un mercado en expansión? ¿La globalización hace al mundo más homogéneo? ¿La globalización determina acontecimientos locales? ¿Es dañina la globalización? A continuación se exploran brevemente estas preguntas.

Primero, ¿es la globalización algo nuevo? En este aspecto es necesario hacer una distinción entre lo que se conoce generalmente como la globalización histórica y lo que Lloyd (2000) llama la globalización “ultra-modernista”. Los procesos históricos de globalización se pueden rastrear por lo menos desde del siglo XV, con la génesis de la economía mundial del capitalismo y la extensión geográfica de la división del trabajo, del acceso a las materias primas, de la producción industrial y de la circulación del capital. Desde 1492 el desarrollo de América Latina ha sido impulsado casi exclusivamente por las fuerzas de la globalización histórica y muchas críticas de los impactos de estas fuerzas (teoría de la dependencia, marxismo estructural, neoimperialismo) se han centrado en las causas externas del subdesarrollo gestadas en el sistema capitalista mundial (Frank, 1969; Prebisch, 1972; Cardoso, 1982). De hecho, la potencia de los Estados imperialistas para crear, manipular y unificar mercados en escalas siempre mayores, ha sido una característica central de la globalización, muchas veces y en innumerables lugares a través del milenio (Schwartz, 1994; Lloyd, 2000).

En cambio, la globalización ultra-modernista refiere a la intensificación, desde los años ochenta, de la reorganización espacial de la producción y de la distribución, de la extensión de los mercados financieros, de la interpenetración de los servicios de productores avanzados y del ascenso de las ciudades dominantes como centros de comando y control del capital global. (Mittelman, 1994; Lechner y Boli, 2000; Lloyd, 2000). Aunque las raíces de la globalización ultra-modernista se plantan firmemente en el jardín de la globalización histórica, el sistema contemporáneo ha madurado por la adopción y la extensión de las tecnologías del transporte y de la comunicación. Por primera vez en la historia humana, las corporaciones multinacionales pueden producir cualquier cosa dondequiera en el planeta y pueden vender cualquier cosa dondequiera en el planeta. Este mundo teóricamente sin fronteras ahora presenta pocos impedimentos al movimiento rápido y eficiente de la gente, el capital, las mercancías, los servicios y la información, facilitando así la aparición de un mercado verdaderamente global.

En segundo lugar ¿Qué implica la globalización? Giddens (1990) la ha definido como “la intensificación de las relaciones sociales mundiales que conectan lugares distantes de una manera tal que los sucesos locales son influidos por los acontecimientos que ocurren a muchas millas de distancia y viceversa”, es decir que la globalización implica cambios en el alcance espacial del capital, las actividades financieras, los servicios avanzados y la información que superan el sistema político del Estado y donde, aunque es discutible, las corporaciones multinacionales substituyen a los Estados y las comunidades como los agentes dominantes en el sistema global. En teoría, un sistema socioeconómico globalizado sería más libre, más eficiente, económicamente más racional y sin trabas ni inversiones estado-dirigidas en área improductivas. Como la producción se reorganiza a través del tiempo y del espacio, las industrias se interpenetran a través de las fronteras políticas, el capital financiero se extiende a través del globo, los bienes de consumo homogeneizados se difunden a mercados distantes y la gente fluye a las nuevas áreas de oportunidades económicas. Sin embargo la globalización también implica la reestructuración social del sistema mundo, reforzando la polarización social. En lo alto de la jerarquía de la globalización están los individuos y comunidades integradas en la economía global que tienen funciones de comando y control sobre la producción, las finanzas y la información globales. En el medio están los que sirven a la economía global en circunstancias más precarias de empleo, y en lo bajo se asienta la mano de obra superflua, que representa una amenaza de desestabilización potencial para la globalización (Cox, 1996).

Tercero, ¿la globalización es conducida por un mercado en expansión? La operación global de las corporaciones multinacionales ha desempeñado un papel importante en la extensión del comercio internacional y en la aparición de los bloques comerciales regionales desde los años ochenta. Un número significativo de tratados, de instituciones y de organizaciones dirigidas a facilitar el comercio global, se han generado para “abrir” mercados nacionales y comunidades locales al comercio libre. Así hay un lazo recíproco entre un mercado que se amplía y las fuerzas de la globalización.

La cuarta pregunta se refiere a si la globalización hace al mundo más homogéneo y, si es así, cuáles son sus consecuencias. Dentro de la ideología del cambio global se encuentra la tesis de la homogeneización o americanización, que plantea que el consumismo capitalista ha amparado la extensión de los productos comerciales americanos y de la publicidad americana a través del planeta, con éxito especialmente en los países en vías de desarrollo (Friedman, 1999; Tomlinson, 1999). Se han producido múltiples cambios en los patrones culturales, extendiéndose de Coca Cola a los Big Macs, de Nike al NBA y de CNN a Hollywood, y se ha diseminado desde los EE.UU. hacia el resto del mundo, y ha abrumado los rasgos culturales locales y ha dejado a las comunidades locales con pocas opciones en el mercado. Los críticos de la tesis de la homogeneización plantean que la globalización esté tomando diferentes caminos en cada lugar, dando lugar a términos tales como “hibridación”, “criollización” y “glocalización”. En muchas partes del mundo, los empresarios y los consumidores locales están utilizando productos culturales importados para formar y afirmar sus propias identidades.

Quinto, ¿la globalización determina acontecimientos locales? No hay duda de que en América Latina y otras regiones del mundo, los gobiernos han respondido a la retórica de la globalización adoptando estrategias neoliberales para reestructurar las economías y las sociedades. Como consecuencia de estas políticas, exponen a los negocios y las comunidades locales a la competencia de las

corporaciones globales que a menudo tienen mejor financiamiento, tecnología, publicidad y alcance al mercado. Por ejemplo, la investigación en Argentina ha sugerido que por cada nuevo supermercado controlado internacionalmente de Walmart o de Carrefour, desaparecen cinco mil operaciones locales de las “tiendas chicas”. Los argumentos de Giddens (1990) de que en la medida como se reestructuran las relaciones sociales globales, los acontecimientos locales son cada vez más provocados por las fuerzas externas y viceversa, tienen mucho asidero.

Finalmente ¿es dañina la globalización? Esta es quizás la cuestión más compleja de todas porque hay contradicciones múltiples encerradas en la tesis de la globalización. Por ejemplo, las élites socioeconómicas de los países en vías de desarrollo, que abarcan una fracción minúscula de la población de un país, se han integrado en el sistema del mundo y han llegado a convertirse en totalmente globalizados. En contraste, muchos países altamente desarrollados están generando condiciones similares a las del mundo subdesarrollado en los niveles inferiores de su jerarquía de trabajo (Cox, 1996; Sassen, 1998). A través del planeta, la polarización social o la brecha de desarrollo entre los ricos y los pobres parece aumentar. En Chile, cuarenta por ciento de la renta nacional se concentra en el diez por ciento superior de la población, mientras que el cuarenta por ciento más pobre obtienen solamente el quince por ciento de la renta. El Brasil experimenta la mayor desigualdad de la renta, con el cuarenta por ciento inferior de la población recibiendo cerca del siete por ciento de la renta nacional, comparado a los más de un cincuenta por ciento que recibe el diez por ciento superior de la sociedad brasileña (World Bank, 2000). Otras contradicciones son la pérdida de capacidad reguladora por parte de los Estados y el resurgimiento a gran escala de las tentativas por reforzar las identidades étnicas, lingüísticas, políticas y de género, locales frente a las más amplias fuerzas globales.

Sin duda, la globalización, como ideología y como proceso, ha transformado el sistema del mundo de maneras profundas y fundamentales durante las dos últimas décadas. Esto es verdad especialmente en América Latina, en donde las políticas neoliberales han desmontado la capacidad reguladora del Estado en la economía, han abierto la región a los procesos de globalización y han creado un nuevo marco para el desarrollo, el crecimiento y el cambio.

2.29 Material de apoyo para la actividad 7 (unidad 3)

VISIONES SOBRE LA GLOBALIZACIÓN

Documento 1:

Discurso de Juan Pablo II a la Academia Pontificia De Ciencias Sociales

Viernes 27 de abril del 2001

(En: www.vatican.va/holy_father/jean_paul_ii/speeches/)

SEÑORAS Y SEÑORES DE LA ACADEMIA PONTIFICIA DE CIENCIAS SOCIALES:

1. Vuestro presidente acaba de expresar vuestra alegría de estar aquí, en el Vaticano, para estudiar un tema que interesa tanto a las ciencias sociales como al magisterio de la Iglesia. Le agradezco, profesor Malinvaud, sus amables palabras, y os doy las gracias a todos vosotros por la ayuda que generosamente dais a la Iglesia en vuestro campo de competencia. Para la VII asamblea plenaria de la Academia habéis decidido afrontar más a fondo el tema de la globalización, prestando atención especial a sus implicaciones éticas.

Después de la caída del sistema colectivista en Europa central y oriental, con sus importantes consecuencias para el tercer mundo, la humanidad ha entrado en una nueva fase, en la que parece que la economía de mercado ha conquistado virtualmente el mundo entero. Esto no sólo ha producido una creciente interdependencia de las economías y de los sistemas sociales, sino también una difusión de nuevas ideas filosóficas y éticas basadas en las nuevas condiciones de trabajo y de vida, que están introduciéndose en casi todas las partes del mundo. La Iglesia examina cuidadosamente estos nuevos hechos a la luz de los principios de su doctrina social. Para hacerlo, debe profundizar su conocimiento objetivo de estos fenómenos emergentes. Por eso, la Iglesia se apoya en vuestro trabajo para lograr una comprensión que posibilite un mejor discernimiento de las cuestiones éticas que plantea el proceso de globalización.

2. La globalización del comercio es un fenómeno complejo y en rápida evolución. Su característica principal es la creciente eliminación de las barreras que dificultan el movimiento de las personas, del capital y de los bienes. Representa una especie de triunfo del mercado y de su lógica que, a su vez, produce rápidos cambios en los sistemas sociales y en las culturas. Muchas personas, especialmente las más pobres, la viven como una imposición, más que como un proceso en el que pueden participar activamente.

En mi carta encíclica *Centesimus annus* observé que la economía de mercado es un medio para responder adecuadamente a las necesidades económicas de los pueblos en la medida en que respete su libre iniciativa, pero tiene que ser controlada por la comunidad, por el cuerpo social, con vistas al bien común (cf. nn. 34 y 58). Ahora que el comercio y las comunicaciones ya no están limitados por las fronteras, el bien común universal exige que la lógica inherente al mercado vaya acompañada de mecanismos de control. Esto es esencial para evitar reducir todas las relaciones sociales a factores económicos y para proteger a las víctimas de nuevas formas de exclusión o marginación.

La globalización no es, apriori, ni buena ni mala. Será lo que la gente haga de ella. Ningún sistema es un fin en sí mismo, y es necesario insistir en que la globalización, como cualquier otro sistema, debe estar al servicio de la persona humana, de la solidaridad y del bien común.

3. Una de las preocupaciones de la Iglesia con respecto a la globalización es que se ha convertido rápidamente en un fenómeno cultural. El mercado como mecanismo de intercambio se ha transformado en el instrumento de una nueva cultura. Muchos observadores han notado el carácter intruso, y hasta invasor, de la lógica de mercado, que reduce cada vez más el área disponible a la comunidad humana para la actividad voluntaria y pública en todos los niveles. El mercado impone su modo de pensar y actuar, e imprime su escala de valores en el comportamiento. Los que están sometidos a él, a menudo ven la globalización como un torrente destructor que amenaza las normas sociales que los han protegido y los puntos de referencia culturales que les han dado una orientación en la vida.

Lo que está sucediendo es que los cambios en la tecnología y en las relaciones laborales se están produciendo demasiado rápidamente para que las culturas puedan responder. Las garantías sociales, legales y culturales, que son el resultado de los esfuerzos por defender el bien común, son muy necesarias para que las personas y los grupos intermedios mantengan su centralidad. Sin embargo, la globalización a menudo corre el riesgo de destruir las estructuras construidas con esmero, exigiendo la adopción de nuevos estilos de trabajo, de vida y de organización de las comunidades. Además, en otro nivel, el uso que se hace de los descubrimientos en el campo biomédico tiende a coger desprevenidos a los legisladores.

Con frecuencia la investigación misma es financiada por grupos privados, y sus resultados se comercializan incluso antes de que se pueda poner en marcha el proceso de control social. Nos encontramos aquí ante un aumento prometeico del poder sobre la naturaleza humana, hasta el punto de que el mismo código genético humano se mide en términos de costos y beneficios. Todas las sociedades reconocen la necesidad de controlar este desarrollo y asegurar que las nuevas prácticas respeten los valores humanos fundamentales y el bien común.

4. La afirmación de la prioridad de la ética corresponde a una exigencia esencial de la persona y de la comunidad humana. Pero no todas las formas de ética son dignas de este nombre. Están apareciendo modelos de pensamiento ético que derivan de la globalización misma y llevan la marca del utilitarismo. Con todo, los valores éticos no pueden ser dictados por las innovaciones tecnológicas, la técnica o la eficiencia; se fundan en la naturaleza misma de la persona humana. La ética no puede ser la justificación o legitimación de un sistema: más bien, debe ser la defensa de todo lo que hay de humano en cualquier sistema. La ética exige que los sistemas se adecuen a las necesidades del hombre, y no que el hombre se sacrifique en aras del sistema. Una consecuencia evidente de esto es que los comités éticos, presentes ahora en casi todos los campos, deberían ser completamente independientes de los intereses financieros, de las ideologías y de las visiones políticas partidistas.

La Iglesia, por su parte, sigue afirmando que el discernimiento ético en el marco de la globalización debe basarse en dos principios inseparables.

El primero es el valor inalienable de la persona humana, fuente de todos los derechos humanos y de todo orden social. El ser humano debe ser siempre un fin y nunca un medio, un sujeto y no un objeto, y tampoco un producto comercial.

El segundo es el valor de las culturas humanas, que ningún poder externo tiene el derecho de menoscabar y menos aún de destruir. La globalización no debe ser un nuevo tipo de colonialismo. Debe respetar la diversidad de las culturas que, en el ámbito de la armonía universal de los pueblos, son las claves de interpretación de la vida. En particular, no tiene que despojar a los pobres de lo que es más valioso para ellos, incluidas sus creencias y prácticas religiosas, puesto que las convicciones religiosas auténticas son la manifestación más clara de la libertad humana. La humanidad, al embarcarse en el proceso de globalización, no puede por menos de contar con un código ético común. Esto no significa un único sistema socioeconómico o una única cultura dominante, que impondría sus valores y sus criterios sobre cuestiones éticas. Las normas de la vida social deben buscarse en el hombre como tal, en la humanidad universal nacida de la mano del Creador. Esta búsqueda es indispensable para evitar que la globalización sea sólo un nuevo nombre de la relativización absoluta de los valores y de la homogeneización de los estilos de vida y de las culturas. En todas las diferentes formas culturales existen valores humanos universales los cuales deben manifestarse y destacarse como la fuerza que guía todo desarrollo y progreso.

5. La Iglesia seguirá colaborando con todas las personas de buena voluntad para asegurar que en este proceso triunfe la humanidad entera, y no sólo una élite rica que controla la ciencia, la tecnología, la comunicación y los recursos del planeta en detrimento de la gran mayoría de sus habitantes. La Iglesia espera ardientemente que todos los elementos creativos de la sociedad contribuyan a promover una globalización que esté al servicio de toda la persona y de todas las personas. Con estas reflexiones, os animo a seguir tratando de comprender de forma cada vez más profunda la realidad de la globalización y, como prenda de mi cercanía espiritual, invoco de corazón sobre vosotros las bendiciones de Dios todopoderoso.

2.29 Material de apoyo para la actividad 7 (unidad 3)

VISIONES SOBRE LA GLOBALIZACIÓN

Documento 2:

Ralf Dahrendorf, Hacia el siglo XXI

En: M. Howard, y W. Roger Louis (comp), *Historia Oxford del siglo XX*, Barcelona, 1999.

Ahora que el siglo XX se acaba, una fuerza al parecer irresistible ha llegado a dominar la vida, las esperanzas y los miedos de todos los individuos: la globalización. Señales de ésta han acompañado todo el siglo, desde la “economía mundial” a que se refiere Robert Skidelsky en el capítulo cinco del presente libro, hasta la “cultura global” que menciona Alan Ryan en el capítulo seis. Pero sólo ahora, al acercarse el año 2000, se ha vuelto verdaderamente global el mundo de la vida humana. Pocas cosas se entienden fuera del contexto de la Tierra entera. Debemos pensar en términos globales a fin de responder a una realidad cada vez más global.

Tal vez esta nueva experiencia tuvo su inicio en serio cuando los primeros astronautas pisaron la superficie arenosa de la Luna. El resto del mundo contempló por televisión, con el aliento cortado, su pantomima: realidad virtual junto con realidad real. Después de todo, habían dejado la Tierra atrás, subrayando así su discreta unicidad. Los astronautas habían visto no sólo la Luna, sino también la Tierra y ahora contamos con fotografías y hasta películas que nos la muestran dando vueltas como Copérnico nos dijo que hacía.

El descubrimiento tuvo un lado menos encantador, cuando el hábitat humano de esta Tierra captó la atención, primero de científicos y luego de un número creciente de habitantes en peligro. No sólo es real la Tierra, sino que la cambiamos con nuestro comportamiento, sobre todo el de quienes viven una existencia privilegiada y próspera. Quizá fueran los autores del primer informe del Club de Roma, *Los límites del crecimiento* (1973), los que, por mucho que erraran en numerosos detalles, nos hicieron conscientes de las consecuencias que tenían los intentos del hombre por sojuzgar a la naturaleza. La Tierra puede volverse inhabitable: hay demasiadas personas; demasiado CO₂; demasiados productos químicos en la tierra, en el aire y en el agua, e incluso en los océanos. En la capa protectora de ozono se descubrieron agujeros que dejan pasar rayos solares mortales. Existen señales de un cambio climático; debido al “calentamiento global”, los mares podrían crecer e inundar países enteros. Al mismo tiempo, aumenta el número de especies en extinción. ¿Tardarán en encontrarse los seres humanos en esta lista de muerte?

El riesgo de extinción no es un efecto meramente secundario del progreso económico en términos de grandes cifras, sino que también es resultado del potencial destructor de las armas modernas, ya sean nucleares, biológicas o químicas. Puede que las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki cayeran en lugares más o menos restringidos (aunque quizá hayan tenido efectos globales desconocidos, al igual que las pruebas termonucleares llevadas a cabo en los años cincuenta y sesenta), pero las armas nucleares posteriores podrían y pueden destruir a un gran porcentaje de seres humanos, quizá a toda la humanidad. El accidente de Chernobil, ocurrido en 1986, dio a muchos habitantes de Rusia, Europa y otros países más alejados, una idea concreta de los riesgos. La globalización no es únicamente una idea ecológica, militar o técnica. Se usa, ante todo, como

concepto económico. La información le proporciona su base. Gracias a los avances técnicos, sobre todo en el campo de la electrónica, la información se ha vuelto ubicua e instantánea. En cuanto una noticia –la muerte de un estadista, el precio de una acción en Bolsa, el descubrimiento de un nuevo fármaco– entra en un ordenador de Tokio, San Diego o Dublín, está disponible en todas partes, las veinticuatro horas de cada día del año.

El efecto económico más inmediato de la globalización de la información se manifestó en los mercados bursátiles. Han desaparecido los tiempos en que los que trabajaban en la City de Londres podían marcharse a casa en cuanto recibieran por teléfono la información de las primeras tendencias de Wall Street. Ahora ya no pueden ir a casa. En todo momento se citan los precios de acciones, bonos y sus derivados; se “mueven” los fondos mediante el mundo virtual de las Bolsas, de día y de noche. Otras informaciones han sufrido el mismo cambio. Una agencia de viajes de Londres puede poseer un sistema informático en Bombay; una fábrica de vehículos japonesa puede encargarse de la producción de ciertos componentes en México; el precio de los bienes de consumo y los componentes ya no carga con los costes de transporte y las restricciones locales; la competencia, limpia o sucia, mantiene la información variada y diferente. La gente habla de Singapur y Hong Kong, de Santiago de Chile y Vancouver, de Glasgow y Estambul, como si estuvieran a la vuelta de la esquina, sobre todo si “hablan” por Internet, la red informática global que parece no pertenecer a nadie.

La globalización, es decir, el mundo entero de los humanos como realidad instantánea y permanente, surte numerosos efectos, y éstos determinarán el futuro, de un modo u otro. Tal vez resulte útil diferenciar algunas de estas consecuencias, que preocupan por sus efectos en los valores defendidos por la minoría ilustrada del siglo XX, de otras consecuencias que resultan esperanzadoras.

El siglo XX se ha visto determinado en gran parte, aunque no siempre, por las divisiones que provocaron guerras, “calientes” y fría, pero que también proporcionaron fuentes de identidad: alianzas entre naciones, democracia frente a dictadura, mundo libre frente al reino del mal. La globalización se convierte en el tema dominante justo cuando estas nociones, especialmente la de un primer y un segundo mundos, el del capitalismo dominado por Estados Unidos y el del comunismo dominado por la Unión Soviética, habían perdido fuerza. Al progresar la globalización, hasta el Tercer Mundo, el de los países en vías de desarrollo, se fue volviendo una categoría cada vez más irrelevante. Resurgieron algunas naciones-Estado, pero las tendencias globales las debilitaron. Noruega no puede cerrar el agujero en la capa de ozono por encima del Polo Norte, y ni siquiera Estados Unidos es capaz de controlar los mercados financieros del mundo. Entonces, ¿quién lleva el timón? ¿Y adónde pertenecen las personas en el hábitat globalizado del siglo XXI?

Preocupan algunas respuestas, basadas tanto en la teoría como en la realidad. Una es que la guerra fría entre capitalismo y comunismo será sustituida por poderosos bloques regionales, y así debería ser. Asia, Europa y América son los más mencionados. Algunas veces se los identifica con ciertas organizaciones, la CEAP, la UE, la NAFTA (¡cuánto gustan los acrónimos en esta época!). Se trata de alianzas económicas, aunque considerarlas en el contexto de un mercado global no tiene mucho sentido económico, a no ser el de la protección de sus miembros frente al resto. Este propósito es aún más explícito cuando entran en escena consideraciones políticas de mayor alcance, como ocurre en el caso de la OTAN y su expansión hacia el Este. El “corazón” eurasiático (según la descripción que hizo Halford Mackinder de Rusia y Europa a principios del siglo XX) lleva de nuevo la delantera, aunque al hacerlo plantea tantas preguntas como contesta.

¿Cuál es, exactamente, la razón que oculta el impulso hacia una “unión cada vez más estrecha” de los países pequeños y medianos unidos en la UE? ¿Contra quién se protegen y qué instrumentos quieren tocar en el concierto de los bloques? Una OTAN más extensa, ¿dónde deja a los que quedan al margen, esos países que no son ya ni del primer ni del segundo mundo, como Ucrania y puede incluso que los Estados bálticos y las naciones del Sureste europeo? Sobre todo, ¿cuáles serán el lugar y el papel de la Rusia postsoviética? ¿Dónde encaja China? ¿E India? ¿Sudamérica debe apoyar la NAFTA, lo cual podría acarrear una nueva doctrina Monroe? Estas son preguntas explosivas en un mundo caleidoscopio donde se conforman nuevas alianzas sin pautas y propósitos claros.

¿O es que nuevas divisiones ideológicas proporcionarán un propósito? El norteamericano, experto en Ciencias Políticas, Samuel Huntington ha encontrado numerosos lectores para su libro *El choque de las civilizaciones* (1996). Su tesis defiende que las grandes religiones del mundo, sobre todo el cristianismo y el islam, constituyen la base para nuevas fisuras con el potencial de provocar conflictos políticos y hasta armados. En todo caso, con el cambio de milenio resulta claro y evidente el contraste, cuando no el enfrentamiento, entre una cristiandad fundamentalmente laica y un islam de nuevo ortodoxo. La primera domina en Europa y en América del Norte y del Sur, así como en otras zonas del mundo; el segundo domina en el Próximo Oriente, en grandes zonas del oeste y el sureste de Asia, y, cada vez más, en África. No sólo la cristiandad, sino también otras religiones, como el judaísmo y el hinduismo, chocan a menudo con las fuerzas islámicas.

Otro modo de considerar este nuevo conflicto consiste en contrastar las creencias laicas y las fundamentalistas. Entonces el meollo del asunto es la modernidad misma, donde los colectivos religiosos laicos otorgan al César lo que es del César y reservan sólo la vida espiritual para Dios, mientras que los fundamentalistas son “integristas”, en el sentido que desean aplicar la misma ley a todas las esferas de la vida. Mientras que en las sociedades laicas los individuos se benefician de la economía mundial, las fundamentalistas quieren conservar viejas pautas de cohesión y dominio, aun a riesgo de encontrarse en desventaja económica.

Estas divergencias están estrechamente relacionadas con las nuevas divisiones políticas que contienen igualmente las semillas de futuros conflictos. Lo que se denomina democracia no es, ni mucho menos, un valor indiscutible de quienes tienen el derecho a elegir. De hecho, hay quienes denuncian la democracia y el imperio de la ley como valores neoimperialistas del mundo europeo y norteamericano. El Asia que “puede decir que no” es la del autoritarismo, del gobierno supuestamente benévolo formado por élites que se arrogan la autoridad moral y política y dejan en paz al pueblo, a condición de que éste respete su autoridad y no exija libertad de expresión ni participación política. Como en el caso de la religión, el conflicto entre democracia y autoritarismo no ocurre únicamente entre países, sino también dentro de éstos. Las tentaciones del autoritarismo son considerables también en Europa y Norteamérica, mientras que muchos asiáticos creen en la democracia y el imperio de la ley. Así, las nuevas luchas son tan “intranacionales” como internacionales, y queda por ver quién ganará.

A medida que surgen nuevas divisiones y se trazan nuevas líneas de conflicto, otros problemas graves empiezan a afectar la existencia cotidiana. ¿Qué hay de los que quedan excluidos del “mundo feliz” de la globalización? Muchos se sienten o están excluidos y hablan de anomia, de desintegración y de ausencia de normas vinculantes.

La exclusión tiene un componente internacional. Cuando a fines del siglo XX se habla del Tercer Mundo, suele ser en referencia a África. Es posible que ese abigarrado y en muchas partes

desdichado continente tenga ya menos habitantes que hace veinte o treinta años, devastado por las guerras, civiles y otras, la hambruna y las enfermedades –entre ellas, epidemias como el Sida-. África se ha convertido en un símbolo universal de exclusión. Hay “africanos” en Asia y en América Latina, en las ciudades europeas y norteamericanas. En este término globalizado subyace una connotación de miseria y muerte.

La experiencia internacional se refleja en las distintas sociedades. En los Estados Unidos de los años ochenta, autores como William Julius Wilson identificaron lo que llamaron una “subclase” de los “verdaderamente desposeídos”. Desde entonces, el fenómeno ha emigrado al resto del mundo desarrollado y más allá de éste. Su dimensión es tema de discusiones –¿diez por ciento... treinta?–, pero hay coincidencia en que una buena proporción de la población ha perdido contacto con el mercado laboral, con la comunidad política y, en general, con la participación social. La suya es una existencia de pobreza, a menudo de delincuencia, al margen de la sociedad, y parece haber pocos incentivos, si es que los hay, para integrarla. En la economía global, las empresas pueden crecer con un número siempre decreciente de trabajadores. Surge, por lo tanto, un nuevo contraste entre la “macrorriqueza” y la “micropobreza extrema”, lo cual agrava los problemas de cohesión social, ya por sí importantes. El camino moderno de la “posición social al contrato”, o sea, de una posición firme para todos dentro de un orden social a la elección individual en un mercado abierto de par en par, ha proporcionado mucha libertad, pero también grandes tensiones en el tejido social. La “pertenencia” se convierte, por tanto, en un problema que muchos no aciertan a resolver.

Las consecuencias de este proceso son numerosas y graves. A lo largo de casi todo el siglo XX la idea de una lucha de “pobres contra ricos” dominó el pensamiento y determinó la respuesta organizada. Parecía aplicable tanto a países donde se daba la lucha de clases como en el plano internacional. Había quienes consideraban al proletariado como el precursor del futuro, la clase dominante del mañana, y al “proletariado” del Tercer Mundo como fuente de los auténticos valores. Sin embargo, a finales del siglo, esta certeza –y otras– se ha desvanecido.

Así, el conflicto social del siglo XXI será de naturaleza distinta. Será una versión individualizada de las viejas luchas. Dentro de los países predominarán los problemas de “la ley y el orden”. En el plano internacional, el terrorismo supondrá una amenaza para la seguridad, que damos por sentada. Los conflictos sociales se transpondrán a la acción individual, no comprometerán a colectivos sino a activistas que podrán representar a colectivos o no. Esto significa que los nuevos conflictos serán más morales que económicos, se centrarán más en los valores que unen a la sociedad que en la riqueza y su distribución.

En los nuevos problemas que el siglo XXI heredará del siglo XX existe un tema común. Muchos de estos problemas serán consecuencia de lo que podría ser una reacción emocional contra la globalización. Comparada con la familia o la aldea, la Tierra es un lugar solitario donde la gente puede perder el norte con facilidad. Buscarán, entonces, ese norte y lo más probable es que lo encuentren en grupos reducidos. Un ejemplo notable de esta afirmación es el auge de grupos “pararreligiosos” que se ganan el corazón y la mente de las personas. La apertura total parece dar pie al llamamiento para el compromiso total, a la cerrazón.

El filósofo Karl Popper llamó a este fenómeno “el regreso a la tribu”. Un nuevo regionalismo está ganando terreno a finales del siglo XX, y es de carácter tribal. La gente busca unidades homogéneas y, por lo tanto, da la espalda al más amplio y heterogéneo Estado-nación creado en el siglo XIX. A veces, alegan que su Cataluña, Eslovaquia o Valonia se relacionará mejor con la red global de la nueva era; pero es altamente probable que estas regiones presuntamente homogéneas se parez-

can a Chechenia o Bosnia, o a cualquier otra región destrozada por la guerra. La intolerancia en el interior y la agresividad en el exterior son frecuentes concomitantes del nacionalismo.

¿Llegará el fin de la historia? Hegel fue el primero en plantear esta idea en estos términos, a principios del siglo XIX y se ha repetido recientemente y aplicado al final del XX. Según esta teoría, la historia consiste en la eclosión de un gran principio mediante conflictos y movimientos pendulares, tesis y antítesis. En cuanto se resuelvan estos antagonismos en la síntesis final –global–, predominará la vida “normal” y ya no habrá gran historia que contar.

No todos comparten esta visión wagneriana de la historia. Se preocuparán menos quienes creen que la historia no tiene más sentido que el que le dan los seres humanos. Pero, Filosofía de la Historia aparte, seguramente los grandes conflictos del siglo XX han llegado a su fin. Da igual que se los describa en términos sociales como lucha de clases, en términos económicos como conflictos entre libre mercado y planificación, o en términos políticos como batallas entre formas de gobierno modernas y posmodernas, y hasta en términos internacionalistas como guerras entre Primer y Segundo (y quizá Tercer) mundos, pues estas descripciones ya no se refieren a la nueva realidad de un mundo globalizado. El drama de la historia probablemente tenga otros temas en el siglo que viene.

Al ciudadano de a pie no le importará mucho una nueva historia de luchas, conflictos y guerras, como tampoco le importa al autor de esta posdata a un volumen dedicado a un siglo letal. Es más, la lista de problemas aquí presentada ofrece municiones más que suficientes a los señores de la guerra en potencia, pues los grandes y a menudo violentos conflictos de la época no son como terremotos que no podemos controlar. No surgen de una profunda lava emocional donde la gente queda atrapada sin posibilidad de resistirse. Al contrario, son resultado de la movilización de las emociones por parte de los dirigentes, o, como debería llamárseles, seductores. Los peligros más obvios, el nacionalismo y el fundamentalismo, que suelen ir de la mano, no existirían como amenazas a la libertad y seguridad de no ser por quienes los explotan para satisfacer su ansia de poder.

Si por un momento damos por sentado que la historia no tiene por qué bajar la resbalosa pendiente de los antagonismos violentos, la globalización ofrece una gran ocasión para que respuestas compatibles compitan entre sí. El capitalismo y el socialismo eran mutuamente excluyentes y, por lo tanto, luchaban entre sí. Pero versiones diferentes del capitalismo no son mutuamente excluyentes. La versión norteamericana del “capitalismo puro”, así como las diversas variaciones de las economías sociales de mercado de la Europa continental, y el capitalismo asiático de cohesión social y valores tradicionales, pueden coexistir sin guerras. El mundo puede aprovechar el hecho de que ya no exista un conflicto irreconciliable entre “sistemas”.

Para algunos, la globalización podría parecer una fuerza severa y nada amistosa; sin embargo, para muchos otros es también una fuente de oportunidades sin precedentes; de modo que se puede presentar otro escenario para el siglo XXI, uno que toma en cuenta la posibilidad de dar a cientos de millones de personas la posibilidad de sobrevivir. Las primeras teorías sobre el desarrollo económico daban por sentado que la riqueza de unos pocos “bajaría gota a gota” hacia el grupo mayor de individuos. No fue así. La capacidad del grupo privilegiado para proteger su privilegio y excluir a los demás es grande. No obstante, el desarrollo recuerda un fuego que se extiende sin control en una era de la globalización. China, con su población de más de mil millones de habitantes, demuestra tanto los perjuicios como la nueva vida que puede surgir del desarrollo cuando éste ha prendido. Con el cambio de siglo, aproximadamente el veinte por ciento de los seres humanos vive en la miseria absoluta, pero la otra cara de la moneda es que el ochenta por ciento sube por la escalera que

lleva a una mayor prosperidad. El mundo entero se está convirtiendo progresivamente en una OCDE, una Organización de Cooperación y Desarrollo Económico.

A quienes menos alcanza la prosperidad es a quienes se resisten más a tenderle la mano. Como dijo Mario Vargas Llosa cuando era candidato a la Presidencia de Perú, ahora los países pueden decidir si quieren ser ricos. Sólo tienen que aceptar los retos de la globalización y crear cierto grado de estabilidad institucional. No es de sorprender que la mayoría de los países lo haya hecho y sin duda lo harán pronto algunos de los que no lo han hecho.

El camino hacia la prosperidad es siempre arduo. Un valle de lágrimas precede el ascenso hacia un mayor bienestar, económico y emocional. Varios de los autores de esta Historia del siglo XX han descrito con gran elocuencia las penas de este valle. Sin embargo, puede decirse que el recorrido por el valle de lágrimas no tiene por qué tomar tanto tiempo como cuando Gran Bretaña, Estados Unidos y una sucesión de países europeos optaron por la industrialización y la modernización. Aunque parece inevitable desarraigar a la gente de su hábitat tradicional, habrá nuevas oportunidades disponibles, si no de inmediato, muy pronto. Con la ayuda de la informática, el camino entre el despegue y el desarrollo pleno puede hacerse en una generación.

El desarrollo pleno en sí suele conllevar nuevas oportunidades para millones de personas. La experiencia de los viejos países industrializados podría ilustrar esta afirmación. La vida ya no consiste en solamente trabajo y poco tiempo para otras actividades. El propio trabajo se ha vuelto más fácil; el horario de trabajo se ha reducido; con el trabajo se mezclan las vacaciones, períodos sabáticos y períodos de reactualización educativa. Mediante la extensión de la educación primaria y varios decenios de “jubilación” emerge un nuevo equilibrio entre el trabajo pagado y otras actividades, al menos para algunas personas. La transición, como todas las transiciones, resulta dolorosa, por ejemplo en Estados Unidos, donde muchas mujeres y hombres necesitan dos empleos para llegar a fin de mes. A finales de los años noventa, la mayoría de las sociedades se organizan todavía en torno al trabajo remunerado; tanto las ganancias como las prestaciones de los individuos dependen del trabajo; el desempleo es, para muchos, una maldición. Esto, sin embargo, podría ser un mero fenómeno de transición. La globalización requiere flexibilidad y hace más fácil soportar esta misma flexibilidad. En cuanto la imaginación de las instituciones sociales dé alcance a la del pueblo, podrían surgir sociedades en las que los individuos disfruten de mayores oportunidades en la vida.

A principios del siglo XX, el autor norteamericano Thorstein Veblen escribió *La teoría de la clase ociosa*, daba por supuesto que la clase obrera no dispondría nunca de los privilegios de que disfrutaba esta clase. A principios del siglo XXI parece que lo contrario será cierto. Una reducida clase gobernante (si es que ésta existe en el viejo sentido del término) insistirá en mantenerse activa con las mismas tareas durante largas horas cada día; la mayoría, no obstante, se ha convertido en una multitud más flexible que combina el trabajo con el ocio, la educación y la vida en familia, o sea, con un caleidoscopio de actividades. La gente tiene lo que Charles Handy ha llamado “carteras de trabajo”, en lugar de trabajos a la vieja usanza, o, según las palabras de Jeremy Rifkin en su libro *El fin del trabajo*, pueden moverse entre la actividad generadora de riqueza, la pública y la voluntaria.

El mundo globalizado de las futuras décadas ofrece nuevas oportunidades de participación. En los siglos XIX y XX, el mercado, donde los ciudadanos activos hablaban acerca de sus asuntos y tomaban decisiones al respecto, cedió el paso a instituciones donde un número limitado de representantes, o activistas, se sentían legitimados para dar expresión a la opinión de una mayoría que se mantenía más o menos pasiva. Ahora, la democracia directa ha muerto virtualmente, pero a la

democracia representativa la sustituye igualmente una mayor participación de los ciudadanos. Esto puede tomar la forma de referéndums, pero también de iniciativas cívicas de diversa índole, y, por supuesto, del uso interactivo de los nuevos medios de comunicación e informáticos. Se va esfumando la frontera entre los activistas y los ciudadanos pasivos, con dedicación parcial, y hasta ciudadanos ocasionales. Al menos en potencia, ya todos somos ciudadanos activos.

Como en otros aspectos, los sistemas de gobierno conservan la huella de la transición; las viejas pautas ya no funcionan, pero todavía no se han establecido unas nuevas. La nación-Estado es todavía el marco más eficaz dentro del cual se pueden garantizar los derechos civiles de personas de diferentes culturas y tendencias. En las zonas más ilustradas del mundo, al menos en opinión del autor del presente capítulo, las personas son ciudadanos de naciones-Estado. Pero los vientos de la globalización han hecho mella en las fronteras nacionales. Las naciones-Estado no son capaces de adoptar normas eficaces para las transacciones financieras ni, de hecho, para los procesos económicos en general; no pueden evitar que los ciudadanos hagan uso de toda clase de informaciones, deseables o no; no pueden sostener la ecología; no pueden mantener la paz. Se precisan unidades más amplias de gobierno para que éste cumpla sus funciones básicas con una mínima autoridad.

Tal vez en el futuro el siglo XX se vea como una era de experimentación en este aspecto. En este volumen, Adam Roberts ha descrito los métodos de tanteo de este proceso, así como las contradicciones que supone el intento de combinar la soberanía de los Estados con un orden supranacional fundamentado en el imperio de la ley. Ha alegado igualmente que la incompatibilidad lógica no tiene por qué descartar la viabilidad práctica. Para esta última, la costumbre de la cooperación internacional es tan importante como los estatutos de las organizaciones internacionales. En cuanto al futuro orden mundial, como en otros campos, la bola de cristal se ve borrosa. Sin embargo, podemos esperar que en el siglo XXI exista una mayor congruencia entre la acción real o pragmática y los acuerdos internacionales. Esto requiere, ante todo, una nueva combinación de lo local con lo global, y, en medio, alianzas y acuerdos adecuados, aunque quizá de menor importancia.

Los problemas y las oportunidades de una era de globalización mantienen un frágil equilibrio. Sería arriesgado predecir si la humanidad se dejará llevar por los problemas o aprovechará las oportunidades. Tal vez el pronóstico más seguro sea que hará ambas cosas. Aun así, debe resolverse una tarea crucial. Planteado en términos de asuntos interiores, se trata de cuadrar el círculo en el uso de las oportunidades económicas en un mercado global, a la vez que se conservan –y acaso se restauran– sociedades civiles cohesionadas en un contexto de instituciones políticas liberales. Deben asegurarse la prosperidad, la cortesía y la libertad. En términos de relaciones internacionales, esta tarea exige una combinación de factores: crear condiciones para el crecimiento económico, sin dejar de respetar las diferencias culturales y de establecer normas para la cooperación pacífica en el mundo en su conjunto.

No se puede cuadrar el círculo del todo, pero casi. En la economía, resulta vital levantar los obstáculos a los esfuerzos del ser humano. A los empresarios se les debe alentar y todos los que participan en la creación de riqueza deben ser flexibles, y debe posibilitarse que lo sean. Sin embargo, la otra cara de esta libertad está compuesta por normas que preserven las oportunidades de acceso y eviten los abusos en el mercado. Ésta es la función mínima de una política social de integración y ciudadanía. Más allá de la política, tanto la creación de riqueza como las reglas de equidad deben cimentarse en sociedades civiles boyantes. Con sus asociaciones, la gente construirá la red de seguridad que sostendrá a los débiles o a los amenazados. Engendrará, asimismo, la sensación de pertenencia, tan difícil de conservar en una era de globalización. Desregular la economía, encontrar

nuevas fórmulas para la sociedad del bienestar, fomentar la cohesión social y consolidar la democracia y el imperio de la ley son importantes tareas del mañana.

El equivalente internacional de estas tareas puede expresarse en un lenguaje similar. Ya han surgido algunos rasgos de una sociedad civil mundial. Sería difícil exagerar la importancia del papel de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y las señales cada vez más evidentes de justicia internacional. Quizá los juicios de los criminales de guerra de la antigua Yugoslavia sean torpes y poco convincentes, pero ofrecen un ejemplo, lo mismo que la Comisión de la Verdad en Sudáfrica o su equivalente en otros países. Ha habido señales de nuevas normas en las reuniones anuales de organismos financieros públicos y privados bajo los auspicios del FMI y del Banco Mundial, así como del Grupo de los Treinta. La recién creada Organización Mundial del Comercio (OMC) puede ayudar. El mantenimiento de la paz y la protección eficaz de la ecología se quedan atrás, pero al menos se han hecho intentos en esta dirección. A la Cumbre sobre la Ecología en Río de Janeiro, celebrada en 1992, la siguió otra sobre Desarrollo Social, en Copenhague, en 1995.

Hay, por lo tanto, mucho sobre lo que construir, así como atisbos del espíritu con que debería enfocarse la construcción de un mundo lleno de oportunidades. De hecho, al acabarse el siglo XX tiene lugar un gran debate acerca de los valores morales y su papel en los negocios, la política y la vida cotidiana. La moral no es una ciencia exacta y las preferencias de los individuos son distintas, pero quizá quepa señalar tres factores que han surgido respecto al modo de enfocar el futuro.

El primero es que la utopía es una de las víctimas del siglo XX. Pocas personas siguen buscando un mundo perfecto. No sólo es imposible hallarlo, sino que los intentos de crearlo son desastrosos, y en el peor de los casos provocan totalitarismos y guerras. Al tratar de cuadrar el círculo, nos percatamos de que no podemos alcanzar el ideal. Habrá fallos; no escasearán los problemas; los conflictos continúan siendo una fuente de progreso que se debe encauzar, en lugar de cerrarla. Sólo las sociedades abiertas pueden ser buenas sociedades.

El segundo factor, el más difícil, es el de una nueva moralidad y tiene que ver con las generaciones futuras. La humanidad tiene un modo desconcertante de hacer frente a los problemas, únicamente cuando suena la alarma; soluciona los problemas que ya existen y no los que los expertos anticipan para el futuro. Sin embargo, cuando ya se planteen algunos de los problemas mencionados, será demasiado tarde y esto es particularmente cierto con respecto a la guerra nuclear y a la destrucción del medio ambiente. Algunas personas han hablado del “principio de responsabilidad” en la “sociedad en peligro” en que vivimos. Debemos pensar en el futuro, en lo que estamos haciéndoles a nuestros nietos y, sin embargo, no permitimos que nadie nos diga qué hay que hacer. ¿Cómo ser responsables sin dar pie a un dictador presuntamente benévolo? La pregunta sin respuesta ha de responderse de algún modo. Es más, tendrá su respuesta, aunque sólo sea la de un silencio mortal.

El tercer factor es el de las actitudes subyacentes. Ernest Gellner, en su sermón sobre *Lo incomparable de la verdad*, las definió según varias categorías, a saber, la del relativista, la del fundamentalista y la del puritano de la Ilustración. Ciertamente es que una ola de relativismo asola el mundo, sobre todo en el viejo mundo desarrollado. Todo es válido, ya sea porque sirve a los intereses de quienes no quieren que se les diga lo que no deben hacer, ya sea porque parece el final lógico del camino que va de las predilecciones liberales a las libertinas. No obstante, este relativismo no nos ayudará a cuadrar el círculo en una era de globalización. Hará las cosas demasiado fáciles para quienes creen que

de los tres objetivos basta con dos; es decir riqueza y cohesión social sin la libertad, o riqueza y libertad sin cohesión social, o bien solidaridad y libertad sin prosperidad.

El fundamentalismo, o integrismo, es la peor de todas las respuestas. La cohesión obligatoria roba al pueblo sus libertades más elementales y acaba por obstaculizar igualmente las oportunidades económicas. El proteccionismo, la limpieza étnica y la tiranía no son sólo malas recetas para cuadrar el círculo de las metas que se deben alcanzar, sino que destruyen tanto la sociedad civil como la capacidad de los mercados como fuentes de creación de riqueza.

Queda lo que a muchos les parece un punto de vista anticuado. Vivimos en un horizonte de incertidumbre; no sabemos bien qué es correcto, bueno y justo, pero podemos tratar de averiguarlo. Probar significa errar y nuestras instituciones deben proporcionar el modo de corregir los errores; ante todo, no debemos renunciar al intento de mejorar la calidad de vida. Estos valores, los propios de la Ilustración, no han tenido muy buena fortuna en el siglo XX, que ha visto cómo eran alabados y violados por igual. Que hayan sufrido esta suerte desigual no empaña, sin embargo, su validez. Quizá después de todo, tengan mejor suerte en el siglo XXI.

2.30 Material de apoyo para la actividad 8 (unidad 3)

POLÍTICA EXTERIOR DE CHILE

(Tomado de: A. Van Klaveren, *Inserción internacional de Chile*, En: C. Toloza y E. Lahera (ed) *Chile en los noventa*, Presidencia de la República, Dolmen, 2001).

Cuatro factores definieron en la década de 1990 los contenidos de la política exterior chilena. El primero de ellos fue, por cierto, una tradición histórica acumulada a lo largo de más de un siglo y medio de vida independiente, en que se plasmaron algunos principios básicos que han marcado la proyección externa del país y que se reflejan especialmente en las definiciones territoriales, las relaciones con las naciones vecinas y la participación de Chile en una serie de instituciones internacionales. El segundo estuvo representado por el fin del régimen militar, que dejó una cicatriz muy profunda en las relaciones internacionales, y la restauración democrática que lo siguió. El tercero fue la apertura económica, que se había iniciado durante el régimen autoritario y que, al poco tiempo, coincidió con una tendencia general que se hizo presente en toda la región latinoamericana. El cuarto consistió en los grandes cambios políticos y económicos que se registraron en el escenario internacional y que tuvieron un impacto muy decisivo en la política exterior y en la propia sociedad chilena, más allá de los procesos internos que se vivieron en el país.

El propósito de este artículo es presentar un panorama de las transformaciones que han experimentado las relaciones exteriores durante los años del gobierno democrático. Esta evaluación no se hace tan sólo en el contexto de los cambios que están ocurriendo en la política chilena. Por el contrario, se parte de la premisa de que cambios tan profundos que se han registrado en el entorno internacional, como el fin de la guerra fría, la globalización, la multipolaridad económica, el unilateralismo estratégico y la renovación de la integración regional han tenido un gran peso en las relaciones internacionales, modificando varias definiciones tradicionales de la política exterior y alterando los márgenes de maniobra disponibles para sus actores, tanto públicos como privados.

Más que hacer un recuento cronológico de la evolución de la política exterior, interesa identificar las principales áreas de cambio y registrar los desafíos y las tendencias emergentes que se proyectan en la actualidad.

UN LEGADO COMPLEJO

La política exterior de Chile contiene elementos de permanencia y de cambio. En términos generales, durante los períodos en que ha habido estabilidad interna han sobresalido los componentes de continuidad. Por el contrario, cuando se han producido transformaciones tanto internas como externas, han tendido a predominar los elementos de innovación.

Algunos de los elementos de permanencia que se siguen proyectando en la política exterior chilena tienen su origen en las cuestiones territoriales que se fueron sucediendo a lo largo de los años. En gran medida, ellas resultaron de indefiniciones típicas del período colonial y de dificultades posteriores de demarcación que incluso se han mantenido hasta tiempos muy recientes. El legado también incluye una historia de relaciones vecinales intensas y complejas, en que se fueron

alternando episodios de cooperación e incluso de solidaridad regional con episodios de competencia y, en casos extremos, de conflicto diplomático y militar. Ocasionalmente, algunos de estos problemas se proyectaron en las políticas chilenas frente a las grandes potencias que, en el pasado, generalmente estuvieron subordinadas a su política sudamericana (Burr 1965:261; Meneses 1987:7-55). Como todo el resto de las naciones latinoamericanas de la época, Chile operó durante el siglo pasado dentro de un sistema de equilibrio de poder regional que giró en torno a cuestiones territoriales, económicas, estratégicas y políticas. Particularmente relevante fue la evolución de nuestras relaciones con Argentina, Bolivia y Perú, y la relación histórica que se estableció entre ellas.

El legado histórico que exhiben las políticas exteriores de Chile y de los países más próximos no es muy distinto a los que se puede encontrar en Europa, con la salvedad de que en esta última predominaron con más fuerza y hasta tiempos mucho más recientes los conflictos bélicos. Sin embargo, la forma en que se proyecta este legado en la actualidad no puede ser más diferente. En Europa Occidental, una historia de conflicto y de rivalidad actúa como uno de los factores impulsores del proceso de integración más avanzado que se desarrolla ahora en el mundo. Las reivindicaciones territoriales quedaron en el pasado y si bien pueden subsistir sentimientos de rivalidad y de afinidad derivados de antiguos conflictos y alianzas, éstos no movilizan a la opinión pública, con la posible excepción de los eventos deportivos.

En América Latina, y Chile no es la excepción, las secuelas de conflictos antiguos y de cuestiones territoriales siguen representando un elemento central de la política exterior que, paradójicamente, debe conciliarse con tendencias hacia una mayor cooperación regional y con los desafíos que imponen economías globalizadas. Al igual que en los países vecinos, los factores históricos y, sobre todo, las visiones e interpretaciones sobre ellos, han permeado las percepciones de actores muy relevantes de la política exterior e influyen poderosamente en la opinión pública. El nacionalismo argentino ha sido alimentado por percepciones de mutilaciones territoriales que no parecen justificadas en términos históricos. Sin embargo, ningún gobierno argentino puede desconocer esas percepciones históricas y, como se comprueba en el caso de Campo de Hielos Sur, la izquierda más clásica se pliega con entusiasmo a las posiciones más nacionalistas. Paradójicamente, en Chile, uno de los supuestos beneficiarios de las hipotéticas pérdidas sufridas por Argentina, las percepciones sobre despojos territoriales y rivalidades históricas son casi simétricas y también tienen gran arraigo en una opinión pública que, según encuestas que se realizan periódicamente, conserva un fuerte nacionalismo y un importante grado de desconfianza hacia el país vecino.

La historia también sigue jugando un papel relevante en nuestras relaciones con Bolivia y Perú. Uno de los diplomáticos peruanos más influyentes de las últimas décadas, Carlos García Bedoya, destacó en sus escritos el trágico impacto de la derrota de su país en la Guerra del Pacífico y el largo camino que tuvo que recorrer para reconstruir un sentimiento de unidad nacional y establecer una nueva personalidad internacional que superara las "hipotecas" del pasado (Bedoya 1981:52). Las relaciones de Perú con Chile todavía están influenciadas por el resultado de esa guerra del siglo XIX y, especialmente, por las pérdidas territoriales que le significó. En Bolivia, durante cien años la búsqueda de una salida al mar por territorios que son parte integral de Chile ha constituido uno de los objetivos básicos de la política exterior, aun cuando lentamente comienzan a perfilarse otras prioridades.

Estos legados no se proyectan de manera estática. No puede hablarse de un determinismo en este ámbito, como lo demuestran los mismos avances que se han registrado en las relaciones vecinales en esta década. Sin embargo, las sensibilidades históricas, tanto de otros países como de la

propia opinión pública local, constituyen un elemento de cierta continuidad en la política exterior y, debido a su naturaleza, se utilizan rápidamente en el juego político interno, como se ha observado reiteradamente en nuestros vecinos y en el propio Chile.

El debate político sobre las cuestiones territoriales suele ser intenso. Pero es precisamente en esta área territorial y estratégica donde se observa mayor permanencia y, hasta cierto punto, mayor consenso en los principios y definiciones básicas de la política exterior chilena. Ésta se ha mantenido prácticamente constante pese a los abruptos cambios políticos que ha experimentado el país. Así, ningún observador imparcial podría señalar que las actitudes de los gobiernos de la Concertación frente a los temas limítrofes han sido sustancialmente diferentes a las que se manifestaron durante el régimen militar, o incluso durante el gobierno de la Unidad Popular. Existe continuidad en el manejo de la reivindicación boliviana, que se remonta mucho más atrás en nuestra historia, aunque cabe advertir que fue el régimen militar el que llegó más lejos en una negociación para un acceso soberano de Bolivia al mar, si bien ella se frustró. Las negociaciones desarrolladas a partir de 1992 para cumplir con las cláusulas pendientes del Tratado suscrito entre Chile y Perú en 1929 tienen un antecedente directo en un proceso similar que se inició en 1985 bajo el régimen militar, que también se vio frustrado. Y el proceso de paz y cooperación que está en desarrollo con Argentina tiene como marco el Tratado de Paz y Amistad firmado entre ambas naciones en 1984. También se observa una continuidad en las posiciones que ha mantenido el país durante las últimas décadas frente a cuestiones como Laguna del Desierto o Campos de Hielos Sur.

Esta coincidencia no parece sorprendente. Después de todo, hay una visión relativamente compartida por amplios sectores del país sobre las relaciones vecinales, que se ve confirmada en el reciente *Libro de la Defensa Nacional* (Ministerio de Defensa Nacional 1997), en cuya elaboración participaron expertos y representantes políticos de un espectro político muy amplio, junto a autoridades civiles y militares. Por lo demás, los expertos en cuestiones territoriales de los propios países vecinos suelen destacar –y a veces lamentar– la continuidad que se observa en esta área de la política chilena.

Así como ningún análisis de la política exterior chilena puede prescindir de una carga histórica que proviene del siglo pasado, tampoco puede ignorarse el impacto que ha ejercido sobre la política exterior la evolución política reciente vivida por el país. Una serie de factores ha llevado a que las vinculaciones entre la política interna y la política exterior hayan tenido una intensidad mayor en Chile que en otros países de América Latina y el mundo.

A partir de la década de 1930, Chile gozó de un largo período de continuidad democrática, durante el cual desarrolló una política exterior moderada y estable, orientada especialmente hacia el ámbito regional y apoyada en el legalismo y la proyección de sus valores democráticos internos en el sistema internacional. En lo político, se prestó especial atención a las relaciones con los países vecinos de América Latina y con los Estados Unidos. Si bien predominaron las tendencias hacia la cooperación en la región, también fue necesario dedicar importantes esfuerzos al tratamiento de antiguos problemas limítrofes. Aunque los vínculos con los Estados Unidos fueron relativamente estrechos y Chile se mantuvo como un fiel aliado de Washington durante la mayor parte de la Guerra Fría, ellos no estuvieron exentos de roces y experimentaron un profundo deterioro con el advenimiento del gobierno de la Unidad Popular a comienzos de la década de 1970 (Muñoz y Portales 1987). Durante la década de 1960 también se registró un acercamiento a los países europeos, que se basó en importantes afinidades políticas y culturales. La estabilidad democrática que alcanzó Chile durante este período se convirtió en un importante recurso de la política exterior.

En lo económico, la política exterior reflejó las concepciones “desarrollistas” en boga en la época. Se buscaba la protección prácticamente indiscriminada de la economía. No se observaba una gran preocupación por la producción de bienes exportables o por los efectos que sobre éstos tenía la protección indiscriminada a los sustitutos de las importaciones y los recurrentes atrasos a que era sometido el tipo de cambio real. En una época en que el Estado era considerado el virtual motor de la economía, Chile impulsó activamente la integración latinoamericana, apoyando una estrategia de desarrollo basada en la sustitución de importaciones en los planos nacional y regional. Fuertemente influidas por el pensamiento que mantenía entonces la Comisión Económica para América Latina (Cepal) de las Naciones Unidas, cuya sede se había instalado en Santiago, las élites gubernamentales chilenas concebían la integración como una suerte de defensa frente a tendencias negativas de la economía mundial, favoreciendo la protección de las nacientes industrias internas, una liberalización muy gradual y regulada del comercio y crecientes controles de los flujos de inversión. Esta tendencia se reflejó especialmente en la constitución del Pacto Andino, esquema de integración que surgió a fines de la década de 1960 con el activo apoyo chileno.

Asimismo, Chile depositó grandes expectativas en su participación en las organizaciones económicas internacionales, alineándose con el resto de América Latina y con los países de África y Asia en la reivindicación de un nuevo orden económico internacional. El país participó con entusiasmo en el Grupo de los 77 y apoyó una serie de iniciativas frente a los países industrializados. Durante el gobierno de la Unidad Popular, Chile se incorporó asimismo al Movimiento de los No Alineados (véase Fermandois 1985).

Nuestra agitada evolución política nos fue convirtiendo en una suerte de laboratorio político que concitó el interés de la comunidad internacional. El proceso de reforma política emprendido por el Presidente Frei Montalva en los años sesenta atrajo la atención de círculos reformistas de Europa y de América y, dadas sus coincidencias con el modelo postulado por la Alianza para el Progreso de la Administración Kennedy de los Estados Unidos, también despertó considerable interés en este último país. A su vez, el experimento revolucionario de la Unidad Popular suscitó el interés y la simpatía de vastos sectores de izquierda en todo el mundo, que se identificaron con su suerte.

El golpe militar de 1973 y las políticas represivas aplicadas por el régimen autoritario que se impuso en el país marcaron un profundo quiebre en su inserción internacional. Chile se convirtió en un caso emblemático de la lucha internacional por la democracia y los derechos humanos. El régimen militar sufrió un fuerte aislamiento político, fue objeto de un rechazo generalizado en la opinión pública internacional y soportó frecuentes condenas en los principales organismos internacionales (Muñoz 1986). Este aislamiento contrastó con la solidaridad que se brindó a las fuerzas políticas y sociales de la oposición democrática.

El régimen militar se justificó inicialmente en términos de la doctrina de la seguridad nacional, que vinculaba el conflicto político interno con la confrontación internacional Este-Oeste. La política exterior de la primera época estuvo, en consecuencia, signada por la radicalidad de la lucha interna contra las fuerzas democráticas y tomó la forma de una cruzada que se dirigió no sólo contra la Unión Soviética y sus aliados, sino también contra las fuerzas políticas occidentales y tercermundistas que criticaban la situación de los derechos humanos en Chile. En esta verdadera cruzada ideológica, el régimen del general Pinochet concentró gran parte de sus energías políticas en la defensa de un régimen que, no sin razón, se sentía como una “fortaleza sitiada”.

Después de haber contado en sus inicios con el apoyo y la colaboración activa de los Estados Unidos, el régimen militar tuvo que enfrentar un creciente deterioro en sus relaciones con la gran potencia como consecuencia de una nueva preocupación por la situación de los derechos humanos en América Latina y el asesinato, en manos de agentes del Estado chileno de la época, del ex ministro Orlando Letelier. Este distanciamiento creciente llevó incluso a la aplicación de sanciones comerciales y financieras, como la exclusión de Chile del Sistema Generalizado de Preferencias (SGP), la suspensión de las garantías públicas a las inversiones y el embargo a las ventas de armas. Las relaciones con Europa y América Latina se enfriaron ostensiblemente, hasta el extremo de que varios países rompieron con las autoridades y representaciones diplomáticas chilenas o se distanciaron de ellas.

Este ambiente político hostil implicó una pesada carga para la política exterior y para la propia Cancillería. La seguridad nacional también se vio afectada. Las relaciones con los países vecinos fueron precarias. Los vínculos con Perú se deterioraron, tendencia que se agravó por la conmemoración del centenario de la guerra del Pacífico y por un confuso y nunca bien explicado incidente en el Perú que implicó la expulsión de un distinguido Embajador de Chile. La negociación con Bolivia para otorgarle una salida al mar terminó en frustración. La relaciones con Argentina se vieron ensombrecidas por el rechazo argentino del fallo arbitral sobre el Beagle, el fracaso de las negociaciones bilaterales subsecuentes y la amenaza del estallido bélico. Chile se vio obligado a desarrollar una estrategia externa defensiva y carente de margen de maniobra, que tuvo que ser complementada por un aumento sustancial del gasto militar, el cual también se había incrementado significativamente en los países próximos. Si en el pasado la democracia había constituido un recurso que potenciaba la acción internacional, durante los años setenta y ochenta su ausencia la limitó seriamente. En los años ochenta, la naturaleza del régimen autoritario impidió la incorporación de Chile a los mecanismos de concertación regional que fueron surgiendo en América Latina.

Las relaciones económicas también se vieron afectadas por el golpe de Estado, debido a la interrupción de los entonces importantes flujos de cooperación y la reticencia inicial de algunos inversionistas sobre todo europeos. En 1976 Chile se retiró del Pacto Andino, como consecuencia de la estrecha asociación que se mantenía en esa época entre este esquema de integración y las doctrinas económicas proteccionistas. Con el correr del tiempo, el profundo proceso de liberalización y de apertura que impulsó el nuevo régimen en el ámbito económico permitió contrarrestar parte de los efectos del aislamiento político. Chile cambió su inserción en la economía mundial. El mercado se abrió al exterior, los aranceles se redujeron unilateralmente, se adoptó un estatuto mucho más favorable para las inversiones extranjeras y un amplio proceso de privatizaciones atrajo el interés internacional.

El saneamiento y la internacionalización de la economía chilena no estuvieron exentos de problemas. El país registró un endeudamiento externo altísimo y crisis cíclicas, que sólo se vieron superadas bien entrada la década de 1980. A partir de esa época, Chile empezó a gozar de un creciente prestigio en los círculos económicos y financieros internacionales.

A la luz de estos antecedentes, resultaba natural que el nuevo gobierno democrático que llegó al poder en 1990 en el marco de un proceso de transición pacífica y consensuada, estableciera como su principal meta de política exterior la reinserción internacional del país. Sin embargo, vistos los profundos cambios que se habían registrado en la escena internacional y en la economía y sociedad de Chile, la política exterior de la nueva democracia no podía reducirse a la recuperación de las posiciones que habían caracterizado el período democrático anterior. Replantear esas posiciones

hubiera significado adherir nuevamente a los primeros modelos de integración que se habían adoptado en la región, plegarse a movimientos tercermundistas que habían entrado en franca declinación o desarrollar un regionalismo tradicional y cerrado que no podía dar cuenta de la considerable diversificación que estaban mostrando las relaciones económicas internacionales del país. De este modo, el concepto de la reinserción no se limitaba a la normalización de las relaciones exteriores, sino que también incluía la adopción de una estrategia activa de revisión y potenciación de los principales vínculos del país. La política exterior debía adecuarse a los profundos cambios que se habían producido en los ámbitos global, regional e interno.

Asimismo, el mantenimiento de la apertura de la economía obligaba a concebir la inserción internacional de una manera más activa, complementando la aproximación unilateral que había caracterizado al régimen anterior con una política de negociaciones comerciales.

LA DIPLOMACIA ECONÓMICA: BÚSQUEDA DE UN REGIONALISMO ABIERTO

La Concertación tuvo que hacerse cargo de un escenario económico interno y externo muy distinto al que habían conocido los gobiernos democráticos anteriores.

En primer lugar, el peso de los temas económicos en la política exterior había aumentado enormemente, como consecuencia lógica del grado de internacionalización que ya exhibía la economía y del modelo aperturista que se pretendía continuar. En segundo lugar, las visiones que adoptó el equipo de gobierno sobre la naturaleza del sistema internacional se habían renovado, especialmente con respecto al período democrático anterior. Diversas experiencias asiáticas y, en menor medida, de la propia América Latina, incluyendo a Chile, parecían demostrar que ninguna situación de dependencia estructural impedía el desarrollo del país. Por otra parte, la frustración de los intentos de reforma del sistema económico internacional, que tanto entusiasmo habían producido a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, fue seguida por visiones más matizadas y realistas. Aunque Chile mantenía su adscripción a los grupos que representaban a los países en desarrollo, esta vertiente de la política multilateral tenía un tono y orientación mucho más moderados y, objetivamente, un peso menor en la política exterior. En tercer lugar, el éxito exportador que había empezado a observarse en el país obligaba a una acción mucho más intensa en la defensa de las posiciones comerciales chilenas, siempre amenazadas por tendencias proteccionistas en los principales mercados de destino. Como es obvio, los cada vez más pujantes sectores empresariales pusieron gran énfasis en este último aspecto, requiriendo, privada y públicamente, la intervención y ayuda del gobierno cada vez que se cernía una amenaza en un mercado externo.

De este modo, un objetivo primordial de la inserción económica chilena consistió en la consolidación y ampliación de sus mercados de exportación. Ya en 1990 Chile exhibía una diversificación significativa en este terreno, tanto en términos de mercados de destino como de oferta exportadora. El primer gobierno de la Concertación se fijó como objetivo mantener y profundizar estas tendencias y, en una etapa posterior, facilitar las condiciones para promover el aumento del valor agregado de las exportaciones. Precisamente por esa razón Chile asignó tanta importancia a la liberalización del comercio mundial. Las tendencias recesivas y las presiones de los grupos de interés en los principales mercados mundiales representaron obstáculos para este logro. En la percepción del gobierno, el impulso hacia el libre comercio mundial pareció frenarse en los comienzos de los años noventa,

mientras recrudescían las prácticas proteccionistas en muchos mercados. Se destacó la existencia de una preocupante contradicción entre la apertura económica que se recomendaba al país y a la región y el empeoramiento de su acceso a los mercados de bienes de quienes hacían esas recomendaciones. Fue por esta razón que el país cifró grandes expectativas en la culminación de la Ronda Uruguay, pese a que había plena conciencia de sus insuficiencias y restricciones.

La política comercial que puso en marcha la Concertación representó una de las mayores innovaciones de la política exterior durante las últimas décadas. En los años sesenta, los mismos sectores que integraron posteriormente la Concertación habían procurado, con un éxito más bien limitado, canalizar una parte de la política comercial en el proceso de integración latinoamericana que estaba en marcha en la época, poniendo especial énfasis en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (Alalc) y el Grupo Andino. Sin embargo, la liberalización efectiva que se había alcanzado por medio de estos esquemas de integración a comienzos de los años setenta sólo fue muy modesta, debido a las excepciones existentes y la metodología de negociación por la que se optó. Además, como las corrientes comerciales más significativas del país se mantenían fuera de los mercados latinoamericanos, en los hechos la política comercial conservaba un carácter defensivo y selectivo, que hizo que Chile fuera en el pasado uno de los países con mayor protección comercial en América Latina (Ffrench-Davis 1989:51). El régimen militar modificó de manera drástica esta realidad, optando por la apertura unilateral del comercio exterior y concentrando sus esfuerzos de apertura de otros mercados en el ámbito multilateral del GATT.

La apertura unilateral constituyó un elemento clave en el éxito económico que se empezó a observar en Chile durante los años ochenta. Pero tenía la limitación obvia de que, por propia definición, no exigía reciprocidad y de esta manera no contribuía a la apertura de otros mercados. El multilateralismo, que en teoría representaba la opción óptima en la medida en que implicaba la liberalización concertada de todos los mercados del mundo, tenía también sus limitaciones. Los compromisos asumidos por muchos países en la Ronda Uruguay fueron muy graduales y restrictivos. Diversos sectores fueron exceptuados de las negociaciones multilaterales. Tampoco se logró eliminar el problema del escalonamiento arancelario, que afectaba a los productos chilenos de mayor valor agregado, y en especial a las exportaciones de manufacturas.

En consideración a estos antecedentes, se hizo necesario combinar la política comercial tradicional, que se basó en la apertura unilateral, con la negociación multilateral y una inserción más activa en los grandes espacios económicos que se estaban configurando en el mundo. En este contexto, la búsqueda de instrumentos bilaterales o regionales pasó a tener una importancia sustantiva. No solamente porque se trataba de asegurar la capacidad de acceso a los grandes mercados mundiales y regionales, sino porque quedarse al margen de esta tendencia podía significar que otros obtuvieran ventajas que desplazarían a los productos chilenos.

El primer gobierno de la Concertación empezó así a desarrollar una política comercial que tendía a combinar estrategias unilaterales, bilaterales, regionales y multilaterales. Esta opción se fue perfilando poco a poco y se orientó en sus inicios especialmente hacia América Latina, aprovechando el marco jurídico que proporcionaba la entidad sucesora de la Alalc, la Asociación Latinoamericana de Integración (Aladi). El primer acuerdo de libre comercio que suscribió Chile dentro de esta estrategia fue con México, en 1991. Dicho sea de paso, pese a que el proceso de integración latinoamericana ya cumplía treinta años, se trató del primer acuerdo auténtico de libre comercio que se suscribía en toda la región. Sin embargo, las negociaciones de los siguientes acuerdos fueron crítica-

das desde dos perspectivas. Por una parte, algunos economistas neoliberales objetaron la desviación de comercio que podían producir estos acuerdos y, más en privado que en público, miraban con desconfianza y cierto desprecio al resto de los países latinoamericanos. Por la otra, importantes sectores del propio gobierno consideraban más útil y pertinente concentrar los esfuerzos negociadores en lo que en esa época se consideraba como un elemento crucial de la inserción internacional de Chile: un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos, sea bilateral o en el marco más amplio del recientemente negociado Tratado de Libre Comercio entre Canadá, Estados Unidos y México, más conocido por su sigla en inglés, el Nafta. La percepción, que probó ser errónea, de que había una incompatibilidad entre lo que en esa época parecía un inminente acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos y los acuerdos que se negociaban con los países latinoamericanos hizo que estos últimos fueran demorados por un tiempo.

El fuerte interés que mostró sobre todo el equipo económico del primer gobierno de la Concertación en el Nafta, con el respaldo de algunos importantes ministros del área política, se explicó tanto por razones económicas como políticas. Entre las primeras, cabía destacar la necesidad de asegurar el acceso de los productos chilenos al mercado internacional más importante para nuestra economía y el sello de prestigio económico que esta vinculación confería al país, en un momento en que todavía existía alguna incertidumbre sobre la capacidad del gobierno democrático de profundizar los éxitos económicos alcanzados durante el régimen militar. Entre las segundas, estaba la percepción de que el Nafta tendría el efecto de anclar definitivamente un modelo de economía de mercado que, todavía a fines de esta década, despertaba reservas en algunos sectores de la propia Concertación. Del mismo modo, se creía que el Nafta contribuiría a afianzar la democracia en el país, en la medida en que suponía una fuerte condicionalidad democrática.

La aparente contradicción entre las negociaciones latinoamericanas y la que se esperaba iniciar con los Estados Unidos se vio complicada por una suerte de distribución regional que se hizo entre distintos Ministerios. Así, mientras la Cancillería y, en menor medida, el Ministerio de Economía, se ocupaban de América Latina, el Ministerio de Hacienda se hacía cargo de los Estados Unidos y el Ministerio de Economía trataba algunos temas europeos (Martini 1994). Como suele suceder, este paralelismo fue fuente de desavenencias, que se manifestaron con respecto a las negociaciones y gestiones económicas internacionales conducidas con diversos países latinoamericanos, con los Estados Unidos y, más ocasionalmente, con los países del APEC (Cooperación Económica de Asia-Pacífico).

Razones internas impidieron al gobierno de los Estados Unidos iniciar una negociación comercial con Chile bajo el gobierno del Presidente Aylwin, quitando credibilidad al proyecto de zona de libre comercio hemisférico anunciado por el Presidente Bush en 1990 en el marco de la Iniciativa de las Américas. La demora en la negociación tuvo la virtud de restar fuerza al falso dilema entre el Nafta y América Latina, y la política de negociaciones comerciales con América Latina pudo profundizarse mediante la firma de acuerdos de libre comercio con Venezuela (1993) y Colombia (1994), a los que hay que agregar los acuerdos de complementación económica negociados con Argentina (1991) y Bolivia (1993) que no contemplaron la liberalización total del comercio mutuo.

El programa del segundo Gobierno de la Concertación procuró despejar definitivamente la alternativa América Latina/Nafta, estableciendo de manera clara una prioridad latinoamericana. En el ámbito comercial, ella se plasmó en la continuación de las negociaciones de libre comercio, que llevó a la suscripción de un acuerdo con Ecuador (1995) y al inicio de tratativas con Perú y Panamá.

Sin embargo, el paso más importante que se adoptó en el marco de la política hacia América Latina consistió en la asociación de Chile al Mercosur. El acuerdo, suscrito después de un intenso debate en el Congreso, dispuso la liberalización gradual de todo nuestro comercio con los dos socios más relevantes que tenemos en América Latina e implicó el retorno de Chile al proceso de integración de América Latina y, concretamente, su participación en uno de los esquemas que parecen más promisorios y próximos. La negociación del acuerdo fue compleja y exigió, como paso previo, persuadir a los países miembros para que establecieran la calidad de miembro asociado. Esta opción no se había contemplado inicialmente y además era resistida precisamente porque se pretendía que Chile adhiriera como miembro pleno al grupo. Desde la perspectiva chilena, el acuerdo con el Mercosur revitalizó el compromiso con América Latina, pero también respondió a una fuerte necesidad económica. En una perspectiva de mediano plazo, el acuerdo iba a proporcionar un marco estable para la creciente integración física con los países del área y haría viable un desarrollo industrial que hasta ahora se había visto constreñido debido al reducido tamaño del mercado chileno. La vinculación con el Mercosur asumió un fuerte sentido estratégico, porque este proceso de integración se estaba desarrollando en nuestro entorno geográfico inmediato y tenía implicaciones directas para la seguridad del país. Si ello era así, cabe preguntarse por qué razón Chile no se convirtió en socio pleno del Mercosur. La respuesta es muy simple. El Mercosur se convirtió en una Unión Aduanera, esto es, una zona de libre comercio dotada de un arancel común frente a terceros países. Considerando el promedio de los aranceles del Mercosur, la participación plena de Chile en esa agrupación habría significado elevar el arancel externo del país y, por consiguiente, reducir la apertura de la economía, como efectivamente tuvieron que hacerlo en su día Paraguay y Uruguay. Esta opción no tenía apoyo en amplios sectores del país, como lo demuestra el hecho de que precisamente en el marco del debate parlamentario sobre este tema, el gobierno del Presidente Frei asumió el compromiso de seguir reduciendo gradualmente el arancel externo. Es interesante agregar que esta decisión contrasta con la elevación de aranceles acordada por Brasil y Argentina en 1997 para hacer frente a las turbulencias financieras que amenazaban a los dos países. Este contraste demuestra la persistencia de importantes diferencias de enfoque entre Chile y el Mercosur en lo que toca a la apertura económica y parecen alejar la posibilidad de que Chile se integre pronto a la Unión Aduanera. Asimismo, había una importante diferencia entre la estructura de arancel único de Chile y el arancel diferenciado que mantenía Mercosur. Además, la participación plena en el Mercosur habría obligado a Chile a negociar conjuntamente con el resto de los miembros todo acuerdo comercial con terceros países, lo que no parecía conveniente desde el punto de vista de los restantes intereses comerciales del país.

La clara prioridad latinoamericana establecida para el segundo gobierno de la Concertación no implicó descuidar las relaciones con otras regiones. De ahí la persistencia del gobierno en preservar su autonomía para negociar individualmente acuerdos que permitieran profundizar su vinculación con mercados no latinoamericanos, que seguían absorbiendo más del 80% de nuestras exportaciones. (...) Chile mantiene una gran diversificación de mercados de destino como característica central de su comercio exterior. La misma situación se observa en materia de importaciones. Desde el punto de vista estrictamente comercial, el país no tenía ni tiene ahora un socio natural. No podía olvidarse que Chile estaba exportando más a Japón que a Brasil, más al Reino Unido que a Argentina, más a Corea que a Perú, más a Holanda que a México. Cabe agregar que esta diversificación es una de las fortalezas que presenta nuestra economía, en la medida en que permite amortiguar los efectos de las crisis cíclicas que afectan a los megamercados del mundo.

La creciente globalización de la economía hizo muy oportuna la consolidación de la participación en el mecanismo de Cooperación Económica del Asia Pacífica (APEC), que permitió afianzar una presencia, lamentablemente todavía muy excepcional para un país latinoamericano, en el área de mayor crecimiento de la economía mundial. Chile también suscribió un nuevo acuerdo marco con la Unión Europea (UE), que representó un paso de gran relevancia para allanar el camino, todavía largo, hacia una asociación de carácter político y económico entre Chile y las quince naciones europeas que estaban formando el mercado integrado más grande del mundo. Se trataba de un instrumento que potenciaba los vínculos históricos que manteníamos con Europa, pero que pretende avanzar rápidamente hacia la liberalización del comercio de bienes y servicios.

Chile negoció un acuerdo de libre comercio con Canadá, que fue ratificado en 1997 y que formó parte de una estrategia de aproximación a los mercados norteamericanos. El acuerdo asumió un carácter marcadamente innovador debido a la amplitud de temas que incluyó y al hecho de que eliminó las nocivas medidas antidumping entre los países firmantes, cosa que no se pudo lograr en el propio Nafta. Todo ello se logró sin la supresión de las restricciones vigentes en Chile para los movimientos de capitales de corto plazo, que inicialmente había sido exigida por Canadá. Por cierto, se mantiene la meta de negociar un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos o con el Nafta, tomando en consideración que ya se dispone de un acuerdo con Canadá y que se está negociando un acuerdo de última generación con México. Sin embargo, en estos momentos este acuerdo no tiene un carácter imprescindible ni especialmente urgente para nuestro país.

En la perspectiva de esta política comercial de inserción o pertenencias múltiples, Chile tiene un fuerte interés en la convergencia de los acuerdos comerciales que se han suscrito en el continente americano. Sólo mediante este esfuerzo se puede lograr una cierta uniformidad en las disciplinas comerciales, que a su vez sea coincidente con una liberalización del comercio a escala mundial. Desde este punto de vista, la negociación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), cuyo inicio se espera anunciar en la II Cumbre de las Américas de Santiago, resulta más importante para el país que un acuerdo bilateral con los Estados Unidos. Por cierto, se trata de un proceso extenso y complejo que debería culminar en 2005, pero representa un instrumento de valor muy especial para el país de las Américas que más acuerdos ha negociado ya con los futuros socios del ALCA.

El concepto de regionalismo abierto es el que mejor engloba la política comercial chilena actual. El concepto tiene múltiples acepciones y, por cierto, no está exento de contradicción. En la práctica chilena, el carácter abierto que asume el regionalismo latinoamericano se expresa de tres maneras. Primero, las distintas opciones de inserción regional no son vistas como mutuamente excluyentes, sino que tienden a complementarse. De este modo, no hay incompatibilidad entre Mercosur y ALCA o entre la pertenencia al APEC y una profundización de los vínculos con la UE. Segundo, los acuerdos están abiertos a la incorporación de nuevos miembros. Y, tercero, la profundización de los esquemas regionales procura hacerse compatible con la liberalización del comercio global, evitando el surgimiento de nuevas barreras respecto de los bienes y servicios importados desde fuera de la región. Este último punto es quizás el más decisivo del regionalismo abierto, pero es a la vez el más difícil de cumplir, toda vez que por definición un acuerdo comercial de carácter preferencial tiende a discriminar respecto de terceros países.

La atracción de inversiones extranjeras constituyó asimismo un objetivo básico de los gobiernos de la Concertación. Se estimó que los capitales externos no sólo permitían aumentar la tasa de inversión del país, sino que además facilitaban su inserción en procesos productivos cada vez más

internacionales, con los correspondientes efectos positivos en materia de acceso y difusión de las nuevas tecnologías, participación en redes establecidas de comercialización, etc. (...) Durante la década de los noventa Chile logró atraer un flujo notable de inversiones desde el extranjero. La estabilidad económica del país, el carácter pacífico y consensual de su transición democrática y el constante mejoramiento de los indicadores de competitividad contribuyeron a esta realidad. Asimismo, Chile adhirió a un mecanismo internacional de solución de controversias para las inversiones extranjeras y firmó una serie de acuerdos de promoción y protección de las inversiones.

La creciente actividad de empresas chilenas en el extranjero planteó una dimensión nueva para la inserción internacional del país. Lejos de responder a una estrategia articulada de carácter gubernamental, esta actividad resultó de las propias necesidades de expansión y de internacionalización de un conjunto muy representativo de empresas nacionales. Una proporción ampliamente mayoritaria de este flujo de capitales se concentró inicialmente en nuestros tres países vecinos, en especial en Argentina y en Perú. Sin embargo, (...) gradualmente las inversiones chilenas se han extendido y a países como Brasil, Colombia y Venezuela. La política exterior comenzó a asumir esta nueva realidad. Los acuerdos de inversiones, concebidos tradicionalmente para facilitar el establecimiento de empresas extranjeras en el país, comenzaron a ser vistos como un marco para la operación de las empresas chilenas en el extranjero. Por su parte, nuestras representaciones diplomáticas en el extranjero y la propia Cancillería han tenido que asumir un papel de apoyo en la promoción y defensa de intereses económicos, similar al que ejercen todos los países que exportan inversiones. El hecho de que una parte muy significativa de estas inversiones esté concentrada en países vecinos plantea sin duda una complejidad adicional, en la medida en que su presencia puede suscitar recelos o, por el contrario, que cualquier acción extranjera que los perjudique sea presentada en Chile como una acción hostil hacia el país. Sin embargo, este riesgo, que existe incluso en los grandes eventos deportivos, puede reducirse si existe un entendimiento cabal de la naturaleza de estos problemas y de las diferencias que existen entre los conflictos de intereses económicos y aquellos de naturaleza más política y estratégica.

La presencia de grandes inversiones chilenas en el extranjero pone en otra perspectiva los acuerdos para evitar la doble tribulación de las empresas. En el pasado, sólo los países que poseían grandes inversiones en Chile o que aspiraban a promoverlas en el futuro se habían mostrado interesados en esta posibilidad. Hoy, el interés es compartido por nuestras autoridades tributarias con respecto a las operaciones que realizan las empresas chilenas en el extranjero. Hasta hace muy poco, la legislación tributaria chilena presentaba dificultades para suscribir acuerdos de esta naturaleza. Sin embargo, esta situación se modificó en 1997, permitiendo el inicio de las negociaciones de un modelo de acuerdo, que sigue muy de cerca la práctica de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que agrupa a las economías más avanzadas del mundo.

2.31 Material de apoyo para la actividad 10 (unidad 3)

GLOBALIZACIÓN E IDENTIDAD EN AMÉRICA LATINA

Manuel Castells

En: www.pnud.cl

Esta ponencia analiza los cambios en la relación entre identidades y Estado en América Latina en el contexto de la globalización. Se plantea en primer lugar el análisis la interacción entre globalización, identidades y Estados en base a la experiencia comparada a escala mundial. A continuación, se analiza la especificidad de dichos procesos en América Latina. Se señalan en fin cuatro problemas fundamentales planteados a las políticas de Desarrollo Humano en América Latina, sugiriendo algunas líneas de acción pública encaminadas al tratamiento de dichos problemas. La ponencia está basada en fuentes bibliográficas y documentales que se citan en las referencias. No se trata, sin embargo, de un análisis empírico propiamente dicho, sino de una reflexión fundada en la observación de las tendencias de cambio social global a fines del siglo XX.

1. GLOBALIZACIÓN

Globalización no es sinónimo de internacionalización. En sentido estricto es el proceso resultante de la capacidad de ciertas actividades de funcionar como unidad en tiempo real a escala planetaria. Es un fenómeno nuevo porque sólo en las dos últimas décadas del siglo XX se ha constituido un sistema tecnológico de sistemas de información, telecomunicaciones y transporte, que ha articulado todo el planeta en una red de flujos en las que confluyen las funciones y unidades estratégicamente dominantes de todos los ámbitos de la actividad humana. Así, la economía global no es, en términos de empleo, sino una pequeña parte de la economía mundial. Pero es la parte decisiva. La economía global incluye, en su núcleo fundamental, la globalización de los mercados financieros, cuyo comportamiento determina los movimientos de capital, las monedas, el crédito y por tanto las economías en todos los países. Los mercados de divisas cambian diariamente 1,5 billones de dólares, haciendo imposible para cualquier gobierno sostener su divisa en contra de turbulencias masivas de los mercados financieros. El desarrollo y creación de sofisticados productos financieros articulan valores bursátiles en distintos mercados, estableciendo su interdependencia a través de transacciones electrónicas que mueven miles de millones de dólares en segundos. Según algunos cálculos, el valor de mercado de la capitalización del total de productos financieros derivados en 1998 era equivalente a 12 veces el valor estimado del producto bruto total del planeta. No hay, hoy por hoy, control o regulación de los flujos globales de capital, lo que convierte a todas las economías, en dependientes del comportamiento de los valores de sus empresas, acciones y obligaciones, en los mercados financieros. La globalización de la economía también incluye la importancia creciente del comercio internacional en el crecimiento económico, el aumento considerable de la inversión extranjera directa, la globalización de una parte esencial de la producción de bienes y servicios en torno a empresas multinacionales y a sus redes auxiliares, la interpenetración internacional de mercados de bienes y

servicios, la formación de un mercado global de trabajadores de especial cualificación (de los ingenieros de software a los futbolistas) y la importancia de las migraciones internacionales de mano de obra desplazada por las crisis económicas hacia zonas con mayores oportunidades de empleo y progreso. Junto a la globalización económica en sentido estricto, asistimos también a la globalización de la ciencia, la tecnología y la información; la globalización de la comunicación, tanto en los medios de comunicación masiva y multimedia, como en las nuevas formas de comunicación a través de Internet; y, en una dimensión más siniestra, la globalización del crimen organizado tiende a penetrar las instituciones de gobiernos en numerosos países, con efectos perversos considerables sobre la soberanía y la legitimidad políticas.

El nuevo sistema global que se constituye a partir de redes de intercambio y flujos de comunicación es a la vez extremadamente incluyente y extremadamente excluyente. Incluyente de todo lo que tiene valor según los códigos dominantes en los flujos y excluyente de todo aquello que, según dichos códigos, no tiene valor o deja de tenerlo. En la medida en que la globalización se ha desarrollado, esencialmente, como instrumento de articulación de mercados capitalistas, la rentabilidad económica (ya sea mediante ganancia o acrecentamiento del valor patrimonial, según los casos) se convierte en el criterio fundamental para la inclusión o exclusión en las redes globales. Se constituye así un sistema extraordinariamente flexible y dinámico, pero sometido a fuertes oscilaciones y a una dinámicas competitiva que no admite tregua o error. Las redes globales articulan individuos, segmentos de población, países, regiones, ciudades, o barrios, al tiempo que excluyen otros tantos individuos, grupos sociales o territorios. Todos los países y territorios están atravesados por dicha lógica dual, de forma que se crean redes transnacionales de componentes dinámicos de la globalización, al tiempo que se segregan y excluyen segmentos sociales y territorios al interior de cada país, región o ciudad. Naturalmente, en proporciones altamente variables según las zonas del mundo en que opere la competitividad. Si en Africa, la gran mayoría de la población está excluida del sistema globalizado (aunque sufre las consecuencias de lo que ocurre en dicho sistema), en Estados Unidos la proporción oscila en torno al 20%, aunque en el centro-sur de Los Angeles asciende al 30%. Esta geografía diferencial de la exclusión social se complica aún más con la geometría variable de la globalización, cuando turbulencias informativas en los mercados financieros impulsan sectores económicos y territorios hacia la prosperidad (valores internet) o la desintegración (Indonesia, 1998) según procesos que sólo parcialmente responden a cálculos estrictamente económicos.

Las fuentes de productividad y competitividad en la nueva economía global dependen fundamentalmente de la capacidad de generación de conocimiento y procesamiento eficaz de la información la cual depende, a su vez, de la capacidad cultural y tecnológica de las personas, empresas y territorios. En la economía informacional, la educación y la innovación se constituyen en fuerzas productivas directas. Pero siendo condiciones necesarias para el nuevo modelo de desarrollo, no son suficientes. Porque en la medida en que el excedente se transfiere al mercado financiero, el comportamiento del mercado financiero, sometido a percepciones de psicología colectiva y a turbulencias informativas de todo origen, influye decisivamente en la riqueza y la pobreza de las naciones. En este nuevo modelo de desarrollo informacional, la sociedad y las instituciones juegan un papel decisivo. Ello es así, por un lado, porque la productividad y competitividad dependen de la calidad de los recursos humanos y de la capacidad estratégica, de instituciones y empresas para articular dichos recursos en torno a proyectos de inversión viables y sustentables. Por otro lado, porque la estabilidad social y política y el eficaz funcionamiento de las instituciones son factores psicológicos esenciales para los inversores globales,

de cuyo comportamiento depende, finalmente, el valor de empresas y países en los mercados financieros. La globalización, en su encarnación actual de capitalismo informacional desregulado y competitivo, supera a los Estados, pero articula a los segmentos dinámicos de las sociedades en todo el planeta, al tiempo que desconecta y margina a aquellos que no tienen otro valor que el de su vida.

2. IDENTIDAD(ES)

La informacionalización y la globalización son procesos centrales de la constitución de una nueva economía y una nueva sociedad en el cambio de milenio. Pero junto a ellos, y en interacción compleja, otro fenómeno, de índole cultural y política, está transformando el mundo. El reforzamiento de las identidades culturales como principio básico de organización social, seguridad personal y movilización política. Identidad, en términos sociológicos, es el proceso por el cual los actores sociales construyen el sentido de su acción atendiendo a un atributo cultural (o conjunto articulado de atributos culturales) al que se da prioridad sobre otras fuentes posibles de sentido de la acción. Puede darse el caso de varias identidades en un individuo, pero tal pluralidad es siempre fuente de tensión. No siempre se define un actor por su identidad, pero cuando el principio de definición es identitario, es un principio fuerte que tiende a cobrar preeminencia sobre otras fuentes de sentido. En nuestro tiempo histórico, las identidades religiosas, nacionales, territoriales, étnicas y de género, aparecen como principios fundamentales de autodefinición, cuyo desarrollo marca la dinámica de las sociedades y la política de forma decisiva. Sin entrar en controversias poco útiles sobre la novedad histórica de esta explosión identitaria, sí puede sostenerse que su existencia invalida la tesis de la desacralización y desideologización de la sociedad moderna. La superación de las identidades, que era el gran proyecto histórico del racionalismo (liberal o marxista) ha sido superado por el renovado poder de la identidad. Junto a estas identidades fuertes, comunitarias, aparentemente fundadas en experiencia histórica y tradición cultural, hay también el surgimiento de identidades individuales, auto-construidas en torno a un proyecto personal, a un principio electivo. Tales identidades individualistas son particularmente importantes en sectores sociales o sociedades en que las identidades comunitarias no se desarrollan, pero en las que los principios abstractos de pertenencia simbólica (tales como ciudadanía, clase social, etc.) se debilitan como resultado del vaciamiento de contenido histórico de las instituciones y organizaciones que encarnaban dichos principios (el Estado-nación, los sindicatos de clase etc.). Una identidad individualista particularmente importante es la identidad familiar, o individualismo familiar, en la que se funde el sustrato comunitario y el proyecto autónomo de existencia, vaciado de todo otro contenido que la afectividad inmediata defensiva hacia uno mismo y los suyos. ¿Por qué se desarrollan las identidades como principios constitutivos de la acción social en la era de la información? Mi hipótesis, apoyada en la observación de movimientos sociales y expresiones identitarias en todo el mundo, es que este desarrollo es consecuencia de la globalización y de la crisis de las instituciones del Estado-nación y de la sociedad civil constituida en torno al Estado. Explico. La globalización desborda la capacidad de gestión de los Estados-nación. No los invalida totalmente, pero los obliga a orientar su política en torno a la adaptación de los sistemas instrumentales de sus países hacia la navegación en los flujos globales. Al hacerlo, los Estados tienen que sacrificar intereses de sectores hasta entonces protegidos por él. Es más, la sociedad civil, según la concepción gramsciana original, no se constituye contra el Estado, sino en articulación con el Estado, orientada hacia el Estado: sindicatos, cooperativas, organi-

zaciones religiosas y ciudadanas. Cuando el Estado tiene que atender, prioritariamente, a la dinámica de flujos globales su acción hacia la sociedad civil se torna secundaria y por consiguiente el principio de ciudadanía emite un significado cada vez más débil hacia los ciudadanos. En esas condiciones, los sectores golpeados por los ajustes que impone la globalización buscan principios alternativos de sentido y legitimidad. En esa búsqueda la gente se hace consciente del déficit democrático que existe tras el andamiaje institucional e ideológico del sistema político. Y aunque no se suele poner en cuestión la democracia (cuya conquista, casi siempre, costó sangre y lágrimas), surge una oposición explícita a la globalización y a su agente, el Estado ex-nacional, ahora agente racionalizador de la globalización, en torno a un principio constitutivo distinto. En muchos casos se separa la nación del Estado, oponiendo al Estado-nación la nación-Estado (nacionalismo francés o estadounidense, o venezolano); o, bien, oponiendo al Estado-nación, la nación sin Estado (nacionalismo catalán, escocés o quebecois). En muchos otros casos el principio de etnicidad oprimida se utiliza como fuente de nueva legitimidad democrática (los zapatistas de Chiapas, los kataristas bolivianos). La identidad regional se constituye en principio de recomposición social frente a la crisis del Estado-nación, como en Colombia. Pero tal vez es la identidad religiosa, fundamentalista o moderada, la que se constituye como el principal principio alternativo de reconstrucción del sentido a escala planetaria. Es el caso del islamismo, del hinduismo nacionalista, del judaísmo ortodoxo, del fundamentalismo cristiano, particularmente influyente en Estados Unidos y entre los evangelistas de América Latina. En forma distinta, el desarrollo del comunitarismo de base en la Iglesia católica latinoamericana proporciona un refugio y un sentido alternativos a las secuelas sociales de la globalización sin control, al individualismo agresivo asociado al neoliberalismo, a la crisis de las ideologías socialistas tradicionales y al formalismo retórico de las declaraciones liberales de ciudadanía. En la mayoría de los casos de movimientos sociales identitarios en el mundo hay un rechazo explícito de la globalización y una denuncia del Estado, convertido en rehén de los flujos globales. No estoy interpretando el sentido de los movimientos identitarios, sino constatando el sentido que se atribuyen a sí mismos. Conforme las identidades surgen como principios constitutivos de la acción social, corroen el principio fundamental de ciudadanía, sobre el cual se basó el Estado-nación construido en la edad moderna. Si la identidad fundamental es la religiosa o la nación como entidad histórica, ser ciudadano es aún una fuente de derechos, pero ya no de sentido. El laicismo y el individualismo de la democracia liberal, como construcción racional y abstracta emanante del contrato social, deja de ser el principio de pertenencia y, por tanto, el principio de legitimidad. El poder de la identidad destruye la legitimidad del Estado como fuente de sentido. Sometido a las presiones contradictorias de la globalización y las identidades culturales comunitarias, el Estado-nación soberano y la sociedad civil constituida en torno a él, entran en un proceso de declive histórico que pareciera ser irreversible.

3. EL ESTADO RED

Sometido a las presiones de cambio tecnológico, económico y cultural, el Estado no desaparece: se transforma. Busca, por un lado, alianzas estratégicas, tanto estables como coyunturales con otros Estados, para tratar conjuntamente los problemas planteados por la globalización. Surgen así Estados co-nacionales, como es la Unión Europea, con un Banco Central Europeo independiente, una moneda única y, por tanto, una economía unificada, a la que se añaden múltiples instituciones y

leyes de ámbito europeo. Se refuerza el papel de las instituciones internacionales, como las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos, la Organización de la Unidad Africana y las distintas organizaciones de seguridad regionales, en Europa, en el Pacífico, en América Latina. Se constituyen alianzas militares fuertemente integradas, como la OTAN, que, en la práctica, funden las fuerzas armadas de sus miembros en unas fuerzas armadas supranacionales con mando conjunto. Surgen formas políticas sui generis, a medio camino entre Estados co-nacionales e instituciones internacionales, como la Comunidad de Estados Soberanos, entre las ex-repúblicas de la ex-Unión Soviética. Proliferan las áreas de integración económica que trascienden la soberanía económica nacional, como son Mercosur, el Tratado de Libre Comercio Norteamericano o, en embrión, el Acuerdo de Cooperación Económica en el Pacífico y la unión arancelaria de los países del ASEAN en Asia del Sudeste. Y se constituyen instituciones económicas supranacionales, de ámbito global, como son el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con influencia decisiva en la regulación de la desregulación económica global, bajo control del exclusivo club G-7, en base a la influencia de su opinión en los mercados financieros internacionales. Así, el Estado-nación se dota de instrumentos cooperativos de gestión, navegación y negociación en la globalización. El precio es alto: la pérdida de soberanía y el paso irreversible al poder compartido. O sea, se pierde poder para mantener influencia. Pero la alternativa es la irrelevancia de decisiones que ningún Estado (ninguno, ni siquiera los Estados Unidos) puede aplicar por sí mismo. Es más, ni siquiera esta confluencia de poderes y recursos permite asegurar el control de los gobiernos sobre los flujos de capital, información y tecnología, como se ha verificado en momentos tales como la crisis financiera asiática o los repetidos fracasos en controlar internet. Pero, al menos, la construcción de esferas de poder compartido permite acrecentar la capacidad de negociación e intervención en relación con los flujos globales. Por otra parte, el Estado-nación, en casi todo el planeta, está buscando su relegitimación mediante la descentralización administrativa y la participación ciudadana. Se transfieren competencias a gobiernos locales y regionales, al tiempo que se democratiza su elección y se intenta fortalecer su capacidad autónoma de gestión. En algunos casos, esta descentralización va de par con el reconocimiento de fuertes identidades nacionales, regionales y locales, intentando así hacer compatible el principio de ciudadanía política y la afirmación de la identidad cultural. También han procedido los Estados a un reconocimiento creciente de la esfera de acción para-pública, mediante el desarrollo de ONGs (organizaciones no-gubernamentales) que complementan las políticas públicas, articulando recursos privados y desburocratizando la gestión de programas sociales. A menudo las ONGs prolongan su acción en la esfera internacional, en un desarrollo paralelo a la internacionalización cooperativa de la intervención de los Estados. La descentralización del Estado-nación y su apertura creciente (al menos formalmente) a la participación acentúan su pérdida de poder pero, por otro lado, permiten restaurar parte de su legitimidad en crisis.

Este doble movimiento del Estado-nación hacia la cooperación internacional y hacia la devolución de poder a ámbitos sub-nacionales, conduce a la construcción de un nuevo sistema institucional, hecho de redes de órganos gubernamentales de distinto nivel, articuladas a estructuras no gubernamentales. Para cada problema, para cada ámbito de decisión se produce una configuración distinta de la combinatoria administrativa que compone el nuevo Estado. Es un Estado-red, que funciona mediante la interacción de sus distintos componentes en un proceso continuo de estrategia, conflicto, negociación, compromiso, codecisión y decisión, que constituye la práctica político-administrativa concreta de nuestras sociedades. Tras la fachada grandilocuente del Estado-nación soberano que

aún se proclama como tal, los restos de un Estado maltrecho por la globalización y las identidades se reconfiguran en redes de colaboración y puesta en común de recursos. La flexibilidad de estas redes y su acceso a mayores fuentes de recursos y competencias permite a los Estados no sólo sobrevivir, sino prosperar en la era de la información. Sin embargo, la complejidad de la decisión política en ese mundo de redes institucionales, desbordando cotidianamente el ámbito nacional, complica considerablemente la representación y el control democráticos. Falto de un anclaje en una sociedad civil que sea a la vez supranacional y local, el Estado-red gana en flexibilidad y eficacia lo que pierde en democracia y transparencia.

4. AMÉRICA LATINA EN EL CAMBIO DEL MILENIO

La problemática latinoamericana a fines del siglo XX puede estructurarse en torno a su relación específica con la globalización, las identidades y el Estado.

Globalización

La globalización ha transformado profundamente las economías y las sociedades en toda América Latina. En su dimensión fundamental, la financiera y monetaria, la globalización y las políticas de ajuste que de ella derivan han inducido un nuevo marco macroeconómico, caracterizado por la estabilidad monetaria, el control de la inflación como objetivo prioritario, la liberalización del mercado de capitales, la desregulación económica y la privatización de empresas públicas en casi todos los países. En ese sentido el funcionamiento de las economías latinoamericanas se ha aproximado sustancialmente al de las economías más avanzadas, creando las condiciones para una relativa homogeneización de la inversión de capital y para el libre movimiento de mercancías. Y eso es lo esencial de la globalización: la unificación de criterios de mercado en un espacio económico ampliado. La inversión extranjera, tanto directa como en el mercado de valores, se ha multiplicado, proporcionando recursos para el crecimiento económico y favoreciendo transferencia de tecnología y mejora de la gestión empresarial. El comercio internacional se ha diversificado por sectores y por regiones del mundo. Y se ha dinamizado, en calidad y en cantidad. El Tratado de Libre Comercio en el norte y Mercosur en el sur han constituido áreas económicas crecientemente integradas que amplían mercados y contribuyen a mejorar la competitividad. El punto débil de América Latina continua siendo sin embargo la baja capacidad tecnológica, tanto en generación como en uso de nuevas tecnologías. Ello implica que la mayor parte de las exportaciones, en todos los países menos Brasil, corresponde aún a productos agropecuarios, materias primas y productos extractivos. La exportación de productos manufacturados, en todos los países, sigue concentrándose en los sectores de menor valor añadido. Las exportaciones de servicios continúan también mayoritariamente en las líneas tradicionales, como turismo (generalmente controlado por tour-operadores globales), con escasa competitividad en los servicios a las empresas, actividad de alto crecimiento y alto valor añadido. Una nueva dependencia, la tecnológica, marca la nueva economía latinoamericana en un momento decisivo de su articulación a la economía global. Por cierto que puede concebirse un desarrollo tecnológico que se traduzca en aumento de exportaciones primarias. Así las economías exportadoras estrella de los noventa, la argentina y la chilena, siguen concentrando sus exportaciones, en buena medida, en la línea agroalimentaria. Y la utilización de tecnología avanzada, tanto biológica como de gestión informatizada, ha sido importante en la competitividad de las empresas más dinámicas del sector en ambos países.

Con todo, a finales de los noventa puede decirse que, en su conjunto, América Latina está integrada en la nueva economía global. Pero de forma desigual, con altos costos sociales y económicos en la transición, y con amplios sectores sociales y territorios excluidos estructuralmente de ese proceso de modernización e integración económicas. Los índices de desempleo, pobreza y desigualdad varían, pero con excepción de Chile (que ha mejorado su situación social, en parte por el bajo nivel de partida, en comparación con la situación de marginación masiva heredada de Pinochet) han aumentado en el conjunto de América Latina a lo largo de la década. El desarrollo desigual territorial se ha acentuado y la concentración de población y recursos en las grandes áreas metropolitanas sigue creciendo, suscitando tensiones sociales y deterioro medio-ambiental por falta de control y planeamiento de este proceso de urbanización acelerada, que ha llevado ya a las ciudades al 75% de la población latinoamericana. Se observa una distancia creciente entre el sector moderno, globalizado de la economía y el sector informal y de economía de supervivencia en el que trabaja la mayoría de la población. Si la marginalidad urbana era un mito cuando se formuló su teoría en los sesenta (puesto que la mayor parte de los llamados marginales estaban integrados en la economía formal) en estos momentos sí asistimos a dos dinámicas diferentes entre la articulación dinámica y la supervivencia informal. En parte ello se debe a la descomposición/recomposición de la economía por los costos del ajuste, que han desintegrado sectores protegidos de la empresa pública y han estrangulado a numerosas pequeñas y medias empresas por las altas tasas de interés, generando así paro estructural y no sólo sub-empleo. Junto a ello, altas tasas de crecimiento económico han generado un amplio estrato medio-alto urbano de nuevo tipo, ligado a la empresa privada, con altos niveles de educación, sofisticación profesional y patrones de consumo homologables a los estadounidenses y europeos. La crisis de amplios sectores de la población y de muchas regiones creó las condiciones para su utilización por parte de las mafias globales, que han realizado lo que denomino la conexión perversa, es decir la reconexión de sectores de la población y regiones con la economía mundial, mediante actividades criminales de todo tipo (centradas en el tráfico de drogas y en el lavado de dinero) que encuentran mercados en expansión en las sociedades más ricas. La economía global criminal se ha convertido en un sector altamente dinámico, generador de riqueza y empleo, pero también destructivo e inductor de inestabilidad, en varios países de la región. La dinámica de la globalización, y la aceleración del crecimiento económico, incontrolado y espoleado por la búsqueda constante de competitividad han conducido a una destrucción masiva del medio ambiente. Tanto en áreas rurales (Amazonía, Yucatán, delta del Orinoco, Bío-Bío y tantas otras) como en las periferias de las grandes metrópolis, se está produciendo un deterioro irreversible del equilibrio ambiental que amenaza con degenerar en verdadero desastre ecológico. En suma, América Latina está, de lleno, en la globalización. Con sus procesos de crecimiento dinámico, competitivo y modernizador, del que forman parte, hoy por hoy indisoluble, procesos de exclusión social y destrucción medioambiental.

Identidades

¿Cómo se relaciona este proceso con la evolución de las identidades colectivas en América Latina? Cabe distinguir, aunque coexistan de forma articulada, tres identidades distintas: la étnica, la regional, la nacional. La étnica se ha manifestado fuertemente en la última década, de Chiapas, Guatemala y Bolivia, al Amazonas y al resurgir de las reivindicaciones mapuches. Para países como Guatemala y Bolivia es un principio fundamental de identidad, aún fraccionado, como en Bolivia, en distintas culturas. Pero para la mayoría de países latinoamericanos es una identidad específica de comunida-

des que son minoritarias, marginadas u olvidadas, por lo que difícilmente se ha constituido en principio de identidad más allá de los sectores movilizados por una lucha específica, generalmente defensiva. La integración dominada de la cultura indígena en el Perú o de la cultura africano-brasilera en las ciudades de Brasil, son fenómenos más representativos de las tendencias en curso que la afirmación de la dignidad de los indios mexicanos simbolizada por las banderas zapatistas. La identidad regional también se ha manifestado con más fuerza en el espacio público en la década de los noventa, marcando comunidades más allá de la cotidianeidad y el costumbrismo. Las culturas regionales colombianas, de Antioquía al Cauca, son principios definitorios de redes de protección social ante la crisis general del Estado colombiano. El norte mexicano encuentra su identidad reforzada por su carácter de polo dinámico del nuevo espacio económico, al tiempo que Yucatán busca principios de movilización identitaria en su lucha contra una marginación creciente.

Pero a lo largo del siglo, el principio identitario dominante en toda América Latina ha sido la identidad nacional. Era una identidad proyecto, como la argentina por ejemplo, una identidad construida en torno a un Estado-nación que, ya sea sobre bases populistas o clientelares, afirmaba un proyecto de desarrollo y una especificidad a la vez frente a los países poderosos (aun sirviéndolos en lo político y en lo económico, pero nunca en lo cultural, véase México-EE.UU.) y frente a los vecinos, siempre sospechosos de algún mal designio. El Estado construye la nación y la identidad nacional aparece como la principal fuente de identidad colectiva, articulada en lo privado a la identidad religiosa y en lo público a la identidad política –directamente inspirada por el Estado (justicialismo, priismo, varguismo, fraccionamiento atroz entre identidades liberal y conservadora en Colombia).

Pues bien, en la medida en que el Estado aparece en los noventa como agente de la globalización y en la medida en que se despega de sus bases sociales tradicionales, la separación entre Estado y nación lleva a una crisis de la identidad nacional como principio de cohesión social. Con una identidad nacional cuyo principio histórico fue construido por el Estado, al desligarse dicha identidad de su sujeto (el Estado), para la mayoría de la población la identidad nacional se convierte en un principio débil, en un principio que no basta para construir el sentido de la vida. La identidad nacional tiende a ser suplantada por dos fuentes distintas de sentido. Por un lado, el individualismo (incluido el familismo), legitimado por el mercado, se convierte en fuente de racionalidad y de proyecto. Por otro lado, el repliegue hacia identidades comunitarias más fuertes que una identidad nacional en crisis, lleva hacia un resurgir religioso y hacia el renacimiento de las identidades étnicas y regionales para quienes no las han perdido. Ahora bien, para la mayoría de la población, pareciera que la tendencia dominante fuese la de constituir una comunidad territorial defensiva como apoyo de estrategias de supervivencia individual. No se observa, en general, el surgimiento de un principio identitario unificador que llene la orfandad de una nación abandonada por su Estado.

Estado

Por tanto, la evolución del Estado parece ser la clave de la crisis y/o reconstrucción de la identidad en América Latina. ¿Que está sucediendo? Aunque es arbitrario hablar en general del Estado en América Latina me atreveré a formular una hipótesis. Fue, históricamente, un Estado débil que, desde los años treinta, construyó su permanencia en base a una alianza con los sectores medios urbanos y con los trabajadores organizados. Sobre esta alianza se construyó un Estado populista (priismo, varguismo, justicialismo) o democrático (Chile, Venezuela, Colombia), pero siempre clien-

telista. Siempre dependiente de su capacidad para captar la riqueza del país, pagar su cuota a los socios extranjeros y distribuir los recursos al sector urbano organizado, mediante la administración pública, mediante las empresas públicas y mediante un Estado del bienestar hecho a la medida de las clientelas políticas. Al margen quedaban los campesinos y los sectores populares no organizados, así como, en algunos Estados, los sectores capitalistas autónomos (grupo Monterrey en México). Sólo las repúblicas centroamericanas (pero no Costa Rica) y Paraguay, corresponden al cliché del Estado instrumento directo y exclusivo de la oligarquía. La política cepalina fue el modelo económico adaptado a las condiciones políticas de ese Estado nacional-popular. Cada vez que se intentó romper ese equilibrio de alianzas entre sectores populares organizados, clases medias burocráticas y grupos económicos dominantes como capitalistas pero no como actores sociales, se produjo una crisis del Estado (Argentina en los cincuenta, Brasil en los sesenta, Chile en los setenta, México en los ochenta). Sólo se consiguió una estabilidad relativa cuando de alguna manera, explícita o implícita, dichas alianzas se recompusieron. Pero en los noventa, para superar la crisis estructural de los ochenta, el Estado intentó asumir un nuevo papel: el de modernizador en el marco de la globalización. Es un papel contradictorio porque, a diferencia del Estado desarrollista, la modernización como adaptación a la economía global, consiste sobre todo en traspasar al mercado lo que era del Estado. Para llevar a cabo ese proyecto, indispensable para la modernización tecnológica y la participación del sector dinámico de la economía en el nuevo capitalismo global, los Estados utilizaron con frecuencia sus apoyos tradicionales para, de hecho, romper los privilegios de dichos sectores y dejarlos expuestos a la competitividad. Del Estado nacional-popular se pasó al Estado liberal. Esa fue la política de Pinochet, en su versión autoritaria; la política de Salinas y luego de Zedillo, la política de Menem, la política de Sánchez Losada, la política de Fujimori. La política de Cardoso corresponde a ese esquema en sus objetivos, pero no en sus apoyos políticos. Para sentar las bases de una política liberal, Cardoso buscó apoyos de centro-derecha, enfrentándose de hecho a la coalición de centro-izquierda que representó los intereses del sector popular clientelista del Estado. Este proyecto de adaptación a la nueva economía global tuvo una conducción política en distintas versiones. Algunos gobiernos, como el de Cardoso, lo hicieron con sensibilidad social y respeto democrático. Otros, como Fujimori, de forma autoritaria. Otros, como en México, profundizando la exclusión social al dar prioridad absoluta a la integración en la economía global. Pero en todos los casos desmontaron buena parte del sistema de alianzas y privilegios en torno al Estado del que dependían las clases medias urbanas tradicionales y los sectores obreros organizados. Aun así, los gobiernos modernizadores ganaron elecciones en aquellos países (Argentina, Brasil) en que para la mayoría de la población las condiciones de vida mejoraron (pese al aumento de la desigualdad) y la inserción en el sistema global ofreció una perspectiva. Allá donde los sectores agrupados en torno al Estado fueron suficientemente fuertes para frenar la liberalización (Ecuador, Colombia y, sobre todo, Venezuela) se caotizó la economía entre medidas formalmente liberales para consumo externo y el mantenimiento de los intereses corporativos en torno a la economía pública. En México, el proceso fue más complicado en la medida en que las clases medias urbanas rompieron definitivamente con el PRI, mientras que los sectores populares organizados decidieron apostar a una nueva ronda de clientelismo, mientras pudiese durar. Pero el resultado generalizado fue la quiebra del Estado corporativo y/o clientelista, la ruptura de las alianzas sociales, la fragmentación del sistema político y la recomposición de la dirección política en torno a liderazgos personalizados democráticos (es decir, refrendados por procesos electorales). En el caso más extremo, en Venezuela, la

corrupción generalizada de la clase política venezolana y su intento de aferrarse al Estado clientelar llevó a la crisis general de ese Estado. El plebiscito popular en favor de Chaves, expresa un nuevo tipo de populismo que, a diferencia de los demás gobiernos, plantea una alternativa nacionalista a la globalización, abriendo así un proceso cuyo desarrollo y desenlace están llenos de significación. Allá donde la clase política oscila entre el salto adelante de la liberalización y el mantenimiento del Estado tradicional, como en Colombia, el Estado entra en descomposición, momento que pudo ser aprovechado por fuerzas insurreccionales que habían mantenido una resistencia testimonial en nombre de los marginados de siempre.

En resumen, el Estado-nación latinoamericano dejó de ser nacional en la década de los noventa. Como consecuencia, se rompió la alianza tradicional con los sectores medios urbanos y sectores populares organizados, que son aún la base del sistema político latinoamericano. Ello conduce a la recomposición del sistema político de representación y liderazgo, y a la creación de una política dependiente de personalidades y de una relación mediática con las masas populares. Un populismo mediático agente de la globalización en contraste a un estatismo corporativo defensor de la nación son los dos proyectos en competencia y en busca de apoyos sociales. Entre ambos, la capacidad integradora del Estado se ha perdido. Y la ideología del mercado sustituye a la ideología de la nación.

Pero la crisis del Estado es también consecuencia de la descomposición de la clase política en muchos países como resultado de dos procesos inter-relacionados que desembocan en una práctica política autodestructiva: la política del escándalo. El primer proceso es la penetración del Estado y del sistema político por redes criminales organizadas. No es un fenómeno significativo en todos los Estados, por ejemplo no lo es en Chile y no parece que en Brasil vaya mucho más lejos que la tradicional corrupción de las mafias policiales. Pero los medios de comunicación han revelado corrupción sistémica en Colombia, en Bolivia, en Paraguay, en Venezuela, en la mayor parte de América Central y el Caribe y, con particular intensidad, en México, en donde la crisis violenta que sufre México no es separable de las luchas que libran los carteles mexicanos del narcotráfico por obtener influencia en los distintos niveles del Estado. La corrupción resultante de esta penetración criminal deslegitima al Estado y bloquea su capacidad de maniobra en un momento decisivo de su reorientación. El segundo proceso al que hago referencia es la emergencia, en América Latina como en el resto del mundo, de una nueva forma de competencia política, la política informacional. Se trata de que los medios de comunicación se han constituido en el espacio preferente de la política. No es que los medios controlen la política, sino que los líderes y partidos políticos compiten entre ellos y se relacionan con los ciudadanos en y por los medios. La política mediática tiene sus reglas, a saber la personalización de los liderazgos y la credibilidad de personas y siglas como valor fundamental en la formación de la opinión de los ciudadanos. Si lo esencial para ganar el apoyo popular es establecer dicha credibilidad, el arma de lucha política esencial es destruir la credibilidad del adversario. Y para ello el medio más eficaz es la difusión en los medios de comunicación de informaciones negativas sobre personas y organizaciones políticas. La mayor parte de esas informaciones provienen del entorno de los propios partidos, así como de grupos de interés que tienen por objetivo el desgastar a una persona o partido. Son filtraciones a los medios más que periodismo de investigación lo que alimenta la política del escándalo. Los niveles de corrupción son suficientemente altos como para proporcionar abundante material. Pero si no hay bastante, se fabrica, se manipula, se desinforma. Y como todos (o casi todos) lo hacen, y como hay que tener munición en reserva para disuadir al adversario, el debate político aparece dominado cada vez más por las denuncias, contra-denuncias y

desmentidos sobre la corrupción y abusos de poder de la clase política. Y como los medios de comunicación son cada vez más flexibles y omnipresentes en la vida de la gente, son esas imágenes, y no los debates sobre alternativas políticas, los que tienen mayor impacto público. Con el consiguiente desprestigio de la clase política y de la legitimidad del Estado.

Tras haber visto disiparse la relación entre Estado y nación, los ciudadanos asisten a la disociación entre representatividad y legitimidad. La crisis del Estado se dobla de la crisis del sistema político. La deriva política conduce a la deriva de la identidad.

5. CUATRO PROBLEMAS LATINOAMERICANOS Y ALGUNAS CONSIDERACIONES PARA SU TRATAMIENTO EVENTUAL

América Latina entra en el siglo XXI con tres grandes desafíos por resolver: la exclusión social de una buena parte de la población, el deterioro acelerado del medio ambiente y la creciente distancia entre instituciones del Estado y vivencia de la sociedad. En la raíz de esta triple crisis se encuentran cuatro grandes problemas que se manifiestan con diferente intensidad en distintos países y regiones del área. El primero es la transición al informacionalismo como nuevo modelo de desarrollo. Si no hay una adopción exitosa del modelo de crecimiento que caracteriza la era de la información, no habrá capacidad económica para integrar en el desarrollo al conjunto de la población y a los imperativos de sustentabilidad ambiental. Las estrategias encaminadas a facilitar esta transición incluyen por un lado la creación de una infraestructura tecnológica centrada en la comunicación y en la información, aunando esfuerzos públicos y privados. Por otro lado, la promoción de recursos humanos, que pasa, en primer lugar, por una verdadera reforma educativa, en todos los niveles del sistema educativo. La educación es la principal inversión de infraestructura en la era de la información. Pero la reforma educativa no consiste sólo en mayor escolarización o en introducir internet en las escuelas. Pasa, sobre todo, por la formación de los formadores, tanto en método pedagógico, como en conocimientos especializados y en familiaridad con las nuevas herramientas tecnológicas. Lo cual implica una mejora sustancial de la remuneración y condiciones de trabajo de los maestros y profesores y una profunda reforma de su formación y carrera que debe hacerse, necesariamente, en consulta directa con sus organizaciones profesionales. No es una política fácil ni rápida, pero es la condición indispensable para la transición del conjunto de la sociedad al informacionalismo. La Universidad es, potencialmente, la principal fuerza productiva en el nuevo modelo de desarrollo. Pero la reforma y dotación de la Universidad no conducen a nada si no trabaja con material humano que ha sido educado convenientemente en los niveles primario y secundario. Ahora bien, como la transformación de las economías de los países dependen de lo que suceda en la próxima formación del sistema educativo en su conjunto, es necesario reforzar centros de excelencia universitarios, nacionales o de ámbito latinoamericano, que hagan de locomotoras científicas y tecnológicas en relación con el conjunto del sistema. El desarrollo científico desigual en el marco de un país no es elitista si está integrado en una estrategia de conjunto de difusión de los beneficios de dicho desarrollo.

El segundo gran problema, condicionante del conjunto de la acción pública es la importante corrupción existente en numerosas instancias del Estado. Esto es tanto más grave cuanto que buena parte de esa corrupción tiene su origen en la economía criminal global y, por tanto, cuenta con recursos y ramificaciones incomparablemente más importantes que en épocas pasadas. La lucha contra la

economía criminal global pasa por una acción internacional concertada en la que la represión policial de tráficos ilícitos sea sólo una dimensión de la política. La prevención del consumo de drogas, la educación contra la prostitución de todo tipo y el control efectivo del tráfico de armas son otros elementos importantes de dicha política. Y tal vez sería necesario avanzar en un debate internacional sobre la legalización parcial y selectiva del consumo de drogas como forma de desligar el problema de salud que representan las drogas, de su dimensión criminal. (...) es absolutamente perentorio atajar la corrupción del Estado. Si el proceso de descomposición de las instituciones públicas continúa, vamos hacia sociedades salvajes. El hecho de que en muchas ciudades latinoamericanas los ciudadanos tengan más miedo de los policías que de los criminales es altamente significativo. La penetración del soborno y la intimidación en los más altos niveles de la administración, la política, la judicatura y la policía de muchos países plantean una amenaza sin precedentes para la destrucción de las instituciones. Existen experiencias internacionales de lucha sostenida de los Estados contra su corrupción, experiencias de las que se puede aprender. Pero sólo cuando los gobiernos asuman esta tarea como una base esencial de su acción, y sólo cuando no minimicen el problema en anecdotario irrelevante, se podrá tratar. El primer paso para resolver un problema es reconocer que existe.

El tercer gran problema con el que se encuentra América Latina es la obsolescencia administrativa y la crisis de legitimidad política de sus Estados.

Líneas de acción para contrarrestar esa decadencia pasan, por un lado, por la democratización del Estado; por otro, por la reforma de la administración pública.

Con respecto a la democratización, no basta simplemente asegurar los principios de elecciones democráticas. Hay que velar por la limpieza del proceso y la información a los ciudadanos. Pero la experiencia reciente demuestra que la representación democrática, con ser esencial, no es suficiente para la democracia. Hay que acercar mucho más el Estado al ciudadano. Y para ello, la palanca más eficaz es el reforzamiento de los gobiernos municipales y la extensión de la participación ciudadana en el ámbito local. Ello implica descentralización de recursos y competencias, entrenamiento de los funcionarios locales y desarrollo de mecanismos de participación real que articulen las ONGs existentes a la administración municipal. Al mismo tiempo, el Estado central necesita establecer fórmulas compensatorias de distribución de recursos que impidan que la autonomía municipal no se convierta en mecanismo de segregación social.

Con respecto a la obsolescencia del actual Estado, la necesidad de acción internacional concertada en el tratamiento de problemas que son globales en su origen, empujará cada vez más a los Estados latinoamericanos a hacer de la cooperación internacional una esfera privilegiada de actuación. Junto con la descentralización regional y municipal ello implica la constitución de lo que denomino un Estado-red, en el que diversos niveles y ámbitos de actuación se combinan incesantemente en un ejercicio de soberanía compartida. De ahí se deriva la necesidad de una nueva administración pública, flexible, ágil, desburocratizada, capaz de funcionar en red y en cooperación, utilizando las tecnologías de información. No es un sueño imposible si los funcionarios reciben mejor compensación, si provienen de mejores programas de educación y entrenamiento y si son motivados en un nuevo tipo de gestión pública democratizada. Naturalmente, para ello hacen falta recursos, pero esta reforma se plantea en el marco de un modelo de desarrollo dinamizado, de alta productividad, en parte impulsada por esa misma eficacia administrativa obtenida del nuevo tipo de Estado: se propone pues inducir un círculo virtuoso entre productividad privada y reforma pública. El cuarto problema es la reconstrucción de identidades comunicables. Es decir, la crisis de identi-

dad no parece poder ser superada por una nueva identidad englobante, centrada en el Estado-nación, en la medida en que el Estado-nación pasa a ser un nudo de una red más amplia en la que los códigos deben ser compatibles y comunicables. Más aún, dada la crisis de legitimidad del Estado, el proceso parece ser el inverso, a saber: la reconstrucción de la legitimidad del Estado mediante su capacidad de reconocimiento e integración de identidades plurales emergentes de la sociedad. Por consiguiente, no puede ni debe haber política identitaria, sino atención pública al dinamismo de la sociedad civil, asegurando puentes de comunicación entre las distintas identidades que van surgiendo, incluidas identidades individuales y auto-construidas. Lo esencial es que las nuevas identidades, o el renacimiento de identidades históricas, no se aislen en comunas identitarias excluyentes de las otras, como pueden ser corrientes fundamentalistas o etnicidades separatistas. La acción pública en ese nuevo contexto consiste en proporcionar puentes de comunicación simbólica, no para fundir las identidades, o subyugarlas en nombre de una identidad única, sino para permitir su diálogo y estimular su co-evolución. ¿En qué consisten esos puentes? La escuela es el fundamental, y por eso la escuela pública es esencial, no sólo para la educación sino para la capacidad de convivir en un mundo de identidades plurales. Pero los medios de comunicación, sobre todo en un paradigma tecnológico caracterizado por los multimedia, es el otro gran puente: el hipertexto interactivo en que todo se vincula con todo. Las políticas públicas, afortunadamente, no controlan los medios de comunicación. Pero pueden ejercer acciones complementarias, a través de canales públicos audiovisuales, así como mediante promoción y apoyo a la presencia mediática de culturas y expresiones minoritarias, de forma que el imaginario colectivo se enriquezca constantemente con las nuevas voces que hablan las lenguas surgidas en la sociedad.

(...)

¿Quién es el actor del cambio, en ese contexto? Hay actores emergentes en la sociedad civil, pero son demasiado débiles, en estos momentos, para marcar el rumbo del cambio. Hoy por hoy, el gobierno nacional, con todos los límites señalados en esta ponencia, es la única instancia que puede potenciar una inserción autónoma en el proceso de globalización. Pero no podrá conducir solo ese cambio sin la sociedad. Y no será capaz de superar los conflictos y problemas inherentes al proceso de cambio si no: a) descentraliza y facilita la participación b) supera el déficit democrático c) reforma la administración d) se internacionaliza y amplía las cooperaciones internacionales e) pasa por una auto-reflexión de lo que quiere decir el nuevo modelo de desarrollo eco-informacional, tomando en serio la adjetivación sugerida por “eco”. Y en la sociedad, es necesario que surja (desde la universidad y desde los medios de comunicación) un debate autónomo sobre identidad y sentido que recupere la mejor tradición latinoamericana, saliendo de la nueva dependencia cultural representada por posmodernismo y neo-liberalismo, pero superando definitivamente el lastre de un pensamiento marxista que poco tiene que ver con la sociedad del siglo XXI. En el umbral de esa sociedad el desafío para Latinoamérica es ser capaz de reinventarse, en un nuevo mundo abierto al conflicto y a la creación, más allá del mercado y más acá del Estado, aprendiendo a conectar lo local y lo global.

Anexo 3: Películas recomendadas para organizar un ciclo de cine

Película	Director	Año	Tema sugerido para trabajar
El gran dictador	Charles Chaplin	1940	Totalitarismo
Reds	Warren Beatty	1981	Revolución Rusa
Octubre	Sergei Eisenstein	1927/- 1981	Revolución Rusa
Doctor Zhivago	David Lean	1965/ 1981	Revolución Rusa
Sin novedad en el frente	Lewis Mielstone	1930	Primera Guerra Mundial
Senderos de gloria	Stanley Kubrik	1957	Primera Guerra Mundial
Adiós a las armas	Frank Borzage	1932	Primera Guerra Mundial
Blanco y negro en color	Jean Jacques Annaud	1977	Primera Guerra Mundial
1900	Bernardo Bertolucci		Totalitarismo, Primera y Segunda Guerra Mundial
La batalla de Argel	Gillo Pontecorvo	1965	Descolonización
Amarcord	Federico Fellini	1974	Totalitarismo
Los unos y los otros	Claude Lelouch	1982	Totalitarismo, Segunda Guerra Mundial, Guerra Fría.
El conformista	Bernardo Bertolucci	1971	Totalitarismo
El submarino	Wolfgang Petersen	1981	Segunda Guerra Mundial
El jardín de los Finzi Contini	Vittorio de Sica	1974	Totalitarismo
Tango, el exilio de Gardel	Fernando Solanas		Dictaduras América Latina
1984	Michael Radford	1984	Totalitarismo
El día después	Nicolás Meyer	1983	Guerra Fría
Lawrence de Arabia	David Lean	1962	Descolonización
Furyo	Nagisha Oshima	1983	Segunda Guerra Mundial
El puente sobre el río Kwai	David Lean	1957	Segunda Guerra Mundial
La lista de Shindler	Steven Spielberg	1995	Totalitarismo
Adiós a los niños	Louis Malle	1987	Segunda Guerra Mundial
Forrest Gump	Robert Zemeckis	1993	Guerra Fría, Años sesenta, Rebeldía
Cada amigo un amor (Georgia' friends)	Arthur Penn	1981	Años sesenta, Rebeldía
Roma ciudad abierta	Roberto Rossellini	1945	Segunda Guerra Mundial
Sol ardiente	Nikita Mihalovick	1994	Totalitarismo
Viva Zapata	Elia Kazan,	1952	Revolución Mexicana
Un día muy particular	Ettore Scola,	1978	Totalitarismo
Cabaret	Bob Fosse,	1972	Totalitarismo
El huevo de la serpiente	Ingmar Bergman	1977	Totalitarismo
Hair	Milos Forman	1979	Años sesenta, Rebeldía
La gran ilusión	Jean Renoir	1937	Primera Guerra Mundial
Gandhi	Richard Attenborough	1982	Descolonización
Tiempos modernos	Charles Chaplin	1936	Industrialización, Crisis económica
Las uvas de la ira	John Ford	1940	Crisis económica
Rebelde sin causa	Nicholas Ray	1955	Rebeldía
Doctor Insólito	Stanley Kubrik	1964	Guerra Fría
La casa Rusia	Fred Schepesi	1990	Guerra Fría
Gallipoli	Peter Weir	1981	Primera Guerra Mundial

El ciclo de videos puede organizarse en tono a un tema, o como una panorámica del siglo. Para su realización se recomienda no incluir más de 8 películas.

Bibliografía

Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, vols. 9 al 13, 1997.

BID, *Progreso económico y social en América Latina, Informe 2000: Desarrollo más allá de la Economía*, Capítulo 1 “Cómo llega América Latina al siglo XXI ps. 1-32.

Brown, Lester y otros, *Signos Vitales 1999*, World Watch Institute, Instituto de Ecología Política, Santiago, 1999.

Bulmer-Thomas, Victor, *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Cabrera, et. al. *Europa en crisis 1919-1939*, Editorial Pablo Iglesias, 1991.

Cardoso, Eliana y Ann Helwege, *Latin America's Economy: Diversity, Trends and Conflicts*, (MIT Press, Boston, 1992)

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1969.

Castells, Manuel, *La era de la información*, Vol I, II y III. Siglo Veintiuno Editores, 1999.

Dahrendorf, Ralf, *El conflicto social moderno*, Mondadori, 1990.

Duby, George, y Michelle Perrot (bajo la dirección de), *Historia de las mujeres. Tomo 9: El siglo XX, guerras, entreguerra y posguerra. Y*

Tomo 10: *El siglo XX: Los grandes cambios del siglo y la nueva mujer*, Taurus Ediciones, Madrid, 1993.

Edwards, Jorge, *Cuba 40 Años Después*, Estudios Públicos No. 76, 1999, ps. 57-66.

Furet, Francois, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, FCE; México, 1996.

Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, diversas ediciones.

García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1990.

González Casanova, Pablo (ed.), *América Latina: Historia de medio siglo*, México, 1981, 2 vols.

Goodland y otros, *Desarrollo Económico Sostenible. Avances sobre el informe Brundtland*, Ediciones Uniandes, Colombia, 1977.

Halperín Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1993 (edición corregida y actualizada).

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Editorial Crítica, Barcelona, 1996.

Howard, et. Al, *Historia Oxford del siglo XX*, Planeta, 1998.

Kennedy, Paul, *Hacia el siglo XXI*, Plaza y Janés Editores S.A. 1993.

⁴ Esta bibliografía no incluye todas las referencias de los documentos incluidos en el programa, corresponde a una selección de obras que le pueden ser útiles al profesor o profesora para profundizar en los temas que deberá trabajar en Cuarto Año Medio.

Korry, Edward, *Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos: Una retrospectiva política y económica, 1963-75*. En: Estudios Públicos No. 72, 1998.

Mammarella, Giuseppe, *Historia de Europa Contemporánea (1945-1990)*, Ariel, 1990.

Miège, Jean Louis, *Expansión europea y descolonización*, Labor, 1975.

Monsiváis, Carlos, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

Revista Debats N° 50. *Hacia el fin de siglo: un mundo en transformación*, Ediciones Alfons el Magnanin, 1994.

Rangel, Carlos, *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario: mitos y realidades de América Latina*, Monte Avila Editores, Caracas, 1977.

Rifkin, Jeremy, *El Fin del Trabajo*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996.

Schapiro, Leonard, *El totalitarismo*, FCE, 1981.

Skidmore, Thomas y Smith, Peter, *Historia contemporánea de América Latina*. América Latina en el siglo XX, Barcelona, Crítica, 1996.

Touraine, Alain, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

Sitios recomendados en internet:

(Es posible que algunas direcciones hayan dejado de existir o se modifiquen después de la publicación de este programa).

www.enlaces.cl

Sitio red Enlaces Ministerio de Educación de Chile.

www.un.org/spanish/

Entrada general al sitio de Naciones Unidas.

www.undp.org/

Sitio del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

www.unfpa.org/

Sitio del Fondo de Población de Naciones Unidas.

www.minrel.cl

Sitio del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

www.eclac.org

Sitio de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

www.britannica.com

Sitio de la Enciclopedia Británica.

www.nationalgeographic.com

Sitio del National Geographic con acceso a mapas mundiales y regionales.

Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios Primer a Cuarto Año Medio

Objetivos Fundamentales

1º

Primer Año Medio

Los alumnos y las alumnas desarrollarán la capacidad de:

1. Reconocer los rasgos geográficos, económicos, sociales y culturales característicos de su región, identificando relaciones entre ellos, y explorando su historicidad.
2. Valorar la preservación del medio ambiente, comprendiendo la interrelación entre éste y la vida humana.
3. Vincular la realidad de su región con la realidad nacional y analizar la inserción de su región en el país, identificando los rasgos que los hacen parte de una comunidad nacional.
4. Conocer la institucionalidad política regional y nacional, los derechos y deberes ciudadanos contenidos en la Constitución Política del Estado de Chile y manejar algunos conceptos básicos de ciencia política.
5. Valorar la organización política democrática y pluralista y comprometerse con el ejercicio de los deberes y derechos que ella implica, valorando la búsqueda conjunta del bien común.
6. Conocer y analizar los rasgos distintivos de la economía nacional, comprendiendo conceptos básicos de la ciencia económica.
7. Buscar, organizar y comunicar información sobre la región y el país, en forma oral, escrita y gráfica, respetando criterios de rigurosidad en el manejo de las fuentes y en el análisis.
8. Reconocer la diversidad de visiones que existen sobre los problemas sociales, respetando el derecho de plantear y debatir diferentes puntos de vista.

2º

Segundo Año Medio

Los alumnos y las alumnas desarrollarán la capacidad de:

1. Conocer el proceso histórico de conformación de la nación y el Estado chileno, comprendiendo la historicidad de la realidad social.
2. Reconocer las diversas formas de organización política y económica, la evolución social y las expresiones culturales que se han dado en la historia nacional.
3. Evaluar la inserción de Chile en un ámbito histórico cultural más amplio como es América Latina.
4. Identificar los rasgos distintivos de la identidad nacional a través del conocimiento y comprensión de la historia de Chile.
5. Valorar la diversidad de aportes e influencias que han dado forma a la identidad nacional y las manifestaciones actuales de dicha diversidad.
6. Reconocerse como herederos y partícipes de una experiencia histórica común que se expresa en términos culturales, institucionales, económicos, sociales y religiosos.
7. Comprender la multicausalidad que explica los procesos históricos: identificando elementos de continuidad y cambio, advirtiendo los diversos tiempos históricos.
8. Comprender que el conocimiento histórico se construye a base de información de fuentes primarias y su interpretación y que las interpretaciones historiográficas difieren entre sí, reconociendo y contrastando diferentes puntos de vista en torno a un mismo problema.

3º

Tercer Año Medio

Los alumnos y las alumnas desarrollarán la capacidad de:

1. Identificar las grandes etapas de la historia de la humanidad.
2. Situar espacial y temporalmente la tradición histórico-cultural occidental en el contexto mundial.
3. Conocer los rasgos fundamentales y los procesos principales de cada uno de los periodos de la historia de Occidente, identificando elementos de continuidad y cambio.
4. Manejar una visión de conjunto de la historia del mundo occidental que permita una mejor comprensión del presente y su historicidad.
5. Comprender que en la historia ha existido una diversidad de formas organizativas, de modos de vida y de sistemas de pensamiento, analizando algunas de sus interrelaciones.
6. Evaluar el impacto e influencia en América y en Chile del desarrollo histórico europeo.
7. Comprender que el conocimiento histórico se construye sobre la base de información de fuentes primarias y su interpretación y que las interpretaciones historiográficas difieren entre sí, reconociendo y contrastando diferentes puntos de vista en torno a un mismo problema.

4º

Cuarto Año Medio

Los alumnos y las alumnas desarrollarán la capacidad de:

1. Identificar las grandes regiones geopolíticas que conforman el mundo actual, conociendo sus principales rasgos geográficos, demográficos, económicos, políticos y culturales.
2. Analizar relaciones de influencia, cooperación y conflicto entre regiones y naciones; entender el carácter transnacional de la economía y el impacto de la tecnología en la globalización mundial.
3. Conocer y analizar, desde diversas perspectivas, algunas de las principales características de la sociedad contemporánea, comprendiendo su multicausalidad.
4. Entender la complejidad de algunos de los grandes problemas sociales del mundo contemporáneo, como son la pobreza y el deterioro medio ambiental; comprender que su resolución no es simple y que implica la acción conjunta de diversos actores sociales; valorar la solidaridad social y la importancia del cuidado del medio ambiente.
5. Conocer los grandes procesos históricos mundiales de la segunda mitad del siglo XX, como antecedente de la conformación del orden mundial actual, reconociendo que la sociedad contemporánea es fruto de procesos históricos.

Contenidos Mínimos Obligatorios

9. Entenderse a sí mismos como parte de una comunidad local, regional y nacional, con una institucionalidad y un territorio común, y problemas y responsabilidades compartidas.

9. Exponer, debatir y defender ideas con respeto y fundamentación y sintetizar información histórica elaborando ensayos.
10. Explorar la historicidad del presente a través de recopilaciones de testimonios históricos que se encuentren en su entorno próximo (restos arqueológicos, testimonios artísticos y documentales, costumbres tradicionales, construcciones, sitios y monumentos públicos) y de relatos de personas de su comunidad.

8. Buscar información histórica, analizarla y comunicarla en forma oral, escrita y gráfica.
9. Valorar el esfuerzo desplegado por el ser humano en su desarrollo histórico, desde sus inicios hasta la actualidad.

6. Comprender la complejidad social y cultural actual de América Latina, identificando elementos de continuidad y cambio en los procesos históricos.
7. Analizar la inserción de Chile en América Latina y el mundo.
8. Seleccionar, interpretar y comunicar en forma oral, escrita y gráfica información histórica, geográfica y social, utilizando una pluralidad de fuentes, incluyendo información difundida por los medios de comunicación social.
9. Valorar su propia experiencia de vida como parte de una experiencia histórica mayor, continental y mundial.
10. Valorar la diversidad cultural de la humanidad.

1^o

Primer Año Medio

1. Entorno natural y comunidad regional.
 - a. Características de la geografía física de la región en la cual está inserto el establecimiento escolar. Potencialidades y limitaciones del entorno natural regional. Principales riesgos naturales: causas y acciones apropiadas a seguir frente a ellos.
 - b. Geografía humana de la región: la población y su distribución. Dinámica poblacional.
 - c. Características de la economía regional: recursos naturales, actividades económicas, producción e intercambio, distribución del ingreso y empleo.
 - d. Principales problemas ambientales en la región. La importancia de la preservación del medio ambiente.
 - e. Elaboración y lectura de mapas, tablas y gráficos con información geográfica y económica.

2^o

Segundo Año Medio

1. Construcción de una identidad mestiza.
 - a. América pre-colombina. Las grandes civilizaciones pre-colombinas. Los pueblos pre-hispánicos en el actual territorio chileno.
 - b. La conquista española. Principales características y propósitos de la empresa de conquista de los españoles en América y sus efectos para los pueblos indígenas. La conquista de Chile: la ocupación del territorio.
 - c. Relaciones entre españoles e indígenas: trabajo obligatorio, mestizaje, evangelización, sincretismo cultural y resistencia mapuche.
 - d. El legado español nos inserta en Occidente: la herencia cultural de España. La institucionalidad española en América. La sociedad colonial en Chile.
 - e. Identificación de testimonios históricos en el entorno.

3^o

Tercer Año Medio

1. La diversidad de civilizaciones.
 - a. Las primeras expresiones culturales de la humanidad. Notión de evolución. Línea de tiempo con las grandes etapas e hitos de la historia cultural de la humanidad.
 - b. Mapa cultural mundial: identificación y localización espacial y temporal de las grandes civilizaciones de la historia.
 - c. Profundización, a través de proyectos grupales de investigación, en el conocimiento de una civilización no occidental; sus principales características y aportes al desarrollo de la humanidad.

4^o

Cuarto Año Medio

1. El mundo contemporáneo.
 - a. Regiones del mundo: caracterización geográfica, demográfica, económica, política y cultural de las grandes regiones geopolíticas que conforman el mundo actual. Profundización en el conocimiento de una región a través de una investigación documental.
 - b. Relaciones de influencia, cooperación y conflicto entre regiones y naciones: análisis de casos.
 - c. La globalización de la economía: principales cambios experimentados en la economía mundial en las últimas décadas, con referencia al proceso de internacionalización de la producción y de las finanzas, la transnacionalización del capital, la liberalización del comercio de bienes y servicios. Interdependencia económica entre las naciones.

- f. Expresiones de diversidad cultural en la región: similitudes y diferencias de costumbres de las personas del campo y la ciudad, de diferentes credos religiosos, de distintos grupos étnicos. Las diferencias culturales como expresión legítima de visiones distintivas del mundo y cuestionamiento de estereotipos y prejuicios sociales: de género, edad, condición física, etnia, religión y situación económica.
- g. Estudio de la dimensión temporal de alguno de los procesos anteriores, a través de la memoria de la comunidad.
2. Organización Regional.
- a. El sistema urbano/rural. La ciudad como fenómeno social y económico. Las funciones urbanas y las relaciones con el espacio rural circundante. Caracterización de una ciudad de la región: sitio, uso del suelo, barrios y sus relaciones con el espacio rural circundante.
- b. Redes de comunicación dentro de la región y hacia fuera de ella. Las redes de comunicación e intercambio como organizadoras del espacio regional y nacional.
- c. El territorio y su ordenamiento o planificación. Estructura del territorio regional: las relaciones entre el sistema natural y el sistema social. El sistema natural como soporte, facilitador y limitante para el uso por la sociedad: relaciones de adecuación e impacto.
- d. Territorio nacional continental, insular y marítimo y su división política administrativa. El concepto de región.
- e. Identificación y caracterización documentada de algún problema regional, utilizando distintas fuentes de información.
2. La creación de una Nación.
- a. La independencia americana: múltiples factores que precipitaron el proceso independentista en América y Chile; condiciones estructurales y acciones individuales; voluntad humana y azar.
- b. La organización de la República de Chile: elementos de continuidad y cambio luego de la independencia en lo político, económico, social, religioso y cultural. Dificultades para organizar la nascente república. Diveros ensayos de organización política. La solución portaliana.
- c. La hegemonía liberal: el pensamiento liberal en Chile. La eclosión cultural de la década de 1840. El desarrollo educacional. La liberalización de las instituciones: conflictos con el autoritarismo presidencial. La secularización de las instituciones: conflictos entre la Iglesia y el Estado.
- d. La expansión de la economía y del territorio: expansión y modernización de la economía chilena desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico. Las guerras del siglo XIX entre Chile y Perú-Bolivia. Incorporación de la Araucanía. Delimitación de las fronteras de Chile en el siglo XIX.
- e. Debate fundamentado acerca de los elementos que caracterizan la experiencia histórica de Chile en el siglo XIX.
3. La sociedad finisecular: auge y crisis del liberalismo.
- a. La economía del salitre: la riqueza salitrera dinamiza al conjunto de la economía. Rol del Estado en la distribución de la riqueza del salitre. Inversiones públicas en vías de comunicación, infraestructura y educación.
- b. La "cuestión social." Condiciones de vida de hombres y mujeres en las salitreras, los puertos, las ciudades y los campos. Las nuevas organizaciones de trabajadores. Preocupación entre intelectuales, universitarios, eclesiásticos y políticos por las condiciones de vida de los sectores populares. Soluciones propuestas.
2. La herencia clásica: Grecia y Roma como cuna de la civilización occidental.
- a. El legado cultural del mundo clásico: la lengua, la filosofía, la ciencia y las expresiones artísticas.
- b. Conceptos políticos fundamentales de la Grecia clásica aún vigentes; debate en torno a temas como ciudadanía, democracia, tiranía, política; papel de la ciudad en la configuración de la vida política occidental.
- c. El Estado romano como modelo político y administrativo; conceptos de imperio e imperialismo. Investigación sobre conceptos fundamentales del Derecho Romano aún vigentes en el sistema jurídico chileno.
3. La Europa medieval y el cristianismo.
- a. La Edad Media y el origen de la idea de "Europa"; estudio político y lingüístico del mapa europeo actual y su correlación con la era medieval.
- b. El cristianismo en la conformación religiosa y cultural de Europa; la visión cristiana de mundo como elemento unificador de la Europa medieval; la importancia política del Papado y la diferenciación del poder temporal y el poder espiritual: el conflicto entre la Cristiandad y el Islam, incluyendo sus proyecciones hacia el presente.
- c. Organización social de Europa medieval: conceptos de feudalismo, vasallaje y servidumbre; la Europa medieval como modelo de sociedad rural. La ciudad y los orígenes del capitalismo.
4. El humanismo y el desarrollo del pensamiento científico.
- a. El humanismo: una nueva visión del ser humano. Sus fundamentos e implicancias: el ser humano como dominador de la naturaleza y como creador de la sociedad. La creatividad artística del Renacimiento.
- b. Los descubrimientos científicos de los siglos XVI al XVIII y sus efectos en la vida material y cultural de Europa, considerando los cambios en la vida cotidiana y en las visiones de mundo; el concepto de "razón" y discusión sobre sus efectos en el mundo moderno.
- c. Ruptura de la unidad religiosa: Reforma y Contrarreforma; secularización de la vida social y cultural.
- d. La expansión colonial europea. La inserción de América en el mundo occidental: beneficios y problemas.
- d. Revolución tecnológica e informática: el desarrollo de la tecnología y de los sistemas de comunicación y su impacto en la organización laboral y en la tendencia a la globalización mundial.
- e. La sociedad contemporánea: análisis de algunos de sus principales rasgos, tales como la masificación y democratización, la transformación en la inserción social de las mujeres, la creciente autonomía de los jóvenes, el derrumbe de las utopías sociales y el fortalecimiento de la religiosidad.
- f. La pobreza y el deterioro medio ambiental como grandes problemas de orden mundial: caracterización del problema considerando diversas perspectivas y discusión de las resoluciones internacionales correspondientes.
2. El orden mundial entre la postguerra y los años setenta: antecedentes para la comprensión del orden mundial actual.
- a. Consecuencias de la Segunda Guerra Mundial: reordenamiento de los bloques políticos y descolonización.
- b. La Guerra Fría: capitalismo y socialismo. Las relaciones entre EE.UU. y la Unión Soviética. La formación del bloque socialista. Las características del mundo bipolar.
- c. De un mundo bipolar a un mundo multipolar: el papel de Europa, China y Japón. Los países no-alineados y el Tercer Mundo.
- d. La caída del muro: el fin del bloque socialista, la transformación de los Estados de Europa Oriental y el debate sobre el futuro del socialismo.
- e. El ascenso del neoliberalismo en la década de 1980: Estados Unidos, Inglaterra y América Latina.
- f. Identificación de los efectos de estos procesos históricos mundiales en Chile a través de la memoria de la comunidad.

3. Institucionalidad Política.

- a. Instituciones del gobierno regional; instituciones existentes en la localidad: culturales y económicas, públicas y privadas; sociales no gubernamentales (sindicatos, clubes, organizaciones de mujeres, juntas de vecinos, etc.).
- b. Conformación de los poderes públicos regionales y formas de participación política de la ciudadanía.
- c. La regionalización en una institucionalidad unitaria; organización política del Estado: poderes públicos, derechos y deberes ciudadanos.
- d. Conceptos de soberanía y representación política democrática.
- e. Conceptos de nación, Estado, gobierno y régimen político.

- f. Diseño y realización de un proyecto grupal de acción social comunitaria.

4. Sistema económico nacional.

- a. Geografía económica de Chile: recursos naturales; actividades económicas de la población, división del trabajo; concepto de interdependencia económica; ventajas comparativas.
- b. El problema de la escasez: recursos escasos para satisfacer necesidades ilimitadas y necesidad de elección. El problema de la escasez y asignación de recursos en el nivel familiar.
- c. El problema de la distribución de los bienes: la desigualdad económica en la nación y entre naciones.

- d. El problema de la coordinación económica: principales mecanismos, tales como el mercado, las instituciones, el Estado.

- e. El sistema económico nacional: el rol del Estado y del mercado. Presupuesto fiscal: obtención y asignación de recursos del Estado. El concepto de política económica.
- f. Economía y trabajo: institucionalidad, derechos y prácticas laborales.
- g. Dificultades de la economía nacional: identificación y caracterización documentada de algún problema económico nacional, utilizando distintas fuentes de información, incluyendo uso de bases de información en redes informáticas.

- c. Crisis política. La guerra civil de 1891 vista a través de interpretaciones historiográficas divergentes. El parlamentarismo: balance de virtudes y debilidades.
- d. Las transformaciones culturales: avances en educación, vida urbana. Nuevas creaciones intelectuales.
- e. Profundización en alguno de los temas tratados a través de la elaboración de un ensayo que contemple fuentes e interpretaciones diversas y precisión en el uso de conceptos.

4. El siglo XX: la búsqueda del desarrollo económico y de la justicia social.

- a. El fin de una época: fin del parlamentarismo, surgimiento de populismos, gobiernos militares, nuevos partidos políticos, nuevos actores sociales. Fin del ciclo del salitre. La creciente influencia económica, cultural y política de los Estados Unidos y su proyección hacia el resto del siglo. La crisis económica de 1929 y sus efectos en Chile. Nuevas corrientes de pensamiento disputan la hegemonía al liberalismo.
- b. El nuevo rol del Estado a partir de la década de 1920: el Estado Benefactor; la sustitución de importaciones como modelo económico, sus logros y debilidades. La crisis del modelo a mediados de siglo, efectos sociales.

- c. Los nuevos proyectos políticos: la reformulación del sistema de partidos a fines de la década de 1950. Los nuevos proyectos de desarrollo y su implementación política. Ampliación del sufragio.
- d. Cambios políticos, sociales, económicos y culturales de Chile desde los años 70 a la actualidad.
- e. Reconstitución de algún proceso histórico del siglo XX por medio de la historia de la comunidad.

5. La era de las revoluciones y la conformación del mundo contemporáneo.

- a. La Revolución Industrial y la madurez del capitalismo: investigación, a través de diferentes fuentes, de sus efectos en la vida de las personas: oportunidades y contradicciones; las clases sociales y sus conflictos.
- b. La Revolución Francesa como respuesta al absolutismo monárquico y origen de la política moderna: debate documentado de visiones e interpretaciones diversas; el legado político-ideológico de la Ilustración; proyecciones de la Revolución Francesa: las revoluciones liberales del siglo XIX y la formación de los Estados nacionales en Europa; el pensamiento socialista y social-cristiano.

- c. El nuevo imperialismo europeo como consecuencia de la Revolución Industrial: su expresión geográfica, económica y cultural; identificación y evaluación del impacto recíproco entre Europa y otras culturas no occidentales.
- d. Vida cotidiana y cultura en Europa finisecular: explosión demográfica, urbanización y avance de la cultura ilustrada.
- e. Europa en crisis: las guerras mundiales, la Revolución Rusa, el comunismo, el fascismo y la Gran Depresión.
- f. Profundización de alguno de los temas tratados, a través de la elaboración de un ensayo que contemple una diversidad de fuentes, incluyendo la utilización de atlas y enciclopedias electrónicas, diferentes interpretaciones y precisión en el uso de los conceptos.

3. América Latina contemporánea.

- a. Geografía física y humana de América Latina: climas y relieves; regiones; población; zonas económicas.
- b. América Latina en la segunda mitad del siglo XX: sus desafíos y frustraciones; la búsqueda del desarrollo y de la equidad; masificación y urbanización acelerada; cosmopolitismo e indigenismo; sus relaciones con Estados Unidos; revoluciones, reformas, gobiernos autoritarios y procesos de redemocratización.
- c. Chile y América latina: identificación y discusión de elementos económicos, sociales, políticos y culturales comunes, a través de un ensayo que contemple diversas fuentes e interpretaciones y precisión en el uso de conceptos.

4. Chile en el mundo.

- a. Principales lineamientos de las relaciones exteriores del país. Intercambio y cooperación con los países vecinos, con los de América Latina y del resto del mundo.
- b. Relaciones económicas internacionales de Chile y su participación en bloques económicos.
- c. Tratados internacionales sobre derechos humanos, igualdad de oportunidades para mujeres y hombres, preservación del medio ambiente y superación de la pobreza.

*“...haz capaz a tu escuela de todo lo grande
que pasa o ha pasado por el mundo.”*

Gabriela Mistral



www.mineduc.cl